

Φ



NADA ES LO QUE PARECE

AUDIOLIBRO INCLUIDO

ALEJANDRO KHAN

ALEJANDRO KHAN

**NADA ES LO
QUE PARECE**



*A todos los que nos equivocamos,
porque es la mejor forma de aprender.*

NADA ES LO QUE PARECE

© Alejandro Khan 2017

© Sonolibro Editorial 2017

© Paula Khan & Graphic Desk por la portada

© Podiprint, por la maquetación e impresión

Aviso legal

Reservados todos los derechos. Se permite la reproducción, almacenamiento en sistemas de recuperación de la información y transmisión de esta obra, cualquiera que sea el medio empleado – electrónico, mecánico, fotocopia, grabación,... - con el permiso previo por escrito del titular de los derechos de propiedad intelectual.

Esta novela es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes, o son producto de la imaginación del autor o han sido usados ficticiamente, por lo que cualquier parecido con la realidad es puramente casual.

Sonolibro en el deseo de mejorar sus publicaciones agradecerá cualquier sugerencia de los lectores u oyentes de esta obra, al departamento editorial.

Correo: aki@sonolibro.com

Sonolibro Editorial

Calle Churruca Ed Astigi I – Local 1

Fuengirola, Málaga

ESPAÑA

B-92922632

ISBN: 978-84-17021-96-2

Φ

DESCARGA EL AUDIOLIBRO EN :



<https://www.sonolibro.com/nelqp>



Índice de contenido

Portada

Título

Dedicatoria

Copyright

Índice

1. La libertad del altar
2. Fidel Pareo
3. Blasius
4. Caius Iulius Caesar
5. Conventio
6. Capilla menor
7. Nicomedia
8. Pendrive
9. Rajothep
10. Ichtus
11. Zenón
12. Resina y cal
13. Edicto de Tolerancia
14. Rickhart Swankid
15. Maximino
16. Atracción
17. El puente Milvio
18. Alfredo Denese

19. Mediolanum
20. Rudy Overson
21. El Crismón sagrado
22. El número phi
23. El destierro
24. Basir y los 100 €
25. La cueva de los sísifos
26. Las motocicletas
27. Tabula rasa
28. Las rocas
29. Jeshua
30. Epifanía
31. Arrio
32. Todos al suelo
33. Otra entrada
34. Instituto Wiseman
35. Sol Invictus
36. El pergamino
37. Mitra
38. Nada es lo que parece
39. La Biblia de Constantino
40. El fin justifica los medios
41. Mensaje oculto
42. Carbono 14
43. Videte sub terra
44. El estanque

45. La encrucijada
46. El Crismón sagrado
47. Hagia Sophia
48. La esperanza
49. El reparto
50. As-salamu alaykum
51. Motor de esperanza
52. Un sonolibro en Castelgandolfo
53. Donato Bonaventura
54. La Pietá
55. El serbio
56. ¿Suerte o Allah?
57. La FCG

1. La libertad del altar

Pérgamo, año 311 d. C.

¿Conseguiría algún día mi libertad? Solamente cuando respiraba aquel aire puro, que revoloteaba entre los pinos de mi santuario preferido, sentía que eso era posible.

Los días en que el amo estaba fuera con el *villicus*^[1] visitando las viñas, y sabía que no volvería hasta que fuera de noche, salía a hurtadillas de la *domus*^[2] y por un pequeño sendero que nacía en la linde del huerto trasero, enseguida llegaba a la falda de la colina. Cuando jadeante por el rápido ascenso llegaba a la cima, me sentaba entre los fragantes pinos centenarios en lo más alto de la colina, por encima incluso de la ciudadela alta. Todo Pérgamo estaba a mis pies.

Allí me sentía libre, ya que estaba convencido de gozar de la misma visión que los dioses desde el Olimpo podían tener. En los días claros podía ver perfectamente en la lejanía la línea del mar, ese mismo mar cuyas aguas también bañaban la Hélade, mi patria y patria de pensadores y poetas. También fue Grecia tierra de guerreros, aunque como tantos otros estados, hacía ya varias generaciones que había tenido que ceder ante Roma y su inmenso poder militar.

Quedó Grecia sometida, pero orgullosa de su pasado, que siempre será recordado por lo excelso de sus pensadores y artistas, así como por haber dado sentido a la palabra «democracia», convirtiendo a mi patria en la cuna de la cultura del mundo conocido.

A escasos doscientos pasos por debajo se encontraba el gran teatro de Pérgamo y el altar de Zeus, en cuyos bellos bajorrelieves los gigantes, hijos de Urano y Gea luchan con Zeus y Atenea, que les acaban venciendo.

Hoy, sin embargo, aun siendo de piedra tallada, todos parecen querer guarecerse de la ira de Eolo, el señor de los vientos, que aquí arriba está en sus dominios. El altar no sufrió mucho, pero otros edificios tuvieron que ser restaurados después de que los dioses hicieran temblar la tierra en época de Galerio, destruyendo casas y templos.

Justo por delante del altar se encuentra lo que fue la maravillosa biblioteca de Pérgamo, que Eumenes^[3] hizo grande. Sin duda, la de Alejandría fue la mayor y la mejor del mundo, pero aquella ciudad a la que como otras muchas el gran Alejandro dio su nombre era una ciudad sediciosa y dada a las revueltas, por lo que la biblioteca sufrió su misma suerte. Aunque consiguió recuperarse de un primer incendio, la tragedia de su desaparición se consumó hacía ya más de cuarenta años con la reconquista de Alejandría por Aureliano, que como la mayor parte de los militares romanos despreciaban la cultura y que sería el que, orgulloso de su hazaña, la hiciera desaparecer por completo.

La de Pérgamo ya no era ni asomo de lo que fue. Habían desaparecido de ella los escritos de Aristóteles y de otros tantos filósofos de la Hélade que le confiaron sus secretos. Los pocos que de valor quedaban fueron obsequiados como si de una bagatela se trataran por Marco Antonio a la menuda Cleopatra, dejando a lo que fue la mágica biblioteca de Pérgamo totalmente huérfana del gran conocimiento que hasta entonces había contenido.

El calor de los placenteros rayos solares sobre la piel y el olor a libertad, que aquí arriba los pinos parecen exudar, poco tienen que ver con lo sombrío y triste de las casas de los pobres o de los sótanos en los que dormimos la mayor parte de los esclavos.

Nosotros no nos podemos quejar. Tenemos suerte, ya que servimos en la gran *domus* de planta romana que nuestro amo Blasius tiene en la mejor parte del barrio de comerciantes junto al Ágora. Brenes y yo tenemos un *cubiculum* para nosotros solos de tres que hay adosados al huerto, y aunque es pequeño y está al lado del depósito de estiércol, al menos, siempre está seco. No tenemos que dormir entre humedades y apenas hay ratas, que prefieren

merodear más cerca de las cocinas.

Llevamos en Pérgamo hace ya dos largos años, pero sin embargo me gusta pensar que mi casa de verdad se encuentra aquí arriba en la cúspide de la colina, junto a la memoria de lo que fue la gran biblioteca y la lejana visión del mar que baña las costas de Grecia.

En el *scriptorium*^[4] , los *servi literati*^[5] pasamos las horas de luz, trabajando para el *bibliopola*^[6] , a quien mi anterior amo me vendió.

Otros compatriotas y yo fuimos hechos esclavos en una de las incursiones romanas de castigo a nuestra rebelde Hélade natal. Perder de forma inesperada y repentina la libertad para convertirte en un esclavo es de uno los mayores castigos que los dioses te pueden mandar, pero yo no podía quejarme del trato que Blasius nos daba.

El hecho de haber recibido una educación basada en los clásicos y poder leer griego y latín, además de tener una facultad especial, de la que más tarde hablaré, me facilitó un pequeño reconocimiento de mi amo y algunas comodidades que los esclavos sin formación no tenían.

Cada vez hay más demanda entre los romanos ricos por conseguir libros escritos que, en definitiva, no son más que copias de libros famosos. Pero eso es lo que está haciendo a mi amo cada vez más rico, gracias a los cientos de horas que nos pasamos cálamo en mano copiando los textos de los autores clásicos que todo romano que se precie, debe tener en su biblioteca.

[1] Esclavo que tenía la confianza del amo, generalmente un liberto.

[2] Casa romana típica de las familias con una buena situación económica.

[3] Eumenes II (d. C.) consiguió que la biblioteca de Pérgamo tuviera más de 300.000 volúmenes.

[4] Zona de trabajo de los escribas esclavos, donde se dedicaban a la copia de textos por encargo.

[5] Esclavos con formación como escribas que trabajaban para un amo.

[6] Comerciante dedicado a la venta de libros.

2. Fidel Pareo

Valladolid, 19 de julio de 2016

Mientras iba rápidamente a su casa para meter en una maleta lo necesario para un par de días, seguía pensando que debía tomar una decisión y quizás éste fuera el momento. Mark tenía claro que cuando se hizo abogado, no lo hizo para representar de forma habitual a políticos corruptos, que se habían convertido en la clientela casi habitual del despacho Meléndez-Arribas, cuyo socio fundador estuvo a punto de ser su suegro. Autoafirmándose en su intención de dar un giro de 180° a su vida, reprodujo mentalmente la conversación en la que el sacerdote le comunicó que Fidel, su tío, su único pariente vivo, había muerto en un accidente.

Mark no lo entendía. Fidel era de esos conductores tan prudentes que aburrían. Simplemente le parecía imposible que Fidel hubiera tenido un accidente y, mucho menos, que hubiese muerto. Precisamente iba a haberle visitado para pedirle consejo, a fin de salir del impasse tanto profesional como sentimental en el que se encontraba.

Tras casi seis horas de coche desde Valladolid llegué a Ronda. Los últimos 25 km hasta Algotocín había que hacerlos por la carretera comarcal, dejando atrás unos cuantos pueblos de la Serranía como Benadalid, Benalauría..., que tan a árabe sonaban. Mi destino era un pueblo pequeño, muy parecido a todos los que había ido dejando atrás, que tiene como núcleo central un conjunto abigarrado de casitas blancas y techos rojizos, que parecen pintadas en la ladera de la montaña.

Tras unos minutos más, intentando sortear calles estrechas con esquinas no pensadas para girar con un coche, y menos con uno grande, finalmente tengo que dejarlo en una placita, ya que los últimos cien metros hasta el único hostel en el que mi secretaria ha encontrado habitación hay que hacerlos andando. Me recibe una señora rubia que podría tener cualquier edad entre 35 y 50 años, algo regordeta y con los colores de salud típicos de las gentes de la sierra, que muy formalmente, mientras me ofrece la mano, dice:

—Buenos días, mi nombre es Pepi. Le estábamos esperando y queremos antes de nada acompañarle en el sentimiento por la muerte de su tío D. Fidel, que en gloria esté. Era una buena persona y en el pueblo se ha sentido mucho su pérdida.

Todavía no me creía la muerte de Fidel y tardé unos segundos en contestar:

—Muchas gracias.

Tras una ducha rápida y unos quince minutos de mala carretera, llegué al tanatorio, que ya sólo con el nombre condiciona el ánimo a cualquiera. Antes de llegar a la puerta de la única sala que parece estar ocupada, salió a recibirme un hombre joven con alzacuello que, extendiendo su mano y con una sonrisa un tanto exagerada, se presentó:

—Buenas tardes. Alfredo Denese, del obispado de Málaga. Ya sabe, hemos hablado por teléfono esta mañana. El obispo y yo le acompañamos en el sentimiento...

Sin dejarle terminar, quizás siendo un poco descortés, me presenté.

—Mark Lassiter. Le agradezco que se hayan encargado de organizarlo todo. Han sido ustedes muy amables.

De su brillante cabeza calva, flanqueada por escaso pelo muy rubio, parecía emanar un halo de luz, del que surgían unos inquisidores y penetrantes ojos azules, acompañados de una sonrisa, que no parecía muy sincera.

—No se preocupe por nada. Me imagino que querrá usted dar el último adiós a su tío en privado. Como usted comprenderá, el ataúd es más simbólico que otra cosa, ya que los restos...

Decididamente no me gustaba este tipo. Empecé a andar, mientras decía «vale, vale gracias».

Detrás de un cristal, en una especie de pecera, se veía un ataúd cerrado.

Mi tío era relativamente joven, no llegaba a los cincuenta y cinco, pero esa absurda muerte parecía haberle hecho viejo de repente al reclamarle para sí. Vi reflejada mi imagen en el cristal de la habitación donde estaba el triste ataúd; era la imagen de la soledad en que me había quedado. Mi padre hacía ya diez años que se había marchado; mi madre a principios de año y ahora, ni tres meses después, el único familiar directo que me quedaba, mi tío Fidel. No estuve allí más de un minuto, el ambiente me deprimía.

En el patio de entrada, tras recibir el pésame de un par de sacerdotes y unas cuantas beatas incondicionales del padre Fidel, vi una pareja que me pareció un tanto fuera de lugar: un hombre joven, aproximadamente de mi edad y estatura, moreno con el pelo recogido en una coleta, con una chaqueta azul que le venía grande, que estaba acompañado de una mujer joven pelirroja, que me miraba con unos bonitos ojos verdes, algo enrojecidos. El hombre dio un par de pasos y extendió una mano huesuda, pero fuerte, a la vez que me decía:

—Mi nombre es Héctor Deverís y mi padre era muy amigo de Fidel. — Ella también me dio la mano, aunque lo hizo con cierta reticencia.

En ese momento tuve una especie de flash mental y me acordé de las palabras del sacerdote: «Se salieron de la carretera». Con bastante inseguridad, y un tanto impulsivamente, pregunté:

—Entonces..., ¿su padre iba en el coche con mi tío Fidel? —Se oyó desde atrás una voz que empezó a decir, mientras se acercaba:

—Ah, lo siento mucho, *mea culpa*. Yo creía que usted sabía que su tío no iba solo. Iba con su gran amigo Héctor Deverís, un arqueólogo que tiene un cortijo cerca del pueblo, y que desgraciadamente también ha fallecido. Precisamente estos jóvenes son sus hijos, que acaban de recoger sus cenizas.

Tras despedirse con un movimiento de cabeza los hijos de Deverís, pregunté al sacerdote:

—Alfredo, ¿explíqueme para que lo entienda cómo fue exactamente el accidente?

Tras un leve carraspeo, me contestó:

—Parece ser que su tío y Héctor Deverís habían estado en la venta que está entre Algotocín y Benalauría, donde iban varias tardes a la semana a tomar algún vaso de vino que otro. La carretera de vuelta al pueblo no es

buena, y de noche mucho menos y... bueno, parece ser que se salieron del camino y cayeron a un barranco bastante profundo de los que tanto abundan por estas sierras y con tan mala fortuna que, al llegar abajo, su coche explotó. Además, era un día muy caluroso y se originó un incendio tremendo que, alimentado con la vegetación seca, no pudo extinguirse hasta el día siguiente, por lo que apenas quedaron unos restos totalmente calcinados. Mark, si quiere puede acercarse después o mañana a la casa que ocupaba su tío por si quiere recoger sus cosas. La señora que se encargaba de las labores de la casa vive en la casa de al lado. Se llama Sagrario.

—Gracias. No voy a esperar a mañana, voy a acercarme ahora.

Al tiempo que me entregaba una tarjeta, se despidió diciendo:

—Para cualquier cosa que le haga falta, por favor, no dude en ponerse en contacto conmigo. Ahí tiene mi móvil personal. Gracias por todo.

Ya de vuelta en el pueblo, y orientado por un par de lugareños para encontrar la dirección, llamé a una puerta pequeña pintada de marrón brillante y casi inmediatamente salió una señora enjuta y menuda con el pelo canoso, pero de ojos vivos.

—Perdone, ¿es usted Sagrario?

—Sí, sí, dígame.

—Mire, Sagrario. Soy el sobrino de Fidel Pareo, el párroco. He venido a su funeral y el secretario del arzobispado me ha dicho que usted me abriría la casa de mi tío.

—Sí, señor. Ahora mismo le abro. Bueno, que sepa usted que yo apreciaba mucho a su tío. Era un buen hombre, a pesar de todo.

—Perdone, pero ¿a qué se refiere?

—Bueno... yo no soy quien para hablar, y menos ahora que don Fidel está recién enterrado. Dios lo tenga en su gloria. Pero lo que sí le puedo asegurar es que su tío no había perdido la cabeza como decía el secretario ese de nombre extranjero, tan fino.

—Perdido la cabeza, ¿pero de qué me está usted hablando? Si es una broma, me parece de muy mal gusto.

—¿Cuánto hace que no veía usted a su tío?

—Pues desde las últimas navidades, que las pasamos juntos en la casa de

mi madre y estaba perfectamente. —Empecé a repasar en mi memoria esa última visita y ahora me acuerdo que sí estaba un poco raro; de hecho, estaba bastante más alterado que de costumbre y diciendo cosas que supusimos que se debían a que había bebido más de la cuenta.

—Pues sepa usted que su tío sí estaba distinto. Desde principios de año, cada vez estaba más enfurruñado y la verdad es que tenía un poco abandonada la parroquia. Yo le oía cómo hablaba solo a voces en su casa, parecía que peleándose consigo mismo. Daba golpes en las paredes y todas las tardes se iba con ese amigo suyo, el francés, a la venta El Colorao, dejando a la iglesia sin las novenas y los rosarios. A mí no me preocupaba demasiado, pero a las beatonas del pueblo les faltó tiempo para comunicárselo al arzobispado.

—Bueno, Sagrario ¿me abre la puerta...?

—Sí, sí. Vamos, vamos.

La verdad es que no se podía dar menos en casa. La puerta de la calle, parecida a la de la casa de Sagrario, abría directamente a un saloncito con una mesa camilla que tenía enfrente una pequeña chimenea renegrida. En una de las esquinas se alzaba poco segura una estantería a la que habían quitado la última balda para poner una televisión pequeña en lo alto y en la otra un sofá de dos plazas de un color más parduzco que rojo, que había conocido tiempos mejores.

—Aquí se tiraban horas y horas hablando —dijo Sagrario.

—¿Quiénes?

—Su tío y el francés. Y como a los dos les gustaba el vino...

En unos cinco pasos recorrimos una cocina pequeñísima seguida de un baño espartano y llegamos a la única habitación de la casa, donde mi tío debía mal dormir. La cama estrecha de madera pegada a la pared en el lado de la derecha de la ventana y debajo de varios retratos, entre ellos el mío. Como único mobiliario una mesita de madera, dos sillas con cojines verdes, una estantería con libros, un espejo en la pared y un par de láminas enmarcadas.

—Sagrario, ¿le importa dejarme la llave de la casa? Ya es tarde y prefiero venir por la mañana para recoger las cosas de mi tío.

—Pues, no sé... Bueno, pero me la devuelve cuando termine. Tengo que hacer una limpieza general. No sé si usted sabe que los muebles son de la

parroquia.

—No se preocupe, gracias. Por cierto, ¿sabe usted dónde queda la venta El Colorao?

—Sí, no tiene pérdida. Salga del pueblo en dirección a Benarrabá, suba el monte y se la encontrará a unos cinco o seis minutos más o menos.

Nada más decirlo, Sagrario salió de la casa y empecé a andar muy lentamente por el casi mísero alojamiento.

Entré en su habitación y me acerqué a la mesa. Hice el amago de quitar un cojín bastante rígido para sentarme, pero vi que la silla había perdido la mayor parte del entrelazado de anea que le servía de asiento, por lo que colocando de nuevo el cojín me senté y coloqué los codos encima de la mesa, mientras observaba la habitación e intentaba imaginarme cómo había sido la austera vida de mi tío entre estas cuatro paredes. Distinguí desde la distancia alguno de los títulos de los libros que estaban en la estantería y con cierta curiosidad me acerqué a la misma para poder hojearlos mejor. La mayor parte eran libros de historia, especialmente historia del período romano y de la Iglesia Antigua.

Mi tío Fidel y yo teníamos una afición común que nos unía bastante: éramos verdaderos incondicionales del antiguo mundo romano y, en especial, de la figura de Julio César. Hasta tal punto llegaba nuestra afición que incluso habíamos estado hacía unos años en Francia en una zona de Borgoña llamada Alise-Sainte-Reine, donde se suponía que había tenido lugar la batalla más famosa de la campaña de las Galias de Julio César: la batalla de Alesia. Estuvimos tres días reconstruyendo todos los detalles de la batalla sobre el terreno y la verdad es que fue una experiencia inolvidable. Teníamos por costumbre enviarnos mensajes codificados por correo electrónico al estilo de los que los generales romanos se intercambiaban entre sí. Lo sabíamos. Era un tanto infantil, pero nos gustaba y era una buena excusa para mantenernos en contacto.

En la estantería había un par de novelas; eso sí, históricas, de la época romana. Me hizo sonreír ver también los siete tomos de los *Comentarios de las guerras de las Galias*, escritos por César durante su campaña. Del primer tomo sobresalía un papelito. Abrí el libro y vi que no era más que una lista de

la compra. No iba a darle más importancia, y estaba a punto de arrugarla para hacer una bolita y tirarla a la papelera, cuando mi vista se detuvo en uno de los elementos de la lista que no me cuadraba en absoluto. No era demasiado larga:

- Harina
- Galletas María
- Dos tomates
- Una cebolla
- Media sandía
- Un décimo
- Café
- Aceite
- Ibuprofeno

En dos pasos entré en la cocina y, tras un vistazo, volví al salón. Era totalmente imposible que mi tío hubiera hecho esta lista de la compra con la intención de comprar los productos que en ella aparecían por una razón muy sencilla: él no bebía café y, además, no tenía cafetera.

3. Blasius

Pérgamo, año 311 d. C.

El vozarrón de Brenes me sacó de mi contemplación:

—Lysander, vamos. Date prisa.

Brenes es el único que todavía me llama por mi nombre griego. Mi amo Blasius ya me dijo que debía romanizar mi nombre para cuando consiguiera ser liberto que, según él, si me portaba bien, podría ser en diez o quince años, así que pasé a ser Lisandro para todo el mundo.

—Voy, ya voy —le tengo que gritar al tiempo que empiezo a andar, antes de echar a correr despacio colina abajo. Mirando al suelo para no dar un mal paso, le pregunto:

—¿Qué pasa hoy? ¿Por qué tienes tanta prisa?

Brenes tiene una sonrisa de oreja a oreja y, abriendo los brazos, alegremente me contesta:

—Acuérdate. ¡El amo y el *villicus* no están y no volverán en un par de días!

Efectivamente Blasius y su *villicus* Zenobio habían salido de viaje urgente hacia el Norte, adonde habían sido llamados por alguien que debía ser de gran importancia, por los preparativos tan cuidadosos que habían hecho tanto de ropajes como de comitiva durante los últimos días.

—Ah, vale. No me acordaba, y ¿dónde quieres ir?

—Átilo ha recibido varios barriles de vino de la Galia y la hija del anatolio me ha prometido una jarra para que bebamos el néctar juntos.

—Pero el portón de la *domus* se cierra antes de terminar la *prima vigilia*^[7] y ya es la hora duodécima^[8]. No podemos entretenernos mucho, que tú, una vez que empiezas, no sabes parar.

—No te preocupes tanto, ¡que pareces una vieja sin dientes! Llegaremos antes de que cierren. Además, sabes que la mujer de Blasius me tiene en especial estima y ahora que su marido está fuera no dudes que me mandará llamar.

Ésto último me lo dijo Brenes al tiempo que, riéndose, me guiñaba un ojo. No pude por menos de reírme con él, por lo dispuesto que estaba siempre a meterse en líos, sobre todo de mujeres.

—Como te coja Blasius te va a mandar despellejar vivo, pero después de cortarte lo que más quieres.

—Lo único que hago es regar su huerto en su ausencia. Además, a él le gustan otro tipo de jardines, como tú bien sabes... —apostilló Brenes soltando una carcajada y haciendo un gesto obsceno con los brazos y el cuerpo mientras andaban.

—Anda, démonos prisa, que si tardamos mucho, la taberna se llenará de gente y la anatolia no podrá salir. Si hace falta, siempre podemos entrar por el *peristylium*^[9], saltando de la valla a los cipreses que están enfrente de nuestro *cubiculum*^[10] y nadie se enterará.

También en Pérgamo se había impuesto la moda romana de las *tabernae vinaria*^[11]. En Roma había muchas y solían estar en los bajos de las *insulae*, esos altos edificios de cuatro y hasta seis plantas donde se hacinaban decenas de familias por lo barato de los alquileres.

En Pérgamo, como apenas había edificios altos, las *tabernae* estaban en los bajos de las casas de algunos comerciantes, pero siempre alejadas de la entrada de la casa. Eran muy simples: suelo de barro cocido, una especie de mesa alta alargada a la entrada paralela a una de las paredes y, al otro lado, el comerciante, que solía tener detrás un estante simple para poder colgar un par de ánforas, desde donde servía el vino en vasos de barro al cliente.

Algunos comerciantes vendían, además del vino, pan y algo de comida: habas, pescado seco, *mursulm*, *garum* y algunos incluso carne.

Había locales especialmente preparados que eran muy agradables, con mesas y bancos de madera, en los que a la mortecina luz de las *lucernae* colgadas de las esquinas, se apretujaba en la *prima e*, incluso, durante la *secunda vigilia*^[12] todo un maremágnum de nacionalidades y oficios: legionarios romanos de tez y ojos claros, que pertenecían a la guarnición de Pérgamo, y que provenientes de los distintos territorios conquistados, se habían adaptado completamente a la vida militar. La esperanza de todos éstos era que, tras los veinte años de servicio en el ejército, al licenciarse se les otorgara la ciudadanía romana. Siempre en los rincones solían estar los mercaderes sirios y persas con sus barbas puntiagudas que, aunque parecían cabizbajos, con sus profundos ojos negros no perdían detalle de todo lo que pasaba a su alrededor. También había libertos que asumían ya su nuevo status y algún que otro esclavo bien visto por su amo por realizar trabajos especiales o bien propiedad de un amo blando.

En los bajos de la *domus* de Blasius había dos *tabernae*, una pequeña que había alquilado a un anatolio del sur llamado Kyrus, que vendía prácticamente de todo lo que se pudiera comer y beber a su clientela habitual, pero con dos condiciones: tenía que cerrar a la mitad de la *secunda vigilia*, y la segunda por imposición de la mujer de Blasius, la *dómina*^[13] (no podía haber mujeres públicas).

La segunda, un poco más grande, realmente no era una *tabernae*. Era el espacio que Blasius nos había preparado a los escribas o *servi literati*, como él nos llamaba delante de sus clientes. Cuando no estábamos en la gran biblioteca, teníamos que estar allí copiando textos, encuadernando o leyendo a posibles clientes.

Un muro dividía el espacio en dos zonas, una en la que había cuatro mesas junto a un enorme ventanal, para que siempre tuviéramos luz, en la que copiábamos los textos y otra mesa un poco más grande, donde el encuadernador cosía los pergaminos para hacer los libros. Hace ya muchos años que aquí en Pérgamo se usaba el pergamino para escribir. Sin duda, era mucho mejor que el papiro egipcio, que era demasiado frágil y de un solo uso. De todas formas, ya no podíamos usar papiro para escribir, porque Egipto, que

era el único que lo tenía, no quería venderlo a Roma por sus diferencias políticas. Pero Blasius, que tenía muy buena relación con las caravanas egipcias de mercaderes, se había hecho con un considerable acopio de papiro que utilizábamos para trabajos menos lujosos.

En una de las esquinas de lo que nosotros llamábamos nuestra *libraria*, Blasius había abierto una puerta a una pequeña habitación, que originalmente había sido un almacenito de la casa. Estaba bonitamente decorada y era muy agradable. Blasius incluso había encargado a un esclavo pompeyano que le hiciera un mosaico en el suelo con un enorme y colorido pavo real. Y alrededor en las cuatro paredes había hecho pintar una serie de atractivos y muy coloridos frescos, que representaban una serie de ritos iniciáticos que, aunque no nos lo dijo de forma clara, yo estaba seguro que eran los del culto de Mitra^[14], que Blasius para no herir la sensibilidad de los que todavía veneraban a los dioses romanos, disfrazó con imágenes de los ritos de Baco y Dionisos

En la habitación había un *triclinium*, en el que Blasius había mandado poner un respaldo poco habitual para que los clientes pudieran recostarse cómodamente, mientras se les leía parte de algún libro antes de encargarse su copia.

Nuestra *libraria* tenía un pequeño portoncillo que daba a la taberna y por él fue por donde, agachándose ligeramente, entró Luna, una bonita muchacha morena, hija del anatolio dueño de la taberna, con una jarra de vino y un puñado de habas frescas. Brenes tirando de su brazo, la atrajo hacia sí hasta casi juntar sus rostros y, sonriendo, le preguntó:

—¿A qué hora te manda tu padre a dormir?

Mientras se marchaba contoneando las caderas a la vez que lanzaba una traviesa mirada a Brenes, la hermosa muchacha le contestó:

—Cuándo se haya ido el último cliente.

Entre la escasa luz y el abundante humo de las *lucernae*, que se colaban por el portoncillo, bebimos el vino aguado acompañado de las habas y unos pocos higos que nos dejó Luna.

Cuando ya quedaban sólo unos cuantos clientes, como ya había pasado en muchas ocasiones, tuve que tirar de mi compañero, que estaba empeñado en

quedarse hasta que el anatolio mandara a su hija a dormir.

A regañadientes me acompañó y, aunque todavía estábamos en la última hora de la *prima vigilia*, tuvimos que saltar la valla para meternos en nuestro cubículo por si la *domina* nos mandaba llamar.

[7] Primera parte de la noche de las 18:00 a las 21:00 horas.

[8] De las 17:00 a las 18:00 horas.

[9] Patio abierto que se encontraba en el interior de la casa.

[10] Pequeña habitación.

[11] Son las tabernas de las antiguas ciudades del Imperio romano.

[12] Las horas que iban desde las actuales 21:00 a las 0:00.

[13] Señora de la casa romana.

[14] Dios de origen persa. Su culto como religión misterica dio lugar al nacimiento de sociedades secretas. Culto muy practicado entre los militares romanos.

4. Caius Iulius Caesar

Algatocín, Ronda (Málaga), 20 de julio de 2016

Otra de las aficiones de Fidel, con la que a lo largo de los años también Mark se había entusiasmado, era la de utilizar toda clase de códigos y claves para la elaboración de mensajes. Era una especie de reto personal que tenían entre los dos. Se enviaban mensajes encriptados, cada vez más complicados, para ver si el otro se rendía y pedía explicaciones.

Examinando al día siguiente la lista, que en apariencia no era más que una lista de la compra, Mark vio claro que tenía todos los visos de ser un mensaje, aunque el acróstico no tenía sentido: H G 2 1 S U C A I

El 21 parecía estar combinado o bien con las dos primeras letras o con las cinco últimas. ¿Que podían ser las dos primeras letras? ¿HG? El famoso escritor de ciencia ficción se llamaba H.G. Wells, pero Hg también es el símbolo del mercurio. Mercurio era en la mitología romana lo que Hermes fue en la griega: el mensajero, el que llevaba los mensajes de un lado a otro del Olimpo. Parecía que esa interpretación de las letras HG tenía sentido. El número 21 podía referirse perfectamente al siglo en el que nos encontramos, por lo que las cuatro letras seguidas HG21 se podían referir al mensajero del siglo XXI. Sin duda, la forma del mensaje más extendida por todo el mundo del siglo XXI es el correo electrónico. Fidel me había enviado un mensaje. Ahora sólo había que averiguar adónde me lo había enviado. Y enseguida lo vi muy claro.

El segundo conjunto de letras SUCAI puede leerse también como CAIUS,

que era el nombre por el que todos sus familiares y amigos llamaban a Julio César.

Cuando mi tío Fidel y yo empezamos nuestras pequeñas competiciones de descifrado de mensajes, creamos dos cuentas de correo que sólo utilizábamos para enviarnos los mensajes. La mía era *caiusiuliuscaesar@gmail.com*. Automáticamente, saqué el móvil de mi bolsillo con la intención de conectarme al gestor de correo, pero no detectó red 3G ni Wi-Fi. Tendría que esperar. Decidí acercarme a la venta y volver a la casa al día siguiente.

Pasados unos cuatro kilómetros más o menos desde el pueblo, vi en el margen derecho unas luces de neón un tanto exageradas junto a una casa de una planta bastante grande. El letrero «Venta El Colorao» parecía desmentir la primera sensación que causaban las múltiples luces rojas y amarillas que en el letrero parpadeaban.

Una vez dentro, las apariencias parecían haberme engañado de nuevo, ya que el local tenía bastante buena pinta: dividido en dos por una celosía un tanto plateresca, en uno de los lados una barra de madera rústica y varias mesitas en torno a una chimenea que hacía esquina, y en el otro, un saloncito comedor que parecía acogedor. Ya en la barra, saludé:

—Buenas tardes.

—Buenas, ¿qué va a ser? —me preguntó el tabernero, pelirrojo de barba, que, sin duda, daba nombre a la venta, mientras observaba con detenimiento una de sus uñas, que parecía tener algún problema.

—Me da una cerveza, por favor.

Tras colocarme delante una Victoria, se acercó a una orza de barro y con un cucharón sacó unas aceitunas machacadas de un color verde nuevo que avisaba de su amargor. Unos pocos parroquianos me observaban con curiosidad. En la mesa más cercana a mí había un hombre bajito y rechoncho con el cuerpo como un barril y con una gran cabeza brillante y calva que estaba agarrándose la oreja en gesto de concentración, mientras explicaba a su contertulio con un aire un tanto didáctico en algo que parecía otro idioma:

— Ay quárze cuéta ozé, ke tábamo pimentando con la obea y a tenío ke zalí juyendo.

El tabernero, sonriendo ante la cara que debí poner, me aclaró:

—Juan es apicultor y parece que hoy casi le pican las abejas mientras experimentaba. ¿Qué? ¿Estamos de paso o ha venido a pasar unos días a la sierra?

Me preguntó el colorao tras aclararme el galimatías dicho por el bajito.

—No, he venido al funeral de mi tío Fidel, el párroco.

Automáticamente, levantó la mano hasta la cabeza y excitado me contestó:

—¿No me diga que usted es su sobrino? Claro, claro..., si Fidel nos hablaba mucho de usted. Decía que su sobrino era el mejor abogado del mundo. Pobre Fidel... y qué buenos ratos hemos pasado en la venta. Ya se lo hemos dicho veinte veces al cabrón del alcalde, que hay que poner los quitamiedos, que por lo menos algún accidente evitarán, pero hasta que no se acerquen las elecciones ese hijo puta seguro que no hace nada.

—¿Por dónde tuvo el accidente mi tío? Bueno, tuvieron, porque me enteré en el funeral que iba con un amigo.

—Sí, eran muy amigos desde que el francés se compró un cortijo aquí el año pasado. Venían todas las tardes y estaban aquí un par de horas hablando y bebiendo vino, al lado de la chimenea en invierno y al fresco en verano. Pero eso sí, casi siempre los dos solos. El coche de su tío estaba ya muy viejo y esos coches no frenan como los de ahora. A la mitad de la bajada hasta el pueblo hay una curva muy cerrada y, además, con peralte. Vamos, una curva de mierda, y esa es la que cogieron todo recto y cayeron al barranquillo, lleno de maleza seca y allí se lio la de San Dios, con perdón. Fíjese usted que tuvieron que venir dos aviones del Seprona y estuvieron echando agua un día entero para apagar el fuego. Mire, en aquella mesa están sentados precisamente los hijos del francés con los que he estado hablando hace cinco minutos de lo mismo. Si quiere, se los presento.

Miré adonde señalaba y, efectivamente, en una mesa del saloncito en la que no me había fijado al entrar había una pareja sentada de espaldas, y la coleta de él era inconfundible.

—No hace falta gracias —dije rechazando la oferta del tabernero. Me acerqué hasta la mesa y pregunté con cierta vacilación:

—Hola, ¿cómo estáis? Nos hemos conocido hace un rato en el funeral. ¿Os importa que me sienta en la mesa con vosotros?

La pareja sentada se miró entre sí y casi a dúo le contestaron señalándole una silla:

—Claro, claro. Siéntate.

Una vez sentado Mark y ante la expectación de la pareja, empezó a hablar:

—Tú eras Héctor, ¿verdad?

—Sí, igual que mi padre Héctor Deverís y esta es...

—Emily, Emily Belrieve, pero todos me llaman Emy —le dijo la joven de los ojos bonitos un tanto secamente. Un poco incómodo, Mark se dirigió a Héctor:

—A ver cómo os lo explico... Quería hablar con vosotros, porque no sé si sólo es un mecanismo de defensa ante un hecho que no se quiere aceptar, pero el caso es que me parece muy extraño el accidente en el que se supone que han perdido la vida mi tío y vuestro padre.

—¿En el que se supone...? ¿Eso qué es? ¿Algún tipo de broma? —replicó en voz alta y con genio Emy enarcando las cejas.

Héctor le puso la mano encima del brazo.

—Déjale que hable.

—A lo mejor me equivoco, pero es una sensación. No sé, simplemente no me creo que Fidel haya tenido un accidente. Era demasiado prudente para eso...

—Sí, pero había estado bebiendo y él iba conduciendo cuando tuvieron el accidente.

Ahora tuve claro por qué me había saludado tan secamente: Emily estaba convencida de que el responsable del accidente había sido mi tío Fidel, porque después de estar bebiendo había cogido el coche.

—Mi tío siempre tuvo desde joven o, al menos, eso me contó mi madre, una gran resistencia al alcohol, por lo que no creo que tuviera nada que ver. Por otro lado, me ha comentado el tabernero que habéis estado hablando con él hace unos minutos del incendio que causó la explosión del coche. Se trataba de un coche pequeño del que no ha quedado absolutamente nada reconocible. ¿Os parece normal una explosión de esa envergadura? —Héctor intervino.

—Sí, a mí también me parece extraño. ¿Qué clase de explosión hace prácticamente desaparecer un coche completamente? Lo que ha quedado del

coche son cuatro hierros retorcidos, así que imaginaos los cuerpos. No hay ningún resto. No ha hecho falta incinerar nada, ya estaba todo incinerado.

En ese momento se oyó el tono de un mensaje o correo de un móvil en una mesa cercana y Mark se acordó de la lista y la sacó al tiempo que con la otra mano desbloqueaba el móvil, y en silencio, bajo la atenta mirada de los hermanos, les decía:

—He estado en la casita en el pueblo donde vivía mi tío y he encontrado esta lista que estoy seguro la ha dejado donde lo ha hecho, porque sabía que yo la encontraría.

Les explicó la incongruencia de la lista mientras intentaba abrir el correo. Como no lo tenía configurado en el móvil, tuvo que entrar en la web de Google y cuando consiguió introducir la contraseña. Empezaron a entrar correos, sobre todo spam y publicidad. Héctor se había levantado y estaba atendiendo una llamada, mientras Emy le miraba atentamente, todavía con el ceño ligeramente fruncido.

Cuando finalmente terminaron de entrar todos los correos de la cuenta, los labios de Mark empezaron a dibujar una sonrisa ante la cada vez más extrañada mirada de Emy, que con genio le espetó:

—¿Se puede saber qué es lo que te hace gracia?

Sin decir palabra, Mark giró la pantalla del móvil y se lo acercó para que pudiera verlo.

—¿Qué se supone que es esto?

—Mira el tercer correo empezando por el último recibido. —Emy se acercó aún más el *smartphone*.

—¿Cuál? ¿El que te envía *semperfidelis@gmail.com*, con el asunto *Nihil est quod videtur*?^[15]

—Sí. Ese correo es de mi tío, mira la fecha.

Tras observar detenidamente la cabecera del correo, y ya cambiando su expresión por otra de curiosidad, preguntó:

—El correo es del día 19 de julio. Y, ¿qué me quieres decir con eso?

Nada más hacer la pregunta se dio cuenta de lo que la fecha significaba y de lo que implicaba.

Empezó a mirarme con los ojos cada vez más abiertos. Mientras yo asentía

con la cabeza, ya sonriendo abiertamente, contesté a su pregunta:

—Efectivamente, te has dado cuenta, ¿no? El correo está fechado un día después de la fecha del supuesto accidente.

—Pero, entonces...

—Entonces, Fidel no pudo morir en el accidente y, si él no lo hizo...

—...mi padre puede estar vivo, ¿no?

Los ojos de Emily se habían llenado de lágrimas y con un movimiento reflejo había dejado caer su mano encima de la de Mark mientras le hacía la retórica pregunta.

Tras unos segundos, pegó un salto de la silla y dio una carrera hasta la puerta del local donde estaba Héctor, que la vio venir un tanto extrañado. Le agarró de los hombros y, mientras le miraba con ojos brillantes por las lágrimas, le dijo en voz baja, pero llena de intensidad:

—Papá está vivo. Ven, corre, ven.

Agarrado de la mano, lo trajo de vuelta a la mesa, donde Mark, que acababa de leer el correo, mostró el móvil a Héctor. Tras los segundos que necesitó para procesar la información, todavía sin creérselo, Héctor preguntó:

—Y esto no será una broma de mal gusto, ¿no? ¿No podría haberlo escrito otra persona? ¿Qué dice el mensaje?

Mientras negaba con la cabeza le contesté:

—Con el asunto es suficiente: “Nada es lo que parece”. Para mí es más que significativo, porque conozco bien la forma de pensar de mi tío. Él tenía claro que, cuando yo leyera el mensaje, sabría que no estaba muerto.

—Vale, puede que tengas razón, pero ¿por qué hacernos sufrir de la manera que lo han hecho? No lo entiendo.

—Tengo que volver a la casa de mi tío y mirar entre sus papeles. Conociéndole, seguro que me ha dejado información en algún sitio.

Héctor, cuyo móvil empezó a sonar de nuevo, empezó a levantarse mientras decía:

—Yo me tengo que acercar urgentemente al cortijo. Hay un problema en la excavación en Iznik y tengo que hacer un *Skype* con el encargado.

Sin casi dejarle terminar, Emily, mirando a los ojos a Mark y ya con un tono de voz totalmente diferente al que había tenido sólo unos minutos antes, le

preguntó:

—Si quieres, puedo ir contigo hasta la casa de tu tío y te ayudo buscar lo que sea... a no ser que prefieras ir solo.

—No, no. Vale, encantado. Nos podemos ir juntos y luego nos vemos con Héctor y ya le contamos.

[15] Nada es lo que parece.

5. Conventio

Pérgamo, año 311 d. C.

Ya en el mes de *Ianuarius*, cuando Blasius, mi nuevo amo, me trajo a Pérgamo como esclavo, se dio cuenta de que yo no era como los demás *servi literati* y que probablemente había hecho el mejor negocio de su vida conmigo, cuando me había comprado al hispano, que fue mi anterior amo. En aquel momento tuvo ciertas reservas por el alto precio que tuvo que pagar por mí, pero en la primera ocasión que hizo uso de mis servicios como escriba, comprobó satisfecho, que no sólo no se había equivocado, sino que había hecho una muy buena inversión.

Había llegado a un acuerdo con un comerciante africano, del que no se fiaba demasiado, por lo que me pidió que tomara nota de lo que habían acordado y lo intentara reflejar en una *conventio* o contrato por escrito, del cual me había dado un modelo redactado por un jurista romano de prestigio, que ya había usado en otras ocasiones.

El acuerdo con el comerciante africano mencionaba múltiples derechos y obligaciones de cada parte, por lo que su extensión hacía prácticamente imposible transcribirlo en su totalidad, al menos por un escriba que siguiera alguno de los sistemas clásicos de transcripción. Después de haber concluido el acuerdo y antes de marcharse con el africano, Blasius me encargó que le hiciera la copia en limpio para revisarla por la tarde.

Cuando volvieron, le entregué una reproducción completa y ordenada de prácticamente todo lo que habían dicho y querido reflejar en la *conventio*.

Blasius, un tanto perplejo, no hacía más que examinar el documento y mirarme. Después de unos minutos de lectura, entornando ligeramente sus ojillos de cerdo, esbozó la mínima de las sonrisas, mientras me dijo en voz queda, como para que no le oyera nadie:

—Bien, Lisandro, bien. No sé cómo lo has hecho, pero has reflejado en la *conventio* prácticamente todo lo que el africano y yo hemos acordado. ¿Cómo has podido hacerlo? Te aseguro que tú y yo vamos a hacer muchas cosas juntos y, si eres fiel y cumples como hoy con tu trabajo, tendrás tu recompensa, esa recompensa que todos los esclavos ansiáis.

Aunque quería haber mantenido en secreto mis habilidades, al menos durante un tiempo, quedó claro que mi intención se había visto superada por el deseo que siempre tenía de hacer lo que sabía hacer y hacerlo bien. Así fue como hice conocida, al menos para mi amo, esa habilidad mía que tanto condicionaría mi vida en el futuro.

Toda mi familia, en concreto, mi padre y su hermano, y mi abuelo, habían aprendido el arte del escriba en la famosa escuela de Egina, que fue fundada por el ateniense Polisteo, que a su vez también provenía de una familia muy antigua de escribas.

Por lo que nos contó mi abuelo, uno de los antepasados de Polisteo había trabajado en Puteoli, un pueblo de la costa italiana al servicio de Marco Tulio Tiro, que primero fue esclavo y después, una vez que fue manumitido^[16], ya convertido en liberto, continuó trabajando como secretario personal y amigo de Cicerón.

Al tener Tiro, como tarea principal, que tomar nota de todos los discursos de Cicerón, para facilitarse su propio trabajo y conseguir resultados que gustaran a su amigo más que amo, inventó un sistema que desde entonces se llamó *annotationes tironianae*^[17], mediante el cual y valiéndose de signos más sencillos que los de la escritura normal, se podía conseguir escribir tan deprisa como hablara el orador mientras hablaba, para después, ya con calma, transcribir con detalle todo lo captado.

Fue este sistema el que Polisteo aprendió y después nos transmitió a todos los escribas de la escuela egineta.

Y gracias al sistema inventado por Tiro, había podido yo transcribir casi literalmente todo lo que Blasius y el mercader africano habían hablado para reflejarlo en la *conventio*, con la consecuente gran alegría de mi amo, que veía en mi habilidad la posibilidad de una interesantísima fuente de ingresos.

[16] Acto solemne por el que se daba la libertad a un esclavo.

[17] La primera forma de taquigrafía de la historia inventada por Tiro, esclavo de Cicerón.

6. Capilla menor

Algatocín, Ronda (Málaga), 20 de julio de 2016

Emily sonrió internamente cuando Mark le abrió la puerta del coche en un gesto que sus amigas habrían tachado de micromachismo, pero que a ella en realidad le gustó. Mientras salían del aparcamiento de la venta, se fijó de reojo en él. Alto y moreno, con el pelo casi castaño y ligeramente rizado, tenía un perfil muy grecorromano, un tanto duro, que contrastaba con sus ojos, de un color miel oscura que le daban un cierto carácter de ternura, al menos en apariencia. Podía decirse que era un hombre guapo. Ya en la carreterilla que iba hacia el pueblo, le preguntó:

—¿Y a qué te dedicas, Mark? No sé de dónde lo he sacado, pero tengo la idea de que eres abogado.

—Sí, he estado trabajando en un bufete en Valladolid varios años y la verdad es que me estoy planteando la posibilidad de cambiar de aires, venirme al Sur e intentar instalarme por mi cuenta. Y vosotros, ¿a qué os dedicáis? ¿Trabajáis con tu padre?

—Los dos trabajamos con Héctor. Estábamos en Iznik, un pueblo de Turquía, cuando tuvo lugar el accidente. Yo soy arqueóloga y me encargo del trabajo de campo en las excavaciones y Héctor es especialista en filología latina, semítica y, en definitiva, lenguas antiguas.

—Si te apetece, podías contarme cosas de tu trabajo. Siempre me ha parecido muy interesante. El problema es que los profanos en vuestra materia tenemos unas ideas demasiado estereotipadas, acerca de lo que es la

arqueología. Para muchos es como una mezcla de información de los documentales sobre Egipto y las películas de Indiana Jones. Cuéntame, ¿qué es lo que más te gusta de tu trabajo?

—Pues el poder reconstruir cómo era la vida hace cientos, incluso miles de años, a partir de unos restos que en apariencia no dicen nada. Siempre me pareció como hacer magia... Lo que está claro es que el trabajo de un arqueólogo poco o nada tiene que ver con la idea que tiene la gente. Es un trabajo que tiene distintas fases hasta llegar a un descubrimiento y la verdad es que hay fases que, a no ser que te guste mucho lo que haces, pueden ser muy aburridas y, en ocasiones, muy duras e, incluso, peligrosas.

—Bueno, pero por lo menos estoy seguro de que será bastante más interesante que el mío. Está claro que en todos los trabajos por mucho que te gusten hay momentos tediosos y aburridos, pero últimamente yo no estoy nada contento con el mío.

—¿Estás especializado en algo?

—Últimamente llevo casi un par de años dedicándome al derecho penal, en concreto, delitos económicos. Pero quizá por eso, porque no me gusta, estoy casi decidido a cambiar de aires. Además, el bufete en el que trabajaba es de quien iba a ser mi suegro.

—Ah, ¿entonces estás casado?

—No, no. Vivía con Helena, la hija de mi jefe, pero la convivencia cada vez era más desastrosa y decidimos separarnos.

Los ojos de Emy brillaron durante un segundo y continuó:

—Pues yo, soy una enamorada del Sur. Yo no podría vivir en un sitio de interior sin ver el mar cada día o, al menos, tenerlo cerca. Estoy segura de que te irá bien si te quedas en el Sur. Por cierto, ahora que lo pienso ¿qué más decía el mensaje de tu tío? Porque nos quedamos con la fecha y el asunto, pero me imagino que te diría algo más, ¿no?

Mark, que iba conduciendo, miró hacia delante y vio una entrada a un camino a la derecha y frenó para poder parar. Cuando el coche estuvo fuera de la carretera, sacando de nuevo el *phablet*, tras ponerlo en horizontal, se lo pasó a Emy diciendo:

—Mira, léelo tú misma.

Emy leyó en silencio durante un par de minutos:

«Querido sobrino:

Si estás leyendo este correo, es probable que hayas tenido que pasar por el mal trago de mi entierro. Antes de seguir, te reitero: “Nada es lo que parece”.

Como último familiar mío que eres, necesito sincerarme contigo, ya que no puedo hacerlo con nadie más en quien confíe, aparte de mi buen amigo Héctor Deverís, que ya sabe todo sobre mí.

Cómo bien sabes mi vida ha tenido un curso un tanto irregular ya desde mi juventud. El empezar a estudiar física, a pesar de que lo dejé sin llegar a terminar la carrera, me provocó una serie de inquietudes que sólo empezaron a calmarse en contra de toda lógica científica, cuando entré en el seminario y empecé a estudiar teología y después historia. La religión consiguió imprimir a mi fogoso carácter una cierta tranquilidad, que antes no tenía y a mi intelecto, el gusto por la reflexión y la

contemplación del universo desde un prisma que iba más allá del puro empirismo, que a veces me parecía insuficiente para explicar la grandeza y belleza del cosmos.

Fue cuando ya había sido ordenado como sacerdote que como periódicas migrañas empezaron a acecharme los momentos de duda. Estaba claro que mi formación científica me hacía condicionar no subconscientemente como habría querido, sino con plena consciencia, la inflexibilidad de los dogmas de la iglesia a la realidad del mundo físico.

Como ya hemos comentado en alguna ocasión, fue precisamente mi actitud lo que motivó al obispo a enviarme a esta especie de retiro a Algotocín. Desde que llegué a este pequeño pueblo al que tanto cariño he tomado, sin poder remediarlo he tenido mis mayores crisis de fe, estando incluso, en varias ocasiones, a punto de colgar los hábitos, porque, querido sobrino, creía que había perdido la fe y casi llegué a perder la razón.

Pero precisamente en ese momento, como enviado por los dioses del destino, apareció un viejo amigo que conocí hace muchos años, mientras hacía un curso monográfico sobre paleografía latina en Roma, Héctor Deverís.

Él entonces era ya arqueólogo y estaba empezando su carrera que, como puede que sepas, le ha ido encumbrando hasta llegar a ser una de las máximas autoridades en paleografía romana del mundo. El año pasado, Héctor compró un cortijo muy cerca del pueblo con intención de retirarse aquí y lo renovó por completo. Desde entonces retomamos con gusto la amistad que habíamos comenzado en Roma y desde hace casi un año nos hemos estado viendo a diario por las tardes, o bien en la venta, o en mi casa o en la suya. Te preguntarás por qué te doy tantas explicaciones sobre Héctor. Ten un poco de paciencia y enseguida verás por qué.

A medida que fuimos intimando, Héctor empezó a hacerme partícipe de todos sus descubrimientos, y muy en especial del último

que había hecho en Iznik, ciudad situada en el noreste de Turquía y que en la época romana tardía se llamaba Nicea.

Pero creo que mejor que resumirte el descubrimiento hecho por Héctor, que tanto va a cambiar nuestra percepción de cómo nos han contado la historia, es preferible que lo veas y escuches tú de primera mano. Estoy seguro que los hijos de Héctor te van a ayudar. Busca en: F E V P X R D P K V C D.

¡No tengo duda alguna de que encontrarás lo que he dejado para ti!

*Tu tío, que te quiere y te querrá siempre,
Fidel».*

—*Pronto, Congregazione per la Dottrina della Fede, ¿qui parla?*

—*Dígale, por favor, a monseñor Bockig que me llame al teléfono 652656565 en los próximos 30 minutos.*

—*Excusi, perdón, pero ¿quién es usted?*

—*Alfredo Denese.*

—*Me puede repetir el número, por favor.*

Unos 10 minutos después, Alfredo recibió la llamada del secretario del dicasterio más importante de la curia romana, monseñor Bockig, que de forma cortante le preguntó.

—*¿Lo ha conseguido?*

—No, todavía no. Después del accidente hemos registrado minuciosamente la casa de Fidel, el sacerdote, y no hemos encontrado absolutamente nada que nos pueda indicar dónde está.

—¿Y en la casa de Deverís?

—Tampoco. Acabamos de registrarla y hemos hecho copia del contenido de dos portátiles y un PC. Ahora están examinando los ficheros uno por uno.

—No me interesan los detalles. Me imagino que sabes perfectamente lo que nos estamos jugando. Llámame cuando lo tengas. Haz lo que sea necesario para conseguirlo. Tenemos que encontrarlo como sea antes de que los *áureos* le pongan la mano encima.

Durante unos segundos Emily se quedó con el *smartphone* en las manos, mirando a Mark. El detalle de haberle dejado leer un mensaje tan personal como el que le había dejado su tío le había impresionado. Es más, podía decir que, no esperándosele, le había gustado mucho. Este podría perfectamente ser el primer paso para establecer un lazo de confianza entre los dos, que subconscientemente deseaba. ¿O el deseo era consciente? Con un ligero cosquilleo en el estómago, le devolvió el móvil.

—Gracias por haberme dejado leerlo. Es un mensaje muy personal y no tenías por qué...

—No pasa nada. Creo que cuando le conozcas, te gustará Fidel —contestó Mark mientras arrancaba de nuevo el coche y se reincorporaban de nuevo a la carreterilla.

Llegaron en silencio al pueblo y, ya sentados en las desvencijadas sillas de la casa de Fidel, con libreta y lápiz por delante, Mark empezó a explicar mientras escribía:

—El mensaje que ha dejado mi tío: F E V P X R D P K V C D. ¿A qué te suena?

—No sé, pero parece una especie de cifrado tipo César, ¿no?

—Exactamente. Es el sistema más sencillo de cifrado, que ya se usaba en tiempo de los romanos.

—Sí, pero el problema será saber cuál es el número que se suma a cada letra para conseguir el mensaje. ¿Tú sabes cuál es el número?

—Sí, lo usábamos cuando yo estaba todavía en el colegio. Lo primero que hacíamos era relacionar cada mensaje cifrado con la sucesión de Fibonacci y después introdujimos otra variable.

—¿Cómo? Anda, explícamelo —dijo Emy sonriendo con los ojos a la vez que se sentaba junto a Mark, que se quedó mirándola durante un par de segundos antes de contestar:

—Lo primero que hicimos para que no resultara tan sencillo de descifrar fue establecer como convención que las cinco primeras letras de cualquier mensaje tendrían como correspondencia sus posiciones en el alfabeto, restadas respectivamente de los cinco primeros números de la sucesión de Fibonacci, empezando por el dos, es decir que usaríamos el 2, 3, 5, 8, 13.

—Vamos a hacerlo en el papel y a lo mejor así lo veo más claro.

—Vale. La primera letra, la que equivale a la F del mensaje, la encontramos saltando dos letras hacia atrás, es decir, que será la C. ¿Cuál crees tú que será la que corresponda a la E, que es la segunda?

—Para encontrar la que esconde la E debemos saltar tres lugares hacia atrás, o sea: la A.

—Correcto. Haciendo lo mismo con las siguientes tres, tendríamos ya las cinco primeras letras del mensaje: CAPIL.

—Vale, pues sigamos, ¿no?

—Aquí es donde introdujimos una pequeña variante. Para poder saber a qué letra del alfabeto corresponde la 6ª letra de cada mensaje cifrado, hay que dividir la posición de esa letra en el alfabeto por la razón áurea y redondear en exceso.

¿Cómo?

—En este caso, la primera 6ª letra es la R, que ocupa en el alfabeto la posición 19, ¿de acuerdo?

—Sí, sí.

—Vale, pues dividimos 19 por 1,618, que es la razón áurea, y nos da 11,74. Al redondear en exceso, el 12, o sea...

—¿La L?

—Correcto. Yo ya lo tengo hecho, y una vez que se hace lo mismo con todas las letras, llegamos al mensaje final que dice: CAPILLA MENOR.

7. Nicomedia

Pérgamo, año 311 d. C.

Unas semanas después de mi última visita a la colina en la que me sentía libre me levanté del *triclinium* reservado a clientes en el que estaba recostado, algo que nos tenía prohibido Blasius. Era ya la hora undécima y estaba a punto de cerrar nuestra *libraria* o *scriptorium*, como a nuestro amo le gustaba llamarlo. Era casi la última obligación de la jornada que me correspondía hacer todos los días personalmente, pero hoy Sextus, uno de los escribas, que se había incorporado recientemente a la *libraria*, me había pedido que esperara un poco para cerrar, porque estaba terminando el último capítulo de una copia de *La Eneida* de Virgilio para un cliente que vendría al día siguiente.

Mientras con un paño húmedo limpiaba un poco el polvo de las mesas, oímos un ruido en la puerta y de repente, como un torbellino, entró Blasius, el amo, que sin dejar de andar me dijo, mientras se enjugaba el sudor de sus orondas facciones:

—Lisandro, tengo muy buenas noticias para ti. Tienes que prepararte, porque mañana salimos de viaje.

—¿De viaje? Amo, pero... ¿a dónde?

Con una sonrisa de oreja a oreja, Blasius contestó:

—Nos vamos a ir a la ciudad más grande y bella que hayas visto.

—¿Cuál? ¿Roma?

—Roma es la capital del Imperio de Occidente y está muy lejos de

nosotros, pero Nicomedia es la capital del Imperio de Oriente y allí es donde vamos. Nuestro amado emperador Diocleciano hizo construir en ella los más bellos edificios y monumentos del mundo. No habrás visto nada igual en tu vida.

Dejando un poco de lado cualquier pregunta sobre las laureadas bellezas de Nicomedia, con cierta preocupación pregunté a Blasius:

—¿Y qué vamos a hacer en la gran capital del Imperio de Oriente, amo?

—No te preocupes, Lisandro. No te preocupes. Tú vas a seguir haciendo el mismo trabajo que haces aquí, pero vas a tener la inmensa suerte de entrar a formar parte del *collegium* de escribas del emperador. Eso sí, primero tienes que aprender la forma en que trabajan en la corte, ya no vas a ser un simple *servi literati*. ¡Tu vida va a cambiar a mejor!

Al darme cuenta de las implicaciones de lo que acababa de oír, sentí como un pinchazo en el corazón. Blasius era un buen amo y siempre nos había tratado bien. Además, me había prometido la posibilidad de llegar a ser liberto. Pero, si ahora me había vendido, ¿quién iba a ser mi nuevo amo? Y lo más importante, ¿podría llegar alguna vez a ganar mi libertad con ese nuevo y desconocido amo?

Blasius, con esa habilidad típica de los comerciantes que parecen leer el pensamiento del contrario cuando negocian, me miró y dijo con una gran sonrisa, que pretendía imbuir en mí la idea de la suerte que había tenido:

—No debes temer nada, porque tu nuevo amo va a ser el emperador, aunque tú trabajarás para el maestro de escribas. Si trabajas duro y cumples con todo lo que se te diga, ten por seguro que estarás incluso mejor que aquí.

Dos días después, ya que la intendencia para un viaje tan largo necesitaba una organización considerable, salimos un grupo de dos caballos, dos burros y un pequeño carro, con la intención de unirnos a una caravana de mercaderes que iba hacia el norte. Nos esperaba un viaje que sabíamos sería duro.

8. Pendrive

Algatocín, Ronda (Málaga), 20 de julio de 2016

Mark y Emy, tras descifrar el mensaje de Fidel, salieron inmediatamente por la calle mayor en dirección hacia la plaza en donde se encontraba la iglesia del pueblo.

Unos cien metros por detrás de ellos un joven con un aspecto en nada destacable les empezó a seguir.

La Iglesia, construida hacia 1550, era la más antigua de la Serranía de Ronda. De arquitectura bastante simple, parecía haber querido emular anacrónicamente el estilo románico. Tenía una nave central y dos naves laterales. La capilla mayor estaba bajo la bóveda de la nave central y en una de las naves laterales vieron dos pequeñas capillas: una profusamente adornada con una imagen de una virgen flanqueada por imágenes de santos y otra mucho más sencilla, en la que se veía un sobrio San Francisco de Asís con una pequeña cruz en su mano derecha y, como todo atavío, el oscuro hábito parduzco, típico de la orden franciscana.

Precisamente hacia esta capilla fue a la que se dirigió Mark, pero Emy le paró sujetándole del brazo mientras señalaba a la otra.

—Mira, en esa dice que es la capilla menor.

Con una sonrisa, él contestó:

—Tienes razón, pero como conozco a mi tío perfectamente, estoy casi seguro de que cuando mencionaba la capilla menor, se refería a la capilla mínima, y la verdad es que no hay menos en capilla que la que le han puesto al

pobre San Francisco. Estoy seguro de que es esa.

De un vistazo, Mark comprobó que en toda la iglesia solamente había un par de personas, una mujer mayor y un hombre de mediana edad con una chaqueta gris, que se acababa de sentar en uno de los bancos centrales. Susurrando, le dijo a Emy:

—¿Puedes vigilar por si acaso se levanta alguno? Yo voy a echar un vistazo alrededor de la escultura.

Ante su gesto de cabeza asintiendo, Mark retiró el banco de madera que estaba delante de la pequeña capilla y colocó a uno de los lados de la hornacina con cuidado los jarrones con flores para evitar que se rompieran con un movimiento brusco. Ya tenía únicamente enfrente la figura del santo apoyada sobre un pedestal similar a un cofre de madera; similar no, de hecho era un cofre de madera. Mark tuvo que levantar la escultura para a su vez poder tener acceso a levantar la tapa del cofre. Aunque la reproducción en escayola del santo no era demasiado grande, sí era pesada y tuvo que hacer un esfuerzo considerable para colocarla en uno de los lados sin tirar ninguno de los jarrones. Una vez que lo consiguió, se quedó mirando al cofre durante unos segundos antes de intentar levantar tímidamente la tapa. Cuando lo hizo, vio dentro una pequeña cajita de madera que sacó con cuidado.

Cerrado el cofre, colocado el santo y los jarrones de nuevo en su sitio, Mark se volvió para llamar a Emy al tiempo que extraía un pendrive de la cajita y, levantando el brazo, se lo enseñaba.

Emy oyó el último de una serie de clics sucesivos, que parecían provenir del resquicio que la puerta principal de la iglesia que había dejado entreabierta cuando entraron. Vio un momento la sombra de un hombre y, sin querer gritar, dijo:

—Eh, tú, ¿qué estás haciendo?

Salió desde donde estaba para intentar llegar a la puerta, pero Mark, que la miraba un tanto sorprendido, estaba en medio. Para cuando con cierta delicadeza le apartó y consiguió llegar, abrir la puerta y salir a la entrada de la iglesia, no pudo ver más que a un joven con el pelo largo, que mochila a la espalda se alejaba hacia el centro del pueblo.

Volviéndose hacia la entrada de la iglesia, de la que ahora salía un

extrañado Mark, contestó a la pregunta que con su inquisitiva mirada parecía querer hacerle:

—Había un chico haciéndonos fotos.

—¿Estás segura?

Cuando iba a contestar, empezó a sonar su móvil.

—Es Héctor. Dime Héctor, ¿qué pasa?

Mark vio como frunció el ceño antes de colgar y preguntó:

—¿Algún problema?

—Sí, Héctor dice que cree que ha entrado alguien en el cortijo.

—Pues venga, vámonos para allá.

Metiéndose el pendrive en el bolsillo y espoleado por un impulso no pensado, tendió la mano a Emy que, sin hablar, pero sin poder evitar esbozar una sonrisa, y para su asombro, ruborizándose ligeramente, se dejó llevar. Salieron rápidamente por la empedrada calle que iba hasta donde estaba el coche aparcado.

El hombre de la chaqueta gris, que había sido testigo de lo sucedido en la Iglesia se levantó sin prisa y salió de la misma. Vio como los dos jóvenes corrían calle abajo, pero no le preocupaba. El localizador GPS que había colocado en el coche del abogado le llevaría allá donde fueran.

El joven del pelo largo, con el auricular colgado de la oreja izquierda, preguntó:

—¿Ha visto las fotos?

—Sí, las he visto. ¿Has podido comprobar qué contenía la cajita que han encontrado?

—Sí, el tipo ha sacado un pendrive y se lo ha guardado en el bolsillo antes de salir de la iglesia.

—¿Puedes entrar en su habitación del hostel y encontrarla?

—Hecho.

El joven prefirió no decirle al sacerdote que le habían visto. Ya le había demostrado que tenía muy mal genio.

Diez minutos después, tras haber recorrido unos cuatro kilómetros, por la carreterilla de acceso al pueblo, Emy le indicó:

—Entra por el carril a la izquierda y será mejor que dejes el coche abajo. Con las últimas lluvias el carril hasta la casa no está para que lo suba este coche.

La verdad es que eso era precisamente lo peor del coche de Mark que, por otro lado era magnífico, pero era demasiado bajo y siempre rozaba con cualquier bache. Tuvieron que andar cuesta arriba unos cincuenta metros hasta la casa por el carril que estaba un tanto deslavado por las lluvias. La puerta estaba abierta y Emy entró directamente hasta el salón, donde Héctor estaba de pie junto a la mesa, examinando carpetas de documentación. Emy le dio un abrazo, mientras preguntaba:

—¿Qué se han llevado?

En vez de contestar, Héctor hizo un barrido lento con la vista, abriendo al final los brazos diciendo:

—A primera vista, no parece que hayan robado nada a no ser que vayamos descubriendo que nos falta algo, pero de lo que estoy seguro es de que han estado investigando en mi portátil.

Mark preguntó:

—Pero, ¿cómo sabes que han entrado en la casa? ¿Estaba la puerta abierta? ¿Había alguna ventana forzada o rota?

—No, no, no, pero estoy seguro que alguien ha estado mirando en mi portátil, porque está apagado y yo siempre lo dejo en suspensión y, además, tengo la manía de colocar el cable de red debajo del portátil cuando dejo de usarlo, y estaba suelto.

—¿Te importa que arranque el portátil un momento?

—No, no. Adelante.

Tras los 40 segundos habituales de inicialización, Mark preguntó a Héctor la clave. Se sonrojó ligeramente antes de decir:

—La verdad es que la clave que tengo puesta no es muy aconsejable, pero como sólo lo usaba yo, no veía necesario tener una clave más complicada. La clave es 4321.

Mientras desde detrás los hermanos le miraban, Mark tecleó a toda velocidad, entrando en el panel de control, herramientas del sistema, visor de eventos, seguridad y, tras mirar el reloj, repasó los registros de aquella mañana.

—Está bastante claro lo que han hecho. Han clonado tu disco duro. Y, además, por lo que veo tú eres administrador de una red interna con lo cual toda la información que hayas compartido o hayan compartido contigo, también la tiene quien haya hecho la copia del disco. Pero, ¿qué es lo que tenías en el portátil tan importante como para que lo hayan querido copiar?

Desde donde había parado, el hombre de la chaqueta gris podía ver perfectamente la casa de Deverís y el coche del abogado, aparcado al principio del carril. Sus órdenes eran simplemente vigilar e informar de todos los movimientos de los hijos de Deverís. El profesor le daría instrucciones cuando quisiera que interviniera. Probablemente, tendría que buscar el momento ideal para intentar acercarse a ellos de forma casual.

De momento se ajustó los auriculares y empezó a buscar la frecuencia del emisor, que había colocado en la casa para escuchar la conversación entre los jóvenes.

9. Rajothep

Año 311 d. C. Llegando a Nicomedia.

Nuestro viaje duró casi 18 largos días. Fue un recorrido agotador por las casi doscientas cuarenta millas romanas que separaban Pérgamo de Nicomedia, andando hacia el noreste, en el que nos pasó de todo. La mayor parte del trayecto era un terreno agreste y despoblado, a excepción de unos cuantos grupos de nómadas sardos que llevaban su ganado de un lado a otro, buscando el escaso pasto que salpicaba la llanura. Estaba claro que si no nos hubiéramos unido a la caravana de mercaderes que desde Mileto iban hasta la capital del Imperio, habríamos muerto en el camino. A la semana de marcha nos asaltó un pequeño grupo de nómadas rebeldes, entre los cuales me dijeron que había esclavos huidos, que habían hecho del pillaje en los caminos su forma de vida. Pero nuestra caravana llevaba treinta soldados, disciplinados y bien armados, que los rechazaron sin dificultad.

Cuando ya estábamos en el límite de nuestras fuerzas, divisamos no muy lejos las formidables e interminables murallas de piedra que rodeaban la ciudad. A simple vista, no se vislumbraba el final de los muros que estaban jalonados de torres de vigilancia cada medio estadio^[18]. El muro debía tener una longitud de varias millas y tenía a todo lo largo una altura de un poco menos de 30 pies^[19]. La ciudad estaba realmente preparada para resistir cualquier asedio.

El sol ya estaba alto cuando por fin nos dejaron entrar en la ciudad. Antes de poder hacerlo, los soldados revisaron todos y cada uno de los carros que

componían la caravana. Buscaban armas y obligaron a todos los carros a quedarse fuera de la ciudad hasta el día siguiente. Sólo una comitiva de mercaderes pudo entrar, junto con los cuales entró el grupo de Blasius, del que yo formaba la cola.

Pasamos a través del doble arco de piedra que soportaba la estructura del portón de entrada y empezamos a caminar hacia el centro de la ciudad.

La verdad es que me llevé una agradable sorpresa al comprobar que dentro de la ciudad se daba la regularidad de la construcción típica de las ciudades griegas, con las calles distribuidas de forma perpendicular entre sí, lo cual conseguía dar una gran sensación de orden. Pero a medida que seguíamos andando, lo helénico dejó paso a la clara influencia romana. Vimos a una obesa matrona reclinándose en una litera portada por varios esclavos nubios y una cuadrilla de oficiales de caballería que parecían de origen galo; en definitiva, lo que habríamos podido ver en cualquier ciudad romana importante.

A medida que nos acercábamos al ágora vimos una gran piedra que parecía estar en el centro geométrico de la ciudad, encima de la cual los pliegues de los ropajes de una mujer hermosamente esculpida parecían ondear al viento. El escultor había conseguido imprimir un movimiento cercano a la vida a la escultura, que no era más que una imagen de la *Mater Matuta*, la madre de los buenos auspicios y diosa de la fertilidad y el principio de las cosas.

A los pies de la escultura, un hombre con la cabeza rapada y una túnica amarilla cruzada por encima de su brazo desnudo, nos estaba esperando. Tenía los ojos pintados con *kohl* al estilo egipcio y junto a él estaban dos jóvenes que parecían esclavos, que nos miraban con curiosidad. Al llegar a su altura, nos saludó:

—Blasius de Pérgamo, permíteme que te dé la bienvenida a la ciudad de Nicomedia, capital de nuestro amado imperio. Mi nombre es Rajothepe y soy el maestro de escribas de nuestra maravillosa ciudad.

Girándose ligeramente, se me quedó mirando durante unos segundos en lo que parecía un intento de evaluación. Su mirada era hambrienta, como queriendo absorber con ella todo lo que mi pobre persona pudiera ofrecer.

Finalmente, decepcionado por no haber aprehendido lo que pretendía, o quizá decidiendo dejar la evaluación para otro momento, me dijo:

—Estoy ansioso por comprobar los conocimientos que tu amo dice que tienes. Venderlos, desde luego, los ha vendido muy bien.

Aun habiéndose dirigido a mí, estaba claro que no esperaba una contestación, ya que inmediatamente, volviéndose hacia Blasius, como arrepintiéndose del tiempo que me había dedicado, le dijo:

—El gobernador ha pedido que vayáis a su casa, donde os darán de comer. Y a ti, Blasius, te acompañarán a las termas. Luego hablará contigo y formalizareis la *traditio*^[20] del esclavo. Él es quien actúa en nombre del emperador.

[18] Medida de longitud equivalente a 185,12 metros.

[19] Equivalentes a unos 8 metros de altura.

[20] Acto por el que se entrega una cosa. En derecho romano, con ella se perfeccionaba la entrega del esclavo.

10. Ichthus

Cortijo Familia Deverís – Algatocín, 20 de julio de 2016

Tras unos segundos, durante los cuales nadie contestó a la pregunta que Mark había dejado en el aire, Emy le preguntó:

—Oye, ¿y el pendrive que encontramos en la iglesia?

Mark inmediatamente lo sacó e insertó en el portátil de Héctor. En la memoria USB sólo había un archivo de vídeo en el que clicó. De repente, apareció en la pantalla la imagen de Héctor Deverís y su hijo Héctor, que no se lo esperaba, se dejó caer en una de las sillas. Emy, al verle, se llevó una mano a la boca. Pero no les dio tiempo para más manifestaciones, ya que la imagen empezó a hablar:

—Mis queridos hijos, si estáis viendo este vídeo, lo primero que quiero hacer es pedir os perdón. Pediros perdón por haberos hecho creer que Fidel y yo habíamos muerto, pero era la única manera de que los *Milites Dei*, por un lado, y los *áureos*, por otro, nos dejaran en paz. Fidel me convenció para que lo grabara y él lo escondió de forma que estaba seguro de que su sobrino Mark lo encontraría. Para explicar os en pocas palabras cómo hemos llegado a esta situación, os puedo decir que la culpa de todo la tiene un maravilloso pergamino de un valor incalculable para nosotros como arqueólogos y paleógrafos, y de importancia difícil de imaginar para toda la cristiandad y por ende también para el islam. Como sabéis, a lo largo de los últimos años en las excavaciones de Iznik, hemos hecho una serie de descubrimientos importantes, pero no transcendentales. Pero lo que no sabéis es que Hamil, el

encargado de la excavación, encontró por pura causalidad en la parte de atrás de la tienda de trabajo, la entrada a un antiguo túnel, que estaba perfectamente camuflada detrás de un macizo de jérguenes espinosos. No se lo comentó a nadie más que a mí, con lo que el día de descanso de los trabajadores aprovechamos que estábamos solos en la excavación para entrar. Curiosamente, el túnel no parecía natural, sino obra de la mano del hombre, al estilo de los túneles de Derinkuyu, un poco más hacia el centro de Turquía. Anduvimos por un corredor de escasa altura en dirección norte unos 50 o 60 metros, hasta que para nuestra total sorpresa desembocamos en una sala cuya belleza y amplitud nos dejó sin habla durante unos segundos. La sala tendría cerca de quinientos metros cuadrados, con un pequeño estanque natural en uno de los lados al que se oía le entraba una pequeña corriente de agua. Y, sin embargo, no había sensación de humedad. Estaba claro que la cueva tenía algún tipo de ventilación. En la bóveda observamos, como si fueran estrellas brillantes, puntos del techo de la cueva por los que se colaban los rayos de luz solar. A pesar de que he entrado en muchas cuevas, en aquel momento pensé que aquella, sin ser la más grande, sí era una de las más bonitas que había visitado. Empezamos a recorrerla en toda su extensión. Nos sorprendió descubrir una serie de bancos claramente tallados en la arenisca, ya que no era piedra lo que constituía la parte baja de la cueva. Unos minutos después todo quedó claro, cuando encima de uno de los bancos tallados, vimos un símbolo tallado de forma un tanto rudimentaria: era el *Ichthus*.

Mark presionó la barra espaciadora del teclado haciendo que el vídeo se detuviera, mientras decía:

—Me imagino lo que es, pero no estoy seguro.

Héctor se adelantó a Emy que iba a tomar la palabra.

—Sí. Si lo vieras, estoy seguro de que lo conocerías. No es más que el símbolo del cristianismo primitivo, el típico dibujo en forma de pez.

—Pero el nombre era también un acrónimo de algo, ¿no?

Ahora ya fue Emy la que se adelantó:

—Sí, es un acrónimo en griego. El significado del conjunto es Jesús Cristo, Hijo de Dios, Salvador. Anda, dale al play, que sigamos escuchando

Héctor Deverís padre empezó a hablar de nuevo:

—Primero, los bancos tallados y luego el *Ichtus* daban claramente a entender que aquella cueva había sido uno de los lugares en los que los cristianos se ocultaron durante las persecuciones de Diocleciano. Como ya sabéis, Galerio, al que después Diocleciano daría el título de César, fue el que realmente empujó a éste a dictar los decretos de persecución de los cristianos. El motivo, como siempre, fue político: los seguidores de la secta cristiana no hacían más que aumentar, incluso entre los propios miembros del ejército, que iban abandonando el culto a Mitra. Diocleciano era un conservador de las tradiciones romanas y no quería que aquella secta sin sentido quitara protagonismo a la historia y al futuro del nuevo Imperio romano que él estaba construyendo. Por eso, y aunque no estaba personalmente de acuerdo con la crueldad con la que Galerio la llevó a cabo, autorizó la persecución de cristianos más sangrienta de la historia. Sentados en uno de aquellos bancos, mientras soñábamos despiertos sobre el pasado y bebíamos un trago de agua, nos sorprendió ver un haz de luz solar concentrado, que incidía sobre una roca justamente frente al lado norte de la laguna. Como no podía ser de otra manera, la curiosidad nos llevó a acercarnos a la zona que iluminaba la luz de los últimos rayos de sol del día y me di cuenta que un trozo de roca o arenisca como de unos 40×40 centímetros tenía un color muy ligeramente distinto del resto que lo circundaba. De hecho, la arenisca tenía una veta a todo lo largo de la parte baja que, sin embargo, se interrumpía en aquel punto. La palpé con los dedos y, al presionar ligeramente, se cayó un trocito de la arenisca solidificada. En aquel momento, empezó a irse la luz solar que lo iluminaba. No había tardado más de unos minutos en dejar de iluminar ese trozo de pared así que saqué y encendí mi linterna y Hamil siguió arañando la arenisca con su martillete. La parte exterior se deshacía muy fácilmente y después de unos minutos, cuando habíamos hecho una cavidad con forma cuadrada, aceptablemente regular, de unos 5 centímetros de profundidad, para nuestra sorpresa vimos empezar a aparecer una especie de piedra blanca totalmente lisa. Ya un poco nervioso, y sintiendo esas mariposas en el estómago que conocéis bien, seguimos excavando hasta que quedó claramente a la vista toda una placa de mármol blanco, un tanto oscurecido por el paso del tiempo. Excavando ya más frenéticamente, llegamos a los bordes de la placa que

tendría unos 40 centímetros de lado. Con el corazón acelerándose por segundos, y un poco de esfuerzo, conseguimos despegar la placa. En ese momento creo que sentía algo parecido a lo que Schliemann sintió cuando atisbó el primer colgante del tesoro de Troya.

Al quitar la placa de mármol, me desencanté, porque vi el hueco lleno, pero enseguida me di cuenta que era un relleno de unas piedrecitas casi en polvo. Al ir sacándolas, fuimos dejando a la vista algo que parecía envuelto en cáñamo. Unos minutos después retiraba los restos de hilatura de cáñamo que rodeaban una vasija grande y extraña. La vasija era, en esencia, del tipo que se usaban habitualmente en la época romana para contener el aceite o el vino en las casas, pero de forma bastante rara. Tendría unos 40 centímetros de alto y capacidad de unos 3 o 5 litros, pero estaba achatada y completamente esmaltada. Por el peso, me daba la sensación de no tener líquido alguno, lo cual no casaba mucho con el hecho de que tenía la boca totalmente sellada con algún tipo de tapón. Otra cosa que me extrañó sobremanera fue la dimensión de la boca de la vasija, que era bastante desproporcionada con respecto al cuerpo. Era excesivamente grande.

Salimos del túnel con la vasija y nos fuimos directamente a la tienda de trabajo. Ni siquiera cerramos la cremallera, porque creíamos que no había nadie en el campamento, aparte del guarda Abdullah, que nos pudiera ver. Pero los hechos nos han demostrado que estábamos equivocados. Después supimos por su repentina desaparición que necesariamente tuvo que ser Tárkan, un joven arqueólogo, el que fotografió la vasija y dio la información a los *Milites Dei* o a los *áureos*, o a los dos.

—¿Qué es eso de los *Milites Dei* y los *áureos*? —preguntó Mark parando el vídeo.

11. Zenón

Año 311 d. C., Nicomedia.

No tuve mucho tiempo para descansar, ya que después de comer unas algarrobas secas encima de un plato de *puls*^[21], que nos dieron en un pequeño patio en la parte trasera de la casa de alguien principal, Rajotheop me pidió que me fuera con él. Mientras tanto, Blasius se relajaba en las termas y al día siguiente viajaría de vuelta a Pérgamo, satisfecho por el negocio que había hecho con mi venta.

Rajotheop me llevó a través de la ciudad. No pude por menos que sentirme bien entre los majestuosos monumentos y edificaciones que había por todas partes, que tanto se parecían a los que en Atenas había por doquier. Aunque sin duda eran de dimensiones más reducidas, me recordaban a mi querida patria.

Cuando llegamos al palacio residencia del emperador, Rajotheop me llevó directamente al salón de escribas, que estaba justamente detrás del salón de los jurisconsultos y el gran salón, donde según me contó Rajotheop, el emperador o alguno de sus delegados despachaban cuando no estaban de campaña.

En el *scriptorium* había unas 10 o 12 mesas con todos los útiles de escritura habituales repartidas por la habitación. Cuando entramos, parecía estar esperándonos un hombre alto, con el pelo blanco muy largo. Rajotheop me lo presentó como su maestro Zenón.

Cuando vi sus vacilantes andares, y que cuando a medida que iba llegando

hasta donde estábamos extendía su mano poniéndomela sobre la cabeza, me di cuenta de que Zenón apenas podía ver. Efectivamente pasó sus dedos por mis facciones en la forma en que suelen hacerlo los ciegos para conocer a una persona. Aunque sus ojos eran azules, parecían estar cubiertos de una telilla blanca que les daba la sensación de frialdad y vacío. Sin esperar más, Zenón me pidió que me sentara en cualquier mesa y cogiera el cálamo y un papiro.

Un tanto desubicado hice lo que me dijo y él empezó sin espera ni introducción alguna a dictar. Lo que me leyó fue la *Promulgación de la diarquía de Diocleciano*: cuando el emperador Diocleciano llegó al poder, el Imperio romano era de tales dimensiones que consideró que para hacer viable el gobierno del mismo, este se debía dividir en dos partes: Imperio de Occidente e Imperio de Oriente, nombrándose a un emperador para cada uno, asistido por un César.

Una vez hubo Zenón terminado de dictar, me preguntó mirándome fijamente a los ojos de una forma que parecía querer traspasarme con la mirada:

—Joven, escribe, ¿podrías repetirme todo lo que te he dictado a partir de tus notas?

Dejando de un lado la modestia, le contesté que sí. Se quedó callado durante unos segundos hasta que me dijo:

—Bien, estoy esperando.

Durante unos 15 minutos estuve leyendo de mis notas en voz alta. Leía de forma un poco lenta, ya que tenía que ir interpretando las terminaciones y los comienzos de palabra en que se basaba mi sistema de transcripción. Pero cuando fui capaz de leer en voz alta la introducción completa del acta de fundación de la diarquía, tal y como me la había dictado Zenón, este con una gran sonrisa me dijo:

—Bien, bien, Lisandro. No sé cómo lo haces, pero está claro que tienes un puesto entre nosotros y, a poco que pongas de tu parte, podrás llegar a ser uno de los escribas oficiales del emperador. Has de saber que es un honor que difícilmente se consigue. Incluso, muchos libertos lo intentan sin lograrlo.

Dirigiéndose a un esclavo nubio, que estaba en la puerta de la sala, dijo

—Lleva al nuevo escriba a la cocina, que le den algo de carne y enséñale dónde va a dormir y que le den túnica y *caligae*^[22] .

Al día siguiente me encontré de nuevo en la sala de escribas sentado en la mesa principal de trabajo con otros cuatro escribas. Todos eran, como mínimo, diez años mayores que yo y todos me miraban furtivamente con cierto recelo. Yo no sabía qué era lo que íbamos a hacer, pero enseguida lo averigüé. Zenón entró en la sala apoyándose en el hombro de Rajotheop y siguiéndoles llegaron dos jóvenes con toga que Zenón presentó.

—Estos dos jóvenes son ayudantes del jurisconsulto Atilano, que ha redactado el edicto que mañana será aprobado por el emperador. Lo van a leer en voz alta. Procurarán hacerlo despacio para que podáis transcribir hasta la última palabra de lo que digan.

[21] Especie de sopa hecha con cereales hervidos. La variante pobre eran los cereales simplemente mojados con agua.

[22] Calzado romano típico, híbrido entre sandalia y zapato.

12. Resina y cal

Algatocín, Ronda (Málaga), 20 de julio de 2016

Tras ahuecar su roja melena con los dedos, Emy se quitó las gafas y empezó a masajear el puente de su nariz. Después contestó la pregunta que Mark había dejado en el aire:

—Saber, no sé lo que es, pero lo de los *Milites Dei*, que en latín significa «Los soldados de Dios», suena un tanto a secta ultracatólica de fanáticos chalados. En cuanto a lo de los *áureos*, no tengo ni idea de lo que significa.

—Entonces, tenemos medio claro que hay alguien, posiblemente relacionado con la Iglesia, que está interesado en el códice que vuestro padre ha encontrado y, además, hay otro grupo, secta o lo que sea, que también lo quiere. Parece que va cobrando sentido el que tomaran la decisión de desaparecer.

—Dale al play, anda —le pidió Héctor. El fotograma de Deverís cobró vida y empezó a hablar:

—La vasija se diferenciaba de otros cientos que, como ella, a lo largo de los años habíamos encontrado, por su extraña forma achatada y por estar totalmente esmaltada, sin duda, a fin de lograr vencer la natural porosidad del barro y conseguir así una estanqueidad casi perfecta. El color habría sido más claro, pero el paso de cientos de años lo había vuelto parduzco. El tipo de sellado que presentaba el extrañamente grueso y tosco cuello lo hacía parecer estar lacrado con un tapón hermético. Por algún ánfora de vino, que ya habíamos encontrado también sellada, sabía que lo normal era que el tapón se

formara con una mezcla de resinas y cal. Ese tipo de momentos, de los que en realidad se dan tan pocos, son lo que le dan sentido a las miles de horas de rodillas limpiando restos y respirando polvo en que consiste una parte importante de la vida de un arqueólogo. Una vez destapada, sin embargo, no pude sacar su contenido. Después de intentarlo por todos los medios, no me quedó más remedio que, con todo el dolor de mi corazón, romper la vasija. Al verse libre para salir, como si hubiera sido impelido por una oculta fuerza, salió una especie de libro arrugado y toscamente encuadernado pero, por lo demás, en lo que parecían perfectísimas condiciones, ni acartonado ni deshecho. La verdad es que sí estaba un tanto rígido, por lo que, antes de seguir tocándolo, lo introduje inmediatamente en el humidificador al que, además del agua destilada, añadí aceite de parafina. Era un volumen al que se le adivinaban un número importante de hojas cosidas, por lo que habría que ir humidificándolo en varios estadios para evitar cualquier accidente. Como os podéis imaginar, aquella noche no pude pegar ojo por la excitación. Me levanté todavía de madrugada y abrí el humidificador. Lo que me encontré era completamente distinto a lo que introduje: el libro arrugado había adquirido tersura e, incluso, parecía haber crecido. Con sumo cuidado, empecé a abrir la primera página. El texto está escrito en una pequeña letra uncial minúscula y comenzaba introduciendo el nombre de quien escribía. Se llamaba Lisandro y era un joven escriba de origen griego que fue vendido como esclavo a un romano de Pérgamo. El libro narraba la historia de su vida y su trabajo inicial como escriba de Galerio, pero sobre todo su trabajo para Constantino I el Grande, lo que le permitió ser testigo de excepción de acontecimientos que cambiarían la historia. Hice una serie de unas quince o veinte fotos de las páginas del libro y lo introduje en una de nuestras cajas especiales, de perfecta estanqueidad. Sabía que estábamos siendo vigilados muy estrechamente por las autoridades turcas, de las que teníamos un representante en la excavación y sería muy complicado intentar sacar el códice del país. No tenía dónde esconderlo y tenía la sensación de que nos vigilaban, así que, antes de amanecer, volví a la cueva y después de meter la caja en el mismo lugar donde habíamos encontrado la vasija, reconstruí su escondite y lo dejé, creo, perfectamente oculto. Grabé las coordenadas UTM del punto exacto, que

podéis encontrar en el nombre de este archivo de vídeo y volví a la tienda. No quería que nadie supiera de su existencia. Y, además, sospechaba que estábamos siendo vigilados por alguien. A los pocos días, decidí volver a España para poder planificar con tranquilidad el futuro del Códice de Lisandro. El mismo día que llegué al cortijo me reuní con Fidel y le conté todo lo que había visto. Cuando vio las fotografías que había hecho, no daba crédito a lo que le decían sus ojos. Tenía delante de sí lo que durante muchos años había temido que apareciera: lo que se podía convertir en la prueba de la mayor mentira de la historia de la humanidad.

Recostado en el único sillón que tenía en el despacho aparte del de la mesa de trabajo, Rikhart Swankid con los ojos cerrados disfrutaba del clásico de Mozart *Eine kleine Nachtmusik*, mientras con el dedo índice de la mano derecha parecía estar dirigiendo una imaginaria orquesta. Su ensueño fue interrumpido por el estridente sonido de su teléfono móvil, que le hizo apretar las mandíbulas y comentar en voz baja como temiendo que alguien le oyera.

—Puto móvil.

Miró el número entrante en la pantalla y vio que estaba bloqueado. Automáticamente contestó con un lacónico:

—Sí.

—Soy Overson.

—¿Y bien? ¿Has podido oír algo interesante?

—Han entrado en la casa y pinchado el pendrive que han encontrado en la iglesia en un portátil. Cuando he podido sintonizar bien su frecuencia, ya llevaban un rato escuchando y Héctor Deverís explicaba a sus hijos el descubrimiento del pergamino que, según él, tiene un valor histórico incalculable.

Swankid, excitado, le interrumpió.

—Estaba seguro que Iznik era la clave y que, antes o después, iban a aparecer indicios de lo que estamos buscando. ¿Dónde lo ha encontrado?

—Lo encontró en una cueva, a la que se llega desde un túnel. Tuve que

desconectar, porque la guardia civil colocó un control de radar de velocidad y podrían haber detectado por casualidad la frecuencia por la que estaba recibiendo el sonido de la casa.

—¿Has podido oír algo más?

—Conecté en el momento en que se había alejado la policía e imagino que sería, al terminar ya el vídeo, que me ha parecido escuchar a los hijos de Deverís decir que iban a viajar inmediatamente a Turquía y estaban intentando convencer al abogado, el sobrino del sacerdote, para que fuera con ellos también. Ah, sí. También le han preguntado si había tomado nota de la lista de números desordenada.

—¿Qué lista?

—No lo sé, no lo han dicho.

—OK. Entonces, si Deverís les estaba dando explicaciones de lo que ha encontrado, es porque no lo ha llegado a traer con él a España, sino que lo ha dejado allí. Tiene su lógica, atendida la vigilancia a que deben estar sometidos por el gobierno turco. Y esos números de esa lista pueden ser perfectamente alguna forma de localizar el pergamino. Si pudiéramos conseguirlos...

—El tal Mark dijo que los había registrado en su móvil. Puedo localizar el despacho donde trabajaba e intentar conseguirlo, si tú tienes alguien que lo pueda hackear.

—No hará falta, vas a ir con ellos a todas partes. Procura irte directamente al aeropuerto de Málaga y compra billete abierto para vuelo a Estambul. Espera a que lleguen los jóvenes, entabla conversación y gánatelos. Voy a organizarlo todo para que en el aeropuerto Ataturk te esté esperando un equipo de nuestros amigos de la zona que te ayudarán. Tienes que retrasar a los chicos de la manera que sea para que podamos llegar a la excavación antes que ellos y, por supuesto, antes que los *Milites Dei*, que seguro que estarán cerca. Tienes que empezar a buscar el pergamino de Deverís. Necesito el original, no quiero copias. Debemos comprobar exhaustivamente la autenticidad del documento original. Estoy seguro que contiene la clave para encontrar, lo que estamos buscando. Sabes que hay mucho en juego.

13. Edicto de Tolerancia

Año 311 d.C., Nicomedia.

Uno de los jóvenes empezó a dictar y Zenón en aquel momento me hizo sospechar que no estaba tan ciego como hacía ver, ya que con la mano izquierda dio la vuelta a un pequeño reloj de arena. Después puso la mano derecha encima del hombro del escriba situado más a la izquierda, diciéndole:

—Empieza escribir hasta que levante mi mano de tu hombro

La mantuvo hasta que cayó toda la arena. Dio la vuelta al reloj, pasando después a poner la mano en el hombro del segundo escriba y así, sucesivamente, iban escribiendo lo que decían los juristas en el tiempo que tardaba en caer la arena. Llegó a mí, donde se mantuvo tres veces más tiempo que con los demás y todo ello mientras los ayudantes del jurisconsulto seguían hablando sin parar. Estuvimos así cerca de la mitad de una hora de verano y después, una vez que hubimos reconstruido nuestras notas, se las leímos a Zenón. Este comprobó que lo transcrito era casi la totalidad de lo dicho por los asistentes del letrado y nos dijo:

—Lo que habéis escrito es el decreto que nuestro bien amado emperador Galerio va a sancionar con su sello imperial mañana para detener la persecución de los cristianos. A partir de mañana podrán practicar el culto de su secta libremente sin ser perseguidos. Haced cada uno tres copias del texto completo para que puedan ser enviadas a los coemperadores Licinio, Constantino y Maximino Daia, y así hagan cumplir el decreto en sus respectivos territorios. Aquella misma tarde, mientras los otros escribas

terminaban sus copias del *Edicto de Tolerancia* de Galerio, Zenón, al verme desocupado, me indicó la biblioteca que a modo de galería rodeaba la sala por uno de los lados, diciendo:

—Lisandro, sube a la biblioteca y toma uno de los papiros del último estante. Verás que el texto está escrito en letra uncial minúscula. Es un nuevo modelo de letra que permite escribir mucho más texto en un rollo de pergamino al ser más pequeña. Empieza a practicar con ella, lo necesitarás.

Obedecí sus órdenes y, mientras examinaba los textos escritos que me había dicho Zenón, escuché la siguiente conversación entre Rajotheop y él:

—Maestro, ¿es cierto lo que dicen sobre que el emperador Galerio se ha convertido y ahora pertenece a la secta de los cristianos?

—No, Rajotheop, no. Galerio siempre ha sido un romano conservador y los únicos dioses que él respeta y venera son los dioses romanos. Jamás creería en el dios de los cristianos.

—Entonces, ¿por qué ha hecho este edicto? ¿Qué sentido tiene que ya no los persiga más?

—Muy fácil, Rajotheop: el emperador Galerio está muy muy enfermo; de hecho, está muriéndose. Lleva varios meses con unos dolores terribles, pudriéndose su cuerpo poco a poco. Estoy seguro de que no verá las próximas calendas. Sus físicos y galenos lo han intentado absolutamente todo, sin éxito. Ni sus dioses preferidos, Apolo o Esculapio, parecían querer ayudarle. Sólo cuando sus dioses le fallaron, Galerio tornó sus súplicas al dios de los cristianos. Aunque él nunca lo diría, estaba convencido que su terrible enfermedad no era más que un castigo por las persecuciones a las que había sometido a la secta de los cristianos. Asimismo, alguien le había explicado los terribles castigos de la condenación eterna que predicaban los cristianos. Su enfermedad y estas ideas fueron probablemente las razones que, buscando el perdón del dios de los cristianos, le impulsaron a decretar el edicto que liberaba su culto.

—Pero en ningún momento ha sentido ni sentirá nada por la secta de los cristianos. Simplemente es miedo ante la muerte que ve se le acerca sin que pueda hacer nada para evitarlo.

Efectivamente, lo que dijo Zenón se cumplió, ya que el emperador Cayo

Galerio Maximiano murió, dando fin a sus terribles sufrimientos cinco días después de haberse dictado el que se llamó el *Edicto de Tolerancia*. No pude por menos de asombrarme ante el cinismo del edicto, sabiendo de la crueldad de las persecuciones de Galerio a los cristianos, cuando en uno de sus párrafos centrales decía el edicto del emperador:

«...Habida cuenta de nuestra clemencia y costumbre de indulgencia para con todos, autorizamos a los cristianos que reconstruyan sus lugares de culto...»

Era el mes de abril del año 311, mes en el que empecé mi trabajo como escriba del imperio, y durante unos cuantos meses tuve una vida feliz, transcribiendo los textos que se me ordenaban y aprendiendo a usar la nueva letra uncial minúscula.

14. Rickhart Swankid

Algatocín, Ronda (Málaga), 20 de julio de 2016

—Vamos a preparar unas bolsas de viaje e intentar reservar el primer vuelo para Turquía. Mark, ¿tú que vas hacer? Entenderíamos que no quieras venir, pero Héctor y yo tenemos que ir a nuestro campamento en Iznik. Ya has oído a nuestro padre.

Mark, sin pensárselo mucho contestó, sonriendo:

—Está claro que me voy con vosotros. ¡Pienso darle un tirón de orejas a Fidel!

—Oye, ¿has tomado nota de los números de esa lista desordenada que mencionaba mi padre en el vídeo?

—Sí, la he registrado en el móvil, en la nube y también en papel.

Oxford, New College (Inglaterra), 20 de julio de 2016

El profesor Swankid tamborileó con los dedos en el reposamanos del teclado, mientras reflexionaba sobre la llamada que acababa de recibir. Tenía plena confianza en Rudy Overson en cuanto su compromiso con la causa. El único problema era si tendría suficiente iniciativa ante las situaciones

imprevistas. Siempre había tenido a alguien que le diera instrucciones.

De nuevo, un estridente timbre le sacó de su reflexión. Esta vez era el timbre de cambio de clase. Levantándose, tomó una carpeta de su mesa y salió animadamente de su despacho. Unos minutos después estaba en su clase, de pie, pero ligeramente sentado en el borde exterior de su mesa, mientras miraba alternativamente su reloj y la puerta de entrada. Faltaban todavía unos minutos y mientras iban entrando los rezagados, se acercó hasta la ventana, desde cuyo reflejo le miraba un hombre al que no se acababa de acostumbrar por mucho que lo viera a diario: superada la cincuentena, el hombre tenía el pelo totalmente gris, dejando la frente cada vez más despoblada y unos hombros caídos que su *Harris Tweed* con hombreras intentaba disimular. Pero sus ojos, entre azules y grises, incluso detrás de las gafas, transmitían al conjunto de su apariencia una energía especial difícil de explicar.

Cuando su reloj marcó las 11:59 se volvió y se acercó a la puerta. Dejó entrar a un par de estudiantes que venían corriendo y la cerró con llave a las 12 en punto.

Swankid venía ocupando esta aula desde hacía ya más de 10 años como titular de la cátedra de Teoría de la Evolución. Era por todos conocido su fervor darwinista y einsteiniano. Ateo convencido, no perdía la ocasión para manifestarse en tal sentido delante de sus alumnos:

—Si hoy les dijera que el mayor culpable de los grandes males de la humanidad ha sido la religión, probablemente ustedes con una media sonrisa que no se atreverían a esbozar, me dirían que esa afirmación era una obviedad. Estoy de acuerdo con lo que no se atreven a decirme por ser tan evidente.

—Pero ahora tenemos que pensar que de una población mundial como es la actual, de casi 7.300.000.000 personas, muy poca gente se escapa del cáncer de la religión: hay aproximadamente 2.300.000.000 cristianos, 1.750.000.000 musulmanes, unos 1.200.000.000 hinduistas, unos 600 millones de budistas y unos 800 millones entre todas las demás pequeñas religiones como el sintoísmo, judaísmo, chamanismo coreano, los sijs, los jainistas y unas 20 o 30 religiones más que prácticamente no son conocidas. Como ya habrán ustedes calculado, 6.650.000.000 de habitantes del planeta siguen o son fieles a algún tipo de movimiento religioso. Es decir, que el 91% de la

humanidad considera a la religión como una parte más o menos importante de su vida. Les dejo una pregunta para que trabajen sobre ella: ¿Creen ustedes que la evolución de la historia de la humanidad habría sido distinta sin la religión? Hagan grupos y hablen sobre ello durante 30 minutos. En los 15 minutos que queden de clase un representante de cada grupo nos dirá en tres frases la esencia de sus conclusiones.

Aprovechando el acaloramiento progresivo de las discusiones entre los grupos, Rikhart salió por la puerta que el aula tenía a una pequeña terraza, que al encontrarse en una primera planta estaba rodeada por el verdor de la arboleda del campus. Sacando el móvil del bolsillo, tecleó el número 90, prefijo de Turquía y el 1618. Tras cinco o seis tonos de llamada, le contestó una voz femenina:

—¿Aló?

Muy extrañado al oír la voz de una mujer, preguntó en turco:

—¿Con quién hablo? Quiero hablar con el profesor Adnan Shahin.

—Disculpe, pero el profesor ha salido. Ah, no, pero ahora llega. —Se oyeron unos pasos apresurados y un cambio considerable en la voz.

—¿Aló?

—Adnan, soy Rickhart.

Instintivamente, antes de contestar Adnan miró la pantalla del móvil y comprobó el prefijo de Reino Unido y el número que llamaba 1618.

—Rik, buenos días. Espera un momento.

Hablando en turco pidió a su joven ayudante que saliera de su despacho. Adnan, como profesor titular desde hacía más de 15 años del Departamento de Geometría Diferencial, había adquirido por la antigüedad el derecho a tener el mejor despacho del Departamento de Matemáticas de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Estambul. Una vez que se hubo marchado la joven, retomó la conversación con su gran amigo de juventud, mientras su rostro se iluminaba disfrutando del momento.

—Amigo Rik, es una verdadera alegría oírte. ¿Cómo va la vida por esa pérfida Albión^[23] tuya? ¿Tenemos alguna reunión del Consejo en ciernes? Cuéntame.

—Amigo Adnan, no. No se trata de una reunión del Consejo, aunque probablemente tengamos que convocar una en breve.

Swankid le puso al día sobre el descubrimiento del pergamino por el profesor Deverís y la imperiosa responsabilidad que como *áureos* tenían de hacerse con el documento histórico, por todo lo que podía implicar y que prometía ser un descubrimiento, cuya importancia no se podía valorar todavía. Una vez lo tuvieran, comprobarían si les era o no útil en su cruzada contra esa droga sin sentido que era la religión y especialmente la católica.

Swankid se tenía bien aprendido el contenido del discurso que daba a todos sus seguidores *áureos*, pero lógicamente se reservaba la información más importante.

—Tú siempre dijiste que Iznik era un filón sin explotar. Bien, ¿qué quieres que haga?

—Organiza un equipo de 4 o 5 personas capaces, con equipos de sondeo electrónico y el equipo técnico que necesiten para conseguir encontrar el pergamino e investigar toda la zona donde esté. Que vayan a la excavación, pero que tengan cuidado. Los *Milites Dei* también van a ir allí. Tienen un interés especial en encontrar este pergamino. Estoy seguro de que saben algo que ignoramos. Swankid sonrió para sus adentros. Él sabía perfectamente que era lo que estaban todos buscando. Adnan le contestó, solícito como siempre:

—Ta, ta, ta... No te preocupes, amigo mío, dalo por hecho. Antes de terminar el día, nuestro equipo estará en la excavación. Tengo un buen contacto en el Departamento de Arqueología del Ministerio de Cultura y conseguiré una credencial suya para actuar en su nombre. De todas formas, el ministerio tendrá ya un hombre en la excavación para controlar expolios del patrimonio turco.

—Perfecto, Adnan. Sabía que podíamos contar contigo.

—Que la razón de *Phi* ilumine tu vida como lo hace con la mía.

[23] Albión (Inglaterra). *Albus* es blanco en latín y así es como veían los acantilados de las costas inglesas los marinos al acercarse en los barcos desde Francia.

15. Maximino

Año 312 d. C., Nicomedia.

Inmediatamente después de la muerte de Galerio, incluso antes de celebrarse sus honras fúnebres, comenzaron los movimientos políticos para apropiarse de los territorios en los que ejercía su imperio. Zenón me explicó que el Imperio romano había pasado de una diarquía a una tetrarquía, es decir, estaba dividido entre cuatro emperadores: Constantino, en Hispania, Galia y Britania; Majencio y Licinio, en Italia y Norte de África, y Maximino al Este y Egipto.

Galerio había ejercido su imperio desde Grecia a Capadocia. A su muerte, y sin dejar pasar un solo día, Maximino, que era el geográficamente más cercano, empezó a marchar con sus legiones desde el Este, y a medida que se iba acercando a Grecia, las huérfanas legiones de Galerio se le iban declarando leales. En un movimiento militar magistral, Maximino se hizo con todos los territorios de Galerio sin derramar una sola gota de sangre, obligando desde su posición de poder militar a todos sus coemperadores a aceptar la nueva división territorial. Satisfecho consigo mismo, Maximino estableció su corte, aunque fuera temporalmente, en el Palacio de Diocleciano, en Nicomedia, con la intención de desposar a la viuda de Galerio.

Casi había pasado un año desde que entrara en la ciudad Maximino, cuando recibió la visita de Eusebio de Nicomedia, que era uno de los sabios más venerados de la secta de los cristianos. Este venía a pedir permiso al emperador para levantar una nueva iglesia, amparándose en el *Edicto de*

Tolerancia de Galerio.

Zenón, que estaba con Rajotheop y conmigo en la sala contigua a la sala de despacho, nos explicó cómo Maximino era un pagano fanático que odiaba a los cristianos todavía más que el fallecido Galerio. La prueba la tuvimos enseguida cuando supimos cómo contestó a la petición de Eusebio de Nicomedia.

—Cristiano, no hace falta que construyas ninguna iglesia más en Nicomedia, aquí ya tenéis dos. Sin embargo, mi yerno y gran amigo, el emperador Majencio, en la última ocasión que tuve de hablar con él, me informó de que uno de los representantes de los cristianos en su territorio le había pedido que permitiera ir a Italia alguno de los grandes sabios de oriente para que pudiera adoctrinarles en los secretos y la magia de vuestro culto. Y creo que debemos cumplir con su deseo, en lo que seguro, estarás de acuerdo conmigo.

Era de suponer que, en el pequeño silencio que siguió, Eusebio de Nicomedia prestó su aquiescencia a la solicitud de Maximino

—Me alegro que estés de acuerdo conmigo, cristiano y, por eso, te autorizo que con la comitiva que te asignaremos y con nuestro saludo y respeto tanto para Licinio como para Majencio y mi amada hija Valeria Maximila, partas cuanto antes para poder ser útil tus compañeros de secta.

Aquella misma tarde el emperador llamó a Zenón a audiencia. Este, un tanto cariacontecido tras el encuentro con Maximino, con voz queda nos comunicó:

—El emperador quiere que mis dos mejores escribas vayan con la comitiva de Eusebio de Nicomedia a Italia, de forma que este consiga, presentándoos como un regalo para el emperador, introducirnos en el *collegia* de escribas de la corte, aduciendo vuestras especialísimas facultades. Pero vuestra verdadera labor será escuchar todo lo que pase en la corte para poder registrarlo en papiros. En su momento, y de forma periódica, alguien os dirá a quién tenéis que ir entregando los papiros.

Lisandro no pudo reprimir su silencio:

—Pero, maestro, entonces, ¿a quién vamos a pertenecer?

Con el atisbo de una sonrisa en los labios, Zenón contestó:

—Mi querido joven Lisandro, tu pregunta es juiciosa. Mucho me temo que un esclavo no es más que un peón en un juego del que desconocemos las reglas. Es verdad que se trata de un viaje por mar no exento de peligros, pero como esclavos no tenéis nada que decir al respecto, sino obedecer y, además, puedo aseguraros que es preferible ese viaje, aunque no os guste surcar las aguas que quedarse en Nicomedia, en donde mucho me temo se avecinan tiempos de guerra y de dolor.

Así fue como Rajotheop y yo dejamos Nicomedia atrás y con la comitiva de Eusebio de Nicomedia emprendimos un gran viaje, en primer lugar, hasta Éfeso, donde embarcamos en una nave de mercaderes que atravesaría el mar Egeo hasta llegar al sur de la península itálica, para bordearla y subir hacia el norte hasta que llegamos a Roma. Fueron diecinueve inacabables días de navegación que ni Rajotheop y yo olvidaremos nunca.

16. Atracción

Cortijo de Héctor Deverís, Algatocín (Ronda),

20 de julio de 2016

—Oye, ¿por qué ha ido Héctor a Ronda para buscar los billetes a Estambul? ¿No podríamos haberlos reservado directamente con el móvil?

Emy, que estaba sentada en una silla reclinada al sol, sonriendo pícaramente contestó:

—Porque tiene una amiguita, Kathy, que le ha dicho que se los prepara en un momento y Héctor tiene mucho interés en verla.

—¿Qué es? ¿Su...?

—Bueno, parece que se gustan.

—Estupendo, ¿no? Hablando de otra cosa, ¿de verdad crees que ese pergamino del que habla tu padre en el vídeo es tan importante como para que dé a entender que, incluso, podríamos estar en peligro?

—No es que lo crea, estoy segura. Si dice que es excepcionalmente importante, es porque sabe el valor de su contenido. No te puedes hacer una idea de hasta qué punto puede llegar el fanatismo religioso. Hace unos años, en una excavación también en Turquía, encontramos una escultura con la figura de Abu Bakr, uno de los califas fundadores del islam. Una vez que se consiguió datar debidamente, descubrimos que provenía de los primeros años del islam, del año 632. Como sabrás, el culto a las imágenes está prohibido en el islam, por lo que, si hacíamos público nuestro descubrimiento, las consecuencias habrían sido impredecibles. Si con los versos satánicos se

produjeron revueltas, con la escultura de Abu Bakr se podría haber multiplicado la violencia entre suníes y chiíes, y lo normal es que cualquiera de los clérigos iraníes nos hubiera puesto una *fatwa*, reclamando nuestra muerte. Y con la cantidad de *zumbaos* que hay, era casi seguro. Por eso, mi padre decidió que no le diéramos publicidad.

—Y, ¿qué hicisteis con la escultura?

—Tras consultar con un imán, amigo de mi padre, que era de los sensatos, nos dijo que no se podía perder el valor histórico de la pieza.

—¿Y?

—Se la mandamos de forma anónima al museo de arte islámico de Estambul y, que nosotros sepamos, nunca se ha expuesto.

—Pero, en este caso, no se trata de arte islámico, sino de un documento histórico de carácter cristiano, que se supone que puede tener una influencia, todavía no sabemos si positiva o negativa, aunque me temo lo segundo, en la percepción del cristianismo.

—El mundo, en general, piensa que el fanatismo es patrimonio exclusivo del islam y no puede estar más equivocado. Dentro de los círculos religiosos cristianos hay múltiples interpretaciones y grados de fanatismo: desde los que lo reducen al sufrimiento personal, como los monjes con votos de negación de todas clases, pasando por los *ultras*, que pueden ser grupúsculos escindidos de los Focolares, Regnum Christi..., por considerarlo demasiado *light*, y que pretenden hacer de todo una interpretación literal de la Biblia, evangelios..., hasta llegar a locos, como Anders Breivik en Noruega, que mata 80 personas en un arrebató. Oye, ¿por qué has dicho que te temías que fuera la segunda, es decir, que fuera negativo para el cristianismo? Me imagino que eres católico, pero, ¿eres practicante?

Mark se la quedó mirando un tanto embobado. «Sólo me falta que se me caiga la baba» —pensó para sus adentros y tardó un momento en reaccionar:

—Sí y no. Sí, soy católico, como no podía ser de otra manera en el seno de la familia en la que nací, y no soy practicante. Me considero más bien agnóstico. Y con respecto a esa negatividad, que me temo, lo es, porque creo que un documento que pruebe fehacientemente algo perjudicial para el cristianismo puede afectar a la vida de la tercera parte de la humanidad, 2500

millones de personas y, quizás, al resto también.

—Bueno, y siendo agnóstico, ¿que más te da?

—No sé, creo que a lo mejor el estado de duda es preferible al de certeza absoluta.

Ella se le quedó mirando durante unos segundos y empezó a sentir un cosquilleo que le subió por la espalda y, al llegar a la nuca, se convirtió en una sensación agradable y difícil de describir que la hizo mover los hombros. Hacía tiempo que no sentía nada por ningún hombre y la sorprendió su reacción ante Mark. Parecía que los receptores sensoriales y químicos de su cuerpo sabían más de atracción que su propio cerebro. Ese magnetismo inexplicable entre los dos, debido a las feromonas o a que simplemente estuviera baja de defensas y deseosa inconscientemente de una relación, parecía obvio. Sacudiéndose sus reflexiones, escapó del momento diciendo:

—Anda, por qué no vas haciendo tú la maleta de Héctor, mientras yo hago la mía. Mete lo que meterías para ti para una semana.

Tras hablar con su informador, Alfredo Denese marcó en el registro de llamadas uno de los teléfonos a los que llamaba habitualmente:

—Pronto.

—Soy Alfredo Denese. Pásame con Enzo en seguridad.

Unos segundos después:

—¿Sí?

—Enzo, soy Alfredo. Hace falta que prepares un equipo para ir a Estambul. Escoge cuatro o cinco de los más convencidos *Milites dei* y que vuelen a Estambul esta misma noche. Tienen que ir a la excavación que está haciendo Deverís, dales toda la información.

—¿Héctor Deverís? Pero, ¿no estaba muerto?

—Sí, sí, eso creíamos. No está claro. Lo que nos interesa es que sus hijos van a la excavación a buscar un pergamino que ha escondido en alguna parte. Me da lo mismo cómo, pero tenéis que encontrarlo. Ese pergamino es la llave a algo mucho más importante para nuestra querida Iglesia. Es de vital

importancia que lleguemos antes que los *áureos*. Dios está de nuestra parte, pero la celeridad es nuestra obligación.

—No se preocupe, padre. Haremos lo que sea necesario.

—*Nos debemus hostes ecclesiae*^[24] .

—*Nam ecclesia in aeternum*^[25] .

[24] Hay que destruir a los enemigos de la Iglesia.

[25] Por la eternidad de la Iglesia.

17. El puente Milvio

Año 312 d.C, 27 de octubre – A las puertas de Roma.

Cuando llegamos al campamento de Constantino en las afueras de Saxa Rubra, muy cerca de Roma, fuimos directamente a ver a Osio de Córdoba, que nos recibió en la misma tienda de Constantino. Desde donde estábamos al otro lado del Tíber, y bastante cerca de las puertas de Roma, el panorama que se ofreció a nuestros ojos era impresionante. Todo el ejército del emperador Constantino se hallaba desplegado en la llanura y el bullicio de los soldados, yendo de un lado para otro, era constante.

Por lo que me contó Rajotheop, que había escuchado hablar a los soldados, el emperador Majencio, al verse asediado por Constantino y siendo un hombre en extremo supersticioso, pidió que se consultaran los libros sibilinos y que le ofrecieran una profecía al respecto de la posible batalla que iban a entablar. La contestación le llegó al día siguiente: «Mañana morirá el enemigo de Roma».

Majencio recibió con alegría la profecía, ya que, para él, era el beneplácito inequívoco de los dioses a la batalla.

Los libros sagrados habían hablado y el enemigo de Roma moriría el día siguiente. Para él era palmario que el enemigo de Roma no podía ser otro que Constantino y la única forma en que éste podía morir al día siguiente era en batalla, por lo que Majencio tenía que salir de los muros de Roma y librar batalla a campo abierto con él al día siguiente.

Ordenó a sus hombres que extendieran la noticia por toda la ciudad y,

sobre todo, que intentaran que la información llegara también a los soldados de Constantino.

Enseguida llegó la profecía a oídos de Constantino y de sus hombres, que empezaron a hablar entre ellos, cada vez más apesadumbrados. Constantino, que rendía culto al *Sol invictus*, no creía demasiado en las profecías, pero sabía que sus tropas no podían ir a la batalla con ese estado de ánimo por lo que tenía que encontrar como fuera un revulsivo, que pudiera no sólo contrarrestar la profecía, sino dar a entender a sus soldados claramente que los dioses estaban a favor de Constantino por tener la razón.

Y así fue, precisamente, como se le ocurrió aquella idea, que aunque no tenía ninguna otra intención que la de ganar la batalla a Majencio, cambiaría para siempre la historia del cristianismo.

Osio, el obispo cristiano, era el guía espiritual de Teodora, la madrastra de Constantino, que se había convertido al cristianismo. Osio había insistido en acompañarle a lo largo de toda su campaña, estaba claro que con intenciones de convencerle de las bondades de su secta. A Constantino, el cristianismo no le interesaba, pero como buen político que era y viendo cómo desde el *Edicto de Tolerancia* de Galerio los cristianos iban siendo cada día más, incluso entre las filas de sus soldados, sabía que le interesaba guardar una buena relación con ellos.

Constantino sabía perfectamente que sus soldados, con formación casi exclusivamente militar, eran bastante primitivos y deseaban creer en signos sobrenaturales como manifestación de la intervención divina, especialmente en momentos de crisis como era este. Y así fue como se le ocurrió el plan que puso en práctica, llamando al obispo cristiano. Nosotros lo escuchamos en la penumbra de uno de los rincones de la enorme tienda de Constantino, donde llevábamos ya varias horas esperando de pie, ya que para todos no éramos más que un mueble más. Constantino dijo:

—Osio, necesito el consejo de una persona sensata. Quizá, tú puedas dármelo.

—Será un honor, Augusto —repuso Osio.

—Sabes que nos encontramos en el punto final de la campaña contra Majencio y ahora, casi a las puertas de Roma, tenemos que asestarle el golpe

final.

Osio, el obispo de Córdoba, sabía perfectamente el odio que Majencio tenía a todo lo cristiano y también sabía que Constantino no tenía interés en los asuntos cristianos, aunque tampoco los perjudicaba. Su forma de pensar, práctica y política, le hacía ver que siempre era preferible una cierta indiferencia que un odio vesánico declarado.

—Lo sé, Augusto y aunque, como sabéis, nuestros intereses son puramente espirituales, pedimos a Dios que os ayude en vuestra empresa para que Majencio, que tanto nos odia, encuentre el amor en su corazón.

—Bien, bien, pues precisamente tu dios es el que nos tiene que ayudar o, al menos, su imagen.

—Su imagen... Augusto, no os entiendo.

—Osio, tanto los soldados de Majencio como él mismo creen que tienen el favor de los dioses e irán a la batalla con un estado de ánimo enardecido y exaltado, que puede decidir la batalla. Tú sabes que yo no soy muy religioso, pero entiendo que todo ese ánimo que ahora tienen las tropas de nuestro enemigo es el que le falta a las nuestras. Necesitamos buscar algo que haga que nuestros soldados luchen con el convencimiento de que los dioses están de nuestra parte.

—¿Y qué puede hacer un humilde hombre de Dios para ayudarte, Augusto?

—Se me ha ocurrido una idea: ¿Y si dijéramos a las tropas que he tenido una visión?

—¿Una visión?

—Sí, que he visto una cruz en el cielo, la cruz de tu dios.

—Pero...

—Calla y escucha. Para reforzar la idea, podemos decir que luego he tenido un sueño en el que el tu dios, el dios cristiano, me ha pedido que use su nombre. Creo que se dice *Christus*, ¿no?, como nuestro emblema en la batalla. Y que lo usen todos los soldados...

Aquella tarde los soldados de Constantino recibieron de este una arenga que necesitaban, ya que los ánimos estaban por los suelos.

Sin duda, impresionaba ver al emperador hablando a sus soldados. Subido en un pequeño montículo, sus hombres le miraban desde abajo y lo que veían

era una imagen magnífica. El emperador era un verdadero atleta de cuerpo hercúleo que con su torrente de voz podía ser escuchado por la mayor parte de su ejército que le escuchaba en total silencio. Estas fueron sus palabras:

—Soldados romanos, ayer tuve una visión en el cielo. Como una especie de relámpago, vi la cruz del dios de los cristianos entre las nubes y no le di demasiada importancia, pero después, por la tarde, tuve un sueño y se me volvió aparecer la misma cruz envuelta en una luz blanca, mientras la voz de su dios me decía:

«Ordena a tus soldados que coloquen el símbolo que me representa en sus cascos y en sus escudos, y tu ejército se convertirá en mi ejército y no conocerá la derrota».

Inmediatamente comenzaron los vítores de los soldados, que rápidamente buscaron trocitos de madera para tizarlos en las hogueras y poder así pintar las toscas cruces en sus cascos y armaduras.

Las tropas de Majencio, convencidas de la bondad de la profecía, se decidieron a abandonar la seguridad de las murallas de Roma y, saliendo de la ciudad, unos doscientos soldados se acercaron sigilosamente antes del amanecer hasta el campamento de Constantino y, aprovechando el elemento sorpresa, atacaron y consiguieron matar a un buen número de soldados, que ni siquiera pudieron defenderse. Pero todos los demás soldados reaccionaron inmediatamente, se armaron y empezaron a luchar.

Como Constantino se dio cuenta de que sus atacantes tenían el río Tíber detrás, decidió extender sus tropas en un gran semicírculo para ir empujándoles hacia el río. Las tropas de Majencio no supieron reaccionar y, al ver a los soldados de Constantino vociferando con una extraña cruz en cascos y escudos, que se iban cerrando como una tenaza sobre ellos, unos pocos soldados aterrados se dieron la vuelta y empezaron a cruzar el río.

Eso provocó la desbandada general y todos quisieron imitarles. Aquello fue su sentencia de muerte, porque la fuerte corriente de las aguas del río empezó a arrastrarles y el peso de sus mallas y corazas hizo el resto.

Cientos de soldados murieron ahogados y, de los que quedaron, miles sucumbieron bajo las flechas de los arqueros de Constantino y las lanzas de los jinetes a caballo. Incluso Majencio, en su desesperado intento de huir a

caballo, cayó al río y se ahogó.

Constantino se había convertido en el emperador de todo el Imperio romano de Occidente desde Britania hasta Grecia.

Al día siguiente, se quemaron los miles de cadáveres que habían quedado esparcidos por el campo de batalla. Después, los soldados limpiaron de sangre sus uniformes y pulieron hasta que brillaron sus cascos, escudos y lanzas. Pero eso sí, todos volvieron a pintar la cruz del dios de los cristianos tanto en sus escudos como en sus cascos. Todos pensaban lo mismo: Constantino tenía razón y esta cruz había demostrado ser un potente talismán, con una magia de gran fuerza en la batalla.

La entrada en Roma, de la que todos participamos y disfrutamos, fue grandiosa. El emperador Constantino a la cabeza. Ver la fortaleza de su cuerpo, con la espalda totalmente recta, montando su caballo con la capa roja ondeando al viento, ya era en sí mismo un espectáculo, pero además llevaba detrás de él a un soldado con la cabeza de Majencio ensartada en la punta de su lanza que levantaba constantemente para que todos lo pudieran ver. Aquello provocó la locura de los miles de romanos que nos recibieron con gritos, aplausos y vítores, agradeciendo a Constantino que les hubiera liberado del dictador Majencio.

Al día siguiente, en el Senado, muchos de los senadores, un tanto recelosos por las posibles represalias que pudiera ejercer el nuevo emperador sobre ellos, dada su estrecha relación con Majencio, felicitaron amplia y sumisamente al emperador.

Constantino, que leyó la intranquilidad en sus rostros les sosegó diciéndoles que no tomaría medidas contra nadie, lo cual no fue completamente cierto, pero a los senadores lo único que les interesaba era su seguridad y una pequeña parcela de poder, por lo que le reconocieron como emperador y votaron inmediatamente erigir un monumento en honor del salvador de Roma, al que llamarían el arco de Constantino y que se erigiría junto al Coliseo. Finalmente, el Senado de Roma, de forma unánime, nombró a Constantino, Augustus Máximus. Era el cuarto día antes de las calendas de *Novembris*.

Los siguientes dos meses fueron de una gran tranquilidad y asentamiento

del nuevo orden que Constantino implantó en Roma. Rajotheop y yo estuvimos trabajando para el obispo cristiano Eusebio, pero cuando los asistentes de Constantino supieron de mi habilidad como escriba, me reclamaron para encargarme la toma y escritura de las cartas del emperador.

Constantino tenía interés en conseguir la lealtad de Licinio, que dominaba parte de las tierras de la Tracia. Si conseguía ponerlo de su lado, ya sólo le quedaría como enemigo Maximino Daia, que era el emperador de Oriente. La forma de sellar aquella unión era sencilla: Licinio se casaría con la hermanastra de Constantino.

Durante todo *Ianuaris* estuvimos preparando el viaje a *Mediolanum*^[26] , donde tendría lugar la boda de Licinio.

Unos días antes de partir, Osio de Córdoba y Eusebio pidieron audiencia con Constantino que sin muchas ganas se la concedió. Se daba la aparente incongruencia o, al menos, a mí me lo parecía, de que Osio, siendo un obispo católico, servía a Constantino como consejero político. Yo estaba presente, como se me había instruido que siempre tenía que estar, por si mis servicios eran requeridos, pero como no tenía nada mejor que hacer, transcribía lo que se decía en el revés de viejos papiros que ya no valían. El emperador, un tanto molesto por la visita, de la que era evidente no tenía gana alguna, les saludó de forma un tanto seca:

—Bien, Osio, ¿qué queréis?

—Gracias por recibirnos, Augusto. Como sabes, en la gran batalla que ganaste a Majencio, no estuviste solo, ya que...

Levantando un brazo musculoso, con el puño crispado, Constantino le contestó gritando:

—Detente, Osio. Tú y yo sabemos perfectamente que la batalla la ganaron mis soldados. Sé lo que pretendes decirme, pero tu dios no tuvo absolutamente nada que ver y te ordeno que no pierdas el tiempo intentando convencerme de lo contrario. Lo único que hicisteis fue ayudarme a canalizar la superstición de mis hombres, haciéndoles creer que teníamos un talismán mágico de nuestro lado, esa cruz de vuestro dios que, como sabéis, fue mi propia invención, ya que ni la vi en el cielo ni soñé con ella. Pero el engaño sirvió a nuestros fines y entre el fervor por el mágico talismán que creó el engaño en mis hombres y

la torpeza de Majencio, ganamos la batalla.

—Pero Augusto...

—Lo dicho, pero aun así no penséis que soy desagradecido. Voy a nombrar a Eusebio obispo de Roma y os voy a dar como residencia la *Domus Laterani*^[27] para que vuestra secta tenga una sede permanente.

Al oírlo, Eusebio hizo una genuflexión delante de Constantino como único agradecimiento. Osio tomó la palabra de nuevo:

—Augusto, te agradezco en nombre de Eusebio su nombramiento como obispo, cargo que le servirá sin duda para servirte a ti y a los cristianos de Roma. Sin embargo, el asunto que nos trae ante ti es otro. Desgraciadamente, sigue habiendo persecuciones contra nosotros en algunas partes del imperio, especialmente en los territorios de Licinio y Maximino Daia.

—Bien, tendré en cuenta lo que me decís y cuándo llegue a Mediolanum, hablaré con Licinio, mi futuro cuñado. Ahora podéis marcharos.

[26] Actual ciudad de Milán.

[27] Residencia de los papas desde el siglo IV hasta el siglo XIV, que sufrió un terrible incendio, lo que motivó a los papas a trasladar su sede al Vaticano.

18. Alfredo Denese

*Cortijo Deverís. Algatocín, Ronda (Málaga),
20 de julio de 2016*

Emy sonrió cuando vio entrar a Héctor atropelladamente, diciendo:

—El avión sale a las cinco de la mañana, pero tendremos que estar allí casi una hora y media antes para hacer el *check in*. Sugiero que vayamos a cenar tranquilamente y luego hacia las dos nos vayamos para el aeropuerto, que está como a una hora de aquí y esperaremos que se abran las taquillas de embarque. ¿Os parece?

Mark contestó:

—Estupendo. Me acerco al pueblo y recojo mis cosas.

Emy, que conocía perfectamente la timidez de su hermano con las chicas, le preguntó de forma un tanto socarrona:

—Oye, ¿qué tal Kathy? ¿Sigue tan guapa como siempre?

De los cuatro jóvenes que Adnan había convocado para ir a la excavación de Deverís, dos eran profesores ayudantes: uno en el Departamento de Arqueología del Próximo Oriente y el otro en Bioarqueología. Los dos eran nuevas incorporaciones al movimiento áureo totalmente convencidas. Los otros dos eran técnicos especialistas en detección de objetos enterrados por ultrasonido. Adnan les había citado en su despacho a mediodía. Les había

explicado la emergencia: tenían que encontrar como fuera un pergamino escondido en una excavación en Iznik antes de que lo hicieran los *Milites Dei*, ya que estos, si el contenido del pergamino era contrario a sus intereses lo destruirían o harían desaparecer para siempre, como habían hecho tantas veces. La misión de los *áureos*, simbolizada por la letra *phi*, que a su vez representaba al número *áureo*, era precisamente la contraria.

Después de hacer el *check in* en el aeropuerto de Málaga, pasaron a la sala de embarque. Como tenían todavía delante de sí un par de horas de espera hasta que les llamaran para embarcar, fueron hacia la única cafetería que estaba abierta las 24 horas y se sentaron en uno de los extremos de la misma. Sin ganas de tomar nada, Emy empezó a andar alrededor de la cafetería cuando detrás de un letrero publicitario que estaba en el otro extremo le pareció ver una cara conocida. Se acercó un poco más, ya que no se fiaba demasiado de su creciente miopía, pero efectivamente era quien creía que era: el sacerdote que se encargó del entierro de su padre, Alfredo... algo. Cuando volvió a la mesa, lo comentó:

— Demasiada coincidencia, ¿no? Está sentado ahí el sacerdote.

— ¿Quién?

— El del entierro, Alfredo? no se qué?

Héctor, intentando controlarse, pero claramente en tensión, iba a hablar cuando Mark al oír el nombre de Alfredo, se levantó de un salto diciendo:

— Ah, pues mira. Vamos a hacer que no se olvide de nosotros. Seguidme la corriente.

Mark, Héctor y un segundo después Emy llegaron hasta la mesa donde Alfredo estaba sentado con un café y la tableta encendida. Al verles, no pudo reprimir un destello de aparente sorpresa en sus ojos, aunque enseguida recobró la compostura y su pública sonrisa para levantándose recibirles con su mano por delante. Mark fue el primero que dejándole con la mano en el aire sin corresponderle y mirándole a los ojos le soltó

— ¿Adónde viajas? ¡Qué casualidad que lo hagas el mismo día que

nosotros!

Sin perder su sonrisa, Alfredo contestó mientras se sentaba de nuevo:

—No me gusta tu tono, pero si te interesa saberlo, viajo a Roma donde mis superiores me reclaman.

Héctor, que se había mantenido en un segundo plano, se acercó y colocando las dos manos encima de la mesa se quedó mirando a Alfredo de forma desafiante fijamente a los ojos y le espetó hablando casi entre dientes:

—Te lo voy a preguntar una sola vez. ¿Me vas a explicar por qué tiene la iglesia tanto interés en el descubrimiento de mi padre?

Esta vez Alfredo no pudo controlar su reacción y tiró casi la mitad de la taza de café que estaba bebiendo al ponerse de pie en un salto, mientras empezó a contestar gritando, aunque enseguida bajo el tono:

—¿Pero estáis completamente locos o qué os pasa? ¿De dónde habéis sacado una imbecilidad como esa? ¿Os creéis que la Iglesia no tiene nada más que hacer que ir en absurdas cruzadas tras pergaminos imaginarios?

—Y..., ¿de dónde te has sacado lo del pergamino?

Mark seguía mirando fijamente a los azules ojos del sacerdote, intentando detectar el más leve atisbo de duda. Héctor, que se puso de pie al lado de Alfredo, continuó:

—Entonces, ¿por qué nos estáis siguiendo? ¿Y por qué habéis tenido la desfachatez de entrar en nuestra casa? Os tenemos grabados.

Esta vez Alfredo, recuperando su compostura mientras se limpiaba con la punta de la servilleta, contestó:

—No sé a quiénes tenéis grabados, pero os puedo asegurar que no tienen nada que ver ni conmigo ni con la Iglesia. Sentaos los tres, por favor. Tenemos que hablar.

Una vez que estuvieron los cuatro sentados, tres de ellos expectantes, Alfredo tomó la palabra y empezó a hablar.

—Tenemos tiempo hasta el embarque para poder aclarar unos cuantos puntos. En primer lugar, y por si teníais alguna absurda duda, que os quede claro que ni la Iglesia ni yo, ni nadie relacionado con nosotros, ha tenido absolutamente nada que ver con la trágica muerte de Fidel y Héctor. Aquello no fue más que lo que fue: un desgraciado accidente.

Volviendo la cara ahora hacia Héctor, le dijo aunque dirigiéndose a todos:

—¿O no lo fue...?

Nadie entró a la pregunta, de la que todos sabían la respuesta. Emy prefirió atacar:


—¿Y se puede saber qué demonios es lo que queréis de nosotros?

—Protegeros —contestó un tranquilo Denese.

—¿Protegernos?, ¿de qué?

—De qué, no. De quién. De quienes queremos protegeros es de los *áureos*.

—¿Los qué? —preguntó Héctor.

—Los *Áureos* son un grupo de fanáticos que tienen como misión obsesiva la destrucción de la Iglesia católica, bueno  realmente la destrucción de todas las religiones, pero especialmente la religión católica.

—¿Y se puede saber qué diablos tiene todo eso que ver con nosotros? —le preguntó Emy, que se iba excitando por momentos

—Bueno, el caso es que... sabíamos que Héctor Deverís había encontrado algo importante en la excavación de Iznik. Pero creemos que ellos también lo saben. Tienen sistemas tecnológicos muy sofisticados que les permiten ir siempre por delante de nosotros.

Héctor, levantándose de forma agresiva, le soltó:

—¿Ah, sí? ¿Y nos puedes explicar como sabías eso de mi padre? ¿Qué pasa que le estabais vigilando? ¿Y a Fidel? ¿Y ahora a nosotros?

Ante la pregunta y actitud amenazante, Alfredo desvió los ojos hacia la mesa y tras unos segundos, levantó la cabeza y miró a Héctor con unos profundos ojos azules que no dejaban transparentar emoción alguna:

—Mirad, sé que es difícil de entender, pero la Congregación para la Doctrina de la Fe del Vaticano, cuando se da la más mínima sospecha de que pueda aparecer un documento antiguo que de alguna manera pudiera contradecir, amenazar o poner en peligro los fundamentos de la religión católica, reacciona enérgicamente y siempre prefiere prevenir a curar. Por eso, hemos vigilado a vuestro padre y a Fidel, y ahora lo hacemos con vosotros.

Necesitábamos saber qué era exactamente lo que decía el pergamino que Deverís había descubierto.

—Entonces, ¿quién cojones ha entrado en el cortijo y ha copiado los discos duros de los portátiles y ha intentado llevarse esto? —dijo Mark, enseñando a Alfredo el pendrive que habían sacado de la iglesia.

Como si tuviera la boca seca, el sacerdote chasqueó un par de veces antes de decir:

—Los que han entrado ya os lo he dicho. Son los *áureos*, sin duda y... ¿qué es exactamente lo que hay en ese pendrive?

Asomando una sonrisa a sus labios, Mark disfrutó diciéndole:

—En este pendrive tenemos la información necesaria para encontrar el pergamino que tanto os preocupa y que espero sea la prueba definitiva a la que tanto miedo parecéis tener.

En ese momento se escuchó por los altavoces:

«Se ruega a los señores pasajeros con destino Roma, embarquen por la puerta G-29».

Mientras Alfredo levantaba su pequeña maleta de mano, Héctor le dijo señalándole con el dedo:

— No te acerques más a nosotros. No nos hace falta tu ayuda para nada.

—Pero, Héctor, os podemos ayudar con medios que vosotros no tenéis a vuestro alcance.

Los tres jóvenes ya se habían alejado en dirección a la puerta de embarque. Mientras movía la cabeza lateralmente unas cuantas veces, Alfredo sacó el móvil del bolsillo e hizo una llamada.

19. Mediolanum

Año 313 d. C. – De Nicomedia a Mediolanum.

En las *calendas*^[28] de *Februarius* del año 313, emprendimos viaje hacia *Mediolanum* para asistir a la boda de la hermana de Constantino con Licinio. Era pleno invierno y el frío que pasamos fue terrible, sobre todo las mujeres que preferían ir en las literas llevadas por fuertes esclavos a ir en los carros que se atascaban constantemente en el barro y que las habrían obligado a ir la mayor parte del camino andando. Por mucho que quisieran los artesanos cerrar las literas con cortinas de cuero, se colaba un aire helado que las inmóviles, pero zarandeadas viajeras intentaban combatir inútilmente con pieles de oso. Nosotros íbamos andando tras la muy escasa polvareda, por el frío, que iban levantando los escuadrones de *scutarii*^[29] que avanzaban con sus enormes escudos. A paso marcial todos portaban dos jabalinas a la espalda y la *gladius* romana envainada, que habían cambiado por su arma preferida: la *falcata* hispana. Constantino iba a la cabeza montado a caballo con su capa cobriza. Parecía que el viento se hubiera puesto a su servicio para dar la gallardía adecuada a su imagen de emperador.

Ya pasados cuatro días de los *idus* de *Februarius* llegamos por fin a *Mediolanum* en donde todos nos pudimos recuperar del frío en mayor o menor medida. A las mujeres, el servicio de Licinio inmediatamente las llevó a sus aposentos, acogedoramente calientes gracias a sus chimeneas. A nosotros nos permitieron alojarnos en la parte trasera de los establos que, aunque impregnados de los olores típicos de cualquier caballeriza, al menos estaban

calientes.

Al día siguiente, Osio de Córdoba nos mandó llamar porque había conseguido que le cedieran una pequeña habitación para nosotros en el sótano de una de las alas de palacio donde él se hospedaba. Nos dijo:

—A partir de ahora debéis estar siempre preparados para cuando os llame. Vais a tener la suerte de vivir importantes acontecimientos que van a tener lugar en *Mediolanum* y que cambiarán el curso de la historia. En cualquier momento puedo necesitar que escribáis los textos que os dictaremos y quiero que se haga lo más rápidamente posible.

Y de aquella manera fuimos mudos testigos de piedra en la sala del trono, de todo lo que sucedió en los días siguientes, siempre pendientes a que nuestros servicios fueran requeridos.

Ninguno de nosotros, como es lógico, participamos en los preparativos de la boda de la hermana de Constantino con Licinio, pero lo que sí que nos permitieron fue bajar a la cocina y comer todo lo que quisimos de las sobras. La boda realmente no era la causa principal de la reunión entre emperadores, sino que lo fueron toda una serie de conversaciones que tendrían lugar entre Constantino, Licinio y Osio de Córdoba.

Lo que preocupaba a los emperadores era recuperar el orden perfecto con el que el imperio siempre había funcionado y que parecía desmoronarse por la multitud de problemas en los distintos territorios. Y así escuchamos a Constantino decir a su nuevo cuñado:

—Licinio, tenemos que conseguir como sea recuperar la armonía y seguridad en el imperio que ostentaba la tetrarquía creada por Diocleciano. El Imperio ha sufrido los últimos 50 años una serie de cambios que lo están desestabilizando, haciéndolo más incontrolable y eso es lo que tenemos que evitar a cualquier costo. De poco sirve un gran imperio mal organizado administrativamente.

—Querido cuñado, no puedo estar más de acuerdo contigo, pero han sido demasiados frentes en los que hemos tenido que estar. Primero, las luchas por el poder entre nosotros. Después, hemos tenido largas campañas para vencer a los bárbaros tanto a los del lado del Rin como a los del lado del Danubio. Ya han sido sojuzgados y tenemos la paz controlada en el centro de Europa. Ahora

entre tú y yo controlamos la mayor parte del imperio.

Osio, que había permanecido en silencio, tomó la palabra dirigiéndose a Constantino:

—Augusto, como vuestro consejero, no me queda más remedio que decir que uno de los problemas principales que sufre el imperio, como bien sabéis, es la propia administración imperial que se halla completamente diluida entre miles de cargos que no operan bajo una jerarquía ordenada, con lo que se duplican e incluso triplican los trabajos y los gastos mientras se reducen los resultados.

—¿Adónde quieres llegar, Osio?

—Solamente me permitía sugeriros la posibilidad de una colaboración entre el Imperio y la Iglesia cristiana, que lógicamente se pondría al servicio del Imperio para conseguir restaurar ese orden que todos buscamos, articulado quizás en torno a la religión cristiana como eje central de unión de todos los ciudadanos del Imperio.

Constantino se quedó pensando unos segundos durante los cuales reinó el silencio en el salón. Estaba claro que como buen político que era se daba cuenta de que el crecimiento del culto cristiano era imparable, por lo sencillo y económico de su práctica, y ello era a la vez paralelo al declive de casi todos los demás cultos. Era lógico pensar que el cristianismo podría ser un elemento de apoyo para la organización imperial.

—¿Tienes algo más que decir, Osio?

—Sí, Augusto. Me atrevería a rogaros en nombre de todos los cristianos que hagáis algo con respecto a Maximino Daia, que en Asia Menor, Siria y Egipto sigue persiguiendo a los cristianos con una crueldad y violencia que no acertamos a comprender.

—Bueno, ¿qué te parece Licinio? Osio te ha dado la excusa perfecta para atacar a Maximino y, una vez que te deshagas de él, seremos los dos únicos emperadores: yo de Occidente y tú de Oriente.

—Constantino, no veo por qué tengo que defender yo a los miembros de una secta que adora a un rebelde judío que dicen ha vuelto de entre los muertos y que dicen es el hijo de Dios y que su madre vuela por los cielos. Todo eso no es más que una leyenda de dudosa vistosidad para niños.

—Sí, Licinio, pero abre tus miras, extiende tu visión al futuro de la totalidad del imperio. Piensa, por un lado, en la intranquilidad, que producen en el imperio las persecuciones de cristianos, con lo que si conseguimos impedir las nos lo tendrán que agradecer y la excusa es perfecta, ya que Maximino ha incumplido con los acuerdos que firmamos en Carnuntum hace varios años.

En los días que siguieron, y después de múltiples conversaciones sobre la forma de reorganización del imperio, llegaron a la conclusión de que dejar libertad de culto a todos los miembros del imperio, incluidos los cristianos sería el mejor sistema para hacer ver al pueblo que sus emperadores no iban a imponer a sus ciudadanos nada. Se trataba de transmitir al pueblo una sensación de libertad que, en realidad, iba a estar circunscrita a la religión. Las razones que motivaron el texto que redactamos eran muy distintas a las que motivaron a Galerio con su edicto.

Tras conversaciones sin fin con Osio y otro padre de la iglesia, Diodoro, acordaron redactar un texto que sería comunicado a todos los gobernadores de las provincias del imperio.

Este fue el texto, en esencia, que redactamos siguiendo las instrucciones de Osio:

«Habiéndose decidido hacía tiempo que no debemos cohibir la libertad de religión, sino que debemos permitir que cada uno se ejercite en las cosas divinas conforme al deseo de su alma, hemos sancionado que todos nuestros súbditos, y en ellos incluimos a los cristianos, puedan conservar y observar la fe de su secta o religión con total libertad, y todo ello a fin de que quien quiera que sea el poder divino celestial pueda ser propicio a nosotros y a todos los que viven bajo nuestro imperio».

Todas las copias de este escrito que hicimos fueron firmadas por Constantino y Licinio y enviadas a todos los gobernadores provinciales.

[28] El primer día del mes.

[29] Soldados de infantería provenientes de Iberia, armados con falcata, gran escudo y

jabalinas.

20. Rudy Overson

Vuelo Málaga – Estambul. 21 de julio de 2016.

Esbozando una sonrisa mientras veía a los ofuscados jóvenes andar hacia la puerta de embarque, al tiempo que se levantaba y tiraba de su *trolley*, Alfredo empezó a hablar por el móvil:

—Enzo, soy Alfredo. ¿Hiciste lo que te pedí?

—Sí. Uno de nuestros contactos en el aeropuerto intentará acceder al equipaje de los Deverís. Cuando pasen por el escáner, saltarán todas las alarmas.

—¿Qué vais a meter?

—Unas barras metálicas. Con eso estarán entretenidos un rato.

—¿Y los soldados?

—He mandado un grupo completo. Llevan un todoterreno y un par de motos, y estarán en el aeropuerto esperándote.

—Perfecto. Cuando llegue, les daré instrucciones. De todas formas, pásame el contacto de uno de ellos.

—Anda, déjame que me siente al lado de la ventana —dijo Emy sosteniendo con una mano a Mark, que estaba a punto de sentarse en uno de los cuatro asientos que les habían asignado en la parte central del avión.

—Vale, vale. Pasa —contestó Mark sonriendo, haciéndose a un lado.

Cuando unos minutos después el avión despegó del aeropuerto de Málaga, Emy se dio cuenta de cómo Mark agarraba con fuerza los reposabrazos de su asiento. Con un brillo socarrón en los ojos, le preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Te da miedo volar? ¿A un tío grande y fuerte como tú?

—Ríe, ríe... Pero sí, no lo puedo remediar, la verdad es que me da pánico. Me consuela pensar que debe haber mucha gente que, como a mí, no le hace gracia poner su vida en manos de una persona que no conoces.

—¡Pero, hombre, si el avión es el medio de transporte más seguro que existe!

—Sí, pero el miedo es irracional y no entiende de estadísticas.

Después de la primera media hora de vuelo, el cansancio acumulado que tenían del ajetreo del último día hizo mella en Emy que, apoyando la cabeza en el hombro de Mark, empezó a quedarse dormida.

Tras unos minutos, Emy se acurrucó aún más y colocó su brazo izquierdo sobre la cintura de Mark, que un poco sorprendido bajó la cara para observar como dormía. Emy entreabrió los ojos y, sin decir nada, levantó la cabeza y le besó suavemente en los labios.

—Perdonen ¿está ocupado el asiento?

Un hombre de unos cuarenta años, de rostro agradable, estaba ligeramente inclinado preguntando a Héctor por el asiento que este tenía libre a su derecha. Héctor miró de forma refleja a Mark y, volviéndose al extraño a la vez que se incorporaba levemente en su asiento, dijo:

—No, no, está libre.

El hombre se acomodó e inmediatamente empezó a hablar mirando a Héctor.

—Disculpad la interrupción, pero tenemos que hablar.

—Perdón, ¿cómo dice? —le preguntó Héctor agresivamente mientras Mark y Emy, saliendo de su semiletargo, se levantaron en sus asientos y giraron el rostro hacia el recién llegado, que les abarcó con una mirada de sus ojos azules.

—Veréis. Mi nombre es Rudy Overson y sé quiénes sois.

—¿Y tú, quién demonios eres? ¿No serás un colega del cabrón del cura, no? —preguntó Mark, incorporándose en el asiento agarrando los

reposabrazos.

—No, ni mucho menos. Pertenezco a una organización que se denomina los *áureos* y me imagino que el cura ya os habrá hablado de nosotros.

Emy preguntó con sarcasmo:

—¿Y se supone que tiene que impresionarnos de alguna manera el nombrecito?

Esbozando una sonrisa, el tal Overson negó ligeramente con la cabeza mientras contestaba a la pregunta:

—No, no, en absoluto. Simplemente estaba presentándome como lo que soy: miembro de una organización que lucha contra el cáncer de la humanidad que las religiones son y, en especial, la católica. Lo único que pretendemos es que la sociedad se olvide de supersticiones medievales que en algún momento tuvieron su sentido histórico como elemento de control de masas y que la gente tenga la posibilidad de saber la verdad sobre todo lo que nos han contado y decidan con total conocimiento, si en pleno siglo XXI tiene algún sentido alguno de los planteamientos de las religiones.

Abandonado ya el sarcasmo, parecía que, además de a Emy, Overson había conseguido acaparar la atención de los otros dos jóvenes, por lo que continuó hablando:

—Veréis. Vuestro padre Héctor Deverís era un simpatizante de nuestra organización y, además, también ha sido colaborador nuestro en asuntos puntuales. Tú como su hijo, Héctor, sabrás cuál era la postura de tu padre respecto a ese secretismo que tanto la Iglesia como la Umma^[30] han tenido siempre acerca de sus orígenes y los fundamentos dogmáticos en que se basan. Tu padre siempre fue partidario de que su trabajo sirviera para que la gente reflexionara sobre la verdad y con pleno conocimiento decidiera si quería creer en algo irracional o, si de forma empírica, la física, química, biología, en definitiva, la ciencia, podía darle una mejor contestación a todas sus preguntas.

Mark, haciendo una seña con las manos para que parara en su discurso, le preguntó;

—Vale, ya hemos entendido cuál es la misión de vuestra organización. Pero, ¿qué es lo que quieres o queréis exactamente?

—Lo que queremos es ayudaros a recuperar el pergamino que ha encontrado vuestro padre antes de que lo consigan encontrar los *Milites Dei*.

Emy miró a Mark, que le hizo un gesto casi imperceptible.

—Sí, se llaman a sí mismos «Los soldados de Dios» y no se sabe, si por inspiración divina o por orden de alguien, dicen tener como misión ser los protectores de la fe católica. No existen oficialmente, pero sabemos que dependen de alguien en la Comisión *Ecclesia Dei* del Vaticano.

Emy interrumpió a Overson.

—Oye, ¿un tal Alfredo Denese tiene algo que ver con la congregación esa y los *Milites Dei*?

—Sí, sabemos que es el director de operaciones de los *Milites Dei* y ha sido enviado a España por la Congregación para la Defensa de la Fe del Vaticano para vigilar tanto a Fidel, el sacerdote, como a Héctor Deverís, con el fin último de conseguir tener acceso al pergamino o a lo que sea que hayan descubierto.

—El muy hijo de puta... Nos ha estado engañando desde el principio.

—Pensad que en el momento por el que está pasando la Iglesia católica, el descubrimiento de cualquier documento que se pudiera probar auténtico que, de alguna manera, demostrara la falsedad de los pilares sobre los que se fundamenta el cristianismo, sería tan desilusionante para cientos de millones de creyentes, sobre todo del hemisferio sur, que perfectamente podría hacer desaparecer completamente la Iglesia católica. Y os aseguro que eso no lo van a permitir nunca y que van a hacer todo aquello que sea necesario para impedirlo y, cuando digo todo aquello que sea necesario para impedirlo, me refiero exactamente a cualquier cosa lógica o no que podáis imaginar.

Héctor, que se había mantenido casi en silencio, preguntó a Rudy:

—Entonces, ¿qué es lo que quieres? ¿Venir con nosotros hasta la excavación? Me imagino que tienes claro que el pergamino que ha descubierto mi padre es patrimonio turco y nosotros simplemente nos reservaremos el derecho de descubrimiento e investigación.

—Nosotros no tenemos ningún problema con eso, porque lo que queremos es precisamente que se haga público y no desaparezca. Como me temo que van a intentar retrasar vuestra llegada a Iznik como sea, igual tenemos que...

—¿Retrasar nuestra llegada? ¿Cómo? —preguntó Emy.

—¿Habéis facturado algo de equipaje?

—Sí —contestó Mark.

—Bien. Como el equipaje irá directamente a Estambul, aunque hagamos escala en Roma, lo más probable es que os hayan metido algo en la maleta para que os detengan a vuestra llegada en Turquía.

—¿Quién demonios va a hacer una cosa así? —preguntó Emy poniéndose de rodillas en el asiento de espaldas a la ventanilla del avión para poder ver así mejor la cara de Rudy

—Tened por seguro que ellos, los *Milites Dei*, van a hacer lo que sea para llegar antes que vosotros a la excavación. Lo que no saben es que un grupo de científicos de la Universidad de Estambul, que también son *áureos* ya están en camino hacia Iznik para llegar antes que ellos.

Mark, tras mirar a Emy durante unos segundos, dijo:

—Para el caso, que todavía pongo en duda, de que hagan lo que dices, lo que podemos hacer es relativamente fácil. Solamente uno de nosotros se queda en la línea de recogida de equipaje y los otros dos salen directamente del aeropuerto.

—Yo me quedo para recoger las maletas —dijo Héctor.

—No —intervino Rudy—. Debéis salir separados y yo me haré cargo de recoger vuestras maletas y...

Emy no le dejó terminar:

—No sé si hay algo que no veo, pero, ¿no es más fácil que simplemente dejemos las maletas y salgamos por parejas: Mark y yo, por un lado, y Héctor y Rudy, por el otro? Siempre podemos encargar a alguien que las recoja y nos las dejen donde le digamos.

Desde que dejaron la carretera general, ya en las cercanías de Iznik, y habían tomado un carril forestal, el Toyota Land Cruiser que llevaban no paraba de dar botes. Aunque tuviera una magnífica suspensión, poco podía hacer ante la serpenteante carreterilla, tan falta de mantenimiento como de

rectas.

Kumar llevaba 5 minutos con el teléfono pegado a la oreja, recibiendo las últimas instrucciones de Adnan. Sus tres acompañantes no paraban de reírse entre bromas. Aunque buenos especialistas en sus respectivas materias, eran de las jóvenes incorporaciones a los *áureos* y realmente no tenían conciencia alguna de los posibles peligros que les podían esperar en la excavación. Sólo conocían de oídas a los *Milites Dei* y no sabían de lo que eran capaces.

Por fin, al terminar una curva mareante, tuvieron delante, de repente, la excavación de Héctor Deverís. No eran más de unas quince tiendas de campaña de distintos tamaños. Hacía tiempo que habían perdido su color blanco original para dejar paso a un beige que, en algunas de ellas, ya era parduzco. Sin embargo, el conjunto no era desagradable, ya que las habían levantado alrededor de un gran palmeral, que les proveía de sombra y probablemente dátiles frescos y agua.

Con el todoterreno prácticamente al paso, llegaron a una explanada en la que había una camioneta que, sin duda, había visto tiempos mejores y un Suzuki.

Inclinado sobre el capó del pequeño todoterreno había un joven moreno, bien vestido, que estaba escribiendo algo. Al verlos llegar, levantó la vista, sin despegar el bolígrafo del bloc, aunque eso sí, dejó de escribir.

Kumar, que lideraba a los recién llegados, se presentó al joven del Suzuki, y mientras extendía la mano, saludó de la forma cortés que espera cualquier musulmán.

—As Salam Alaykum^[31] .

Incorporándose lentamente, el joven con mirada desconfiada le contestó

—Wa-Alykum-as-Alam^[32] .

—¿Es usted el encargado de la excavación?

—No. El titular de la excavación es Héctor Deverís. Yo soy funcionario del Departamento de Arqueología del Ministerio de Cultura de Turquía. Mi nombre es Mustafá Celik y he sido encargado por el gobierno para controlar esta excavación. ¿En qué puedo ayudarles?

—Mi nombre es Kumar Sahin y venimos del Departamento de Arqueología

de la Universidad de Estambul. Me acompañan —dijo señalando a los jóvenes que estaban detrás de él— dos especialistas en medición ultrasónica para localización de objetos enterrados.

Tras la presentación, Kumar sacó del bolsillo de la sahariana sin mangas un documento y se lo entregó a al representante del gobierno turco diciéndole:

—Estas son nuestras credenciales, emitidas directamente por el gobierno de Ankara. Nos han autorizado a valorar todo lo descubierto hasta ahora y colaborar en la posibilidad de búsqueda de nuevos yacimientos arqueológicos.

Mustafá Celik examinó cuidadosamente toda la documentación que le había presentado y, con un gesto un tanto despectivo, dijo:

—Los papeles están en regla. Pueden hacer su trabajo, pero en el momento que encuentren algo, llámenme inmediatamente. Me imagino que no es necesario que les diga que no pueden sacar absolutamente nada de la excavación sin mi permiso.

—Por supuesto, por supuesto. Esto... ¿quién es el encargado?

Con un gesto de desinterés, Mustafá extendió ligeramente el brazo mientras señalaba:

—El encargado está controlando la criba al otro lado del palmeral.

Dejando el coche al lado del Suzuki, y tomando el equipo y herramientas, empezaron a andar a través de una especie de cauce a ambos lados del cual había obreros locales que con movimientos lentos, pero rítmicos iban abriendo con la azada pequeños surcos en la tierra.

La mayor parte de la excavación estaba dividida en cuadriláteros debidamente encordados para poder ir delimitando la zona a excavar, pudiendo así organizar los siguientes estadios de excavación.

A medida que se acercaron al palmeral fueron viendo que el tamaño de las tiendas no era tan pequeño como habían creído en un principio y al estar todas abiertas pudieron ver el interior que era amplio y parecía agradable. Todas tenían un doble techo para luchar contra el calor y había dos de ellas que eran bastante grandes.

Nada más llegar al palmeral, vieron al lado de cada uno de los cuadriláteros a un hombre con un carro de mano en el que otro obrero iba

vertiendo paladas de la tierra extraída para ir cribándola en busca de pequeños restos. Cuando preguntaron, les señalaron al encargado. Este estaba hablando con el cocinero, un turco de cejas pobladas y gran bigote gris, que estaba preparando unas brasas en una especie de barbacoa rudimentaria, en la que, por el olor a especias que despedía una marmita grande tapada con un paño, iba a preparar *shish kebab*.

Kumar repitió su presentación y, tras las formalidades debidas el encargado, que dijo llamarse Hamil Kaya, les explicó:

—Nadie me había advertido de vuestra visita. De todas formas, me han llamado los hijos de Héctor ayer por la noche para decirme que llegarían hoy a la excavación, por lo que podréis hablar con ellos y pedirles la información que necesitéis.

Kumar, llevándose a Hamil a una parte donde no pudieran escucharle los obreros, le explicó:

—Héctor Deverís era amigo nuestro y nos dijo que había encontrado un túnel en algún lugar de la excavación que conducía a una gran cueva. Nos hace falta que nos lleve allí.

Hamil miró a uno y otro lado como para asegurarse que nadie les hubiera podido oír y, haciendo un gesto con el brazo y la cabeza simultáneamente, les dijo:

—Seguidme.

Empezaron a andar detrás de él y, alejándose de la zona de los trabajadores, se metió en una de las tiendas más grandes del campamento. Una vez que estuvieron dentro de la tienda, les dijo:

—Se hace necesaria la máxima discreción, ya que el representante del gobierno no sabe de la existencia del túnel. Vamos a salir por la parte de atrás de esta tienda.

Mientras lo decía, atravesó la tienda y, tras agarrar un palo grande de la esquina de la misma, abrió la cremallera de la lona trasera. Uno por uno los áureos que le siguieron salieron a un hueco entre la falda de la colina y la tienda, perfectamente oculto para todos. Colocándose delante de ellos, Hamil dijo:

—Venid detrás de mí. La entrada a la cueva está justamente a la vuelta de

este montículo

Al dar la vuelta, los *áureos* buscaron con la mirada la entrada sin encontrarla. Hamil, sonriendo, pidió:

—Dejadme un poco de espacio.

La falda de la colina estaba completamente rodeada de un seto natural de altura considerable de un espino de la zona con púas de más de cuatro centímetros que parecían pequeñas cuchillas. Hamil se metió entre los jérguenes, que así se llamaban los arbustos, y con el palo hizo palanca en un punto de la superficie de la ladera del montículo y creó un rudimentario pasaje entre los espinos, y haciendo una seña a los *áureos* les dijo:

—Venga, pasad por aquí. La entrada no es demasiado grande, pero se puede entrar bien.

Los *áureos* obedecieron y, agachándose ligeramente, empezaron a andar. Una vez dentro, el túnel adquirió una altura casi normal. Todos encendieron las luces frontales de los cascos que se habían colocado y avanzaron precedidos por Hamil.

[30] Comunidad mundial de todos aquellos que profesan la religión islámica.

[31] Que la paz sea contigo.

[32] Y sobre ti también la paz.

21. El Crismón sagrado

Año 317 d. C. Roma.

Los años siguientes fueron relativamente tranquilos para mí, a excepción de un par de episodios que, por mucho que lo intente, nunca podré borrar de mi memoria. Nada más terminar la celebración de la boda de la hermana de Constantino que, de hecho fue bastante corta, Licinio tuvo que salir urgentemente para ponerse al frente de su ejército, a fin de poder detener a Maximino Daia que acababa de cruzar la frontera y atravesado la Capadocia en pleno invierno para poner sitio a Bizancio. Después de una serie de escaramuzas, y a pesar de su inferioridad numérica, Licinio ganó la batalla final, convirtiéndose así en emperador absoluto de Oriente.

Pero el compartir con Constantino, el emperador de Occidente, el dominio sobre el Imperio romano no era fácil. Como siempre decía Rajothep, el ser humano es el único que ambiciona algo que no tiene, aunque no le haga falta, obsesionándose con conseguir la posesión de lo que sea. Una vez que la tiene, pierde el interés.

Tanto Licinio como Constantino ambicionaban el poder absoluto en el imperio, pero ninguno quería dar el primer paso, hasta que Licinio, muy mal aconsejado por uno de sus asesores, dio el visto bueno a una conspiración para asesinar a Constantino en su propio palacio.

Constantino consiguió saber que Licinio estaba detrás de la conspiración, pero sin pruebas suficientes, por lo que no le acusó, porque por otro lado ya tenía la excusa que le hacía falta para atacarle militarmente: Licinio siempre

había detestado a los cristianos y, siendo su corte totalmente pagana, le estuvo presionando durante años hasta que accedió a despojar a los cristianos de sus bienes y demoler sus lugares de culto. En una corta campaña Constantino derrotó a Licinio convirtiéndose en el Augustus Máximus de todo el Imperio romano.

Yo llevaba ya viviendo en la corte de Constantino casi dos años, y aunque no podía decirse que era el sueño de la vida que quise tener, era relativamente feliz. Pero para mi desgracia el obispo cristiano Eusebio tenía cierto interés en mí y, antes de que comenzara la campaña contra Licinio, pidió a Constantino que me permitiera viajar con él para ponerme a su servicio, ya que tenía que redactar importantes libros para la Iglesia, para lo que necesitaría de escribas eficientes. Y lo malo es que yo no podía hacer nada para impedirlo. Constantino, al sentirse en cierta medida endeudado con la Iglesia y, por otro lado, no necesitar realmente de mis servicios por estar en campaña militar, accedió a la petición de Eusebio, con la obligación de restituirme a su cuerpo de escribas antes de la *terminalia*^[33] .

Me quedé en Roma, donde me asignaron un dormitorio al lado del obispo, lo cual fue la primera señal de cuáles eran sus lúbricas intenciones. Ya en varias ocasiones, mientras estaba haciendo mi trabajo en el *scriptorium*, Eusebio se me acercó por detrás e inclinó la cabeza hasta ponerla cerca de la mía, porque según él no podía ver la letra uncial continuada por sus viejos y cansados ojos. En esas ocasiones, me ponía la mano en la cabeza y me miraba intentando esbozar una desdentada sonrisa, sin apenas conseguirlo.

Una noche me pidió que llevara un calentador a la cama de su habitación y la fuera calentando. Cuando él llegó, yo tenía la cama caliente tras haber pasado el calentador en todas direcciones por encima de las húmedas sábanas.

Me pidió que le ayudara a quitarse el gran jubón pardo. Debajo de este, sólo llevaba una camisola de lino gris sucia y maloliente. Sin mirarme, me dijo:

—Apresúrate, Lisandro. Desvístete y entra en la cama para que me puedas calentar los pies.

Totalmente perplejo ante esta petición por el que se suponía que era un hombre religioso, y sabiendo como yo sabía por haberlos transcrito en

multitud de ocasiones, que el pecado de Sodoma era abominable a los cristianos, dudé durante unos instantes. Enseguida, Eusebio me ordenó:

—Es que no quieres calentar los pies de tu obispo, Lisandro. ¿Tengo que recordarte quién eres?

No quiero ensuciar este escrito relatando lo que pasó aquella noche y muchas otras noches que vinieron después a lo largo de todo ese año.

Tuve, en algunas ocasiones, el pensamiento de escapar, pero los cazadores de esclavos y los terribles castigos a los capturados me hicieron desistir de la idea. Además, a mí el trabajo como escriba me gustaba y me sentía apreciado. En definitiva, me acostumbré a que aquello pasaría y que cualquier día Eusebio, ya de edad avanzada, moriría y si no, como muy tarde, al llegar la *terminalia* podría yo volver a la corte de Constantino y con el que fue mi tutor Rahotep vivir como escriba, esclavo, pero en una posición que tenía más cosas buenas que malas.

Sin embargo, la incongruencia tan absoluta entre todas las bondades de la religión cristiana que predicaba Eusebio, supuesto padre de la Iglesia, y su lascivo comportamiento hacían que la rabia invadiera mi cuerpo. Todos esos pecados que, según él, implicaban la condenación eterna y que, sin embargo, él sin el más mínimo pudor practicaba casi a diario, y no sólo conmigo, sino con cualquier joven a su servicio, debían tener un castigo. No hacía más que darle vueltas a la cuestión, intentando encontrar la forma de hacer coincidir mi venganza con un castigo a la medida de sus desmanes. Y la oportunidad para empezar a planificarlo surgió.

A Constantino, por un lado, le interesaba demostrar al pueblo su agradecimiento al dios de los cristianos, que se suponía le había inspirado en su visión con el Crismón sagrado para colocarlo en el lábaro^[34] y en los escudos, y así motivar a sus soldados a ganar la batalla del Puente Milvio. Por el otro, quería fomentar y reforzar la idea del poder de ese talismán entre sus soldados que, primitivos e incultos, siempre combatían mejor ayudados por fuerzas sobrenaturales.

Por ello, había ordenado a los mejores orfebres griegos que le prepararan una joya grandiosa, una joya que no tuviera parangón en todo el Imperio romano y que, de entonces en adelante, representara el inequívoco apoyo del

dios de los cristianos a Constantino y a Roma.

La joya que fabricaron era extravagante en su riqueza: era una corona, de casi un *cubitus*^[35] de diámetro, hecha de unos tres dedos de oro macizo de la mejor calidad proveniente de Legio^[36] en la *Hispania citerior Tarraconensis*^[37], incrustada con grandes y perfectos diamantes que desprendían un fulgor cegador. En medio de la corona se veía el monograma de Cristo con la letra griega *chi* en forma de aspa y la *ro*, acompañadas de dos pequeñas alfa y omega realizadas también en diamantes, zafiros y esmeraldas.

Esta joya, que dio en llamarse el Crismón sagrado, se utilizaba para colocarla en la parte superior del astil dorado del lábaro o estandarte. A partir de entonces, este estandarte iría siempre al frente de los ejércitos romanos de Constantino, representando la comunión entre el Imperio y la Iglesia cristiana.

Después de haber vencido a Licinio, en un acto rodeado de pompa que se celebró en Roma, la capital del imperio, Constantino en el Foro imperial, rodeado de una multitud que lo aclamaba, hizo entrega a Eusebio como obispo de Roma del Crismón sagrado, nombrándolo su depositario y protector.

Eusebio dijo recibir el Crismón sagrado en nombre de la Iglesia con el agradecimiento de todos los cristianos y como señal del apoyo sin fisuras del emperador a la religión cristiana. Eusebio juró delante de Constantino y todo el pueblo romano que por lo que simbolizaba lo protegería con su vida.

[33] El último día del año.

[34] Estandarte (lanza larga o pica) en el que los emperadores romanos portaban su emblema o el águila imperial.

[35] Medida de longitud equivalente a unos 44 cm.

[36] Actual León en España. Tenía las minas de oro más importantes de la época.

[37] La provincia más grande de Hispania. Ocupaba dos tercios de la península.

22. El número phi

Vuelo Málaga - Estambul. 21 de julio de 2016.

—Rudy, ¿te importa dejarnos solos un momento para que hablemos? —ordenó más que preguntó Emy.

—En absoluto. Si queréis algo, estoy sentado en el pasillo central, como veinte filas por detrás.

Una vez que le vieron alejarse, Emy preguntó:

—Bueno, ¿qué os parece? ¿Creéis que es de fiar?

Mark contestó:

—Es difícil saberlo, pero lo que dice tiene sentido y su actitud, en cuanto que estaría dispuesto a quedarse a recoger las maletas, también es ilustrativa de su talante.

—¿De qué? Podría ser perfectamente una afirmación calculada para impresionarnos —se pronunció escéptico Héctor, al que Emy replicó inmediatamente:

—Yo estoy por confiar en él.

—Yo también —dijo Mark.

—Perdone, padre, pero no puede estar ahí —recriminó la azafata, que acababa de llegar a la zona media de servicio del avión, a un sacerdote con traje clergyman, que se volvió y con unos cautivadores ojos azules y una

sonrisa le contestó:

—Mil perdones, señorita. La he visto tan ocupada que no quería molestarla y me he permitido acercarme a buscar una botellita de agua para tomarme esta pastilla para el dolor de cabeza —contestó Alfredo amablemente, mientras le enseñaba una pastilla que tenía entre los dedos.

Sonrojándose ligeramente ante la franca sonrisa del atractivo sacerdote y su actitud anterior, un tanto agresiva, la azafata intentando ser amable rápidamente repuso:

—No se preocupe, le traigo una botellita en dos minutos. En esta zona se ve que se han acabado.

Tras hacerle una leve inclinación de cabeza como señal de agradecimiento, Alfredo abandonó su sonrisa, mientras por el resquicio de la cortinilla espió una veintena de filas de asientos hacia atrás a los tres jóvenes, a cuyo lado se había sentado un hombre que debía de estar diciéndoles algo muy interesante, ya que estaban todos pendientes de él. Alfredo tuvo claro inmediatamente quién podía ser el desconocido. Cuando el hombre se levantó y fue hasta su sitio en el asiento central, sacó el móvil con mucho cuidado y consiguió un enfoque nítido con el zoom para hacerle una foto, mientras mascullaba en voz baja:

—Ya que habéis tomado partido, chiquitos, que empiece la función.

—Está bien, yo iré a buscarle —dijo Héctor levantándose de su asiento.

Menos de un minuto después estaba de vuelta con Rudy Overson, al que Héctor dejó pasar para que se sentara en el centro. Emy empezó a hablar:

—Rudy, hemos hablado entre nosotros y vamos a hacer lo que propusiste antes. Cuando lleguemos a Estambul, dejaremos las maletas e iremos directamente a Iznik. Ya mandaremos a alguien a recogerlas cuando hagan falta. Bueno, Rudy, ¿por qué no nos explicas ahora un poco toda esa historia de los *áureos*?

Mark intervino antes de que Rudy empezara a hablar:

—Me imagino que tendrá que ver con el número *phi* o número áureo, ¿no?

Rudy contestó:

—Efectivamente, nuestra organización utiliza este nombre porque vemos en *phi* o el número áureo, el número real que mejor expresa la relación entre las medidas de todos los elementos del Universo. Este número es esencial para entender la naturaleza, ya que está presente por todas partes.

—¿Y eso cómo puede ser? Explica un poco más —le pidió Emy.

—Mirad, *phi* está representado por el número 1,618. A lo largo de historia, este número ha apasionado a toda clase de pensadores, científicos, músicos, artistas, desde Euclides, pasando por Galileo, Kepler, Mozart, Darwin, hasta Einstein. Otro enamorado de *Phi* es Roger Penrose, el matemático de Oxford que compartió recientemente el premio Wolf de Física con Stephen Hawking. Por poneros un ejemplo que es casi desconocido, la longitud y anchura de las moléculas de ADN guardan una relación exacta de 1,618 por cada ciclo completo de su espiral helicoidal. Pero es en el ámbito matemático en el que *phi* tiene propiedades que no tiene ningún otro número en la naturaleza, como por ejemplo *phi* elevado al cuadrado es igual a sí mismo +1, y su inverso es igual a sí mismo -1. Eso no sucede con ningún otro número real positivo, lo cual da idea de su especialidad. En el ámbito de la geometría, son infinitas las figuras geométricas en las que las razones entre los lados de las distintas figuras geométricas o entre los ángulos vienen expresadas por el número áureo. Las dimensiones de las pirámides de Egipto, del Partenón griego y de múltiples monumentos de la antigüedad utilizan como base el número áureo. Las dimensiones de la tierra y la luna forman un triángulo rectángulo, cuya hipotenusa es múltiplo del número áureo. La frecuencia de pulsación de las estrellas es igual a *phi*. En el ámbito de la naturaleza cercana, el número de pétalos de las flores es siempre múltiplo de *phi*, al igual que la relación entre la nervadura de las hojas; en los seres humanos, la relación entre mano y antebrazo, falanges de los dedos, longitud y anchura de la cabeza. Prácticamente, nada en la naturaleza se escapa a la posibilidad de expresarse en función del número áureo. Por eso lo consideramos el símbolo numérico más universal. No es necesario recurrir a religiones ni leyendas para interpretar el mundo en que vivimos. La ciencia en su diversidad es más que suficiente para dar explicaciones razonadas y comprobables a todo lo que

vemos, tocamos o experimentamos.

Durante unos segundos permanecieron en silencio, hasta que Emy tomó la palabra:

—Oye, ¿no os parece que tanta perfección que expresa el número *phi* y su omnipresencia en el Universo podría hacerle a uno pensar que es un patrón que alguien ha usado para construirlo todo?

23. El destierro

Año 324 d. C. Roma. Salón imperial de Constantino.

Aunque el emperador Constantino utilizaba habitualmente a Osio como consejero por su forma de razonar con lógica e inteligencia, acompañadas de una astucia política que nadie habría esperado en un religioso, no trataba con él los asuntos verdaderamente importantes de Estado.

Su asesor más querido era Crispulo, en cuyo honor el emperador nombraría después a uno de sus hijos. Crispulo tenía un bagaje militar casi paralelo al de Constantino. Era un romano inteligente y conservador y al que nada gustaba el reconocimiento que el Emperador había hecho de la secta cristiana. Así se lo manifestaba en una ocasión en la sala del trono, donde me encontraba esperando a que se me dieran instrucciones para redactar algunos escritos. Crispulo, que era el único a quien el Emperador permitía que no se dirigiera a él de manera formal, le dijo:

—De verdad que no entiendo Constantino qué es lo que has visto en esta secta de los cristianos.

—Crispulo, Crispulo, Crispulo, con lo astuto qué tú eres no entiendo que no te hayas dado cuenta de la situación. Me imagino que habrás advertido que los valores tradicionales romanos ya no tienen la importancia que tuvieron. Nuestro imperio, que hasta hace muy poco estaba dividido en cuatro pequeños imperios durante la tetrarquía, ha tenido como basamento durante siglos la opulencia *ad absurdum* de las clases altas, que se han rodeado de privilegios y molicie, haciendo crecer durante años el sentimiento de odio y el

descontento de las clases bajas. Hemos, y digo hemos porque me incluyo, cometido toda clase de abusos, despilfarrando millones de sestercios, mientras en el Imperio escaseaba el trigo e incluso los ciudadanos de Roma han pasado hambre. Les hemos mantenido callados con los juegos y las matanzas de cristianos en la arena, que les han hecho sentirse afortunados por ser romanos.

Con genio, Crispulo le contestó:

—Hemos matado a los cristianos porque no se han querido doblegar a rendir culto a nuestros dioses. Si no nos obedecen, mueren, es así de fácil.

—No, Crispulo, no. Hemos perseguido a los cristianos, matando miles y quitándoles sus propiedades, simplemente porque en ciertos momentos nos ha hecho falta alguien a quien poder acusar de ser el responsable de todos los males del Imperio y quién mejor que los cristianos que no ofrecen más que ventajas para ser masacrados. Por un lado, parecen no tener conciencia de la realidad y la vida, ya que no temen perderla. Son capaces de morir de maneras horribles con una sonrisa en los labios y, lo que siempre nos ha interesado más, en ninguna ocasión se ha visto que hayan tenido intenciones de vengarse de nosotros. Son los culpables perfectos.

—Sí, pero eso no es más que el orden natural de las cosas, sobre todo teniendo en cuenta que nosotros dirigimos el mundo civilizado.

—Déjame terminar, Crispulo. Piensa que al ser nuestro Imperio la mezcla de culturas que es, nuestras tradiciones han ido perdiendo fuerza y se han ido incorporando otras, las de los pueblos vencidos, que cada vez se van extendiendo más. El culto al *Sol Invictus* y a nuestros dioses se ve como algo del pasado. Los sacerdotes de Mitra se quejan de que ya casi nadie ofrece sacrificios. Nos hace falta encontrar algo que pueda constituirse en el origen de un sentimiento de unidad entre todos los territorios y razas que componen el Imperio. Tenemos que conseguir que el ser un ciudadano del Imperio no se vea simplemente como ser súbdito del poder militar romano, sino que los ciudadanos, sin importar su origen, se puedan sentir parte de algo más. Lo ideal es que ese «algo más» sea de carácter espiritual y que, además, todo el mundo se dé cuenta de que ese sentimiento de unión espiritual lo da precisamente el hecho de pertenecer al Imperio romano. Y, lógicamente, el

elemento que nos permita hacer todo eso es fundamental que tenga un bajo coste.

—Y, ¿tú crees que el Dios de los cristianos nos puede servir para implantar ese espíritu de unidad? ¿Pero de verdad crees que hay algo de mejor en su Dios que en los nuestros?

—Querido Crispulo, precisamente la situación en la que se encuentra la secta cristiana en la actualidad es perfecta para nuestros fines. Nos necesitan para poder sobrevivir. Los principios en que se basa su religión se apoyan en la figura de un hombre, ese Jesucristo que fue crucificado por nosotros, pero por influencia de los judíos. Dicen que este hombre ayudó a la gente y predicó lo que decía que era la palabra de Dios, nada especialmente asombroso. Nosotros vamos a cambiar eso. Lo que más nos interesa de todo esto es que nosotros ahora podemos moldear completamente todos los personajes de esta religión a nuestro antojo, convertirla en lo que nos interese para que pueda ser ese elemento que nos ayude a darle unidad a todo el Imperio romano y, como los cristianos están todavía temerosos por las persecuciones, cederán absolutamente a todo lo que les pidamos, y a lo que no quieran ceder, se lo impondremos. Yo seré el Augusto del Imperio romano y la cabeza de la Iglesia cristiana.

—Pero esa religión no tiene dioses como los nuestros. ¿Qué Dios que se precie va a ir montado en un burro y se va a dejar torturar y crucificar? ¡Eso es totalmente absurdo!

—Lo único que tenemos que hacer es convertir a sus protagonistas en divinidades para que los ciudadanos puedan ver en todo lo cristiano la mano de un dios fuerte y poderoso que ha decidido ponerse del lado del Imperio romano. Ese Jesucristo del que hablan no nos vale, porque es un hombre del pueblo sin más. Nos hace falta dotarle de un aire de divinidad.

Durante los años siguientes, recorrí con la corte de Constantino la mitad del Imperio Oriental, utilizando como base de operaciones Nicomedia, dentro de la prefectura de Bitinia. Constantino estaba buscando un enclave en el que

construir un nuevo palacio y por ello visitamos distintas ciudades, siendo la que más le gustó Nicaea, que por su configuración física era por naturaleza inexpugnable. Fue precisamente el viaje a Nicaea, el que aproveché para poder consumir mi venganza de Eusebio. Todo salió a la perfección.

Tras un agotador invierno, volvimos por fin a Roma a petición del Senado para el nombramiento del nuevo cónsul y la inauguración del arco de Constantino, cuya construcción se acababa de terminar.

El Senado, adoptando una decisión diplomática o temerosa a las represalias, decidió nombrar cónsules de Roma a Constantino y a Licinio, organizando para ello fiestas triunfales en las que, sobre todo, se celebraba la victoria de Constantino. Fue para ello que se pidió a Eusebio que preparara el Crismón sagrado para colocarlo en el lábaro y salir en procesión delante de los nuevos cónsules de Roma. Cada vez que me acuerdo, pienso en la justicia divina.

Por mucho que Eusebio buscó y rebuscó, no le quedó más remedio que admitir entre temblores y oraciones la terrible conclusión: la más grande joya del Imperio, el símbolo de la unión entre el Imperio y el cristianismo, cuyo cuidado y vigilancia le habían sido encomendados y que había jurado proteger con su vida, había desaparecido.

Tras concederle audiencia de forma urgente, cuando estuvo delante de Constantino y de Osio, Eusebio, primero de rodillas y luego en total prosternación, entre sollozos y balbuceos, comunicó al Emperador que el Crismón sagrado había desaparecido.

Intentó dar toda clase de explicaciones a Constantino sobre la imposibilidad de que hubiera desaparecido dadas las medidas de seguridad que tenía, y que la única posibilidad era que espíritus malignos se lo hubieran apropiado. No pudo evitar la cólera del Emperador, que dio rienda suelta a su furia volcando la enorme mesa de mármol delante de la que se sentaba.

Yendo hacia donde estaba postrado Eusebio, lo levantó como si fuera un muñeco a más de un codo del suelo. El anciano, que lloraba desconsoladamente, no pudo contenerse y empezó a formarse un charco en el suelo justamente debajo de sus sandalias de cuero. Constantino, tras un breve intercambio de miradas con Osio, con cara de asco lanzó a Eusebio al aire tres

o cuatro pasos, aterrizando el anciano en el duro mármol del salón de recepción del emperador, golpeándose la cabeza contra el suelo. Mientras se tocaba la frente, de la que había empezado a manar abundante sangre, iba a levantarse cuando Constantino le dijo:

—Deja de lloriquear y escucha: puse en ti toda mi confianza. Hice construir la más bella joya del Imperio y te la entregué como símbolo de la unión del Imperio romano y el cristianismo y tú, viejo miserable, has dejado que te la robaran. Mi instinto me pide que te mate aquí mismo, pero en atención a la petición de Osio, aquí presente, te perdono la vida. Desde hoy, dejas de ser el obispo de Roma. Saldrás de Roma hoy totalmente solo. Si al anochecer estás en Roma, serás colgado.

24. Basir y los 100 €

Aeropuerto Atatürk (Estambul), 21 de julio de 2016.

Observando las multicolores filas de taxis a la salida del aeropuerto de Estambul, Basir fumaba uno de esos cigarrillos turcos sin filtro que marean sólo con verlo, mientras no quitaba ojo a un espectacular Toyota Land Cruiser negro, que estaba muy cerca de una de las salidas del parking. Dos hombres de complexión fuerte y de origen europeo fumaban apoyados en el lado del coche que estaba más en la sombra, mientras otro permanecía dentro del todoterreno, con una tableta en la mano, consultando o leyendo algo. Los *Milites Dei* estaban impacientes.

De los cinco *áureos* que formaban el grupo para ir a la excavación de Deverís, Adnan había elegido a Basir para que se quedara en el aeropuerto mientras ellos iban directamente hacia la excavación. Su misión estaba clara: tenía que impedir o al menos retrasar en todo lo posible la salida de los *Milites Dei* del aeropuerto, y si no podía detenerles, tenía que obstaculizar en todo lo que pudiera su avance. El equipo técnico de los *áureos* ya estaría en la excavación de Deverís y necesitarían todo el tiempo que pudiera ganarles para poder encontrar aquello, en lo que los *Milites Dei* tenían tanto interés.

Lo primero que hizo Basir de forma bastante discreta fue acercarse a la parte trasera del coche y, comprobando que dos de los *Milites Dei* estaban fumando como a unos 10 metros del coche y que el otro, que estaba sentado en la parte de atrás, lo estaba de tal forma que no podía verle. Acercó la cara al cristal tintado de la luna trasera y, aunque el cristal no dejaba ver con

claridad, pudo vislumbrar las culatas de varios fusiles de asalto confirmando su postura frente a la de Adnan, que en su inocencia pensaba que no sería necesario recurrir a la violencia. Estaba claro que con estos fanáticos las palabras no valían para nada.

Basir se alejó como a unos 50 metros del coche a un lugar desde el que podía vigilar todos los movimientos de los *Milites Dei*. Sonrió ligeramente cuando se atravesó en su campo de visión un grupo de jóvenes pilluelos intentando llevar las maletas a los turistas y que estaban en constante discusión con los maleteros oficiales del aeropuerto. Haciendo una señal, llamó a uno de los jóvenes muchachos para que se acercara. El que sin duda parecía más espabilado del grupo, se acercó con el ceño fruncido, le miró y preguntó:

—¿Quieres comprar algo?

—No, pero si tus amigos y tú queréis ganar esto —le dijo, enseñándole un billete de 50 €— no tienes más que hacer lo que te diga.

El muchacho siguió con sus pobladas cejas negras fruncidas, mientras con una mirada un tanto desafiante le contestó:

—Sexo, no.

—No, no, no, no tiene nada que ver con sexo. Mira, ¿ves aquel todoterreno negro en el que hay un hombre sentado en la parte de atrás y otros dos hombres fumando a unos 5 o 6 metros delante del coche?

—¿El *Land Cruiser* negro? Sí, lo veo, ¿qué pasa?

—¿Tú crees que podríais entretener a los hombres que están fumando en la parte delantera, mientras yo me acerco a la parte trasera del coche, de forma que tenga cinco o seis segundos para comprobar una cosa?

Sin pestañear, el muchacho contestó muy serio:

—Eso está hecho, pero me tienes que dar 100 €. Tengo que repartir con todos los chicos.

—Bien, ahora te doy los 50 € y si cumples con vuestra parte, te doy los otros 50. ¿Cómo lo vais a hacer?

—Vamos a simular una pelea entre dos grupos que se disputan una zona de turistas por las maletas. ¡No sería la primera!

—Tenéis que hacerlo lo antes posible.

—Déjame un par de minutos para organizarlo, y cuando veas a dos grupos

que van caminando el uno hacia el otro por delante de los dos hombres que están fumando, será el momento para que te vayas acercando al coche y hagas lo que tengas que hacer. Nosotros nos colocaremos entre los hombres y el coche. Tú tendrás que estar pendiente del hombre que está dentro del coche.

Basir se quedó mirando al muchacho mientras se marchaba, con respeto por su aplomo y decisión. No tendría más de 15 años y sabía lo que hacía. Inmediatamente, se acercó a su Discovery y abrió el portón trasero. Tras hacer una serie de cálculos rápidos, sacó de una especie de maletín negro bastante grande un disco metálico como de unos 10 centímetros de diámetro que parecía pesado. Manipuló el temporizador digital del disco y se lo metió en el bolso trasero del pantalón. Cerró el portón y esperó hasta ver a los muchachos.

Menos de tres minutos después, vio cómo dos grupos de muchachos, viniendo de sentidos opuestos, se acercaban el uno al otro en línea recta. A su vez, Basir se fue acercando al todoterreno de los *Milites Dei*. Cuando estaba ya solo a unos metros del todoterreno, los dos grupos de chicos que venían lanzándose toda clase de improperios, colisionaron como si de una melé^[38] se tratara y empezaron a empujarse entre sí gritando y lanzándose sonoros golpes. La algarada divirtió en extremo a los *Milites Dei* que, al otro lado de la misma, siguieron fumando.

Basir aprovechó el momento y se deslizó debajo del coche. En menos de cinco segundos, consiguió colocar el disco justamente al lado del depósito del gasoil. El dispositivo estaba fuertemente imantado, por lo que no se desprendería por mucho traqueteo que tuviera el coche.

Como todavía les quedaba cerca de una hora para llegar Estambul, Héctor, bostezando mientras se giraba hacia la derecha y se recostaba lo mejor que podía en el sillón, dijo:

—Voy a intentar dormir un rato.

Emy junto a la ventana, poniendo su mano sobre la de Mark, preguntó:

—Oye, ¿a ti qué te parece todo esto? Yo lo veo como si estuviera en ese

estado de vigilia, entre sueño y realidad, que no te permite saber lo que es real. Parece todo un poco locura, ¿no?

La verdad es que Emy estaba muy guapa sin las gafas. Sus ojos, a pesar de ser verdes, comunicaban calor, sensación que acentuaba su cobriza melena. Cada vez le gustaba más, pensó Mark. Notó que alguien le movía la mano. Ensimismado mirándola, se había olvidado de contestar.

—Sí, sí... Yo no hago más que darle vueltas y no sé por qué, pero tengo la sensación de que hay algo más en todo esto, algo que se nos escapa. No sé, probablemente no sean más que elucubraciones de mi imaginación. No tiene importancia.

Después de un momento en silencio, Emy se le quedó mirando y poniéndole la mano sobre el brazo le preguntó:

—Mark, ¿alguna vez has tenido algún sentimiento hacia lo religioso?

—Sería absurdo decir que no. A fin de cuentas, me educaron en un colegio católico. He vivido esa evolución por la que tantos hemos pasado, ese despertar a la cultura y al empirismo científico, que a medida que hemos ido creciendo, nos permite ir viendo las cosas desde la perspectiva de la lógica científica, abandonando esa visión dogmática y primitiva con la que nos quisieron marcar para siempre en nuestra juventud.

—¿Y entonces?

—Sí, sí, creo que sigo teniendo un cierto sentimiento de religiosidad. Me encanta entrar en las grandes iglesias, porque allí inmediatamente puedo desconectar del exterior. La monumentalidad arquitectónica, el silencio, la paz que se respira allí, hacen surgir en mí algo que yo identifico con el sentimiento de religiosidad, pero fuera, mi visión no es la del creyente, tampoco la del ateo.

—Entonces, ¿te consideras más agnóstico?

—En cierta forma, sí. Es la visión de la comodidad. ¡Oye, pero bueno, dejemos de hablar de mí!

Sonriendo a la vez que juntaba las manos y le hacía una cómica reverencia, ella dijo:

—Vale, vale, ya seguiremos con la inquisición en otro momento. Hablemos de otra cosa. A ver, echémosle imaginación. Como arqueóloga, es normal que

lo haga, pero yo no sé si tú también, te has imaginado, por un momento, lo increíble que sería poder viajar en el tiempo y poder ver en vivo y en directo todo, o, al menos, algo de lo que nos han contado.

—Pues sí, sería increíble. Igual nos desencantábamos. La historia estoy seguro de que maquilla los hechos.

Emy miraba por la ventana, mientras siguió preguntando:

—¿Junto a qué personaje de la historia te habría gustado pasar un día?

—Pues, probablemente, sería enriquecedor pasar un día junto a Leonardo en el período que estuvo con Lorenzo de Médici ¿Y a ti?

—Me fascinan, Ada Lovelace, ya sabes, la hija de Byron, o Émilie du Châtelet, adelantada a su tiempo. Me encantaría haber estado en el cuerpo de Sofía Schlieman cuando se puso las joyas del Tesoro de Príamo, tras el descubrimiento de Troya. En definitiva, cualquiera de esas mujeres a las que el machismo histórico siempre quiso eclipsar.

Con una gran sonrisa, Mark le dijo:

—Me parece que coincidimos en gustos.

Girándose en su butaca, Emy se quedó mirándole a los ojos y con una media sonrisa le preguntó:

—¿Qué piensas hacer cuando termine todo esto?

Pasándole el brazo por el hombro, Mark se acercó a ella mientras le contestaba en voz baja:

—No sé lo que voy hacer, pero lo que sí sé es que me gustaría que nos viéramos más.

Después, la besó con una ternura poco masculina que a Emy le encantó.

[38] Jugada típica del rugby en la que se enfrentan dos grupos de jugadores.

25. La cueva de los sísifos

Año 324 d. C. Nicaea.

El dulce momento de la venganza, que desembocaría en el destierro de Eusebio que ya he descrito, llegó cuando ya no podía soportar más su lascivia. Eusebio, como custodio del Crismón sagrado que Constantino le había entregado, había procurado dotar a su protección de las medidas de seguridad adecuadas, introduciéndolo en un cofre grande de madera de sándalo que, a su vez, estaba encerrado dentro de una habitación exclusivamente usada para guardar los tesoros de la Iglesia. La puerta de la habitación tenía dos grandes cerrojos asegurados con un *cadnato*^[39] y una cerradura especial que exigía una doble vuelta de la llave. Las dos llaves que daban el acceso a la habitación las llevaba a Eusebio siempre colgadas al cuello de un cordón que en sus orígenes fue blanco, pero que con el tiempo, al igual que sus camisolas, fue adquiriendo un color parduzco. Y nunca se desprendía de ellas, excepto cuando iba a dormir.

Una de aquellas noches, en las que el obispo había reclamado mi presencia la víspera para realizar «trabajos de escriba», le acompañé durante la cena y procuré que tuviera la copa de vino siempre llena. Antes, había conseguido que uno de los esclavos que trabajaba para el *pharmacopola*^[40], me diera un poco de extracto de una hierba adormidera. Le puse unas cuantas gotas en el vino y, una vez superada la euforia inicial, tras unas cinco o seis copas de vino, poco a poco fue cayendo en un estado de estupor, por lo que me pidió le ayudara a retirarse a sus aposentos. Después de dejarlo encima de la

cama, ya que acostumbraba a dormir vestido, esperé hasta que estuvo completamente dormido con una respiración totalmente acompasada, acompañada de pequeños ronquidos. Con cuidado para que las llaves no tintinearan, agarré el parduzco cordón que, como siempre, había dejado encima de la pequeña mesa junto a su cama.

Tuve que esperar un poco antes de salir de la habitación para serenarme. Lo bueno era que no había ningún puesto de guardia a lo largo del interminable pasillo que llevaba a la habitación que contenía los tesoros de la Iglesia. No sin cierto trabajo pude quitar los dos *cadnatios* y al girar la llave en la cerradura hizo un ruido que no me esperaba, por lo que me quede paralizado, esperando que en cualquier momento llegara alguien. Superando mi miedo, entré en la habitación y con la pequeña llavecita abrí el bello cofre de madera adornado con tiras de bronce. La escasa luz de la vela que llevaba fue más que suficiente para hacerme admirar durante unos segundos el fulgor del Crismón sagrado, el símbolo que el emperador quería que representase la unión entre el Imperio romano y la religión cristiana.

Rápidamente introduje el Crismón en un saco que llevaba y volví a toda prisa a la habitación de Eusebio. Para mi tranquilidad pude comprobar que seguía durmiendo plácidamente. Escondí el saco en la maleta de madera donde portaba los papiros y las tablillas enceradas junto con mis cálamos y plumas, y me eché a dormir en la alfombra junto a la cama.

Sabía que el Crismón sagrado no sería utilizado hasta el siguiente desfile oficial de las legiones con el emperador Constantino a la cabeza, por lo que no me tenía que preocupar, siempre y cuando lo tuviera alejado de ojos indiscretos.

Yo aproveché el viaje que hicimos con Constantino a Nicaea para esconderlo en una de las carretas en las que llevábamos nuestros pertrechos. Permanecimos en aquella bonita ciudad casi seis meses, mientras Constantino viajaba por distintas partes del Imperio. En aquel momento vi la oportunidad que llevaba tiempo esperando. Tener en mi posesión el Crismón sagrado me tenía sin dormir, porque no hacía más que cambiarlo de sitio y siempre estaba pensando en que, si alguien lo encontraba en mi poder, me esperaba una muerte horrible.

Un día afortunado, Rajotheop y yo conseguimos convencer a los guardas de que necesitábamos salir en busca de papiro, que se nos había acabado y no podíamos trabajar. El papiro crecía en las riberas y alrededores del enorme lago Ascanión, que rodeaba Nicaea por todas partes menos por una. Los guardas, un tanto reticentes al principio, nos dejaron salir porque sabían que no teníamos posibilidades de escaparnos, ya que para hacerlo tendríamos que rodear el enorme lago y nos verían inmediatamente. No le dije nada a Rajotheop, porque no quería que, en caso de que me descubrieran, pudieran implicarle también, pero en la cesta para meter los tallos de papiro llevaba un ánfora panatenaica de buen tamaño, de más de un pie de alta por un poco menos de ancha. Entre Antinoo, el esclavo del ceramista y yo la tuvimos que romper para meter el envoltorio de esparto que contenía el Crismón sobre una base de arena y ceniza, que mantendrían el equilibrio de humedad. No sé qué es lo que hizo Antinoo, pero cuando terminó, parecía que el ánfora nunca se hubiera roto. Sellamos la boca con varias capas de resina y cal.

La orilla del lago estaba a un par de millas de la entrada de la ciudad. Cuando llegamos allí, me separé de Rajotheop y me alejé del lago rodeando una pequeña colina que me ocultaba de los soldados y que se encontraba como a un estadio del lago. No hice mucho caso a las llamadas de Rajotheop para que fuera con él. Simplemente le dije que me había sentado mal el almuerzo y necesitaba dejar hacer a la naturaleza.

Al poco tiempo, observé una zona más oscura detrás de unos espinos y tuve una corazonada de lo que iba a encontrar allí. Me metí de lleno entre los sísifos y, sufriendo toda clase de arañazos de las temibles puntas que las plantas usaban para protegerse, conseguí traspasar la barrera natural que formaban. Efectivamente, como había sospechado, esa oscuridad era una pequeña entrada a una gruta de la montaña. Tuve que agacharme para poder entrar, pero en el momento que avancé 10 o 15 pasos empezó a aumentar el tamaño del pasadizo. Continué andando durante casi medio estadio hasta que para mi sorpresa salí de repente y, sin que nada me indicara lo que iba a encontrar, a una sala inmensa, majestuosa, que se veía iluminada por unos escasos, pero brillantes rayos de luz que caían desde los orificios de la bóveda de la cueva que, sin duda, sería la parte superior de la colina. La

increíble cueva tenía una pequeña laguna natural en uno de los lados. Aquel me pareció el escondite perfecto para mi gran ánfora, con su precioso contenido.

Busqué diez o quince piedras de tamaño medio y las tiré al centro de la laguna. Después me metí en el agua con el ánfora y, subiendo y bajando varias veces, conseguí dejarla perfectamente sujeta y tapada con las piedras en el centro de la laguna.

Aunque no tuve tiempo para ver mucho más, ya que no me quedé en la cueva más de la mitad de una hora, vi unos bancos tallados y el símbolo que usaban los cristianos. Estaba claro que los cristianos, huyendo de las persecuciones y matanzas, habían elegido esta cueva para esconderse. Cuando conseguí sortear a la salida la barrera de afiladas púas de los sísifos, respiré tranquilo, pues había escondido el Crismón sagrado donde nadie lo encontraría.

Tras la breve ausencia de Constantino, pasaron después casi siete años de mi vida de una forma tranquila, durante los cuales Rajotheop y yo seguimos acompañando siempre a la corte de Constantino allá donde fuera. Viajamos en un par de ocasiones a Roma, pero en el segundo viaje nos quedamos casi tres años en la capital del Imperio.

El emperador nos encargó como un trabajo especial la búsqueda de todos los textos cristianos que pudiéramos encontrar en las distintas bibliotecas de Roma. Para ello nos dio acceso a poder caminar libremente por Roma, acompañados de dos miembros de la desaparecida guardia pretoriana. Corría ya el año 323, cuando tras un par de meses de búsquedas, informamos al emperador de que los textos que habíamos podido encontrar eran sólo copias de traducciones al latín de los textos originales y, además, en un volumen escaso. El reducido número de padres de la Iglesia en Roma y sus evasivas a la hora de proporcionarnos información complicaron considerablemente nuestro trabajo.

No estando Osio de Córdoba en la corte, Constantino decidió hacer llamar al desterrado Eusebio de Nicomedia a su presencia, pues sabía de las buenas relaciones que aún mantenía con todos los padres de la Iglesia. Cuando unas tres semanas después, en las calendas de Novembris, Eusebio entró en la sala

del trono escoltado por los *agentes in rebus*^[41] , me sorprendió ver lo mal que había envejecido en los años de destierro. Eusebio no habría cumplido todavía los 60 años, pero parecía un anciano.

Apoyándose en un bastón que traía, estaba empezando a intentar arrodillarse cuando Constantino le dijo:

—Quédate de pie. Aunque no te lo merezcas, te voy a ofrecer la posibilidad de que te redimas a los ojos del Imperio romano.

Eusebio estaba tan sorprendido que ni siquiera contestó. Se limitó a mirar al suelo.

—Quiero que escojas a dos jóvenes cristianos para que te acompañen y vayas a visitar a todos los padres de la Iglesia y a tus compañeros de culto, que puedan tener en su poder los escritos originales de los cristianos. Quiero tener tanto los originales como las copias en Roma. Vamos a hacer una *collectio*^[42] de todos los textos cristianos. No quiero que dejes ninguno, quiero que me los traigas absolutamente todos. Cualquier escrito ya sea original o copia de cualquier clase que esté relacionado con los cristianos, sus orígenes e historias quiero que me lo traigas. Además de los cristianos, te acompañarán cuatro de mis mejores *agentes in rebus*, por si encontraras oposición entre los que se llaman a sí mismos tus propios hermanos. Tienes de plazo hasta las *Kalendae Ianuaris*.

[39] Una especie de candado primitivo.

[40] Boticario o farmacéutico en época romana.

[41] Especie de policía secreta, que actuaba como vigilantes sin uniforme dentro del imperio.

[42] Colección o compilación de textos.

26. Las motocicletas

Aeropuerto Atatürk (Estambul), 21 de julio de 2016.

una vez que Hamil les hubo dejado en la gran sala de la cueva, Kumar se volvió y, con un ademán enérgico, dijo:

—Venga, chicos. Empecemos a trabajar. Vamos a dividir la cueva por sectores y tu Behram vas a ir haciendo el escaneo por cuadrantes. Que Abdullah y Emin empiecen haciendo las divisiones físicas de los cuadrantes. Yo estaré con Behram para ir mirando los radargramas en busca de heterogeneidades en las paredes de la cueva. Usemos para empezar una altura del suelo de un metro.

No había terminado de frenar todavía el avión, cuando Alfredo Denese se levantó de su asiento quitándose el cinturón y, a pesar de la furiosa mirada de la azafata, se dirigió a la puerta de salida en la parte delantera del avión para ser el primero en abandonar el avión. En el momento que se activó sistema hidráulico de apertura de la puerta, Alfredo salió disparado por el pasillo acordeón que unía el avión con la terminal.

Menos de cinco minutos después salía por la puerta principal del aeropuerto Atatürk de Estambul, donde le recibía uno de los guardas suizos enviados por Enzo, su colaborador más cercano. En círculos vaticanos se sospechaba que Enzo era quien lideraba el brazo armado de quienes se

llamaban a sí mismos *Milites Dei*.

El soldado se veía un tanto ridículo llevando la pequeña maleta de Alfredo, ya que medía un metro noventa y cinco con un cuerpo proporcional a su altura. Completamente vestido de negro, avanzaba a grandes zancadas mirando hacia atrás por si el sacerdote no podía seguir su paso. Le dijo como intentando disculparse cuando se paró:

—El coche está a punto de llegar.

Unos segundos después el gran Toyota Land Cruiser dio un frenazo delante de Alfredo. El joven, también vestido de negro, que iba en el asiento del copiloto se bajó y abrió la puerta para que Alfredo pudiera sentarse delante, mientras él pasaba atrás con el otro ocupante que saludó al recién llegado.

—Eminencia, salimos inmediatamente hacia la excavación.

—No me llames eminencia, sólo soy un siervo de Dios, igual que tú. Mi nombre es más que suficiente.

A unos 50 metros de allí, con la visera bajada mientras parecía estar interesado en un cigarrillo, cuya ceniza quitaba con el dedo meñique, Basir no se perdía ni un detalle. Cuando vio que el coche arrancaba y empezaba a salir del aparcamiento del aeropuerto, se incorporó mientras levantaba la visera de la gorra y tiraba el cigarrillo. Iba a prepararse para recibir a los tres jóvenes que le habían encargado que llevara a la excavación de Deverís.

Pero justamente cuando el todoterreno pasó por su lado, totalmente pillado por sorpresa, se dio cuenta de que dos motos de gran cilindrada con sendos jinetes vestidos de negro parecían ir a la zaga del todoterreno. No tenía ni idea de dónde había salido, pero cuando vio cómo se alejaban, parecía claro que iban juntos. Esto cambiaba completamente los planes. Los *áureos* eran dos más con los que no había contado y el problema principal ahora era la aparición de esas grandes motos.

Un par de minutos después de que el coche y las motos se hubieran perdido en la distancia. Basir vio en una de las puertas de la terminal de llegada a una pareja seguida de dos hombres que miraban a uno y otro lado.

Sacó su teléfono móvil y comprobó la foto que le habían enviado, tanto de Rudy Overson como de los jóvenes. No había duda, eran ellos. Rudy, que había visto la señal de Basir, dijo mientras le señalaba discretamente:

—Allí está el encargado de recogernos.

Antes de que llegaran, el *áureo* se estaba presentando:

—Me llamo Basir. Nuestro coche está muy cerca, seguidme.

Diez minutos después empezaron a salir del aeropuerto, pero tuvieron que ponerse en cola, ya que de repente se había formado una pequeña caravana al quedar sólo un carril disponible debido a un accidente.

Mientras avanzaban lentamente, Basir fue explicando a Rudy y a los jóvenes que iban sentados en la parte de atrás cómo, tras haber calculado el tiempo aproximado que tardarían los *Milites Dei* en llegar a la pequeña carretera que se desviaba desde la carretera principal antes de llegar Iznik y que llevaba hacia la excavación, había colocado un pequeño explosivo con un temporizador que inutilizaría su coche.

Rudy observó a Basir durante unos segundos y le pareció verlo un tanto inquieto. Como sabía que era un profesional, le extrañó, por lo que le preguntó:

—¿Hay algo más que no nos hayas dicho, Basir?

Basir, que no podía evitar sentirse avergonzado por no haberse dado cuenta de la existencia de las motos explicó la situación y pidió disculpas.

A partir de ese momento, se creó un silencio incómodo que les acompañó hasta que casi una hora después llegaron a los alrededores de una ciudad llamada Gebze. Rudy les informó:

—Descansad un poco, si podéis. Nos quedan unas dos horas de coche.

Al cabo de unas dos horas y media de haber salido del aeropuerto Atatürk de Estambul, el gran todoterreno negro seguido por las poderosas motocicletas había parado en una especie de mirador y zona de descanso de la carretera que se encontraba en lo alto de una colina. Desde allí se divisaba perfectamente el gran lago de Iznik que bordeaba completamente por su lado oeste la ciudad. La

excavación estaba muy cerca.

Mientras Alfredo les daba las últimas instrucciones, les ordenó que dejaran sus armas preparadas dentro del todoterreno para actuar de forma inmediata en el momento que llegaran a la excavación. Tenían que tomar el control inmediatamente. No creía que los *áureos* hubieran podido llegar antes que ellos, pero de todas formas tenían que estar preparados para esa eventualidad.

Mientras el líder del grupo hablaba con Alfredo ultimando los detalles, uno de los soldados que estaba poniéndose un chaleco de kevlar, sacó un cigarrillo, pero al ir a encenderlo se le cayó, por lo que se agachó a recogerlo. Tuvo que hincar una rodilla en tierra, porque el cigarrillo había rodado ligeramente debajo del todoterreno. Cuando al final lo pudo coger y ya se iba levantar, algo llamó su atención. Se agachó un poco más y, metiendo la cabeza debajo del coche, vio que había una especie de disco de acero que estaba pegado en el depósito del gasoil del vehículo.

Benedicto, que así se llamaba el soldado, aunque le daba vergüenza su nombre y prefería que todos le llamarán Bene, no era especialmente despierto, pero tras unos segundos observando el objeto pegado en el depósito del gasoil, se dio cuenta de lo que era y por fin reaccionó. Dando gritos, avisó:

—*Capitano, capitano, c'è una bomba.*

El oficial al mando del grupo, que tenía el grado de capitán, como conocía las limitaciones de Bene, mientras hablaba con Alfredo, con una sonrisa en la boca preguntó:

—*Ma ¿quello che dici, Bene?*

Pareció como si el mismo aparato adosado al depósito del gasoil quisiera haberle contestado, porque un segundo después de haber hecho la pregunta se produjo una explosión que en sí misma no fue demasiado grande ni ruidosa, pero como su consecuencia hizo explotar el depósito del gasoil del coche, automáticamente generó un infierno de llamaradas y humo negro que envolvieron el todoterreno.

La onda expansiva, aunque no demasiado potente, había tirado al suelo a Alfredo y al capitán que estaban a escasos metros del coche. A los otros dos soldados que estaban a unos 10 o 15 metros no llegó a afectarles. Bene ni

siquiera llegó a contestar a la pregunta del capitán.

27. Tabula rasa

Año 325 d. C. Nicaea.

Eusebio hizo buen uso de la tablilla con el sello imperial de Constantino, que este le había dado para que se pudiera mover con libertad por el Imperio y, al poco tiempo de haber salido de Roma, mandó a uno de sus acompañantes de vuelta a palacio con más de veinte textos, unos escritos en papiro; otros, los menos, en *vellum*^[43] e, incluso, escritos en simples *tabula cerae*^[44] .

Tanto en esa partida como en las siguientes que fueron llegando cada poco tiempo enviadas por Eusebio, se daba una gran mezcla de textos. Muchos no eran en esencia textos cristianos, sino textos hebreos antiguos, incluso de antes del nacimiento de Jesús, el creador de la secta de los cristianos, que después iríamos uniendo en *collectiones scriptorum*^[45] en las que los agrupábamos cronológicamente. Constantino, en largas sesiones de lectura a las que asistía también Osio de Córdoba, quería saber qué es lo que decía cada uno de los textos. Como alguno de ellos estaba escrito en hebreo y arameo, fue Rajotheop el que se los iba leyendo a medida que iba traduciendo. Yo me encargaba de aquellos que estuvieran escritos en griego, que generalmente solían ser más recientes que los anteriores.

Cuando terminábamos de leerle algún texto, Constantino pedía que lo colocáramos en una de dos grandes cajas que tenía en el suelo, a sendos lados de su sillón. Una vez hecho, esto nos pedía que nos marcháramos.

En una de las cajas estaban sobre todos los textos más antiguos, que poco tenían que ver con la vida del creador de la secta de los cristianos, Jesús. En

la otra caja estaban sólo los textos que tenían que ver con la vida de Jesús y de sus discípulos.

Entre los textos que trajo Eusebio y los que habíamos ido recibiendo durante los meses anteriores, habíamos revisado más de una centena de textos, de los cuales la mayor parte fue a la caja de los textos hebreos antiguos. De esta caja nunca volvimos a saber, ya que no la volvimos a ver nunca ni llegamos a saber qué pasó con los textos que tenía dentro.

En la caja cuyos textos tenían que ver con Jesús, el creador de la secta de los cristianos, o sus seguidores, quedaron veintitrés textos, que Constantino, esta vez a solas, hizo que Rajotheop se los fuera leyendo durante varias semanas, mientras yo iba tomando las notas que el emperador me iba dictando.

Unos días después Constantino se reunió de nuevo con su gran amigo Crispulo y con Osio de Córdoba. En aquella ocasión, estaba yo solo en el pequeño *scriptorium* en la esquina de la sala, ya que Rajotheop estaba traduciendo un texto, cuando escuché la siguiente conversación, que comenzó el emperador:

—Osio, lo he oído, pero no me acabo de creer que por asuntos tan pueriles e insignificantes, como los que me han contado, haya serias disensiones internas en vuestra secta. La verdad es que esa actitud no dice mucho de los fundamentos de lo que vosotros llamáis vuestra religión. Discutir sobre si Jesucristo existió siempre, al igual que Dios, que es eterno, ya es absurdo *ab initio*, por cuanto sabemos que Jesucristo ni siquiera existió, ya que os lo inventasteis, pero usar ese argumento para crear dos corrientes enfrentadas dentro de vuestra secta, ya es el colmo de la idiotez. ¡Lucháis contra vosotros mismos!

Intervino entonces Crispulo, que había permanecido en silencio:

—Pero aun así, Augusto, teniendo en cuenta nuestros planes, no podemos permitir que haya ningún tipo de división interna en la Iglesia de los cristianos. Podría repercutir negativamente en el imperio.

Constantino siguió sonriendo, ahora más abiertamente:

—Efectivamente, Crispulo. Me alegra que te hayas dado cuenta de las posibles consecuencias. Tenemos que terminar con esa división interna de forma inmediata y más, tratándose de una división basada en razones banales y

esas discusiones tan absurdas que han llegado hasta mis oídos.

Osio de Córdoba, con cierta cautela, preguntó:

—Y, ¿qué es lo que proponéis, Augusto?

—Muy fácil Osio, *Tamquam tabula rasa*^[46] .

—Perdonad, Augusto, pero no os entiendo.

—Vamos a convocar el primer concilio universal del cristianismo y será en su seno donde estableceré... bueno, estableceremos las bases de lo que va a ser la religión cristiana a partir de ahora, que lógicamente en todo momento deberá estar al servicio del mayor bien que es el Imperio romano.

Unos días después, Eusebio se presentó ante Constantino, diciéndole que le hacía falta contar con, al menos, un par de escribas en su labor de preparación de textos.

—No abuses de tu suerte. Todos mis escribas están ocupados. Márchate.

Constantino desde un lado y yo desde mi esquina nos quedamos mirando con desprecio la renqueante figura del viejo, mientras trabajosamente y despacio iba andando de espaldas hacia la puerta sin volver la espalda al emperador.

[43] Piel de ternero muy fina.

[44] Tablilla encerada.

[45] Colecciones o compilaciones de textos.

[46] Como en una tabla alisada (en la que no hay nada escrito).

28. Las rocas

Carretera Estambul-Iznik. 21 de julio de 2016.

Cuando ya estaban a menos de dos kilómetros de la bifurcación, que desde la carretera general de Estambul a Iznik iba hasta la excavación de Héctor Deverís, Basir y sus pasajeros vieron un resplandor en lo alto de una pequeña colina, junto a la carretera. A medida que se acercaban, se delineó más claramente la causa del resplandor: era un vehículo en llamas.

Basir dijo a nadie en particular, pero con cierto grado de satisfacción:

—Ese es el coche de los *Milites Dei* y parece que el pequeño explosivo ha hecho su trabajo, con lo que por lo menos no habrán podido sacar los rifles de asalto del maletero.

Aguzando la vista a medida que se iban aproximando, Basir se dio cuenta de que uno de los *Milites Dei* estaba observándoles con sus prismáticos. Y lo malo era que no había posibilidad de utilizar la capacidad del todoterreno para ir campo a través, ya que el desnivel a ambos lados de la carretera era demasiado grande, al menos hasta llegar a la colina en la que parecía nivelarse el terreno.

Basir ordenó más que dijo a sus pasajeros:

—A partir de ahora, os vais a intentar fundir con la tapicería del coche. Pegaros lo más que podáis al suelo y tú, Rudy, exactamente igual en la parte delantera. La buena noticia es que esos tipos no tienen los rifles de asalto, porque la explosión los habrá destruido y, si quieren disparar, solamente lo van a poder hacer con pistola. Seguramente, se acercarán al borde de la

carretera. Vamos a intentar pasar a toda velocidad y, con un poco de suerte, presentaremos un mal blanco.

Cuando estaban a menos de 350 metros, Mark y Emy pudieron ver cómo cuatro individuos, alejándose del coche en llamas, corrían a grandes zancadas hacia la carretera seguidos de otros dos. Parecían ir todos pistola en mano, mientras Alfredo se quedaba en la retaguardia.

Basir sabía perfectamente el tipo de pistola que utilizaba habitualmente la guardia suiza y la mitad de las policías europeas: la Sig Sauer P226, cuyas miras de alto contraste facilitaban el tiro considerablemente a un tirador experto. Sin embargo, no eran muy fiables a más de 30 o 40 metros. La única posibilidad que tenían de recibir el menor número de impactos era acelerar el coche hasta conseguir en los escasos trescientos metros que les separaban la máxima velocidad posible.

Reduciendo bruscamente de quinta a cuarta, lo que hizo rugir al todoterreno sobrerrevolucionado, Basir intentó coger más impulso para, desde ese momento, pisar el acelerador a fondo. Los 120 km/h casi inmediatamente dejaron paso a los 140 km/h.

El primero de los *Milites Dei* que había llegado a la carretera, se puso en el medio y, adoptando la postura de tirador a dos manos, empezó a disparar, aunque enseguida se dio cuenta de que tendría que retirarse hacia el arcén, porque que a la velocidad a la que iba a llegar el todoterreno, no le daría tiempo a quitarse de enmedio.

Los tres *Milites Dei* que le seguían disparaban sin parar, sabiendo que apenas les daría tiempo a vaciar el cargador de quince balas de sus pistolas, incluso con el disparador en modo de tiro semiautomático.

Bajo una lluvia de proyectiles, el todoterreno de Basir pasó a casi 160 km/h por delante de los tiradores, que siguieron disparando inútilmente durante unos segundos.

Rudy, que se había incorporado en su asiento al dejar atrás a los *Milites Dei*, observó que Basir, de repente, había empezado a sudar copiosamente. Se imaginó que sería por la tensión del momento. Al mirar por el retrovisor, Rudy vio cómo los *Milites Dei* habían empezado a subir corriendo hacia la colina

donde estaban las grandes motocicletas, para salir en su persecución. Mientras los demás se incorporaban, Rudy felicitó a Basir

—Bien hecho, Basir.

Basir esbozó una tímida sonrisa, mientras el sudor le seguía cayendo por los lados de la cara hacia el cuello, bajo la extrañada mirada de Rudy.

Tuvo que ser Emy, que estaba sentada justo detrás de Basir, la que se dio cuenta de que estaba manando sangre de forma tan abundante del costado izquierdo de Basir, que estaba empapando el asiento y cayendo hacia la tapicería. Dando un grito dijo:

—¡Está herido! ¡Basir está herido, está perdiendo mucha sangre!

Soltando el cinturón de seguridad que acababa de abrocharse, Rudy se acercó todo lo que pudo hasta que vio claramente que Basir parecía haber recibido dos impactos de bala, uno muy cerca del corazón y otro un poco más abajo. Basir le miró con una sonrisa triste y, mientras movía la cabeza negativamente, dijo dirigiéndose a todos:

—Mirad hacia vuestra izquierda. ¿Veis esos peñascos que hay como a unos 200 metros de la carretera?

Todos miraron y vieron que, efectivamente, un poco más adelante se veía un grupo de enormes piedras en el margen izquierdo, relativamente cerca de la carretera. Basir siguió hablando con esfuerzo, pero con autoridad

—No preguntéis nada y escuchad. En la próxima curva que es cerrada, voy a frenar el coche para dar la vuelta. En ese momento, bajad todos del coche rápidamente y salid corriendo a toda velocidad hacia las peñas. Ahora mismo tenemos como unos dos o tres minutos de delantera sobre ellos, con lo que si corréis rápido desde que os bajéis del coche, podréis llegar a las rocas antes que las motos. Una vez allí, ya no os podrán perseguir.

—Y una vez que estemos allí, ¿qué hacemos? ¿Nos escondemos simplemente? ¿Por qué crees que no nos van a perseguir por las rocas? —preguntó Rudy.

—La excavación de Héctor Deverís está justamente al otro lado de ese grupo de peñas, no tendréis que trepar más de 400 o 500 metros para pasar al otro lado. Pero ellos con sus motocicletas podrán llegar al mismo tiempo o incluso antes que vosotros a la excavación por la carretera. No se molestarán

en perseguiros por las rocas.

Con voz trémula, Emy preguntó:

—Y tú, ¿qué vas a hacer?

—Voy a intentar detenerles o al menos entorpecerles todo lo que pueda para conseguiros el tiempo que necesitáis para llegar a las rocas.

—Pero no te vamos a dejar solo, ni hablar de eso —dijo Emy con los ojos brillantes.

Rudy les gritó a todos, pero especialmente a Emy:

—Si queréis salvar la vida, haced exactamente lo que os ha dicho Basir. Estamos llegando a la curva. Estad preparados para saltar del coche inmediatamente y salir corriendo a toda velocidad hacia las peñas.

No les dio tiempo a hacer más comentarios, ya que unos segundos después Basir empezó a frenar el coche y, mientras tiraba del freno de mano, dio un giro al volante a la izquierda haciendo un trompo y, girando 180°, colocó el todoterreno en sentido contrario. Estaba todavía en marcha cuando Rudy y Héctor se tiraron del coche. Mark salió con Emy agarrada de su mano derecha, que con lágrimas en los ojos se despidió de Basir pasándole la mano por la cara, mientras llorando le decía:

—Gracias.

29. Jeshua

Año 325 d. C. Nicaea

—Augusto, si os parece, podríais explicarme con más detalle cuáles son vuestras ideas e intenciones para ese concilio ecuménico universal que queréis convocar.

El emperador estaba en una pequeña sala desde la que se dominaba la sala de vistas, en donde se encontraba nuestro pequeño *scriptorium*. Solía descansar allí recostado en un *triclinium*, mientras comía algo de fruta. Los únicos ruidos que se escuchaban allí eran los trinos y gorjeos de los pequeños pájaros que entraban y salían constantemente por los ventanales que daban a los jardines de palacio. Se les oía aletear rápidamente sus pequeñas alas y chapotear en el agua de los estanques, en los que bebían y se refrescaban. En el momento que cualquier esclavo o jardinero se acercaba, levantaban el vuelo en bandadas.

Desde donde yo estaba sentado, pude oír perfectamente la conversación que Osio de Córdoba inició cuando se acercó al emperador. Aunque no lo podía ver, estaba seguro de que Constantino se había incorporado, tal y como era su costumbre. No gustaba de contestar ni hablar con nadie, cuyos ojos se encontraran por encima de los suyos.

—Amigo Osio, sabes que eres mi consejero en muchos asuntos y que respeto tu buen juicio, porque eres capaz de evitar que tus razonamientos políticos se vean condicionados por tus preferencias religiosas. Así, en ocasiones me ayudas a tomar la decisión que considero apropiada. Pero las

razones que me mueven a convocar este concilio ecuménico universal amigo Osio, son de carácter político y no religiosas. Mi obligación es velar por el futuro del Imperio romano.

—Pero Augusto, lo que no entendí bien es esa intención que manifestasteis de establecer las bases del cristianismo, ya que estas existen y son conocidas desde que Jesucristo vivió e impartió sus enseñanzas a sus apóstoles, que las difundieron por medio mundo.

—Osio, te tengo por una persona inteligente, independientemente de la fidelidad que tengas a tu secta y al dogmatismo de sus principios, jamás demostrados. Y como tal persona inteligente que creo que eres, sabes perfectamente que los pilares en los que se asienta el cristianismo son pilares de paja, por no decir totalmente inexistentes

—Pero Augusto...

El emperador no le dejó seguir y, aún sin verle, me lo imaginaba alzando una mano para que Osio se callara.

—Como sabes, durante los últimos meses Eusebio se ha encargado de ir trayéndonos todos los escritos originales cristianos o relacionados con lo cristiano desde los orígenes del cristianismo.

—Entonces, sí habéis leído los escritos de los primeros padres de la Iglesia y los Evangelios.

—Espera un momento, Osio, voy a pedirle al escriba que traiga las notas que he ido haciendo a lo largo de la lectura de vuestros textos y escritos.

Al oír al emperador, no supe qué hacer: coger las notas a las que se refería, con lo cual estaría dando a entender que había estado escuchando la conversación, o no cogerlas, con lo que, siendo evidente como era que tenía que haber escuchado la conversación, sería una falta de respeto.

Pero no me dio demasiado tiempo a decidirme, ya que el emperador decidió por mí cuando, unos momentos después dirigiéndose a mí por mi nombre, dijo:

—Lisandro, toma todas las notas que te he ido dictando cada vez que escuchamos un texto cristiano y ven conmigo.

Rápidamente, hice acopio de la considerable cantidad de notas y seguí las grandes zancadas de Constantino hasta que llegó a una pequeña mesa junto al

triclinium en la habitación de al lado, donde se había sentado ya Osio de Córdoba. Tras pedirme que depositara las notas en la mesa y sentarse delante de ellas, el emperador me dijo:

—Espera junto a la puerta por si necesito que interpretes alguna de las notas.

Osio y él estaban sentados frente a frente. Constantino, con sus dos grandes manos, esparció los documentos y notas por toda la mesa antes de empezar a hablar.

—Amigo Osio, me gustaría que me contestaras una pregunta importante. Para vosotros, los cristianos, la figura de Jesucristo es la figura central y la que representa los valores fundamentales de vuestra religión ¿Es correcto?

—Sí, así es. La figura de Jesucristo como hijo de Dios en la tierra.

—Y todo lo que sabéis sobre Jesucristo, es lo que dicen vuestros textos sagrados. ¿Correcto?

—Sí, sí, claro.

—Bien, tú sabes que es normal conocer la vida y los hechos de personas famosas del pasado gracias a los relatos de los historiadores, escritos de los filósofos, diatribas de los políticos, odas y epopeyas de los poetas, relaciones de datos de los escribas del imperio, y, en definitiva, multitud de documentos en los que se reflejan los acontecimientos sociales por las distintas administraciones, satrapías, regiones. Las personas que por una u otra razón han sido famosas en una época, generalmente han conseguido que se hable de ellas en los distintas capas de la sociedad: el pueblo, los patricios, los políticos.

Entrecerrando ligeramente los ojos, Osio contestó con cierto recelo:

—Sí, sí, pero, ¿adónde queréis llegar, Augusto?

—No sé si sabes que mientras Eusebio recorría Oriente y parte de Occidente en busca de todos los textos cristianos, aquí, en palacio, se ha habilitado una sala de estudio en la que ha habido un grupo de diez jurisconsultos y sus ayudantes, buscando y leyendo durante varios meses todos los textos de historiadores romanos, griegos, orientales, escritos de los filósofos, discursos de los políticos, *laudatios*^[47] de los poetas, compilaciones de los escribas del imperio, normas, decretos y órdenes de los

funcionarios del gobierno, escritos durante casi sesenta años. Desde diez años antes del supuesto nacimiento de vuestro Jesucristo hasta cincuenta años después de su supuesta muerte. Te puedes imaginar que la labor ha sido ciclópea, pero era necesario hacerla antes de llegar a conclusiones erróneas.

Osio no abrió la boca que, sin embargo, torció en un rictus nervioso, por lo que el Emperador siguió hablando:

—Y, de hecho, amigo Osio, no hemos encontrado absolutamente ninguna mención de vuestro Jesucristo, ni del nombre *Jeshua*, que es como se diría en hebreo Jesucristo. No hemos encontrado nada en registros de nacimientos. Ni tampoco aparece entrada alguna en los censos de ciudadanos, que vuestros propios libros sagrados mencionan y que se hicieron durante su vida, que se pueda relacionar con *Jeshua*, hijo de José y María, y mucho menos con el nombre Jesucristo. Tampoco hay transcripción alguna de su supuesto juicio ante el entonces gobernador Poncio Pilatos y, como tú sabes, nosotros los romanos dejamos constancia de todo, sobre todo lo oficial, y en especial lo judicial.

No sé si lo sabes, pero existen miles de documentos de todo tipo de la época. En ninguno de estos documentos hemos encontrado nada relacionado ni de lejos con la persona de Jesucristo o el nombre *Jeshua*. Simplemente, no existen referencias a su persona de clase alguna. Todo esto, amigo Osio, sólo nos puede llevar a una conclusión lógica: Jesucristo no existió.

—Disculpadme, Augusto, pero ¿habéis tenido en cuenta la *damnatio memoriae*^[48] ?

—Admiro la agilidad de tu respuesta, Osio, pero ¿te das cuenta del absurdo que propones? La *damnatio memoriae* siempre se ha utilizado para hacer desaparecer de los romanos la memoria de un emperador, por haberlo considerado tras su muerte como un enemigo del estado. Nada que ver con pobres judíos montados en burro.

Perdida la compostura y claramente excitado, Osio, incorporándose en su asiento, intentó controlarse sin conseguirlo y con el rostro encendido, y manoteando al aire, contestó:

—Nuestros textos sagrados dicen todo lo que los cristianos necesitamos saber sobre Jesucristo. Son innumerables las ocasiones en las que lo

mencionan. No cabe ninguna duda de su existencia y así lo ratifican nuestros...

Con un gesto más enérgico esta vez, Constantino paró de nuevo a Osio, diciendo:

—Osio, Osio, ¿no te parece que los escritos cristianos tienen muy poco valor probatorio, por no decir ninguno? Que nunca han sido acreditados o autenticados por su coincidencia con escritos de cualquier otro autor no cristiano. Un puñado de textos escritos por los miembros de la secta cristiana, ensalzando la vida de su fundador, frente a miles de textos de veracidad comprobada en los que no se menciona absolutamente nada de vuestro Jesucristo. ¿Qué valor te crees que tienen? Y en vuestros escritos, los primeros que hablan de la existencia de Jesucristo han sido redactados de forma totalmente idealizada por los propios cristianos más de cincuenta años después de su supuesta muerte. Ni siquiera las cartas escritas por ese santo vuestro, San Pablo, dan ningún dato biográfico sobre vuestro Jesucristo, como si rehuyera hablar de su infancia, familia y vida.

—Augusto, no puedo convencerlos de algo de lo que con pena oigo ya habéis concluido que es falso. Para los cristianos la figura de Jesucristo es la base de nuestras creencias y no tenemos duda alguna de su existencia. Nuestra fe es absoluta.

—Querido amigo, ni te aflijas ni te equivoques. Lo que hoy estamos hablando aquí, de aquí no va a salir. Lo único que pretendía con toda la exposición que te he hecho era explicarte por qué se va a convocar ese concilio ecuménico universal. Hablando con sinceridad entre los dos y como hombre inteligente en que te tengo, aunque no lo reconozcas, estarás conmigo en que la existencia de Jesucristo tiene todos los visos de ser simplemente una invención por parte de San Pablo y del resto de los primeros cristianos, que quisieron, usando como base la Biblia judía crear la idea de un mesías para así crear la religión definitiva. Siempre es buena esa idea por la expectación que entre los ignorantes genera. Pero eso a mí no me preocupa ni me importa. Lo que ahora tenemos que hacer es crear una imagen de Jesucristo a la que podamos divinizar para poder estar como mínimo a la altura de los dioses personificados de la cultura griega y romana. Tenemos que darle unas cualidades a ese Jesucristo que sólo un dios puede tener. Debemos dejar en la

medida de lo posible en el olvido sus cualidades humanas para destacar las divinas. Y, por otro lado, vamos a convertir en cristianos aquellos mitos de la tradición romana u otras que estén muy arraigados en la población, para facilitar el tránsito hacia el cristianismo de la misma. Con todo lo que te estoy explicando y algunos detalles que me reservo, y constituyéndome yo en el *Pontifex Máximus*^[49] , conseguiremos dar a la religión cristiana el empuje definitivo que necesita para convertirse la religión universal. Eso es lo que vamos hacer en el concilio ecuménico universal de Nicea.

[47] Elogio, elegía, panegírico.

[48] Era una calificación que el Senado romano daba a la memoria de un emperador que se hubiera considerado tras su muerte como un enemigo del estado. Se hacía desaparecer su nombre de todos los monumentos, monedas, documentos❖

[49] Sumo pontífice. Literalmente, el máximo constructor de puentes entre los dioses y los hombres.

30. Epifanía

Carretera Estambul-Izник. 21 de julio de 2016.

Tras ver cómo sus hombres no habían sido capaces de detener el todoterreno en el que iban los chicos, Alfredo les gritó:

—Venga, subid rápido y vamos tras ellos.

Uno de los soldados, un verdadero gigante, se quedó sin saber qué hacer cuando vio que Alfredo subió a la parte de atrás de una de las motos. El sacerdote le dijo señalando unos peñascos:

—Baja la colina por el otro lado y sólo tendrás que andar un kilómetro en paralelo a la carretera para llegar a la excavación.

Las dos motos, con dos pasajeros cada una, bajaron la colina pegando saltos por las irregularidades del terreno, bajo la mirada del soldado que habían dejado atrás, que empezó a escalar el peñasco a toda velocidad.

Una vez que Basir hubo dado la vuelta al coche, mientras intentaba inútilmente contener la hemorragia de su costado izquierdo, con la mano derecha tomó la palanca de cambios y empezó a pasar de una velocidad a otra, sobrerrevolucionando el coche para tomar el impulso necesario. En unos segundos había llegado a la velocidad adecuada y ya pudo vislumbrar en la lejanía a las dos motos que se acercaban a toda velocidad. A medida que se iban acercando, Basir se dio cuenta de que posiblemente no podría hacer nada

para parar a las motos, ya que estaban llegando a una zona en la que la pendiente al lado de la carretera era muy poco pronunciada a uno de los lados, con lo que las motos solamente tendrían que salir de la carretera e ir campo a través y le pasarían de largo. Efectivamente, cuando estaban a punto de llegar a la misma altura, las dos motos salieron de la carretera y rodaron de forma perpendicular a la misma a unos 100 metros para recuperar la dirección otra vez, pero en paralelo.

Basir hizo una maniobra brusca intentando girar 90°, pero la inercia del coche unida al desnivel con el que se encontró al salirse de la carretera hizo que el coche volcara y empezara a dar vueltas de campana que se hicieron interminables hasta que llegó a pararse. Entonces, muy lentamente empezó a ser recorrido por una lengua de fuego, hasta que tras una pequeña explosión, una gran llamarada lo envolvió.

Desde que bajaron del coche, Mark y Emy cogidos de la mano habían empezado a correr todo lo que les permitía el irregular terreno que les separaba del pequeño macizo rocoso al que querían llegar. Héctor y Rudy les seguían a unos metros.

Menos de tres minutos después, casi sin aliento, estaban llegando a las primeras rocas. Rudy se volvió para ver como las dos motos de los *Milites Dei* estaba llegando al punto de la carretera por el que tendrían que entrar campo a través para intentar pillarles. Aceleró su paso y se puso delante de todos diciéndoles:

—Venga, chicos. Tenemos que subir cuanto antes a las rocas para ponernos fuera de su alcance.

Las dos motos acababan de salir desde la carretera e iban acercándose dando botes por el terreno pedregoso que les separaba de las rocas. Apenas podían acelerar por la irregularidad del terreno, que les obligaba a ir mucho más despacio de lo que querían. A los pocos segundos, Alfredo levantó la mano al tiempo que gritaba a su conductor:

— ¡Parad, parad y dad la vuelta!

Entre el ruido de los motores y ruedas, y envueltos en una nube de polvo, mientras frenaban y giraban 180°, Alfredo dijo a sus hombres:

—No nos interesa perseguirles hasta las rocas. Para cuando lleguemos, ya no estarán a tiro y lo que no vamos hacer es perseguirles a pie. Al otro lado de esas rocas, a menos de quinientos metros está la excavación de Héctor Deverís. Si vamos por la carretera, tardaremos mucho menos que ellos en llegar allí, así que en marcha.

Una estela de humo y ruido fue lo único que quedó en el árido pedregal mientras las motos se alejaban.

Jadeantes por el esfuerzo después de casi 10 minutos trepando por las rocas, llegaron a lo que se podría llamar la cima que, en definitiva, no era más que la parte más alta del roquedal. Inclinandose hacia delante con las manos en las rodillas, Rudy esperó a recuperarse durante casi medio minuto, para sacar después su móvil conectado con el sistema *Iridium go* satelital.

Unos segundos después de haber presionado el tono de llamada, oyó la voz al otro lado:

—¿Cómo va todo por allí? ¿Habéis llegado ya a la excavación?

Rudy, cuya respiración se iba normalizando, intentando controlar la voz contestó:

—Estamos muy cerca, Rickhart, pero han matado a Basir.

—Estos tipos están locos, el fanatismo les ha hecho perder la cabeza. Tomo el próximo avión a Roma y voy a intentar hablar con el cardenal Ilic Signorile. Tenemos que parar a los *Milites Dei* como sea.

—Nosotros tardaremos una media hora en llegar a la excavación, pero los *Milites Dei* llegarán antes que nosotros.


—Adnan está allí con sus hombres. Avísale.

—Lo he intentado, pero no contesta.

Swankid, que estaba solo en su despacho, no pudo reprimir su furia y, al tiempo que daba una patada a su mesa, gritó sin que nadie le oyera:

—Al final, éstos mierdas se nos van a adelantar.

De repente, se quedó mirando al vacío y después de unos segundos en silencio, sintió como una epifanía, que le erizó el cabello de la nuca mientras le hacía lanzar al aire una pregunta que no esperaba contestación:

—¿Y no será que  están buscando exactamente lo mismo que yo llevo tantos años intentando encontrar?

31. Arrio

Año 325 d. C. Nicaea.

—Disculpad mi ignorancia, Augusto, pero ¿con qué excusa vamos a convocar ese concilio ecuménico? Sin duda, no habrá escapado a vuestra astuta previsión la necesidad de una razón de peso para poder convocar a todos los obispos de la Iglesia de las distintas partes del mundo.

Un atisbo de sonrisa asomó a los labios de Constantino cuando contestó:

—Precisamente tus compañeros cristianos Arrio y Alejandro, el obispo de Alejandría, nos han dado el motivo ideal con esa pequeña discusión sobre cuestiones banales que tienen entre ellos y que, sin embargo, tanta polvareda ha levantado entre vosotros.

Con claras muestras de sentirse ofendido, Osio contestó:

—Mi sentimiento de buen cristiano me obliga a desdeciros, Augusto. Ni mucho menos es una cuestión banal la que enfrenta las dos corrientes. El hereje Arrio se atreve a decir que Jesucristo no es de la misma sustancia que Dios.

—Bueno, bueno, Osio. Aparte de lo ridículo de la discusión, los dos sabemos que Jesucristo ni siquiera existió, por lo que lo de la sustancia poco interés puede tener. En definitiva, y en lo que nos concierne, con ello nos han dado la justificación ideal para poder convocar el concilio.

Haciendo una seña, me hizo acercarme:

—Lisandro, lee en alta voz la carta que te he dictado para que sea enviada a todos los obispos cristianos.

Rápidamente encontré la tablilla donde tenía escrita la carta, que leí:

—«Como sabéis, queridos amigos, no hay nada más importante para el Imperio romano que el orden del Imperio y la religión de sus súbditos. Es, por ello, que hemos decidido convocar un concilio de todos los obispos de la cristiandad en la ciudad de Nicaea en Bitinia, por un lado porque de esta manera facilitaremos la llegada de los obispos de Italia y de otras partes de Europa y, además, porque es de un clima agradable. Pero, sobre todo, porque quiero estar cerca de vosotros y poder tomar parte en el trabajo y las decisiones del concilio. Yo, Constantino, vuestro emperador, por ello informo a todos los obispos cristianos, que espero que vengáis a la ciudad de Nicaea atendiendo a mi petición. Consideradlo una obligación de vuestro puesto, por lo que debéis empezar vuestro viaje con la mayor urgencia».

Así fue como unos días después de las *Kalendas Martias*^[50] salieron en todas las direcciones del Imperio los mensajeros para convocar a todos los obispos al concilio ordenado por el *Pontifex Maximus*, en que Constantino se había erigido. El emperador, a fin de demostrar su interés en la celebración del concilio, y ello a pesar de ser una cuestión exclusivamente religiosa, anunció que el Estado pagaría todos los gastos, poniendo incluso al servicio de los obispos la posta imperial para que pudieran viajar más rápida y cómodamente.

A partir de las *nonae Iunia*^[51], la encantadora ciudad de Nicaea a orillas del lago Ascanio, empezó a recibir la llegada de múltiples comitivas de todo el Imperio. Los más distinguidos ministros del dios cristiano fueron llegando por oleadas: sirios y cilicios, fenicios y árabes, tebanos y libios, tracios y macedonios. El obispo de Roma, por su edad, se disculpó enviando a dos presbíteros, pero llegaron incluso obispos de zonas no pertenecientes al imperio como Armenia y Persia. Contamos un total de 318 obispos.

La expectación en la ciudad no era solamente entre los cristianos, entre los que era lógico que la hubiera, sino también entre los filósofos paganos que, llenos de inquietud intelectual, buscaban reunirse con los obispos cristianos para debatir acerca de la bondad de una u otra religión.

—Tuve la posibilidad de presenciar una discusión con bastante público

entre un conocido filósofo griego radicalmente contrario al cristianismo y Eustorgio, el obispo de *Mediolanum*. Tras intentar el obispo cristiano inútilmente desmontar durante horas los argumentos perfectamente razonados del filósofo pagano, y ante la imposibilidad de conseguirlo, concluyó diciendo: «Jesucristo y sus apóstoles no nos concedieron el arte de la dialéctica, ya que consideraron que era más que suficiente la doctrina que nos enseñaron, basada en la fe absoluta. La conclusión a la que todos los presentes paganos o cristianos llegamos fue la misma: la doctrina cristiana no podía ser objeto de prueba por deducción lógica, sólo podía ser objeto de fe ciega.

Unos días después de la reunión que Osio de Córdoba mantuvo con Constantino ya habían llegado prácticamente todos los obispos que iban a asistir al concilio en Nicea.

Osio necesitaba tener una conversación privada con los obispos más importantes de la cristiandad para poder explicarles la situación real en la que se encontraban. Así, convocó a Alejandro, obispo de Alejandría; a Eustacio de Antioquía; a los dos presbíteros, que habían venido en nombre del obispo de Roma; a Macario, obispo de Jerusalén e, incluso, a quien yo tanto odiaba, Eusebio de Nicomedia.

Se reunieron en la casa en la que Osio se alojaba y todo lo que allí aconteció me fue referido por Casio, uno de los servidores de Osio, realmente un esclavo que actuaba como su escriba.

Cuando estuvieron todos reunidos, Osio les fue dando a entender cómo se encontraban probablemente ante el momento más importante de la historia del cristianismo y cómo si actuaban con inteligencia y diplomacia, sentarían unas bases que serían inamovibles a lo largo de los tiempos.

Éste podía ser el momento en que pudieran instaurar al cristianismo de forma definitiva como la única y verdadera religión en todo el mundo. Si dejaban a Constantino establecer esas bases del cristianismo que quería, tendrían el apoyo del Imperio romano y por ende tendrían el de todo el mundo.

Con cierta reticencia, Osio tuvo que revelarles la pragmática postura de Constantino generada de ese análisis, que había mandado hacer a sus jurisconsultos y escribas, de todos los textos no cristianos de la época en que

se suponía que vivió Jesucristo.

Eusebio con la voz un tanto cascada se puso de pie y dio un bastonazo en el suelo, mientras intentaba gritar:

—Ese pagano no se atreverá a poner en duda la existencia de nuestro señor, ¿no?

Macario, obispo al que todos respetaban, le puso la mano en el brazo, indicándole que se sentara, mientras Osio terminaba con su exposición

—Pues sí, Eusebio. A la conclusión a la que el emperador a través de sus jurisconsultos, escribas, y todo un conjunto de fuentes de información, ha llegado después de estudiar con detenimiento todos los textos no cristianos coetáneos y posteriores a la existencia de Jesucristo, es que éste no existió. Según su obcecado razonamiento, si no se menciona absolutamente nada de Jesús en ningún texto verificable objetivamente, no pudo existir.

Tras las encendidas protestas iniciales de todos los obispos, Osio, levantando las manos para intentar apaciguar los ánimos, les pidió:

—Hermanos en Cristo, os pido que reflexionéis. Nuestra fe hace que veamos como un sacrilegio las manifestaciones del emperador Constantino, pero él no es cristiano y, por lo tanto, no puede cometer ese pecado. Sin embargo, si dejamos la fe de un lado y nos limitamos exclusivamente a los hechos probados históricamente, quizá hayamos de admitir que tiene una parte de razón.

Los excitados obispos siguieron murmurando, pero más calmados y Osio continuó:

—Esta oportunidad, que sin duda nos envía nuestro Señor, probablemente no se nos vuelva a presentar. Pensad en la parábola de los talentos. Si no aprovechamos esta ocasión, aunque tengamos que plegarnos a las condiciones del emperador, es muy posible que el cristianismo se acabe diluyendo como las demás religiones que ha habido hasta ahora. Sabemos que Constantino sigue rindiendo culto al *Deus Sol Invictus*^[52], pero no con demasiado entusiasmo, es demasiado pragmático para eso.

Sin embargo, hay una razón fundamental por la que está apoyando al cristianismo: nos quiere utilizar. Si consigue unir a todas las corrientes cristianas en una sola, eso le va a servir para su propósito real, que es el

proyecto de unificación imperial. El cree que es más fácil de manejar una sola religión que un número infinito de pequeñas sectas y religiones.

Intervino entonces Alejandro, obispo de Alejandría:

—Pero entonces, si quiere apoyar el cristianismo, tiene que entender que debe respetar y obedecer nuestros principios doctrinales y artículos de fe y, por supuesto, entre ellos la existencia de Jesucristo como la base y fundamento de nuestra religión.

—Queridos hermanos, pensad que al emperador le apasiona la vida material, pero la espiritual que caracteriza al cristianismo no le interesa, por estar convencido de que el fundamento y la base de nuestras creencias es falso. Pero lo mejor es que él estaría dispuesto a admitir públicamente su firme creencia en la religión cristiana, siempre y cuando aceptemos los principios que él considera deben ser el fundamento de nuestra religión.

Intervino de nuevo Alejandro:

—Pero esto es ir en contra de la palabra del Señor...

—Gracias, hermano Alejandro, pero el señor quería que fuéramos pastores y posiblemente ayudemos mucho más a los millones de fieles que en el futuro serán cristianos, si aceptamos el impulso que Constantino le puede dar a nuestra religión, aunque sea ello a costa de modificar más o menos profundamente los principios de nuestra fe. Con el paso del tiempo todo se diluye y podremos cambiar la historia.

[50] 1 de marzo.

[51] El cinco de junio.

[52] El invencible Dios Sol.

32. Todos al suelo

El Vaticano, 21 de julio de 2016.

El vuelo desde el aeropuerto de Gatwick hasta el de Fiumicino había sido completamente puntual, ya que duró menos de tres horas. El taxi le dejó en menos de media hora en el Vaticano, donde fue recibido por el ayudante del cardenal que le condujo a un despacho amueblado con buen gusto, pero con escaso presupuesto. El profesor Rickhart Swankid esperaba, escuchando de fondo un adagio que no acababa de identificar, la llegada del cardenal, que más había tenido que luchar, para no ser expulsado del Vaticano por el sector conservador de la curia romana.

Al oír abrirse la puerta, se levantó y anduvo al encuentro de la afable figura que con una sonrisa, que sabía sincera, le extendía su regordeta, pero muy fuerte mano, mientras decía:

—Querido amigo, Rickhart. Es un verdadero placer volver a verte.

—Amigo Ilic, te puedo asegurar que el placer es mío y ya sabes que entrar en el Vaticano siempre me produce un cierto rechazo.

—Sí, pero cuando ves *La Pietá* o los frescos de Miguel Ángel se te pasa todo, ¿o no?

El profesor no pudo evitar sonreír. Ilic le conocía bien. Rickhart tenía casi alergia a los aspectos religiosos del Vaticano, pero el arte era otra cosa. Solamente imaginarse que de un bloque de mármol pueda salir algo como *La Pietá*, era simplemente algo tan increíble que estaba por encima de cualquier discusión.

—Ilic, amigo mío, está claro que me conoces bien.

—Sentémonos, nos van a traer un poco de té.

Independientemente de las evidentes posturas irreconciliables de la filosofía áurea con cualquier visión religiosa, en medio se encontraba la filosofía de la sensatez, que daba a cada persona el valor que le correspondía por sus actos como ser humano para sí y para los demás. El caso que ilustraba lo dicho era el del cardenal Ilic Signorile, que precisamente por ser defensor a ultranza de la teología de la liberación, tan contraria a la radical visión del papa anterior, Josef Ratzinger, estuvo en un par de ocasiones a punto de ser expulsado de la Iglesia.

El nombramiento del nuevo papa Santiago, que como un huracán de viento fresco había irrumpido en las obsoletas y caducas instituciones de la curia romana, habían permitido a Ilic dar rienda suelta a una visión de la Iglesia mucho más acorde con el siglo XXI, basando la teología en el análisis tanto de las ciencias sociales como de la teoría económica y social.

Ilic se había ganado el respeto internacional, aún a costa de ser muy mal visto por los conservadores círculos vaticanos, cuando durante la limpieza étnica que tuvo lugar con la matanza de Srebrenica, consiguió salvar a centenares de musulmanes bosnios ayudándoles personalmente a cruzar la frontera. Eso para Swankid era la verdadera liturgia^[53] y por eso siempre lo respetaría. Mientras tomaban un té verde aromatizado con frutos del bosque, Rickhart explicó a Ilic lo que estaba sucediendo en la excavación de Deverís en Turquía. Tras escucharle, Ilic contestó:

—Sí, no es la primera vez que nos hablan de esos *Milites Dei*, que consideran que esa supuesta representación que se arrogan de Dios, les faculta para realizar cualquier acto. Como tú sabes Rickhart, los *Milites Dei* fue un grupúsculo que se creó en torno a los años 50 de la mano del movimiento ultracatólico italiano los *Focolares*. Los límites de sus objetivos ya en sus inicios eran suficientemente difusos como para que nadie supiera exactamente cuál era su función, lo cual lógicamente utilizaron algunos desaprensivos para realizar actos de extrema violencia, que como tú comprenderás nunca tuvieron la sanción favorable del Vaticano. Pero la facción originaria de los *Milites Dei*, prácticamente se diluyó en el tiempo por su incongruencia y falta de

sentido. Y lo que tú hoy llamas los *Milites Dei* puedo asegurarte, que ya no existen y si existieran serían denunciados por el Vaticano.

En ese momento sonó el teléfono e Ilic habló durante un par de minutos con su interlocutor. Tras colgar, y con una gran sonrisa dijo:

—Vamos, Rickhart. La verdad es que no me lo esperaba, pero le he dicho al santo padre que estabas aquí y te va a recibir un momento.

Un tanto extrañado por lo poco habitual que era que el papa recibiera a alguien si no tenía una cita concertada desde tiempo atrás, Swankid siguió a Ilic, que agarrándole del brazo tiraba de él hacia la puerta. Durante unos minutos anduvieron por unos pasillos que se hacían interminables, hasta que llegaron a una puerta que, quien debía ser ayuda de cámara del papa mantenía abierta con un gesto que podía ser o no una sonrisa. Al entrar, vieron al papa, que con paso vivo se acercaba a ellos. El profesor Swankid, completamente ajeno e indiferente al protocolo que reinaba en el Vaticano, extendió la mano para saludarle mientras mirando a los ojos del papa Santiago decía:

—Es un placer conocerle.

El papa con una franca sonrisa y ante el desconcierto de su ayuda de cámara devolvió el saludo:

—El placer es mío, profesor Swankid. Aunque tengamos diferencias irreconciliables, no por eso he dejado de leer sus libros. Cuando me he enterado que estaba en el Vaticano, no he querido perder la oportunidad de charlar con usted. Sentémonos.

Mientras lo decía señalaba una mesa de madera grande, pero austera colocada encima de una alfombra que ocupaba la parte más ancha del despacho. Una vez sentados en unos bonitos sillones blancos, el papa se dirigió a su ayuda de cámara y a los dos sacerdotes que estaban junto a la puerta

—Si no les importa, cierran la puerta al salir y esperen ustedes fuera unos minutos. Gracias.

Una vez que se cerró la puerta tras salir un tanto extrañados quienes siempre estaban en el despacho papal, el papa inclinó los ojos durante unos segundos para después levantarlos y mirar fijamente al profesor Swankid.

—Me ha explicado Ilic la razón de su visita y quiero confirmarle

personalmente que todo lo que haya podido oír sobre la existencia de esos que se dicen llamar *Milites Dei* en la actualidad, no tiene absolutamente nada que ver con la Santa Sede y cualquier actuación, que persona o personas utilizando ese título tan rimbombante estén realizando, lo están haciendo completamente al margen del Vaticano.

Levantó la mano para indicar a Swankid, que pretendía intervenir, que le dejara terminar.

—De hecho, acabo de dar la orden para que el padre Alfredo Denese se presente inmediatamente ante la comisión disciplinaria del clero, que ha sido convocada con carácter de urgencia para mañana por la mañana exclusivamente para analizar su comportamiento. Le puedo asegurar que en el momento que haya la más mínima prueba de una actuación impropia por su parte, nos veremos en la triste obligación de expulsar al padre Denese y a cuantos hayan colaborado con él del Vaticano, y si consideramos que se hubieran podido producir responsabilidades de carácter criminal, informaríamos inmediatamente a los Carabinieri para que tomen las riendas de la investigación criminal. Igualmente, hemos pedido a Enzo, el capitán de la guardia suiza, que *motu proprio* se ha desplazado a Estambul con cuatro guardias sin nuestra autorización, que se presente inmediatamente en el Vaticano para dar explicaciones. Mucho me temo que hay un grupo de personas que operando desde dentro del Vaticano se han dado a sí mismos ese nombre tan peliculero de *Milites Dei*, para intentar dar a entender de alguna manera que se trata de un grupo promovido por la Santa Sede, cuando lo único que pretenden en realidad es llevar a cabo actos que buscan exclusivamente el enriquecimiento pecuniario personal y que, en absoluto, tienen nada que ver con aspecto religioso alguno y lógicamente mucho menos con el Vaticano.

El profesor Swankid no reaccionó durante unos segundos, ya que no se había esperado una exposición tan directa por parte del Papa. No podía haber sido más claro: toda esa historia de los *Milites Dei* no era más que la tapadera de un negocio millonario. Cuando, tras reflexionar, pensó que no tenía nada más que preguntar y se iba a levantar, el Papa le hizo una seña para que permaneciera sentado.

—Sé que a usted no voy a convencerle de la bondad de la Iglesia, pero al

menos espero convencerle de que en la Iglesia hay bastante más bondad que maldad.

Cuando unos minutos después Ilic despedía a su amigo, el profesor Swankid, que se volvía al aeropuerto, Agustín, uno de los sacerdotes que había estado en el despacho papal y que había oído todo lo que se había dicho dentro por su auricular conectado a un micro escondido en un jarrón de porcelana dentro del despacho, marcó el teléfono de su compañero y amigo Alfredo Denese y le explicó todo lo que había pasado.

El parsimonioso ritmo de trabajo de los trabajadores de la excavación, que se movían con esa cansina cadencia del que trabaja a desgana, fue interrumpido por el ruido de las dos enormes motos que, derrapando, pasaron por delante de los coches aparcados a la entrada, para así meterse en el centro justo de la excavación. Antes incluso de parar la motocicleta, Alfredo Denese, furioso tras oír el mensaje de Agustín desde el Vaticano, pistola en mano, ya se había bajado de la misma y estaba gritando instrucciones a sus hombres:

—Reunid a todos los trabajadores en la tienda de campaña más grande que haya y cerradla completamente por los cuatro costados. Que dejen fuera los móviles y cualquier tipo de herramienta. Al que se resista, pegadle un tiro en una pierna.

Hamil, el encargado, que no había atendido a la llamada de los recién llegados, intentando no ser visto fue gateando hasta la tienda grande, pegada a la colina.

Blandiendo su Sig Sauer, Alfredo entró en tromba en la tienda donde estaban apelotonados los trabajadores, y apuntando a uno a la cabeza le gritó:

—¿Dónde cojones está el encargado de la excavación?

Un hombre joven, que no parecía un trabajador, avanzó y se puso delante de Alfredo diciendo:

—Soy un representante del gobierno turco. Le aconsejo que tire esa pistola inmediatamente y...

No pudo decir más. Sin dudarle, Alfredo levantó la pistola y le disparó casi a bocajarro. Antes de caer al suelo, ya estaba muerto. Se hizo un silencio absoluto y ante la cara de idiotas de los trabajadores turcos, Alfredo, a quien haber matado a un hombre parecía haberle tranquilizado, gritó a sus hombres:

—Buscadle.

— ¡No hay nada!

Cuando Adnan se agachó junto al joven técnico, este le señaló una zona en la roca diciendo:

—Mira, este trozo ha sido reconstruido recientemente. El color es distinto al resto de la arenisca alrededor. Gracias al rayo de luz, lo hemos visto claro y al pasar el escáner hemos detectado un hueco. Lo hemos abierto, pero está vacío.

Quedando sólo por registrar la tienda principal, Alfredo entró en ella seguido por sus hombres. Inmediatamente, se dio cuenta de que al fondo de la tienda, en la parte pegada a la montaña, había un aparatoso colgajo de plumas indias y abalorios, cuya presencia no tenía mucho sentido allí. Lo retiró y vio una pestaña de tela que de arriba abajo ocultaba una cremallera.

Al abrirla, se dio de bruces con una especie de macizo de espinos, que en el primer momento le echó para atrás. Pero, enseguida, se dio cuenta de que se veía una especie de camino hecho, claramente, de pasar muchas veces a través de los espinos.

Al enorme Udo, que acababa de llegar corriendo y sudoroso a la excavación, le dieron la orden de quedarse fuera vigilando a los trabajadores, mientras los demás siguieron a Alfredo por el túnel. Linterna en una mano, y pistola en la otra, llegaron a la sala central de la gruta y vieron allí cuatro tipos arrodillados, al lado de una parte de la pared de la cueva. Sin duda, eran los áureos. Alfredo se lanzó hacia ellos gritando:

—¡Todos al suelo!

[53] En su significado griego original: servicio al pueblo.

33. Otra entrada

Año 325 d. C. Nicaea

El emperador había ordenado que se habilitara una sala en palacio, suficientemente grande para que los obispos pudieran tener sus reuniones.

Cada uno de los miembros de la cúpula cristiana se fue reuniendo con los obispos que no habían asistido a la reunión con Osio, para explicarles la importancia de lo que iba a acontecer en el concilio de Nicea y las condiciones que el emperador Constantino exigía, que se cumplieran, a fin de apoyar plenamente el cristianismo e incluso hacerse cristiano.

Sin embargo, entre los obispos cristianos, algo que reforzó mi visión sobre la imposibilidad de que ésta fuera la religión verdadera, fueron las denuncias de toda clase que por escrito muchos de ellos presentaron ante Constantino. En ellas acusaban a sus compañeros de fe, desde delitos *contra natura*^[54], a delitos de asociación con los enemigos del Imperio romano, delatándolos como intrigantes políticos al servicio de Licinio, el que fue el mayor enemigo del emperador. También se acusaban con bastante libertad los unos a los otros de herejía.

Constantino, sin embargo, no dio ningún valor a todas estas acusaciones y de hecho, en una de las reuniones que tuvieron lugar en palacio con un número considerable de obispos, pidió a uno de sus ayudantes que trajeran un brasero con carbones ardiendo y sacándose de los faldones de su capa todas las denuncias que se habían hecho entre sí los obispos, las tiró al brasero declarando bajo juramento no haber leído ni una sola de ellas. Mientras tanto y

hasta que llegara el momento de comenzar el concilio, yo no tenía apenas trabajo que hacer y el maestro de escribas nos permitió que saliéramos de la ciudad a buscar papiro junto al lago.

Hacia unos días que había oído una conversación entre dos cristianos que hacían referencia a un túnel que había sido construido casi un siglo antes durante el período más cruento de las persecuciones de cristianos, y que llevaba precisamente a una cueva.

O mucho me equivocaba, o se trataba de la misma cueva donde yo había escondido en el viaje anterior el Crismón sagrado. Pero tenía que asegurarme, ya que no sabía si la cueva estaba siendo visitada habitualmente por gente en la actualidad o no. No tenía mucho sentido que así fuera, ya que hacía tiempo que habían cesado todo tipo de persecuciones a los cristianos. De todas formas y siguiendo las instrucciones que escuché en la conversación entre los cristianos, después de buscar un par de horas encontré el punto de entrada al túnel, distinto al que yo había utilizado, y que estaba a no más de diez *stadia*^[55] de la ciudad.

La entrada estaba prácticamente tapada por toda clase de maleza y me llevó un buen rato atravesarla sin destruirla, ya que quería evitar por todos los medios dejar una apertura visible. El camino hasta la cueva por esta entrada era bastante más largo que el que había utilizado la otra vez y, cuando se llegaba a la gruta, se hacía por el punto opuesto al que había entrado en otras ocasiones. Satisfecho con mi conocimiento de las dos entradas a la cueva, volví hasta la ribera del lago para recoger las hojas de papiro.

Tenía en mente volver al terminar el concilio y esconder en la gruta una *collectio*^[56] de pergaminos, en la que redactaría todo el acontecer de mi pobre vida desde que fui hecho esclavo.

Tenía un gran interés en dejar constancia de todo lo relacionado con el nacimiento del cristianismo tal y como realmente estaba siendo organizado por el emperador Constantino, siguiendo estrictamente sus planes políticos, en los que el aspecto religioso era claramente un elemento secundario. Probablemente, nadie leería mis escritos nunca, pero si la providencia quería que alguien los encontrara, el que los leyera sabría la verdad sobre los muros

de falsedad sobre los que estaba asentada la secta cristiana.

Ese interés llegó a convertirse en una obsesión y siendo consciente de ello, a veces me preguntaba la razón. Quizás fuera el haber oído a Osio de Córdoba y a otros predicar tantas veces de las bondades del Cristianismo, y luego sufrir que uno de sus obispos me convirtiera en su esclavo sexual, y por el otro escuchar personalmente todo lo que escuché sobre la falsedad de sus orígenes. Había algo en mi interior que me obligaba a hacer lo único que podía: dejar testimonio de lo que viví y oí en la forma que sabía, escribiéndolo.

[54] Sodomía, homosexualidad.

[55] 185,12 metros.

[56] Recopilación, colección.

34. Instituto Wiseman

Iznik (Turquía), 21 de julio de 2016.

Rudy y Héctor llevaban ya casi cinco minutos observando desde el risco en silencio todo lo que no estaba pasando en la excavación. No se oía ni un solo ruido, no había ningún trabajador a la vista, no se veía al inspector del gobierno turco. La situación no podía ser más sospechosa. En esas condiciones, estaba claro que no iban a bajar. Ya iba Rudy a darse la vuelta para decirle a Mark y a Emy que se marchaban, cuando Héctor vio a la derecha de las tiendas de campaña que alguien les hacía señas. Como le daba el sol de cara, miró inseguro hasta que, cerrando ligeramente los ojos mientras hacía visera con las manos, pudo enfocar debidamente y se dio cuenta de que era Hamil, el encargado de la excavación que les hacía señas, indicándoles que bajaran. Inmediatamente, dijo a los demás mientras empezó a descender:

—Es Hamil, nos está diciendo que nos acerquemos adonde él está. Venga, vamos.

Para poder llegar a donde estaba Hamil necesariamente tenían que pasar por delante de la tienda comedor. Pasaron todos menos Emy, que se quedó rezagada unos segundos mientras se ataba el cordón de su deportiva. De repente, soltó un grito al ver una gran mancha de sangre a la entrada de la tienda. Casi al mismo tiempo, como salida de la nada, sintió una mano enorme que envolvió prácticamente todo su hombro derecho y parte de la espalda presionando con una fuerza que la dejó como en suspensión un par de segundos, hasta que reaccionó intentando volverse sin conseguirlo:

—Pero, ¿quién mierdas...?

Al oírla, Mark fue el primero en volverse. Después lo hicieron Rudy y Héctor. Lo que vieron les dejó a todos paralizados: una especie de gigante de cerca de 2 metros de altura y unos 130 o 140 kilos tenía atrapada en su enorme mano a Emy mientras con la otra mano apuntaba con una pistola, que parecía lanzar destellos por efecto del sol, a Mark. Era sin duda uno de los *Milites Dei*. Antes de que pudieran reaccionar, dijo:

—Pelirroja, esa no es la forma de hablar para una chica guapa como tú. A partir de ahora vas a estar calladita y vosotros —dijo señalando a los demás— vais a estar siempre a un metro por delante de mí y no se os ocurra hacer ninguna estupidez.

Rudy, desde unos metros adelante, le increpó:

—No seas idiota, muchacho, deja a la chica, tira la pistola y márchate. La policía está a punto de llegar

El gigantón, tras lanzar una carcajada, dijo:

—Buen intento. Tú, —dijo dirigiéndose a Hamil que estaba agachado detrás de la esquina de una de las tiendas— sal de ahí y llévanos donde está Alfredo y los otros. Ya os advierto, que el que se sienta un héroe, se lo piense dos veces.

Unos minutos después cuando llegaron a la sala central de la cueva, vieron un grupo de jóvenes, tumbados en el suelo boca abajo y los *Milites Dei* armados y apuntándoles. Al ver llegar a la comitiva con Udo al final pistolón en mano llevando a Emy por el hombro, Alfredo Denese sonrió abiertamente. Acercándose a los recién llegados, mientras volvía la cabeza hacia atrás dirigiéndose a sus soldados:

—Y vosotros decíais que Udo era un idiota, pues hasta ahora es el único que ha demostrado tener lo que hace falta.

Señalando con el dedo a Rudy, Hamil, Mark y Héctor, y sonriendo al planear anticipadamente lo que pensaba hacer con todos ellos, les dijo:

—Sabéis perfectamente qué es lo que quiero. Dádmelo y nos marcharemos de aquí como si no hubiera pasado nada. Alguno de los presentes sabe exactamente dónde está lo que quiero y me lo va decir. Por si teníais alguna duda de mi interés, podéis preguntarle al inspector del gobierno, aunque dudo

que os conteste. Si no me lo entregáis, dentro de un minuto mataré al primero de vosotros. Un minuto después, mataré a otro. Y así hasta que se me acaben las balas o me quede sin blancos.

Mark avanzó un paso hacia Alfredo y dos de los *Milites Dei*, apuntaron sus armas hacia él:

—No sois más que cuatro psicópatas cobardes pistola en mano. No tenéis cojones para...

—Gracias por ahorrarme el trabajo de decidir quién va a ser el primero.

—Eso no será necesario.

Al oír aquellas palabras cuyo grave tono fue multiplicado por el eco de la cueva, todos se quedaron durante unos segundos paralizados en silencio intentando localizar su origen, mientras el sonido todavía reverberaba en el aire. Toda la cueva estaba en penumbra y las únicas luces que permitían distinguir algunas partes de la misma eran las linternas de los *Milites Dei*, que como grandes luciérnagas inquietas, no paraban de moverse intentando detectar la procedencia de la voz que había quedado después en silencio.

Entonces, todos vieron cómo apareció una pequeña luz en el extremo opuesto de la gruta que empezó a avanzar hacia ellos hasta que Alfredo, levantando su pistola, lanzó un grito:

—¡Identificate o disparo!

Sin hacer mucho caso a la advertencia, la luz pareció seguir caminando sola hacia ellos, hasta que se escuchó una fuerte detonación. Alfredo había disparado al aire.

El eco natural de la cueva hizo que el sonido se repitiera, hasta que acabó desapareciendo, momento en el que se oyó de nuevo la voz, ya casi en el centro de la cueva.

—Soy Fidel Pareo.

Mark de un salto pasó por delante de Alfredo, apartándolo con el brazo sin darle tiempo a reaccionar, y se fundió en un abrazo con su tío. Emocionados, permanecieron abrazados hasta que oyeron la voz de Emy, al otro lado de la cueva y todavía sujeta por el gigantón:

—¿Y mi padre? ¿Dónde está mi padre?

Soltándose del abrazo de su sobrino, Fidel contestó con voz alta:

—No os preocupéis, está perfectamente.

Avanzando hasta ponerse a su lado y mirándole desde su mayor altura, Alfredo se dirigió a Fidel:

—Que sepas, Fidel, que desde el primer momento no me creí lo del incendio. Me importa poco lo que habéis hecho, si tenéis lo que hemos venido a buscar. ¿Dónde está? —Tras volver la cara hacia Udo, que estaba en la entrada del túnel a la sala, se volvió de nuevo hacia Fidel —Y, ¿por dónde demonios habéis entrado?

Algo más relajado, Fidel explicó:

—Leyendo con Héctor un texto de principios del siglo IV, encontramos una mención a un túnel por el que se decía que los cristianos se escapaban de la ciudad de Nicea durante las últimas persecuciones de los cristianos, y la verdad que fue totalmente por accidente que lo descubrimos. Por ahí he entrado.

—Bien, bien ¿Qué es lo que habéis encontrado? ¿Dónde está?

Mirando fijamente a los ojos de Alfredo durante unos segundos, con cierta tristeza Fidel contestó:

—Hemos encontrado en un maravilloso estado de conservación, un códice que en hojas rectangulares de pergamino relata todos los hechos y detalles de cómo tuvo realmente lugar el nacimiento del cristianismo. Todo fue transcrito por un escriba de Constantino, que fue un testigo excepcional de todo lo ocurrido en la corte de Constantino y en especial de todo lo acontecido en el Concilio de Nicea.

Claramente excitado, Alfredo continuó:

—Y, ¿qué más? ¿Qué más habéis encontrado?

—Nada más, eso es lo único que hemos encontrado.

—No me gusta que me tomen por idiota y sé que hay algo más, de hecho sé exactamente lo que es, pero de momento, ¿dónde está el pergamino?

—El códice está en Rehovot, en Israel.

—¿En Israel? ¿Dónde, en el Instituto Wiseman?

—Sí, era el más cercano en el que había un espectrómetro acelerador de masas, que nos permitiera establecer de forma totalmente exacta la datación del códice. Héctor lo ha llevado allí.

—Bueno, pues lo tienes fácil. Si te vas ahora mismo para Estambul, puedes estar en Israel dentro de unas 4 o 5 horas y el Instituto Wiseman no está a más de 30 minutos del aeropuerto Ben Gurión. Lo que te voy a decir querido y resucitado padre Fidel, no admite discusión de ninguna clase: mañana a esta misma hora estaré esperándote aquí para que me entregues el código. En garantía de que vas a cumplir lo que estoy pidiendo, me llevo a la joven hija de Héctor.

A pesar de la pistola que tenía apuntándole, Mark avanzó hacia Alfredo empezando a gritar:

—No, no, no, me quedo yo contigo, pero a ella...

No lo vio llegar. Un soldado que tenía a la espalda, le dio un fuerte culatazo en la cabeza con la pistola, que le hizo tambalearse, para acabar cayendo en el suelo, semiinconsciente. Desde la entrada de la cueva, Emy intentaba desasirse de la manaza de Udo y gritaba primero a Alfredo y después a su guardián:

—¡Cobarde de mierda! ¡Suéltame, gigante subnormal!

Intentó volverse con rabia, pero era materialmente imposible luchar con una montaña de músculos como Udo.

Héctor, sintiéndose completamente impotente, miró a Marc en el suelo, que ya empezaba a recuperarse del golpe, y luego a Emy. Dándose cuenta de que no podía hacer nada, se dirigió a Fidel:

—Fidel, yo me voy contigo a Israel. Vámonos cuanto antes.

Alfredo, mientras daba ligeras cabezadas afirmativas, dijo dirigiéndose a Fidel:

—Bien dicho, mañana nos encontraremos aquí de nuevo a las 18:00. No tengo que explicarte las consecuencias de que no estés aquí mañana a esa hora y lógicamente con el código.

Emy sonrió a Mark, que todavía atontado se quedó mirándola durante unos segundos. Cuando empezó a sacudir la cabeza hacia los lados y a levantarse, lo único que pudo ya ver de ella era al gigantesco soldado que se la llevó agarrada del hombro como si fuera una niña pequeña, seguidos por los otros *Milites Dei* y Alfredo cerrando filas.

Fidel, que se había detenido un momento para observar la pantalla de su

móvil, sonrió y lo cerró. Rudy, al verle con el móvil, se le acercó y le pidió:

—Fidel, ¿tienes cobertura aquí dentro? ¿Te importa dejármelo un momento? Tengo que hacer una llamada urgente y el mío se lo han llevado esos tipejos.

Alejándose de los demás unos metros, Rudy explicó a Swankid, que se encontraba en el Vaticano, en menos de un minuto la situación. Tuvo que andar rápido para devolver el teléfono a Fidel, que ya había empezado a moverse seguido por todos hacia la parte del túnel por la que había hecho su aparición. A los pocos metros, Fidel les hizo una señal para que se pararan y guardaran silencio. En voz baja, les dijo:

—Vamos a quedarnos aquí unos minutos hasta que estemos completamente seguros de que los *Milites Dei* se han marchado.

Héctor extrañado le preguntó:

—¿Pero, para qué? Vámonos directamente al aeropuerto.

—Tranquilo, Héctor, no hace falta que vayamos al aeropuerto, porque no vamos a volar a Israel. Tu padre me ha acaba de mandar un mensaje y está a punto de coger un vuelo de vuelta a Estambul.

—¡Hostia, genial! Pero, ¿para qué nos hemos parado aquí?

—Seguidme.

Fidel ya estaba andando de vuelta a la gruta. Se agachó junto a una pequeña cavidad natural en uno de los lados del túnel y metiendo la mano, sacó un maletín de herramientas. Los otros le siguieron. Antes de la entrada a la gruta, apagando su linterna, se asomó, diciendo:

—Venga, que ya se han ido.

Cuando entraron en la gran sala vieron que Hamil venía por el extremo opuesto diciendo en voz alta:

—Ya se han marchado. Se han llevado vuestro todoterreno y las motos. También se han llevado las llaves del coche, del funcionario del gobierno, aunque a él ya no le van a hacer falta.

Rudy se adelantó y dijo:

—Llévame hasta el coche. Yo lo puedo arrancar.

35. Sol Invictus

Nicaea Iunius 325 d. C.

Constantino pidió a Osio que emplazara a todos los obispos para la celebración de la primera sesión del concilio de Nicea el *ante diem novenus calendas Iulius*^[57] del año 325. En ese mismo día tenía lugar el solsticio de verano. La elección del día no era de extrañar, ya que Constantino seguía profesando culto al *Sol Invictus*^[58] y por ello quería celebrar el concilio en ese, el que era considerado el día más largo del año, que anunciaba el principio del verano.

Todos los obispos, incluso acompañados en algunos casos por sus ayudantes, fueron entrando lentamente en procesión. Iban vestidos con extraños mantos de lana u otros materiales en los que, en su parte central, habían practicado agujeros para poder pasar la cabeza. Estaban adornados en su parte delantera con cruces, peces, y otros símbolos cristianos, bordados con esmero. Desfilaron por la impresionante sala central del palacio imperial, escoltados por sirvientes que el emperador había puesto a su servicio. Se habían preparado varias filas de asientos a cada uno de los lados de la sala central para que todos pudieran tener un asiento digno y pudieran observar y participar en el concilio en una, al menos en apariencia, igualdad de condiciones.

Un grupo de seis escribas estábamos colocados en un altillo situado en la parte central de la sala, justamente enfrente del enorme sillón forrado de terciopelo con reflejos dorados que había sido habilitado para el emperador.

Una vez todos los obispos estuvieron sentados, el encargado de la organización y el protocolo hizo una seña a uno de los soldados que estaban en la puerta y empezó a entrar la comitiva del emperador Constantino. En primer lugar, fueron entrando por su orden de rango los distintos oficiales principales y, finalmente, todos los que estaban sentados se pusieron en pie para recibir la radiante figura del emperador.

Este, vestido como venía con un ropaje de brillo áureo, parecía la manifestación terrenal del *Sol Invictus*. Su majestuosidad era innegable, a lo que ayudaba claramente su altura, que estaba muy por encima de la media. Portaba su impresionante físico con la arrogancia de saberse el blanco de todas las miradas.

Aumentaban aún más esa sensación de magnificencia, el brillo del oro y las piedras preciosas que adornaban su capa de color rojo intenso, casi púrpura.

Cuando llegó al punto central del salón, justamente enfrente de donde nosotros estábamos disfrutando del espectáculo, se quedó de pie junto a su sillón y miró a Osio.

Osio de Córdoba no iba a actuar en el Concilio como obispo de su demarcación territorial, sino que se iba a hacer cargo de la presidencia de las sesiones del Concilio.

Cuando el emperador le miró, automáticamente levantó los brazos y haciéndolos descender lentamente ordenó a todos los que estuvieran de pie que se fueran sentando, de forma que pudieran hacerlo simultáneamente con el emperador que había querido tener esa deferencia para con ellos.

Los rostros de muchos de los prelados denotaban una cierta inquietud cuando empezaron a sentarse, mientras observaban de forma un tanto subrepticia a Constantino. Era, por otro lado, comprensible esta actitud teniendo en cuenta que algunos por su edad habían sido objeto de las persecuciones en tiempos no muy lejanos, por lo que verse de repente en la magnífica sala central del palacio imperial como invitados de excepción, era algo difícilmente conciliable con la posición que hasta hacía muy poco habían tenido.

Pero, en aquel momento, todos tenían sus miradas puestas en Constantino,

el emperador que estaba dispuesto a cambiar la historia del cristianismo convirtiéndolo en la religión más importante del mundo conocido.

Tras unos momentos, se hizo el silencio absoluto, y el emperador, levantándose solemnemente, se dirigió a todos los presentes. Empezó su discurso en latín para que todos entendieran que debido a la importancia de la ocasión, se iba a utilizar el idioma oficial del Imperio romano.

Con la fuerte voz que le caracterizaba, invadió el silencio de la sala, lanzando sin embargo un mensaje de amistad a los presentes, que terminó con las siguientes palabras:

«No admitiré ninguna división o desunión dentro de la iglesia del Dios supremo, ya que a los dos nos parece abominable que se pueda producir escisión de clase alguna dentro de nuestra iglesia, ya que esas disensiones internas podrían acabar produciendo algún tipo de alteración en el orden del Imperio romano, orden que les es sagrado a los dioses.

Os pido, por tanto, que vuestra generosidad e inteligencia haga que olvidéis esas causas de pequeñas diferencias entre vosotros y que eliminéis de raíz esas actitudes que pueden llevar a la confusión a los ciudadanos del Imperio, que van a aceptar la religión del Dios supremo como la única y verdadera, y a mí como su *Pontifex Maximus*. Si así lo hacéis, estaréis sirviendo al Dios supremo y a mí.»

Como buen político que era y siguiendo la planificación que en los días previos del concilio había hecho con Osio, dejó a partir de ese momento que los obispos empezaran a discutir entre ellos. Tomó la palabra mi odiado Eusebio, que pretendía defender las posiciones de Arrio, que estaba muy cerca de ser declarado hereje por ser contrario a admitir la divinidad de Jesucristo. Nada más hacer su exposición inicial, hubo una reacción virulenta por la mayor parte de los presentes y varios obispos al grito de «blasfemia, mentira, herejía» se acercaron al ya anciano Eusebio y uno de ellos le arrancó los papeles del discurso, en señal de su rechazo absoluto.

No queriendo intervenir Constantino ni Osio, dejaron que siguieran en sus acaloradas intervenciones los obispos de las distintas facciones en varias de las sesiones del concilio, que tuvieron lugar hasta que llegaron a acordar lo que se llamó a partir de entonces el Credo Niceno^[59] .

En una de las últimas sesiones del concilio, Osio explicó con detalle a los presentes toda una serie de cánones, que iban a constituir la columna vertebral del cristianismo a partir de entonces. Todos ellos habían sido producto de las reflexiones de Constantino sobre cómo instaurar la religión cristiana en el Imperio, sin que ello pudiera producir un rechazo por parte de los ciudadanos del mismo. La mayoría de los obispos eran completamente contrarios al establecimiento de estos cánones que sabían tenían su origen exclusivo en los deseos políticos de Constantino y no en lo que ellos consideraban las raíces del cristianismo. Pero la aceptación de los mismos formaba parte de las negociaciones, que habían tenido lugar entre la cúpula de representación de los obispos y Constantino, desde la llegada de aquellos a Nicea.

Desde la perspectiva de los obispos, era preferible plegarse a los deseos del emperador y estaban dispuestos a sacrificar lo que hiciera falta para conseguir que el cristianismo se convirtiera en la religión del Imperio.

El emperador, en su discurso final antes de entrar en la materia de los cánones, quiso dejar sentada la base fundamental del cristianismo a partir de entonces, dotando a la figura de Jesucristo de una divinidad como Dios que hasta entonces no había tenido. Constantino sabía que la única forma de convencer a los ciudadanos del Imperio para que adoraran a un dios, era que éste actuara y realizara actos de tal, como milagros imposibles de ser concebidos de la mano de un humano.

Constantino ya había acordado con la cúpula de obispos y con Osio que se iba a redactar una nueva Biblia, cuyas directrices serían las impulsadas por el presente concilio, y las humildes ideas que él y su equipo de jurisconsultos iban a aportar para conseguir que la implantación de la religión cristiana tuviera un carácter universal, y no plantease ningún problema en su progresiva aceptación por parte de los ciudadanos del Imperio.

En uno de sus últimos discursos en el Concilio, dijo Constantino:

«Una vez superadas esas pequeñas diferencias entre vosotros, me complace en el corazón poder decir que nuestras mentes y espíritus están unidos en el consenso acerca de la divinidad de Jesucristo, que no sólo fue hombre, sino que fue Dios y lo demostró a lo largo de su vida con actos milagrosos que sólo a los dioses les son dados.

Pequeños detalles que, sin embargo, son importantes y que creemos deben ser cambiados son, entre otros, la fecha de celebración del nacimiento de nuestro Dios.

Al ser esa fecha totalmente ignorada, por no existir ni escrito ni testimonio veraz que la mencione, la debemos hoy determinar. Creo, de corazón, que no existe mejor fecha para considerarla como la del nacimiento del Dios de nuestra religión, que el solsticio de invierno^[60] , es decir, la fecha en la que el sol nace de nuevo todos los años.»

Ni sobre este cambio ni sobre los siguientes que propuso hubo comentario alguno por parte de los obispos, que parecían prestar con su silencio aquiescencia a todo lo dicho por el emperador.

[57] El noveno día anterior al primero de julio.

[58] El invencible Dios Sol.

[59] Declaración de contenido de los principios de la fe cristiana, unificando criterios de interpretación.

[60] La fecha en la que se consideraba que nacía el *Sol Invictus*, justo después de la semana de fiestas de la Saturnalia. En el año 45 a.C. el calendario juliano fijó el 25 de diciembre como la fecha del solsticio de invierno

36. El pergamino

Cueva de los sísifos. Excavación, 21 de julio de 2016.

Mientras Hamil y Rudy iban en dirección a la salida, Fidel aceleró el paso y en silencio atravesó la cueva, seguido por Héctor y Mark, hasta el punto donde habían encontrado el códice, depositando allí la maleta de herramientas. Ante la interrogante mirada de los dos jóvenes, Fidel se sentó en uno de los bancos tallados en la arenisca, pidiéndoles que se sentaran a su lado y empezó a contarles:

—Cuando llegamos a Estambul después de nuestra fingida muerte, lo primero que hicimos fue venir a sacar el códice de su escondite. Después nos metimos en una habitación de un hotel a las afueras de Iznik durante un par de días, para intentar leer todo su contenido. No fue fácil, ya que el pergamino se había contraído ligeramente desde que Héctor lo hubiera humidificado y, por otro lado, el tipo de escritura *scriptio continua* era difícil de leer. Es una forma de escritura clásica de la época romana tardía, en la que no había ninguna separación entre las palabras. Simplemente se escribía todo seguido y, para mayor complicación, no se utilizaba ningún signo de puntuación. Leer esta forma de escritura es lento y laborioso. Estuvimos casi dos días enteros con sus correspondientes noches transcribiendo con ayuda de la grabadora y el portátil el contenido del códice.

—¿Y bien?

Con una sonrisa por la impaciencia de Héctor, Fidel continuó:

—El valor histórico que los escritos de Lisandro tienen es inestimable, ya

que supondrán una visión del origen del cristianismo que puede tener unas consecuencias de un impacto imprevisible. Pero casi al final del código, en las dos últimas páginas, por puro accidente y debido quizás a mi afición que Mark conoce bien por los códigos, mensajes ocultos y, en definitiva, todo lo que rodea a la esteganografía, me di cuenta de que se repetía cierto patrón y de las primeras letras de las líneas impares, como si de un acróstico se tratara, surgió una frase que decía *Videte sub terra*, o sea, «mirad abajo hacia la tierra».

Ahora fue Mark el que levantándose de un salto, dijo:

—Pues no esperemos más, y vamos a buscar lo que sea que haya enterrado.

Unos quince minutos después habían sacado de debajo de donde se encontró el pergamino, un bloque del tamaño de un atlas grande de geografía, que tenía dos placas de mármol superpuestas con una separación entre ellas de unos 12 o 15 centímetros que, sin embargo, formaban prácticamente un solo cuerpo, estando unidas por todos sus bordes con una capa similar a la que tenía la vasija que contenía el código. Posiblemente era también resina y cal ya oscurecida por la oxidación, pero que había sido profusamente colocada para evitar la entrada de la más mínima cantidad de aire entre las dos placas de mármol.

Mientras Héctor y Fidel se quedaron en la tienda, martillo y cincel en mano, intentando desvelar el segundo secreto del escriba, Mark, Rudy y Hamil se fueron a buscar a Héctor padre al aeropuerto.

Cuando el cardenal Ilic se disponía, como era su costumbre, a repasar la agenda de la semana para asegurarse de que no había ningún imprevisto y que todo estaba bajo control, extrañado, escuchó el comienzo del Canon de Pachelbel. Tardó unos segundos en darse cuenta de que era de su móvil, al que había cambiado el tono de llamada hacía un par de días, y como no le había llamado nadie últimamente, no se había acordado del cambio.

Sacó con prisa el móvil antes de que se cortara la llamada y contestó:

—Pronto.

—Ilic, soy Swankid. Rudy Overson, uno de mis colaboradores, se encuentra en la excavación de Héctor Deverís. El que dice ser representante del Vaticano, Alfredo Denese, junto con Enzo, el capitán de la guardia suiza y un par de guardias más se han llevado a la hija de Héctor como rehén a punta de pistola y han matado al representante del gobierno turco. Te llamo por el aprecio que te tengo, para evitar un escándalo al Vaticano.

—Un rehén y un muerto, ¿por qué? ¿Qué es lo que han encontrado exactamente?

—Según Rudy, parece ser que han encontrado un códice escrito por un escriba del siglo IV, llamado Lisandro.

Durante unos segundos, Ilic se mantuvo en silencio al otro lado de la línea como esperando que Swankid continuara con su descripción. Al no hacerlo, este le preguntó:

—Bien y, ¿para qué quieren a la hija de Deverís?

—Los *Milites Dei* mañana a las 18:00 horas devolverán a la joven a cambio del códice —sonriendo al otro lado de la línea, Swankid apostilló— y mi deber es llamar a la policía, tú lo sabes.

—No, no, no hace falta. Como bien dices Rickhart, no podemos permitirnos el lujo de que se relacione al Vaticano con ese demente de Alfredo Denese, pero inevitablemente si va la policía, directamente detrás llegará la prensa, con lo que te puedes imaginar lo que supondría para el Vaticano, que te reitero no ha tenido absolutamente nada que ver con esa barbaridad. Déjame que hable primero con un par de personas y probablemente encontremos la forma de solucionar de manera interna esta crisis, siendo nuestra prioridad lógicamente recuperar sana y salva a la hija de Héctor Deverís. Te llamo o mando mensaje en unos 30 minutos.

—A mí no me queda más remedio que volverme a Londres, pero te paso el contacto de Rudy Overson que está con el hijo de Héctor Deverís y también le pasaré el tuyo a Rudy también para que estéis conectados.

—Amigo mío, déjalo, por favor, todo en mis manos.

Swankid respiró con satisfacción al colgar el teléfono. Había conseguido que el Vaticano le allanara el camino. Ellos se ocuparían de los *Milites Dei*.

Nada más colgar el teléfono, Ilic, arremangándose ligeramente la sotana que le venía un poco larga, comenzó a andar a toda velocidad y, unos segundos después, empezó a correr con zancadas patizambas de sus fuertes piernas por el largo pasillo vaticano que le separaba de los aposentos de Su Santidad.

A lo largo de su impropia carrera, pasó por delante de las extrañadas miradas de varios sacerdotes y ya antes de llegar ligeramente jadeante a la entrada del despacho papal, iba diciéndole en voz alta al asistente que estaba en la puerta:

—Giovanni, diga por favor a Su Santidad que tengo que hablar con él muy urgentemente.

Con un gesto que denotaba su incomodidad por la inobservancia del más mínimo protocolo, Giovanni, a quien el cardenal Signorile no le caía demasiado bien, entró y salió del despacho papal unos segundos después. Abriendo la puerta para el cardenal y sin mirarle a los ojos le dijo:

—Su Santidad le recibirá ahora.

Después de haber recibido la llamada de su fiel Agustín desde el Vaticano, no habían pasado ni dos minutos cuando Alfredo oyó el aviso típico de mensaje en su móvil. La mueca de su boca reflejó el desprecio rayano en odio con el que leyó el SMS que le acababa de llegar desde la secretaría papal del Vaticano. Se quedó con el móvil en la mano mirando a la pantalla, porque sabía que estaba a punto de recibir un segundo mensaje. Efectivamente, no habían pasado ni quince segundos cuando, esta vez por WhatsApp, recibió una escueta comunicación de su fiel secretario Maranzano:

—«Lo saben todo. No volváis al Vaticano».

Antes de salir de la excavación, Alfredo hizo una seña a Enzo, el capitán de la guardia Suiza, que iba a subir al todoterreno. Cuando estuvo a su lado, le dijo en voz no muy alta:

—En el Vaticano lo saben todo. Me acaba de llamar Agustín. Ha aparecido por allí Swankid, el líder de los *áureos*, y ha informado al Papa de lo que estamos haciendo.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?

—Amigo mío, la única forma en la que podríamos volver al Vaticano es presentando a los ultras de la curia algo tan importante para la supervivencia del cristianismo ,y por ende del aparato de la Iglesia, que les hiciera levantarse contra el papa Santiago y hacer lo que fuera necesario para obligarle a abandonar el cargo. Estoy seguro de que estarían dispuestos a justificar nuestros métodos. Y si me apuras, estoy convencido de que no les importaría convertir nuestra ficción, los *Milites Dei*, en una realidad.

—Mañana veremos qué es lo que dice el pergamino, porque como nos hayamos equivocado...

—Ten un poco fe, Enzo, estoy seguro de que la clave, tanto para salvar la cara ante la curia como para conseguir lo que llevamos tantos años persiguiendo, está en el pergamino de Lisandro, el escriba. Anda, llama a nuestro contacto en Estambul, a ver si nos puede conseguir inmediatamente una casa en las afueras donde podamos esperar hasta mañana.

Ilic al entrar se encontró al papa sentado en su mesa del despacho desde donde le hizo señas para que se acercara y a los demás presentes para que salieran de la habitación y cerraran la puerta.

—A ver, Ilic, ¿qué es eso tan urgente que tienes que decirme?

Ilic le explicó el contenido de la llamada del profesor Swankid, dejando a Su Santidad unos segundos para reflexionar sobre el mismo.

—Lo primero que hay que solucionar es la liberación de esa joven y poner bajo control inmediatamente a ese impresentable de Denese. Luego nos plantaremos cómo le entregamos a las autoridades, pero ¿tú crees que el códice podría ser el de Lisandro, que tenemos en mente?

—Santidad, sería demasiada coincidencia que no lo fuera. ¿No os parece? Principios del siglo IV, Nicea....

El papa, con las manos unidas sobre su regazo, afirmaba ligeramente con la cabeza hasta que paró e, incorporándose en su asiento, contestó:

—La mención de Eusebio, uno de nuestros más queridos padres de la

Iglesia, en su biografía es clara. Si realmente es el código de Lisandro, el problema no es solamente el código en sí mismo, que ya lo es, pero si consideramos fidedigno el relato de Eusebio y existe esa maravillosa joya, que en su biografía decía le había sido robado por un escriba, que podría incluso ser el mismo Lisandro, habrá mucha gente dispuesta a matar por ella.

—No podemos permitir ni que el código ni la joya caigan en las manos equivocadas.

—Querido Signorile, tienes toda la razón. Creía que nunca más tendríamos que recurrir a las habilidades que adquiriste en tu tormentoso pasado, pero Dios parece que quiere que nos ayudes. Hace falta que reúnas un grupo de guardias leales y partas mañana a primera hora hacia Estambul. Como sea tienes que detener Alfredo Denese y a Enzo, y liberar a la hija de Deverís. Luego estudiaremos la forma en la que se les podría entregar a las autoridades turcas. No necesitamos más publicidad que pueda llegar a dar una imagen equivocada del Vaticano.

37. Mitra

Año 325 d. C. Nicaea.

Para mí estaba muy clara la razón por la que Constantino había establecido la fecha del solsticio de invierno como la del nacimiento del Jesucristo cristiano, a pesar de que tanto él como sus jurisconsultos estaban totalmente convencidos de que no había existido, por no haber podido encontrar prueba alguna que lo demostrara.

Tanto esa fecha como todos los cánones o reglas que iban a regir el cristianismo desde aquel momento y a lo largo de su historia tenían una misión planeada con la astucia e inteligencia que siempre caracterizaron a Constantino.

Dentro del ejército romano había un número muy importante de soldados y oficiales que rendían culto a Mitra, al que otros adoraban como el *Sol invictus*, culto del que Constantino era el sacerdote supremo. Pero estos cultos estaban asimismo extendidos entre la población patricia que venía practicándolos desde las primitivas curias romanas^[61] .

Era necesario, para conseguir el fin último de la unificación del Imperio, facilitar a los soldados y a los patricios el tránsito hacia la nueva religión y la única manera para que no notaran diferencias insalvables entre el cristianismo y el culto a Mitra era que las vieran como prácticamente iguales, difiriendo únicamente en el nombre.

Y, de hecho, lo eran. Recuerdo perfectamente cómo en una taberna un legionario explicaba a otro que quería hacerse seguidor de Mitra, los

principios de su religión, cuyos milenarios orígenes, según le contó, se perdían en el tiempo, aunque se sabía que provenían de oriente.

Según Aureliano, que así se llamaba el legionario, Mitra había nacido en el solsticio de Invierno, es decir, el 25 diciembre, según el calendario juliano, en una oscura cueva, en la que los pastores que le encontraron vieron en él a la divinidad personificada y empezaron a adorarle, trayéndole humildes regalos que luego empuerñecerían los *magus*^[62] al traerle oro, incienso y mirra.

Según la doctrina mitraica, Mitra no era más que el representante en la tierra del Dios supremo, Ahura Mazda, que le había enviado para que se mezclara con los hombres y nos enseñara las verdades sobre él, el Dios supremo. Otra prueba de la divinidad de Mitra era que su madre al parirle no perdió la virginidad, ya que fue impregnada por el espíritu de Mitra. Desde entonces, los seguidores de aquella antigua religión, llamaron a la madre de Mitra la Virgen.

Para empezar a predicar la verdad de su padre, Mitra se rodeó de 12 discípulos, a cada uno de los cuales nombró con los signos astrológicos del Zodíaco. En compañía de estos predicó su verdad y realizó toda clase de milagros como resucitar a los muertos, sanar los enfermos, devolver la visión a los ciegos e, incluso, sacar los demonios de las personas poseídas. Así fue como Mitra consiguió el sobrenombre de el Buen Pastor.

Transcurridos tres días de su muerte, que tuvo lugar para purificar a los hombres, Mitra resucitó y ascendió a los cielos para reunirse con su padre Ahura Mazda, el Dios supremo.

No había duda alguna de que todas las leyendas cristianas, que después sus teólogos dogmatizarían, no eran más que burdas copias de las leyendas mitraicas.

El secreto del éxito del cristianismo estaba precisamente en esa resurrección después de la muerte a la que todos los que hemos tenido una vida poco agraciada aspiramos. Todos tenemos el deseo y la esperanza de que después de la muerte haya algo mejor de lo que hemos sufrido en ésta vida.

Por eso, todas las religiones han convertido en parte esencial de las mismas la garantía a todos sus seguidores de esa resurrección. Siempre ha sido así: la resurrección de Adonis en la primitiva Grecia, en la religión

egipcia, Osiris también muere y resucita a una vida mejor.

Los cristianos siguiendo exactamente con la misma idea, simplemente han sustituido a Mitra que, tras resucitar, subió a los cielos para reunirse con su padre, Ahura Mazda, por Jesucristo que, tras morir, resucitó y subió a los cielos para reunirse con Dios, su padre. Pero mucho me temo que, cuando yo muera, no voy a resucitar.

Recuerdo que cuando terminé de escuchar a Aureliano, explicándole al otro legionario los secretos del culto a Mitra, no pude por menos que reírme para adentro, pensando en la ignorancia de esos primeros cristianos que estaban tan convencidos de la originalidad de las verdades, que les habían contado los padres de la Iglesia, como algo distintivo y único de su religión. Eran como borregos que siguen al pastor, hasta tal punto que estaban incluso dispuestos a morir destrozados por las fieras en el circo, por su religión, que en definitiva no era más que una torpe copia del culto mitraico, que era como mínimo mil años más antiguo que el cristianismo.

Pocos días después de terminar el concilio, ya no quedaba casi ninguno de los obispos que habían atendido al mismo, ya que habían empezado el viaje de vuelta a sus respectivos lugares de origen. Todos iban convencidos de que habían participado en el momento más decisivo de la historia del cristianismo, ya que a partir de entonces ésta se consideraría la religión oficial del Imperio romano.

Pero no sólo eso, sino que además se iban convencidos de que el emperador Constantino había renunciado a sus creencias paganas y ya era prácticamente cristiano. No podían estar más equivocados.

Yo podía atestiguarlo con certeza, ya que seguí trabajando en palacio durante varios años, a lo largo de los cuales el emperador continuó siendo sacerdote supremo del *Sol Invictus* y, como tal, practicando todos los ritos que a su rango correspondían. Constantino siempre vio en el sol mucha más manifestación de poder que en cualquier religión.

Sin embargo, como buen político que era, siempre que se hacía necesario demostraba públicamente su favor hacia el cristianismo, pero si así lo hacía, era porque razones más importantes que las religiosas se lo exigían.

[61] Las tres tribus del siglo VII d. C., que ocuparon por primera vez las siete colinas de Roma.

[62] Integrantes de una tribu aposentada en Media (antigua zona del actual Irán), que dominaron Israel, Palestina desde el año 560 a. C hasta el 330 d. C.

38. Nada es lo que parece

Aeropuerto Atatürk (Estambul), 21 de julio de 2016.

Cuando llegaron al aeropuerto Atatürk, Mark se quedó paseando en los alrededores del coche, mal aparcado casi al lado de las puertas del terminal de salida, encogiéndose de hombros ante las airadas peticiones del vigilante de aparcamiento turco para que moviera el coche.

Sólo unos minutos después aparecieron Rudy y Hamil acompañados de un hombre de unos sesenta y tantos años, no muy alto, con el rostro serio, pelo y bigote entre sal y pimienta y con la tez morena, típica de los que trabajan al aire libre. Tras las presentaciones, emprendimos el viaje de vuelta a Iznik. Yo me senté atrás con Héctor Deverís que con voz un tanto quebrada, tras unos minutos en silencio sin mirarme, preguntó:

—No le irán a hacer algo a Emy esos bestias, ¿no?

Sus ojos casi implorantes necesitaban una respuesta que les tranquilizara y, aunque yo tampoco estaba en absoluto tranquilo, se la di.

—No, lo único que quieren es el pergamino dichoso que habéis encontrado.

Héctor se quedó en silencio asintiendo con la cabeza y unos segundos después empezó a contarme cómo Emy, cuando no tenía más que cuatro años, se había convertido en su hija:

—Lo recuerdo como si lo estuviera viendo. Estaba sentada en el primer escalón que daba acceso al porche de la casa de unos compañeros de trabajo de mis buenos amigos Samir y María Belrieve. Llevaba una camiseta blanca

que tenía impreso en grande el símbolo de la paz y un pantaloncito corto azul. Tenía los codos sobre las rodillas y la cabeza apoyada en las palmas de sus pequeñas manos. Ya desde entonces mostraba carácter. Con su melenita roja que el aire no dejaba quieta y con una mueca de enfado, no entendía por qué no habían vuelto sus papás a recogerla. La verdad es que me costó mucho trabajo decirle sin que me temblara la voz que sus padres habían salido de viaje urgentemente. Como eran médicos, le dije que había unos niños que estaban malitos en otro pueblo que estaba un poco lejos y habían tenido que salir a toda prisa para poder ayudarles a que se curaran. Le expliqué que sus papás me habían pedido que se viniese a mi casa a vivir con nosotros hasta que volvieran. Aquello parece que le satisfizo lo suficiente como para levantar la cabeza. Se puso en pie y con su pequeña mano agarró la mía. Nos fuimos a casa.

—¿Qué les pasó los padres?

—La población negra autóctona estaba en plena revolución independentista y las acciones de violencia que provocaba la dinámica de masas enfervorecidas se daban por todos los sitios. Mataron a más de 300 personas blancas. Absurdamente, entre ellas estaba todo el personal del hospital.

—Bueno, y ¿cuál fue la reacción de Emy cuando vio que a los pocos días sus padres no volvían?

—Como no nos quedó más remedio que salir huyendo del país en el primer avión que pudimos tomar, se dieron las circunstancias óptimas para poder minimizar ese impacto, ya que lo que le contamos es que sus papás no podían volver de momento, porque se había cerrado el aeropuerto. Aunque no muy convencida durante los primeros días, poco a poco como el entorno que le procuramos fue el mejor posible y, además, se llevaba bastante bien con mi hijo Héctor, porque ya habían jugado juntos muchas veces, se fue adaptando. Pero aun así todas las mañanas y por las noches se asomaba a la ventana del hall de entrada y se quedaba allí unos minutos, mirando a la carretera. Ten en cuenta también la edad que tenía. A esa edad el presente es prácticamente lo único que cuenta y los recuerdos son parte poco importante de la vida de un niño de cuatro años, porque apenas tiene. A medida que fue creciendo fue

acordándose más de sus padres. Mi mujer y yo intentamos ser los mejores padres que pudimos para ella. Siempre fue como nuestra propia hija.

Me gustó que Héctor se hubiera abierto a mí de la manera que lo hizo porque, por un lado, pude conocer un poco la historia de Emy y, por otro, me dio la sensación de que había surgido un cierto *feeling* entre nosotros.

Ilic, de pie mirando a la pared, inclinó ligeramente la cabeza delante del crucifijo que tenía detrás de la mesa de su despacho. De alguna manera, quiso pedir perdón a Dios por la excitación que sentía ante la misión que le había encomendado el santo padre. Reconocía que, como hombre de Dios que era, este tipo de actividades no eran las más recomendadas, pero no podía remediarlo y parecía que podía sentir la sangre bailoteándole por todo el cuerpo. Acababa de organizar el equipo con el que saldrían de madrugada: de los ocho hombres que había seleccionado, todos habían pertenecido a las unidades de élite del ejército suizo. Todos expertos tiradores y dos de ellos artificieros. Gracias a los contactos que Ilic tenía del tiempo que estuvo metido de lleno en la guerra serbocroata, ayudando a todo el que lo necesitara, había conseguido que una vez aterrizaran en Turquía les proveyeran de armamento. Posiblemente lo haría un comando medio perdido del PKK. Tendrían que conducir unas cuantas horas hasta un pequeño pueblo a orillas del Mar de Mármaris para recoger el material y poder volver después rápidamente hacia Iznik.

Unos minutos antes de llegar, Rudy recibió una llamada de alguien con el que estuvo hablando varios minutos. Cuando llegamos a la excavación Héctor y Fidel estaban esperándonos a la entrada. Con tantas prisas quiso bajar Héctor del coche que si no llega a ser por que su hijo Héctor le paró por los hombros se habría caído de bruces. Tras tomar a su padre por los hombros, y mirarle durante unos segundos, padre e hijo se fundieron en un largo abrazo.

Separándose lentamente, Héctor dijo a su padre:

—Me alegro mucho de que estés vivo, papá, pero no por eso puedo por menos de llamarte cabronazo. Lo que nos has hecho pasar no tiene perdón.

El padre con una media sonrisa le contestó:

—No puedo decirte lo contrario. Tienes razón.

Dando unas palmadas, Fidel intervino.

—Bueno, chicos, por qué no nos vamos todos para la tienda principal. Tenemos una sorpresa para ti Héctor, que estoy seguro que te va a parecer increíble.

Tras decirle Hamil a todos los trabajadores de la excavación que se marcharan a sus casas hasta nuevo aviso, sin más palabras todos se dirigieron a la gran tienda que a lo largo de la excavación Héctor y su familia habían utilizado siempre tanto para trabajar como para vivir. Teniendo en cuenta que pasaban largas temporadas en ella, la tienda de campaña por llamarle algo parecía más una pequeña casa que una tienda. Por debajo de las dobles lonas que la cubrían en toda su superficie, las paredes no eran de tela, sino de una especie de resina que tintada de color madera desde lejos perfectamente podría confundirse con una cabaña de madera. Dentro tenía cuatro pequeñas habitaciones y un salón grande dividido en dos partes: una que se utilizaba para trabajar y otra que se usaba como salón de estar y comedor.

Tenía también su propio cuarto de baño conectado a un enorme depósito al que habían canalizado el agua de un arroyuelo cercano y una fosa séptica. Mientras Mark abría la primera puerta de resina de las dos que tenía la tienda, para intentar evitar que la invadiera el polvo que había por todas las partes en la excavación, Héctor hijo se dirigió a Hamil:

—Si no te importa, comprueba que el generador esté lleno de gasoil. Vamos a pasar aquí la noche. ¿Cómo estáis de comida?

—Sin problema. Trajeron la compra hace un par de días, así que la cámara está casi llena. Hay comida para una semana.

Héctor padre, seguido de Fidel, Héctor hijo, Rudy y Mark en último lugar, entraron directamente a la zona de trabajo. Mientras Héctor hijo encendía un par de luces más, Fidel llevó del brazo a Héctor padre hasta una mesa de trabajo que ocupaba todo el fondo de la pared. En el centro de la mesa,

rodeado de restos de algún mineral cálcico arenoso y varias herramientas, justamente bajo los haces de luz blanca pura de la pantalla LED se veía una especie de mochila o paquete con aspecto de ser de alguna clase de piel o cuero muy envejecido que tendría aproximadamente unos 50 centímetros de largo por un poco menos de ancho. Héctor dijo:

—Mira papá, hemos esperado a que llegaras para empezar a desenvolver lo que hemos encontrado un poco por debajo de donde tú encontraste el códice de Lisandro. Queríamos dejarte a ti el honor de sacarlo a la luz del siglo XXI.

Héctor sonrió mientras preguntaba a Fidel sin esperar respuesta:

—Entonces, ¿teníamos razón y el mensaje no era una simple casualidad?

—Tienes a la casualidad delante —contestó Fidel, señalando con las dos manos.

Ligeramente encorvado sobre el paquete, Héctor lo examinó con muchísimo cuidado levantándolo para ver cómo era por debajo. Mientras lo hacía comentaba:

—Parece que en su día fueron pieles, posiblemente de cabra joven impregnadas por fuera de aceite, para mantener un poco la humedad. Lógicamente, el paso de cientos de años ha hecho que todo se secara, pero, aun así, quienquiera que lo hiciera tuvo una magnífica idea para preservar lo que sea que contenga. Lo primero que tendríamos que hacer es introducir el paquete tal y como está en el humidificador y dejarlo durante unas horas, hasta que la piel vaya adquiriendo la tersura suficiente para poder ser desdoblada sin causar demasiado daño.

—Yo me encargo, ayúdame Mark —decía Héctor hijo mientras con sumo cuidado tomaban el paquete y lo llevaban al otro extremo de la habitación, donde estaba conectado el gran humidificador que utilizaban habitualmente para darle el grado de humedad necesaria a las piezas para poder exponerlas al aire.

Sentados alrededor de la mesa central, todos disfrutaron inmediatamente después de la cena que Hamil y Rudy habían preparado: tomates frescos, queso blanco y el *sucuk*^[63] turco acompañado del *pide*, una especie de tortas de pan. Todos miraban expectantes a Héctor padre, sentado en la cabecera de la mesa, y a Fidel, que estaba a su lado. Después de dar un sorbo a su vaso de

té, Héctor empezó a hablar:

—Como sé que estaréis deseando que os contemos qué es lo que pasó, no os vamos a hacer esperar más. Como ya os habrá contado Fidel, transcribimos y leímos el código ininterrumpidamente durante dos días. Hasta tal punto nos tenía fascinados la relación de hechos que Lisandro hacía en su códice, que se nos olvidaba comer. Narraba con una precisión casi quirúrgica y con todo lujo de detalles todos los acontecimientos importantes que tuvieron lugar a lo largo de su vida como escriba bajo distintos amos, figuras importantes del Imperio romano, pero sin duda sería el trabajo que realizó para su último amo, el emperador Constantino I, el que tiene una trascendencia histórica inigualable. Su narración de las conversaciones de Constantino con Osio de Córdoba, y con otros de sus consejeros políticos y padres de la incipiente iglesia, dejan claramente expuesto cómo se “fabricó” la religión cristiana, tal y como la conocemos. La única conclusión a la que se puede llegar tras leer el códice de Lisandro es que la religión cristiana tal y como la conocemos actualmente fue una creación total y absoluta de Constantino I, que lo único que buscaba era la unificación política de su imperio.

Para ello, le venía como anillo al dedo una religión que pudiera ser fácilmente manipulable debido a la necesidad de supervivencia que tenían los cristianos, que tras haber sido sometidos a toda clase de persecuciones, estaban dispuestos a aceptar cualquier cosa que se les propusiera para normalizar su situación. No sé si ni siquiera sois capaces de imaginar las consecuencias que podrían tener lugar si el códice de Lisandro se hiciera público. Probablemente supondría la desaparición de la Iglesia tal y como la conocemos. Si los fieles de medio mundo supieran que no hay ninguna prueba de que Jesucristo existiera y que todos los dogmas de la Iglesia no son más que vergonzosas copias del ideario de la religión mitraica, que era más de mil años más antigua, ¿cómo reaccionarían? Muchos de ellos tienen una vida llena de miseria y penurias, y la religión cristiana les ha convencido de la existencia de una vida mejor después de ésta. La desesperación en la que caería mucha gente simple que se agarra a sus creencias como a un clavo ardiendo, podría tener consecuencias apocalípticas.

Tras sus últimas palabras, una quietud pareció invadir la tienda y el único

ruido que se escuchaba era el del motor de gasoil del generador. Fue Fidel quien rompió el silencio.

—Bien, ya sabéis el contenido del código de Lisandro. Héctor y yo llevamos hablando mucho tiempo sobre la conveniencia hacerlo público o no.

Ante estas palabras, fue Rudy el que saltó sin poder evitarlo, incluso elevando la voz:

—¿Cómo podéis hablar sobre la conveniencia o no de hacerlo público? Si se demuestra que este código es auténtico, estamos hablando de datos históricos que tienen que ser conocidos por todo el mundo. No podemos dejar que la gente continúe en la ignorancia y la falsedad de los dogmas de la religión católica, ni de ninguna otra.

Héctor padre le hizo señas para que se tranquilizara, mientras continuó:

—Sabía que en aquel momento no podía sacar el código de la excavación. Debido a algunos malentendidos que habíamos tenido el año anterior con el ministerio de antigüedades turco, estábamos sometidos a una vigilancia bastante estrecha y el intentar sacar del país algo como el código de Lisandro, si te pillaban, podría suponer de diez a quince años en una cárcel turca. Tampoco podía correr el riesgo de depositar el código en una caja de seguridad en un banco de Estambul. Mi nombre e imagen eran relativamente conocidas, con lo que corría el riesgo de que se informara al Ministerio de Antigüedades turco, con lo que inevitablemente acabaríamos teniendo graves problemas. Yo tenía más que una amistad con el cónsul francés en Estambul. De hecho, éramos bastante amigos desde jóvenes. Por eso me hice de una pequeña caja de seguridad donde metí el código debidamente protegido y le pedí que me hiciera el favor de guardarla en su caja fuerte hasta mi vuelta de España. Una vez que dejé el código a salvo, volví a España y allí le conté todo a mi buen amigo y consejero Fidel. No sé si hice bien en contárselo o no, ya que desde entonces, como podréis imaginar, con motivo, perdió la fe. Pero aun en esa terriblemente difícil situación para él como sacerdote, siguió manteniendo su espíritu de religiosidad, porque, como él decía, independientemente de todo lo demás, lo que da valor al cristianismo no es la liturgia y los dogmas, sino su contenido de caridad y de ayuda a los demás que casi ninguna religión tiene. Y solamente por eso ya merece la pena continuar

con lo que, parece ser, no fue más que una ficción diseñada por Constantino para interés del Imperio. Alguien dentro de la Iglesia se enteró de mi descubrimiento. Sabemos ya con certeza que fue Tárkan, un joven arqueólogo de nuestra excavación, que tenía unas expectativas de protagonismo que quizás frustré indebidamente al dejarle siempre en segundo plano. Justamente después de hacer el descubrimiento del código de Lisandro, Tárkan desapareció. Sin duda, fue él quien dio toda la información a Alfredo Denese y este viajó hasta nuestra casa en España en la creencia de que yo había sacado el código de Turquía y lo tenía allí.

Mark, que había permanecido en silencio, intervino:

—Entiendo que la facción ultraconservadora de la curia romana tenga interés en conseguir el código de Lisandro, por las catastróficas consecuencias que su conocimiento tendrían para el mundo en general y el cristiano especialmente, pero recurrir al asesinato y el secuestro para obtenerlo... ¿Soy el único al que no le parece normal? ¿O es que hay algo más en lo que están interesados que no sabemos?

Héctor Deverís y Fidel se miraron apenas un segundo. Fidel contestó:

—Sí, hay algo más. Como es lógico desde el punto de vista del continuismo de su estatus dentro de una religión seguida por más de dos mil millones de personas, está claro que cierto sector ultraconservador hará lo que sea necesario por conseguir el código, porque podría suponer no ya la pérdida de imagen de la Iglesia, sino incluso su desaparición en muy poco tiempo. Pero eso no es sólo lo que buscan. Su interés principal es el dinero y toda esa historia que os han contado de los *Milites Dei* no es más que un cuento chino. En todo esto, nada es lo que parece.

De nuevo Rudy intervino exaltado.

—¿Me vas a decir que los que han secuestrado a Emy no son *Milites Dei*? ¿Qué los que han matado a mi compañero Basir no son esos locos?

—Incluso tu grupo, los *áureos*, que tanto interés decís tener en que desaparezcan las religiones, sois tan torpes que no os habéis dado cuenta de que los *Milites Dei* no existen. Alfredo Denese junto con otros de su cuerda simplemente han fabricado esa artimaña, que, eso sí, han hecho todo lo pública que han podido, para convencer a un grupo de pobres idiotas que sí

tienen verdadera fe y que se han creído a pies juntillas que estaban actuando realmente como soldados de Dios. De esa manera, los han puesto a su servicio y los utilizan. Pero lo único que realmente le interesa a Alfredo, creemos que lo vamos a descubrir dentro de muy poco tiempo.

[63] Una especie de embutido de carne de ternera, pollo o cordero condimentado con especias.

39. La Biblia de Constantino

Año 325 d. C. Nicaea.

Mi vida como escriba después del Concilio, continuó con una cierta monotonía que acabó siéndome agradable, y uno de mis mayores placeres era continuar recopilando en mis escritos todo lo que como escriba del emperador conocía y aquello que sucedía a mi alrededor que consideraba de interés.

Conseguida ya la confianza del maestro de escribas, en múltiples ocasiones estaba solo hasta durante quince días, a lo largo de los cuales mi única obligación era cumplir con el ritmo de trabajo que me había encomendado el maestro. Gracias a mi habilidad, terminaba el trabajo rápidamente y tenía mucho tiempo libre. Poco a poco, tuve la oportunidad de ir haciendo acopio del material necesario para convertir mis escritos en un códice completo. Tenía como una misión que nadie me había encomendado, conseguir encuadernar mi códice. No sabía muy bien cómo hacerlo, pero en uno de los casetones a pie de palacio, justo antes de entrar al mercado, había dos judíos que se dedicaban a encuadernar todo lo que les enviábamos desde palacio. Ellos me enseñaron. Una vez que lo conseguí terminar, lo tenía como el mayor de mis tesoros, en realidad el único. Con bastante desconfianza, lo ocultaba debajo del jergón de paja que me servía como cama. De vez en cuando, tumbado en mi jergón, sonreía, y estoy seguro de que me brillaban los ojos, al recordar el Crismón sagrado, la increíble joya de la que despojé al depravado Eusebio y que tan bien había escondido en la cueva de los sísifos.

Unos años después, y para terminar de moldear los principios de la

religión cristiana a las necesidades del Imperio romano, el emperador Constantino acordó con Osio de Córdoba que era necesario reescribir completamente la Biblia, y a su orden se contrataron varios escribas más para la ingente labor de copia que suponía escribir 50 ejemplares de la misma, a las que se iba a dotar de una perfección nunca vista en el mundo.

Osio de Córdoba y Constantino, junto con algún padre de la Iglesia cuya misión real era permanecer como estatuas mudas ya que nunca se tenía en cuenta lo que decían, fueron seleccionando cuáles iban a ser los textos finales y su redacción en la nueva Biblia. Esta debía contener ya los distintos cánones y modificaciones que del concilio de Nicea habían surgido, así como las visiones de los primeros tiempos del cristianismo, que el emperador consideró necesarias para diseñar una imagen del inventado Jesucristo, que se hacía necesario fuera ganando terreno en el mundo romano. Era imprescindible que se convirtiera en un Dios en todo el sentido romano de la palabra.

Trabajamos durante meses copiando los distintos textos sobre pergamino de vitela finísima de gran calidad. Nos dijeron que las pieles que se habían utilizado para realizar este delicado pergamino eran de antílope traído de Abisinia. Escribíamos en pliegos grandes de entre un pie^[64] y un *cubitus*^[65] de alto por un poco menos de un *cubitus* de ancho, y distribuíamos lo escrito en cuatro columnas por cada pliego.

Teníamos que calcular antes de escribir para que cupieran en cada una de las líneas entre 16 y 18 letras. Teniendo en cuenta que la forma de escritura era la uncial, a veces se hacía complicado debido al sistema de la *scriptio continua* que utilizábamos, ya que, muchas veces, las palabras quedaban divididas entre dos líneas de una columna, lo que haría más difícil la lectura para el que no estuviera acostumbrado.

De todas formas, el conjunto que resultaba era tan bello que no pude resistirme a una tentación que me estuvo rondando durante un tiempo la cabeza: hacerme mi propia copia de la nueva Biblia de Constantino.

Así, teniendo en cuenta mi rapidez a la hora de escribir, fui redactando con esmero una copia en mis tiempos libres. Con ello, conseguí transcribir

mientras el maestro estaba ausente, y cuando no me veía nadie, la Biblia completa tal y como Osio y Constantino la habían modificado. Debido a la gran cantidad de las suaves hojas de vitela hechas con piel de antílope de las que habíamos sido provistos, me permití usarlas, ya que sabía que era casi imposible que nadie echara en falta la cantidad que utilicé.

Unos meses después de que hubiéramos terminado con el encargo de Constantino, tuve mi propia copia, que quiero creer era mucho más perfecta que ninguna de las otras 50 comisionadas por el emperador. Mi esfuerzo tuvo su recompensa. Nunca había visto otro libro tan perfecto.

Por las noches, cuando no me veía nadie en mi habitáculo, me solazaba leyéndola a la luz de una pequeña vela. Independientemente del contenido religioso del libro, que a mí poco me afectaba, lo que me apasionaba era la perfección de la escritura y la belleza del conjunto.

Un día, que volví a media mañana a la pequeña habitación que compartía con Ishto, un escriba venido de Partia con el que tenía una buena amistad, encontré a una esclava mullendo la paja de nuestros jergones y me asusté enormemente. Si hubiera movido un poco más la paja, habría encontrado mi libro.

A la primera oportunidad que tuve tomé mi copia de la Biblia de Constantino y la escondí en otro lugar: entre la paja nueva que se guardaba para el invierno en los establos. Pero aquel sitio tampoco me convencía, por lo que decidí esconderla en la cueva de los sísifos, donde ya había escondido el Crismón sagrado. Allí me dirigí a mediodía. Los guardias sabían que estaba autorizado a salir en busca de materiales y ya no me molestaban nunca al salir.

Una vez que llegué a la sala central de la cueva, me quedé embelesado disfrutando del misterioso ambiente que allí se sentía. La luz que entraba por los pequeños resquicios de las rocas de la bóveda de la cueva formaba pequeños rayos reflejados en el estanque que envolvían al conjunto en un halo casi mágico.

[64] Medida de longitud romana equivalente a 29,62 cm.

[65] Medida de longitud romana equivalente a 44 cm.

40. El fin justifica los medios

En las afueras de Estambul, 21 de julio de 2016.

—Udo, ¿de verdad que no te das cuenta de que te están utilizando?

Emy estaba sentada en el borde de una cama en una especie de buhardilla sin pintar, de color gris ceniza, mientras Udo daba la sensación de haber engullido con su cuerpo una silla que con él encima parecía de juguete. Casi una hora después de haber salido de la excavación habían llegado a un suburbio de Estambul y entrado en una casa grande, antigua y destartalada, que ni siquiera estaba terminada. Su color grisáceo contrastaba con las demás casas que había cerca, todas de ladrillo rojo.

Nada más entrar en la casa, Alfredo había mandado a Udo que la llevara a la habitación de arriba y se quedara con ella.

—No sé qué es lo que te han dicho que estáis haciendo, pero espero que tengas claro que te han engañado.

Esta vez Udo rompió su silencio:

—Nuestro trabajo como soldados de Dios es proteger a la Santa Madre Iglesia.

—Tengo la sensación, y creo que tú sabes de lo que estoy hablando, de que a Alfredo Denese le importa muy poco la Iglesia.

—¡No digas eso! Al Padre Denese sólo le interesa salvaguardar los valores cristianos y no permitir que herejes como los *áureos* destruyan lo que la Iglesia ha tardado dos mil años en construir.

—Y secuestrar a una mujer a punta de pistola, ¿es esa la forma en la que

vais a proteger a la Iglesia? Y matar a tiros a un hombre en un coche y otro a sangre fría, ¿es vuestra forma de salvaguardar los valores cristianos?

Durante unos segundos, el gigantón mantuvo un cierto debate interno, buscando una respuesta coherente, sin encontrarla. Finalmente, con una voz que pretendía sentar cátedra dijo:

—*Cum finis est licitus, etiam media sunt licita*^[66] .

—Muy bonito el latinajo, pero por si no lo sabes el capítulo en el que Maquiavelo usó esa frase se titula «De los que llegaron a ser príncipes cometiendo crímenes» y lo único que pretendía con ella era intentar justificar las atrocidades que los reyes y príncipes de la época cometían para conseguir el poder. ¿Tiene todo esto algo que ver con la doctrina que predicaba Jesucristo?

—¿Tú eres católica?

—Estoy bautizada, pero no soy practicante.

—¿Por qué?

—¿Has pensado alguna vez en la incongruencia y absurdo de los dogmas de fe? ¿Tiene algún sentido lo de la Santísima Trinidad, la resurrección, la ascensión de la virgen, la creación del Universo por Dios... y tantos otros dogmas absurdos?

Héctor continuó explicándoles lo que habían hecho después:

—Para que no nos pudieran detectar, cruzamos a Marruecos y desde allí viajamos hasta Turquía de vuelta. Fui directamente a ver a mi amigo el cónsul para recobrar el código de Lisandro y le pedí que me hiciera un gran favor, que nunca olvidaré. Le rogué que enviara por valija diplomática a su consulado en Israel el código. Al principio, no estuvo para nada de acuerdo en hacerlo, pero después, tengo que reconocerlo, recurriendo un poco al chantaje emocional, por unos favores de juventud que me debía, conseguí que aceptara.

Al día siguiente, salí hacia Israel y pude recoger de la embajada francesa el código de Lisandro. Desde allí mismo pedí un taxi que me llevó al Instituto Wiseman en Rehovot, a menos de 25 minutos del aeropuerto Ben Gurion.

A lo largo de mi vida profesional había tenido relación en múltiples ocasiones con el profesor Lazo Reutters, al que siempre había apreciado. Me unía a él algo más que una relación profesional, que yo quería considerar una amistad. El tiempo demostraría lo contrario.

Me recibió con los brazos abiertos y cuando le presenté el códice de Lisandro dejó lo que estaba haciendo y nos fuimos directamente a su laboratorio. Allí realizamos un proceso similar al que hemos hecho con la Biblia que acabamos de descubrir. Lo sometimos a una humidificación de cerca de un 87%. Los aparatos que Lazo usaba, tenían la ventaja de no necesitar varias horas para humectar algo. En menos de media hora, tiempo que utilizamos para ponernos al día respectivamente, el códice de Lisandro estaba listo para poder empezar a realizar los distintos análisis necesarios para determinar su antigüedad real. En definitiva, el primer análisis, y quizás el más importante, era determinar la presencia del carbono 14 que existía todavía en el pergamino.

El sistema más preciso para poder determinar la presencia de radio carbono 14 en cualquier sustancia o materia orgánica lo realiza el llamado TAMS, o espectrómetro acelerador de masas.

Mientras dejamos que la máquina hiciera su trabajo Lazo, yo no entendía el porqué, empezó a comentarme sus sospechas de que aquel códice no podía ser auténtico, que había muchos pequeños detalles que le hacían pensar que era prácticamente imposible que tuviera la edad que creíamos que tenía, sobre todo por su magnífico estado de conservación.

Yo no quise insistir al respecto, pero no me gustó mucho la actitud derrotista de Lazo, que me hizo sospechar que en sus palabras había algo más que interés puramente profesional.

Como la máquina iba a tardar todavía un par de horas en dar los resultados definitivos, le dije que me iba a acercarme a un centro comercial que había visto al venir muy cerca de allí, para comprar algo de ropa y que estaría de vuelta en un par de horas.

Nada más decírselo, me contestó mientras salía por la puerta sonriendo:

—Me parece muy buena idea, Héctor. Nos vemos dentro de un par de horas.

Cuando salió por la puerta, tuve una sensación extraña. Me había dado cuenta de que por la extraña forma de construcción del edificio no había terrazas individuales para cada una de las habitaciones, sino que había una especie de terraza corrida alrededor del edificio. Sin pensarlo mucho, salí a la terraza y empecé a andar alrededor del edificio hasta que llegué a una sala que parecía una sala de reunión con las ventanas entreabiertas y las cortinas de lamas medio cerradas. Pero afinando el oído pude escuchar la voz de Lazo que hablaba con alguien. Con mucho cuidado levanté una de las lamas de la persiana y pude ver que en el otro lado de la habitación estaba de pie Lazo dando la espalda a la ventana hablando con un hombre que me pareció conocido. Enseguida me di cuenta de qué le conocía: había coincidido con él en un par de ocasiones en congresos. Era Simon Ben Samoun, el director del Departamento de Arqueología de la Universidad Bar Ilan de Tel Aviv. Lazo le estaba diciendo:

—Estoy casi seguro que el código que ha traído Deverís es auténtico. Por lo poco que he podido leer puede tener poder suficiente para cambiar la historia del cristianismo y convertirse en un revulsivo religioso de consecuencias imprevisibles.

Ben Samoun le contestó:

—Si es como dices, el manuscrito tiene que quedarse en Israel. No podemos permitirnos que un documento de esa índole se haga público y pueda perjudicar, e incluso, llegar a poner en peligro al cristianismo, que tan unido a nuestra fe está. Simplemente dile al arqueólogo que necesitamos hacer más estudios y que el código tendrá que quedarse durante unos cuantos días.

Nada más oír aquello volví a toda velocidad al laboratorio. Paré el TAMS, saqué el código y lo sustituí por otro que encontré en una de las vitrinas que había en el mismo laboratorio. Puse la máquina en funcionamiento y bajé a la recepción del instituto, donde para no levantar sospechas pedí un taxi. Una vez que éste llegó, me fui directamente al aeropuerto y tuve la grandísima suerte de que hubiera dos plazas libres en el vuelo a Estambul que salía una hora y media después. Tengo que reconocer que aquella ha sido la hora y media más larga de mi vida. Esperaba que en cualquier momento aparecieran oficiales israelíes y me llevaran detenido. Pero no fue así,

finalmente embarqué y conseguí volver a Estambul donde me recogisteis.

Una vez que Héctor padre y Fidel hubieron puesto al día a todos los demás, decidieron ir a descansar unas horas, porque les esperaba un día largo y complicado.

De madrugada, justamente unos minutos antes del amanecer, Héctor y Fidel ya estaban levantados e, incluso, antes de preparar el primer café del día, los dos se acercaron al humidificador para ver en qué estado se encontraba el amasijo de cuero que habían metido en el la noche anterior. Héctor, observando por el cristal, dijo mientras abría la portezuela acristalada del aparato:

—Ya se puede sacar.

Lo sacó con cuidado, motivado sin duda más por la emoción del momento que por la necesidad real de tenerlo, ya que el delicado cuero que hacía de envoltorio había adquirido una cierta tersura que se notaba claramente al tacto.

Llevaron el paquete hasta la mesa de trabajo y justo cuando iban a empezar a desdoblar las capas de piel, oyeron varios «buenos días» ligeramente espaciados. Todos se habían levantado y observaban, adormilados pero expectantes desde atrás, las manipulaciones por parte de Héctor del paquete.

Este empezó a desdoblarlo poco a poco y, aunque se oían todavía leves crujidos de la piel, pudo irla separando en grandes trozos, que se iban rompiendo inevitablemente por los bordes o dobleces, hasta que llegaron a quitarla por completo. Lo que quedaba era un amasijo de lo que en otro tiempo había sido una especie de esparto que rodeaba lo que parecía ser una tabla cuadrada de unos 40 centímetros de alto por unos 35 centímetros de ancho, de un grosor de unos 10-12 centímetros.

Cuando dejaron al descubierto lo que el protegido conjunto contenía, tanto los ojos de Héctor como los de Fidel empezaron a brillar como si estuvieran a punto de derramar alguna lágrima. Ante ellos se presentaba un libro grande al estilo de un atlas, pero apaisado, con unas cubiertas de lo que parecía era cuero muy oscurecido por el paso del tiempo. Pero quizá lo mejor era el

estado de conservación. Si como imaginaban tenía la misma antigüedad del códice de Lisandro, fácilmente podría haber sido escrito hacía unos 1700 años. Lógicamente quedaría una ingente labor de comprobación y verificación por toda clase de métodos de la datación cronológica tanto del códice de Lisandro como de éste que acababan de descubrir.

Al abrirlo, el documento más extraordinario que ningún paleógrafo pudiera haberse imaginado se abrió ante sus ojos. Cada una de las grandes páginas era ligeramente más ancha que alta, al estilo de los libros de contabilidad clásicos, pero un poco más grandes.

Las hojas parecían estar hechas de alguna piel de animal joven que debía de haber sido tratada con algún producto para conseguir la perfección, calidad y finura que tenían. Cada una de las páginas estaba redactada en cinco columnas prácticamente justificadas de pequeña letra uncial latina que había sido escrita en el pergamino siguiendo el estilo de la *scriptio continua*. Dentro de la dificultad de lectura que este tipo de escritura presentaba, la letra era cuasi perfecta y estaba claro que el escriba que la hubiera realizado había hecho un esfuerzo por conseguir esa casi perfección. Héctor hijo intervino:

—¿Os habéis dado cuenta del título? *Liber Librorum*, «El libro de los libros».

Tras pasar varias páginas del volumen, Fidel y Héctor se miraron. Acababan de leer los títulos de un par de los primeros capítulos que contenía. Fidel dijo en voz alta:

—Efectivamente, pero es que además tu padre y yo acabamos de leer los títulos de varios de los dos primeros capítulos: el Evangelio según San Mateo y el segundo es el Evangelio según San Marcos.

Mirando a Héctor padre, muy lentamente Fidel explicó:

—O mucho me equivoco o nos encontramos ante uno de los libros más buscados a lo largo de la historia de la cristiandad. Cuando Constantino dejó claro en el Concilio de Nicea cuáles eran los nuevos cánones por los que se iba a gobernar la Iglesia, quiso dejarlos establecidos en la forma de un código, que regulara todo lo relativo a los fundamentos de la Iglesia, por lo que encargó la redacción de 50 biblias que contuvieran el cuerpo doctrinal del cristianismo a partir de aquella fecha, de acuerdo con el contenido que él

diseñó con fines únicamente políticos. A esa biblia la llamaron «El libro de los libros».

A Emy no le permitían salir de la habitación para nada que no fuera ir un cuarto de baño un tanto cutre y que en contra de lo que suele pasar en todas las películas tenía un ventanuco tan pequeño que hacía imposible ni siquiera pensar en cualquier intento de escaparse de allí.

En contra de la sensación que habitualmente se tiene de que un hombre grande y pesado es poco hablador, a Udo le encantaba hablar, por lo que tuvieron tiempo durante toda la tarde para mantener largas conversaciones sobre distintos temas.

Emy sonreía para sí misma pensando en la ternura que le producía el gigantón que con dificultad se sentaba en la silla enfrente de ella. Todo lo que tenía de grande lo tenía de inocente.

Según iban avanzando en su conversación, Emy se iba dando cuenta cómo las convicciones de Udo se iban tambaleando a medida que ella iba razonando lógica y científicamente, el absurdo de los dogmas y fundamentos de la Iglesia católica.

Pareció molestar a Udo en especial todo lo relativo al desmontaje que Emy hizo de la supuesta existencia de los *Milites Dei*. Cada vez era más evidente, por cómo se estaban desarrollando los hechos, que se trataba de una ficción creada, por y para ser creída por los inocentes como Udo, que iban a realizar el trabajo sucio, que en nada tenía que ver con los intereses de la Iglesia. El grupo de personas creadores del mito, a la cabeza de las cuales probablemente estaba Alfredo Denese, parecía claro que lo único que pretendían era utilizar ese imaginario título de «soldados de Dios» para, representando falsamente a la Iglesia, disponer de la fuerza material y la supuesta autoridad moral, para hacerse con cualquier tesoro u objeto de valor de carácter religioso, que pudiera ser convertido rápidamente en efectivo metálico.

El dinero tenía todos los visos de que en ningún caso revertiría a la Iglesia

sino que iría a enriquecer los bolsillos de los creadores del mito de los *Milites Dei*.

Habían tenido la habilidad suficiente y dado la publicidad necesaria para ser detectados como una célula ultraconservadora del Vaticano a los ojos de quienes los observaban de cerca como, por ejemplo, los *áureos*.

Después de la noche un tanto incómoda, a la mañana siguiente tras un desayuno casi carcelario, Emy se dio cuenta como Udo se movía nervioso por la habitación y le preguntó:

—Udo, ¿qué te pasa? Te veo intranquilo.

—Sí, lo estoy. He estado prácticamente toda la noche sin dormir, pensando en lo que estuvimos hablando ayer por la tarde. Para serte sincero, muchas de las cosas que tú planteaste yo ya las había pensado antes, pero siempre que me venían a la cabeza esas dudas recurría al mecanismo de la fe ciega, que aunque como tú bien dices es absurdo, siempre era una vía de último escape. Lo que más me molesta es que está claro que me he dejado manipular completamente por Alfredo. Y tengo que reconocer que yo también llevaba tiempo convencido de que lo que realmente busca es, como tú dices, el enriquecimiento personal y no le interesa en absoluto la defensa de los intereses de la Iglesia.

[66] «Cuando el fin es lícito, también los medios son lícitos.» El fin justifica los medios.

41. Mensaje oculto

Nicaea 331 d. C.

Durante no sé cuánto tiempo estuve sentado en la cueva, casi hipnotizado hasta que vi un rayo de luz de cierta intensidad que iluminaba una parte de la cueva al que me acerqué. Justamente el lugar donde incidía el rayo de luz decidí que podría ser un buen escondite. No sabía si sería muy dura o no, pero para mi sorpresa resultó ser una roca que se deshacía con los golpes no demasiado fuertes que le di con una piedra afilada.

Sabiendo el tipo de herramienta que me haría falta regresé a la ciudad y una semana después pude volver a la cueva con un pequeño *ligo*^[67] con el que conseguí hacer una cavidad que consideré lo suficientemente grande como para poder esconder mi tesoro.

Pero para poder conservarlo mejor y protegerlo de la humedad, pensé en colocarlo entre dos láminas gruesas de un mármol basto del que había abundancia en las muchas laderas cercanas al lago. Luego sellaría las juntas de las placas de alguna manera para que se pudiera preservar mi libro, sin estropearse con el paso del tiempo.

Pero antes de esconder mi biblia, la noche anterior, mientras estaba tumbado en mi jergón sin poder dormir, pensando en lo incierto de mi futuro, se me ocurrió dejar en la última de sus páginas, la que está en la parte interior de lo que llamamos la contraportada, un mensaje oculto para quien la encontrara. No sé por qué extraña intuición estaba convencido de que si yo no podía conseguir la libertad para disfrutarla, en el futuro los hados del destino

elegirían bien a quien la encontrara, que sin duda sabría apreciar su belleza y perfección. Y, además, como premio iba a encontrar la joya más maravillosa de la historia del Imperio romano.

Fue entonces cuando me acordé de los escritos de Plinio el Viejo, que había copiado en un par de ocasiones al principio de mi carrera de escriba. En ellos explicaba Plinio la cualidad de una planta que abundaba por doquier llamada *tithymallus*, cuya leche se podía utilizar para escribir mensajes ocultos para el que supiera verlos. Y así fue como después de dejar unas indicaciones, ocultas a primera vista, que sabía serían muy celebradas por el que las leyera, dejé preparada mi biblia para meterla en su escondite hasta que yo pudiera rescatarla. En caso de mi muerte antes de conseguirlo, confiaba que los dioses harían que la encontrara alguien que lo mereciera.

Cada vez que el maestro de escribas se marchaba de viaje a alguna otra ciudad donde organizaba la prestación de los servicios de mis compañeros de trabajo, yo aprovechaba la oportunidad para, con la excusa de ir a buscar papiro, ir hasta la cueva de los sísifos.

Cada vez que iba llevaba algo para preparar mejor el escondite de mi biblia y así en varios viajes conseguí llevar dos lajas de mármol que previamente había trabajado para dejarlas casi lisas y la suficiente resina y cal como para poder construir un espacio completamente *extanco*^[68] dentro de los tableros de mármol.

Cuando tuve todo lo necesario llevé mi maravillosa biblia envuelta primero en piel de antílope que embadurné con un aceite de palma que usábamos como repelente de la humedad, atando después el paquete con fibra de cáñamo. Una vez colocada la primera tableta de mármol, dispuse del paquete envuelto en el centro de la misma y construí una primera protección de sílice a su alrededor. Dejando una pequeña cámara de aire, construí la segunda. Después coloqué la otra placa de mármol encima, cerrando después todos los resquicios entre las dos losetas de mármol con una abundante capa de resina y cal que en muy poco tiempo estaba dura como la misma piedra.

Una vez hecho todo esto, lo metí en la cavidad casi perfecta que había construido en la pared de la cueva, como a dos pies del suelo. Lo tapé, dejando la pared de la roca prácticamente del mismo color del entorno. Se

necesitaría la luz de varias antorchas para distinguir la diferencia de color. Quien quisiera descubrirlo necesitaría ver, como yo vi, el rayo de luz.

Mi pequeña felicidad no iba a durar mucho. Para mi desgracia las cosas en palacio empezaron a cambiar. Si bien había tenido la suerte de dejar de ver a Eusebio, el lúbrico obispo cristiano, ya que como he contado, cayó en desgracia durante el Concilio de Nicea al ser defensor de la causa Arriana, por lo que fue condenado por Constantino al exilio de por vida, apareció de repente un nuevo obispo para ocupar su puesto en Nicea al que por alguna razón gusté especialmente.

[67] Azada pequeña.

[68] Cerrado al paso de fluidos.

42. Carbono 14

Iznik. Excavación de Deverís, 21 de julio de 2016.

Después del largo examen al que Héctor padre y Fidel sometieron al «Libro de los libros», salieron de la tienda, según ellos, a tomar un poco el aire.

Mark y Héctor hijo se habían quedado delante de la mesa y empezaron a pasar con manos enguantadas y mucho cuidado las hojas de vitela que tan bien se habían conservado durante cerca de diez y siete siglos. Tras examinar casi todo el volumen, cuando ya estaban en la última hoja y a punto de cerrarlo, Mark se dio cuenta de algo que le pareció extraño y dijo:

—No cierres el libro, Héctor.

Ante la curiosidad de la mirada de Héctor, Mark se acercó más al libro y pasó la mano por la última hoja que cerraba el volumen como examinando la rugosidad de la misma. Mientras miraba con el ceño fruncido, siguió pasando las yemas de sus dedos por encima de la hoja sin inscripción alguna y dijo:

—Es extraño. ¿No ves que hay como una decoloración en parte de la página? Es como si hubiera estado humedecida en esa parte.

—Habría absorbido humedad. ¿No te esperarás que después de 1700 años esté intacta?

Mark cerró la cubierta del volumen que examinó con cuidado y contestó:

—No, pero en ese caso la humedad se notaría también en la cubierta de contraportada, ¿no?

—Entonces, ¿qué crees que puede ser?

—La razón de extrañarme es porque me ha recordado algo. Creo que ya os he contado o, por lo menos, estoy seguro de que a Emy sí se lo dije: cuando era un crío me aficioné a jugar a los espías con mi tío Fidel, enviándonos mensajes cifrados, ocultos. Me acuerdo que la primera vez que se me ocurrió enviarle un mensaje oculto lo hice con jugo de limón, pero al secarse el problema fue que se generó una mancha en la hoja muy similar a la que tiene esta.

—¿Y, entonces, tú crees que aquí puede que haya◆?

—Bueno, lo que podemos hacer es intentar comprobarlo. El libro no sufrirá nada por someter a la última página en la que no hay nada escrito a un poco de calor. Es simple, pero suele ser el método habitual para hacer aparecer los mensajes escritos. Era un método para comunicar mensajes que se usaba ya desde antiguo. El mismo Plinio utilizó en varias ocasiones la leche que brotaba de una planta para enviar mensajes ocultos a Vespasiano.

—Venga, pues hagámoslo antes de que vuelvan mi padre y tu tío.

Mark tomó del estante de una de las mesas una lámpara de infrarrojos y con mucho cuidado la acercó a la decoloración de la página. Los dos tenían cierto reparo ante cualquier daño que pudieran hacerle al códice por lo que actuaban de forma extremadamente cuidadosa, pero al no ver resultados, Mark perdió la paciencia y acercó un poco más la lámpara al papel y después de unos segundos empezó a aparecer algo que parecía el extremo de una letra.

Los dos se miraron entre sí. Héctor tuvo durante unos segundos la boca abierta, más que nada porque no acababa de creerse el descubrimiento. Finalmente, admitió:

—Tenías razón, Mark. Parece que ahí hay algo escrito. Venga, sigue sometiéndolo al calor.

Ya con la certeza de la existencia de un texto escrito que había permanecido oculto tantos siglos, Mark acercó a unos cinco centímetros de la página la lámpara de infrarrojos y después de ir pasándola por toda ella, con lentitud durante unos minutos, poco a poco fueron delineándose palabras.

En poco más de diez minutos tenían un mensaje al descubierto escrito en una tinta que había adquirido un color parduzco como consecuencia del paso de los años y de la oxidación del líquido con el cual había sido escrita. El

mensaje que quedó al descubierto no era más que un conjunto de letras sin sentido que observaron durante unos segundos, hasta que Mark dijo:

—Dame un papel y lápiz. Creo que nuestro escriba ha dejado el mensaje cifrado con el código de Cicerón. Es muy simple, sólo hay que sustituir cada letra que aparezca en el mensaje con la letra que está tres lugares más adelante en el alfabeto romano de la época.

Después de transcribir durante unos minutos, Mark leyó el mensaje oculto:

«Como en el aornos de Diodoro
quien tenga merecimientos encontrará
sin duda el más grande tesoro».

—Vale, ¿y ahora qué? —dijo Héctor.

Mark, nada más leer el mensaje, había empezado a surfear con el móvil. Después de unos segundos, se lo mostró a Héctor, diciendo:

—Mira, «*aornos*», viene del griego y significa «sin pájaros» y de ahí se originó la palabra *averno*. Se supone que el averno era un lago que ocupaba un cráter volcánico por encima del cual no volaban los pájaros, porque habían aprendido que si lo hacían, morían por los gases del azufre y por eso se ha identificado en la mitología popular con el infierno.

Los dos se miraron y Héctor fue el que primero se levantó, diciendo:

—Un lago... Espera un momento. Creo que había dejado por algún sitio mi equipo de buceo. La botella no estará cargada, pero por lo menos pillaré las gafas, una cuerda y una linterna sumergible.

Cinco minutos después, los dos jóvenes habían vuelto a la cueva y linternas en mano se dirigieron a la zona de la caverna donde estaba la pequeña laguna, cuyas aguas, por el efecto de falta de luz, tan negras y oscuras se veían desde lejos. Sin embargo, cuando llegaron a su orilla y alumbraron con sus potentes linternas, el agua pareció tornarse a una mezcla de color verde azulado, pero cuasi transparente que hacía desaparecer completamente la sensación de negritud, que ver el lago en la lejanía provocaba.

—¿Quieres que me meta yo? —dijo Mark.

—Creo que será preferible que lo haga yo, que tengo bastante costumbre. En definitiva, soy buceador aficionado. Anda, ata la cuerda a esa roca, que yo me llevo la otra punta hacia abajo.

Mientras hablaba, Héctor se había despojado de su ropa y sentado en el borde. Empujándose hacia el centro de la laguna con los brazos apoyados en el borde, se dejó caer al agua.

Udo accionó el interruptor de su *walkie*, tras oír el típico ruido estático de conexión.

—Udo, baja a la chica.

Cuando estuvieron todos delante de la casa, Alfredo dio las últimas instrucciones antes de salir en dirección hacia la excavación

—Udo, sube a la parte de atrás. Tu responsabilidad es fácil, solamente tienes que estar siempre pendiente de la chica y de no soltarla hasta que yo te lo diga. ¿Lo tienes claro? Confío plenamente en ti.

Udo se limitó a asentir con su gran cabeza, mientras abría la puerta y ayudaba a Emy a entrar en la parte de atrás del todoterreno. Una vez que hubieron subido y cerrado las puertas, Alfredo se dirigió a los otros que ya estaban montados en las motos.

—Y, vosotros, en el momento que entremos en la cueva, que es donde me imagino que estarán todos cuando lleguemos, lo primero que vais a hacer es separar el grupo y tomar como rehenes al sacerdote, al viejo y a su hijo. Udo se quedará en la entrada de la cueva con la chica. Hasta que yo no tenga el código en mis manos no dejéis de apuntar y, si alguien se mueve, podéis disparar.

Enzo le preguntó:

—Alfredo, ¿no vamos demasiado pronto? Son sólo las 17:15 y en diez minutos estaremos allí. Se supone que nos íbamos a ver a las 18:00, ¿no?

Sí, pero es preferible llegar antes para pillarles por sorpresa. No se lo esperarán.

Los dos hombres se habían alejado un par de cientos de metros de la

tienda donde habían dejado a los jóvenes. Caminaron en silencio durante un par de minutos, cada uno reflexionando sobre los acontecimientos de los últimos días y las imprevisibles consecuencias que podían tener. Fue Fidel el primero en hablar:

—Ahora lo más importante es recuperar a tu hija. Si tenemos que darle el código a ese descerebrado, se lo damos y en paz.

—Por supuesto, por supuesto. Todo lo demás es secundario y esta tarde se lo damos y que haga con él lo que quiera, pero que nos devuelva a Emy sana y salva. De todas maneras, el gusanillo académico quedará a salvo, porque tengo el texto completo en fotografía y, además, tenemos el maravilloso nuevo códice que contiene la Biblia de Constantino.

—¿Qué crees que quiere hacer Alfredo con el códice de Lisandro?

—No sé qué es lo que va a hacer, pero estoy casi seguro de que lo único que pretende es convertirlo en millones, vendiéndoselo al mejor postor. Estoy convencido de que ni siquiera va tener en cuenta a quienes le han financiado y también los va a traicionar.

—Entonces, Héctor, ¿estás convencido de que son totalmente auténticos? Si lo son, y llegaran a difundirse, podrían llegar a representar un golpe terrible para la Iglesia.

—Amigo mío, es muy pronto para hablar de autenticidad. Tanto quien tenga el códice de Lisandro como nosotros con «El libro de los libros» vamos a tener que pasar por toda una batería de pruebas de verificación hasta que podamos determinar si realmente son documentos auténticos o simplemente una falsificación muy hábil.

—¿De verdad crees que tiene sentido que alguien se haya entretenido en falsificar toda una biblia de la forma que esta está hecha, escrita en letra uncial en perfecta *scriptio continua*? Y, además, si fuera una falsificación, ¿cómo iba a haber sabido el falsificador que alguien iba a encontrar los códices donde estaban escondidos? Por lo que tú me contaste, encontraste el códice de Lisandro por pura casualidad.

—Sí, sí, la verdad es que tienes bastante razón y no tiene mucho sentido que sea una falsificación. Aun así ahora tenemos que conseguir encontrar la forma de realizar todos los análisis que sean necesarios sin despertar

sospechas y que nadie se entere el asunto. Antes o después está claro que se hará público el descubrimiento, pero para entonces, al menos, nosotros tenemos que haber hecho todo el trabajo de verificación y autenticación. Piensa que todos los movimientos conservadores de la Iglesia, prácticamente del mundo, se nos van a echar encima acusándonos de haber creado o falsificado los códices. Nuestros exámenes tienen que ser tan sólidos que no admitan prueba en contrario. No hay que ser un lince para darse cuenta de que, incluso desde un punto de vista político, puede que no fuera interesante que el descubrimiento viera la luz.

—La prueba que utilizáis principalmente es la de la datación del códice por el método del carbono 14, ¿no? Siempre he oído hablar de ella, pero no sé cómo funciona exactamente.

—Realmente es el método que determina con una fiabilidad casi absoluta la edad aproximada de cualquier elemento que tenga composición orgánica. Como tú sabes, o, mejor dicho, como tú probablemente no sepas, el átomo de carbono 12, o carbono normal, tiene en su estructura atómica seis protones, seis neutrones y seis electrones, mientras que el isótopo o carbono 14 tiene seis protones, ocho neutrones y seis electrones. Ésos dos neutrones marcan toda la diferencia. Por el proceso de la fotosíntesis, las plantas y los árboles absorben el dióxido de carbono creado en la atmósfera, que precisamente incluye el carbono 14. Después, los animales lo ingieren de las plantas. A la muerte de un organismo vivo ya no se pueden incorporar nuevos átomos de carbono 14 y, por eso, la concentración del isótopo va reduciéndose conforme va pasando el tiempo. Se ha comprobado en numerosas ocasiones que la cantidad de isótopo presente en un ser vivo a partir del momento de su muerte se reduce a la mitad en 5730 años, lo cual nos permite calcular la edad de cualquier sustancia de carácter orgánico midiendo la cantidad de carbono 14 que quede en la misma.

En ese momento oyeron cómo se acercaban a la excavación varios vehículos. Héctor, extrañado, miró su reloj y luego a Fidel, que mirando hacia el acceso a la excavación dijo:

—Alfredo quiere pillarnos por sorpresa para evitar que nos organicemos y podamos tenderle algún tipo de emboscada.

43. Videte sub terra

Año 331 d. C. Nicaea.

En varias ocasiones Priscilo, que así se llamaba el nuevo obispo que había sustituido a Eusebio, vino a verme al *scriptorium* y tomó la costumbre de posar su mano sobre mi hombro mientras examinaba mi trabajo. Era una mano delgada con dedos y uñas largas a cuyo contacto mi cuerpo parecía sentir una repulsión que no podía evitar, haciendo que me recorriera el cuerpo como una ola de frío. Antes de marcharse, mientras me daba palmaditas en el hombro, siempre me decía:

—Buen trabajo, Lisandro, buen trabajo, Dios te lo premiará un día.

Y efectivamente, pocos días después, tras decirme que aunque Dios premiaría mi trabajo en la otra vida, él había decidido que me iba a premiar en ésta, porque mi dedicación y trabajo al servicio del señor y a extender su palabra lo merecía.

Me acuerdo de mi contestación, muy poco sumisa y cortés como se esperaba de un esclavo:

—Obispo Priscilo, mi trabajo consiste únicamente o bien en tomar notas para después transcribir lo que haya oído o en escribir lo que se me dice que copie, independientemente de que sea un texto religioso o el *Ars amandi*^[69] de Ovidio. El contenido me es indiferente.

Intentaba serle desagradable de alguna manera para que abandonara aquella fijación que estaba tomando por mí, que yo sabía sólo tenía visos de terminar de una manera, que yo quería evitar a toda costa.

Pero todo fue inútil. La verdad es que llegue a preguntarme si todos los obispos cristianos compartían esa pasión por los muchachos jóvenes, porque de mi experiencia, al menos, parecía deducirse eso. Tenía que indagar si formaba parte connatural de las enseñanzas religiosas que habían recibido, o que simplemente yo había tenido mala suerte.

Priscilo, a pesar de mi rechazo, me dijo que había llegado el momento de premiar mi dedicación al señor: iba a tener una habitación para mí solo, eso sí, contigua a la suya.

Como no estaba dispuesto a pasar por lo que parecía inevitable, tracé un plan en mi mente y lo puse en marcha inmediatamente.

Tras agradecerle con el servilismo y sumisión que de un esclavo se esperaba ese trato especial, que suponía el poder tener una habitación propia, lo primero que hice fue pedirle no tener que trasladarme a mi nuevo cuarto hasta que hubiera pasado la *Saturnalia*^[70] .

Al día siguiente fui a hablar con un esclavo también griego a quien había ayudado en ocasiones. Era un ayudante de ceramista y le pedí que me construyera una vasija con una forma muy especial. Me dijo que no era fácil, pero que intentaría hacerlo cuando estuviera solo.

Un par de días después me la enseñó: era achatada y fea, pero podría contener perfectamente el código de mi vida, que podría introducir por una boca enorme que le había hecho.

Antes de meter el código, usando uno de los trucos que había aprendido en mi juventud de los alumnos de la escuela de Tiro, el secretario de Cicerón, dejé un mensaje oculto, como acróstico, en las letras de las primeras líneas de un párrafo de la última página: *Videte sub terra*.

A primera hora de la mañana siguiente solicité al maestro de escribas que me permitiera ir a buscar de nuevo papiro y cañas para los cálamos a la orilla del lago Ascanio. Lo que hice en realidad fue llevarme el código que contenía todas las experiencias de mi vida y que había escrito con tanto cariño. Encuadernado lo mejor que pude, lo metí con cierto esfuerzo en la vasija que Antinoo me había hecho. En una de las laderas cercanas a la cueva encontré unas lascas de mármol basto que servirían para aislar en parte la humedad.

Una vez en la cueva, empecé a cavar a un *cubitus*^[71] por encima de donde había escondido mi preciosa biblia, el espacio necesario para colocar las lascas de mármol y entre ellas la vasija que estaba esmaltada y perfectamente taponada con resina y cal, para conseguir su estanqueidad. Rellené perfectamente todos los huecos entre vasija y placas con arenisca y con piedrecillas pequeñas que actuarían como drenaje en caso de entrada de agua y lo cerré lo mejor que pude con agua, resina y un poco de cal que mezclé con el polvo de la misma arenisca que había sacado de la pared.

A medida que caminaba hacia el túnel de salida, iba mirando hacia atrás con pena porque tenía el presentimiento de que no volvería a ver mis pequeños tesoros. La pesadumbre de lo incierto se cernía sobre mi espíritu, pensando en que tenía que volver a Iznik donde Priscilo tenía tanto interés en tenerme cerca.

[69] Poema de consejos amorosos que se consideraba contrario a la moral.

[70] Fiestas en honor a Saturno durante las que los esclavos podían hacer lo que quisieran.

[71] Medida de longitud equivalente a unos 40 cm.

44. El estanque

Mar de Mármaris, 22 de julio de 2016.

Ilic no estaba satisfecho con el retraso que llevaban. Tuvieron que hacer un trayecto de más de cuatro horas desde el aeropuerto de Estambul hasta el mar de Mármaris. Cuando llegaron al lugar cuyas coordenadas GPS le habían enviado al móvil, allí no había nadie.

Intentó contactar por teléfono sin éxito y empezó a ponerse nervioso cuando vio como pasaba el tiempo sin poder hacer nada. Finalmente, cuando ya creía que su misión iba a ser un fracaso y estaba decidido a ir a la excavación, aunque fuera sin armas, empezó a acercarse al ruinoso muelle que había en la playa un viejo barco de pesca, que parecía estar satisfecho con su ritmo de 6 u 8 nudos.

Atracó dejando el motor en marcha y un barbudo mal encarado antes de bajar del barco preguntó casi gritando:

—¿Quién es Ilic?

—Soy yo —dijo el sacerdote, mientras se acercaba al barco. Por su aspecto, tanto él como cualquiera de los soldados que le acompañaban, podía haber pasado perfectamente por un campesino o trabajador turco.

—Arslan me ha pedido que te salude en su nombre. Nos ha ordenado que os entreguemos estas dos cajas.

Bajaron dos cajones de madera no demasiado grandes y cuando las hubieron descargado, Ilic les dio la mano a los dos mientras les decía:

—Dile, por favor, a Arslan que mi corazón está con él y que rezo por él en

mis oraciones.

Minutos después el lento barco de pesca volvía sobre sus pasos dejando una estela de humo negro. En las cajas había de todo lo que les hacía falta, incluso un juego de emisora y receptores de radio.

Inmediatamente se montaron en los todoterrenos y salieron con dirección a Iznik a toda velocidad.

Cuando estaban aproximadamente unos diez kilómetros de su destino se encontraron con un control de la policía turca que les dio el alto. Ilic sabía perfectamente que si registraban los coches serían todos detenidos y llevados sin contemplaciones a cualquier cárcel turca cercana, por lo que miró durante un segundo al cielo como pidiendo disculpas y ordenó sus hombres, que cuando se bajaran de los coches, sin decir una sola palabra, redujeran a la policía turca y la inmovilizaran completamente sin hacerles daño.

Así lo hicieron, y les ataron concienzudamente para que durante al menos unas cuantas horas no pudieran moverse de allí, inutilizando teléfonos, radios y su coche, que uno de los soldados escondió entre la vegetación rajando después las cuatro ruedas.

De nuevo en camino, Ilic dijo a su conductor:

—Cuando hayamos terminado, que no se nos olvide mandar un mensaje a través de alguien a la policía para que vayan a liberar a sus compañeros.

Ya eran las 17:05 y estaban todavía a unos 15 kilómetros de la excavación.

Mark estaba en cuclillas en el borde del pequeño lago, mientras sostenía la cuerda a la que Héctor se había atado cuando se dejó caer al agua. Cuando pasaron unos segundos y el agua empezó a asentarse otra vez, se podía ver con bastante claridad la silueta de Héctor. Mark pudo verle buceando por todo el perímetro de la laguna que no era demasiado grande. En realidad, el estanque tendría unos seis metros de largo por unos tres metros más o menos de ancho, por lo que en recorrer su contorno buceando Héctor no tardó más de 15 o 20 segundos. Al subir de nuevo a la superficie para respirar, mientras tomaba bocanadas de aire fresco, de forma entrecortada dijo:

—No se ve nada por los lados y las paredes son prácticamente lisas. En el centro sin embargo parece que hay como una especie de montículo de piedras.

Héctor volvió a sumergirse y fue directo al montículo de piedras que había en el centro de la laguna y empezó a mover piedras, retirándolas hacia atrás. Enseguida volvió a subir porque le faltaba el aire. Con la respiración de nuevo entrecortada explicó a Mark:

—Creo que las piedras tapan algo pero tengo que quitar todavía unas cuantas.

Un poco menos de un minuto después y tras haber quitado todas las piedras, consiguió agarrar lo que desde arriba parecía tener la forma de una vasija grande.

Cuando salió del agua se la pasó a Mark diciendo:

—Esto es lo que estaba debajo de las piedras

Mark lo tomó con una mano mientras con la otra ayudó a Héctor para salir de la laguna. Puestos los dos de rodillas en el mismo borde del agua examinaron con sus linternas el objeto. Héctor empezó con sus dedos a quitar la sustancia exterior.

—Tiene capas y capas de microalgas y barro.

Después de un par de minutos limpiándolo con el agua de la laguna empezaron a dejar al descubierto la verdadera forma del objeto: era una vasija bastante similar a la que había contenido la Biblia de Constantino. Completamente esmaltada también, estaba lacrada de la misma manera con un cuello todavía más ancho que la otra. Cuando la tuvieron un poco más limpia, Mark le dijo a Héctor:

—Vámonos a la tienda. Te secas y la podremos examinar detenidamente.

Ya en la tienda, Mark escuchó motores acercándose y gritó a Héctor que se estaba vistiendo:

—Creo que estos cabrones han venido antes de tiempo para pillarnos desprevenidos. Hay que esconder la Biblia y la vasija del lago. Corre, yo me quedo en la puerta para controlar.

Poniéndose las deportivas a toda velocidad, Héctor le contestó:

—No te preocupes, tengo un escondite perfecto para cada una. Quédate en la puerta y me avisas si vienen.

Héctor fue corriendo hasta la librería que estaba en una de las esquinas y abrió el armario de la parte de abajo, sacando a toda velocidad los objetos que soportaban las baldas de madera, que puso en el suelo. Quitó un clip en una de las esquinas y salió la tabla de fondo detrás de la cual se veía una caja fuerte. En ella era donde solían meter todos los objetos de gran valor de la excavación. Después de meter en sendas bolsas de plástico a toda velocidad tanto la Biblia como la vasija sacada del lago todavía mojada, las metió y cerró la caja fuerte, colocando de nuevo los objetos en la librería.

Mark tenía entreabierta la puerta y precisamente en ese momento pudieron ver cómo llegaban a toda velocidad levantando una gran polvareda el todoterreno y las dos motocicletas de Alfredo y sus hombres. No se pararon a la entrada de la excavación, sino que continuaron hasta la misma tienda por la que se accedía al túnel.

Héctor cogió el códice de Lisandro que estaba sobre la mesa con cuidado, metiéndolo en una caja de madera para transportarlo con seguridad.

Mark estaba viendo cómo nada más bajar del coche todos los recién llegados con Emy y el gigantón a la cabeza se metieron directamente en la tienda para entrar en el túnel que llevaba a la cueva. Ni siquiera los gritos de Héctor que venía corriendo a unos 100 metros hicieron que se pararan.

Un tanto desesperado por todos los contratiempos que habían tenido que pasar, finalmente Ilic llegó hasta muy cerca de la excavación de Deverís cuando vio a un tipo que le hacía señas. Era Hamil.

Éste le explicó la situación y cómo entrar en la cueva por el lado opuesto. También le explicó cómo en el exterior, por encima de la bóveda de la cueva a esa hora en la que todavía había luz solar, había algunos orificios por los que se podía tener un buen ángulo de visión de lo que estaba pasando abajo en la cueva.

Ilic mandó a dos de sus mejores hombres que buscaran puntos desde la bóveda de la cueva, desde los que poder disparar si fuera necesario, y él con Hamil y el resto se encaminaron a la otra entrada del túnel para llegar a la

cueva.

Mientras los *Milites Dei* avanzaban por el túnel, los que estaban fuera empezaron a correr hacia la tienda por la que se entraba de la cueva: Héctor y Fidel que venían de la otra punta de la excavación y Mark y Héctor desde la tienda de trabajo.

Ya dentro de la galería, a medida que iban entrando a la sala central de la cueva, ahora iluminada por cerca de una docena de linternas colocadas en el suelo, cada uno parecía haber sido asignado a un soldado, que con violencia le iba empujando con su pistola hasta el centro de la gran sala. A Héctor padre le tomó por el brazo Enzo, el capitán de la guardia suiza, y Alfredo, vestido como un militar en campaña, acercó su revólver a la barbilla de Fidel.

Mientras todo esto pasaba, Emily a la que todos buscábamos con la mirada, se había quedado a uno de los lados de la entrada del túnel con el gigantón que la tenía cogida por el brazo, como esperando que todos estuviéramos bajo control. Al vernos gritó:

—No te preocupes, papá, yo estoy bien.

Alfredo, indiferente al comentario, mirando a su alrededor preguntó a Fidel:

—¿Dónde están el áureo blasfemo y el turco?

—No lo sé.

—Bien, su presencia no nos es necesaria. Ahora vamos a ver lo que nos interesa. Entregadme el código de Lisandro.

Héctor se adelantó seguido por su guardián, pegado a él, y entregó la caja de madera con el códice a Alfredo. Este se guardó la pistola entre cinturón y camisa y sacó el códice. Tras hojearlo con poco interés, se fue directamente a la última página en la que se concentró durante un par de minutos ante la expectación de todos los presentes. Finalmente, esbozó una sonrisa y mirando fijamente a Fidel, sacó de nuevo la pistola y se la colocó en el pecho mientras le preguntaba:

—¿Lo habéis encontrado?

—¿El qué?

—¿Lo habéis encontrado?

—¿Que si hemos encontrado el qué?

Alfredo pareció leer la mentira detrás de los ojos de Fidel, por lo que ya alzando la voz le espetó:

—*Videte sub terra*. Y no se te ocurra decirme que no os habéis dado cuenta. ¿Dónde está?

—No sé qué es lo que te crees que hemos encontrado, pero te equivocas.

—Bien, si lo quieres así, lo haremos a tu manera. Enzo, prepárate para volar la cabeza al viejo.

Se oyó un grito desde la entrada del túnel:

—¡Noooo! Deja tranquilo a mi padre, cabrón. Héctor, dales lo que pidan, ¡Que no hagan daño a papá!

Alfredo sonriendo y mirándole a los ojos dijo a Fidel:

—La chiquita tiene razón, pero como veo que no la queréis hacer caso, utilizaremos mi sistema. Cinco, cuatro, tres,...

Antes de que terminara la cuenta atrás, se oyó al hijo de Héctor desde atrás gritando:

—Para, para, te daremos lo que quieres. No sé qué es lo que crees que hemos encontrado, pero debajo del código no había más que un ejemplar de Biblia.

El rostro de Alfredo empezó a congestionarse y mirando a Héctor pero sin dejar de apuntar a Fidel chilló:

—Yo no quiero ninguna puta Biblia, quiero que me deis el Crismón sagrado y como parece que sois un poco duros de mollera y no entendéis, igual esto sí lo entendéis.

Amartillando la pistola la levantó y apuntó a la pierna de Héctor hijo y empezó a apretar el gatillo muy lentamente. El instinto de supervivencia hizo que Héctor tuviera un movimiento reflejo, que le hizo tirarse a un lado, al tiempo que sonó atronadoramente un disparo que le pasó muy cerca. No había dejado de oírse el eco del disparo cuando se oyó un vozarrón que pareció inundar la cueva:

—¡Que no se mueva absolutamente nadie!

Los finales de palabra reverberaron en toda la cueva durante unos segundos y todos giraron la cabeza. Vieron que desde la otra entrada a la cueva, se acercaba con paso enérgico un grupo de hombres, que parecían claramente soldados, precedidos de un hombre de estatura media que venía andando muy rápido y vestido como cualquier trabajador turco, tocado con la típica gorra de desierto, de color beige, pero con una amenazadora Sig Sauer, apuntando a Alfredo Denese. Los hombres que venían tras él empuñaban con fuerza sus uzi israelíes, cuya capacidad de tiro todo el mundo conoce. A toda velocidad y sin dejar de apuntarles, corrieron hasta los *Milites Dei* y sin dejarles reaccionar los desarmaron y tiraron al suelo.

Ilic no dio tiempo a Alfredo ni siquiera para poder hablar y en unos segundos lo había desarmado, pero no le obligó a tirarse al suelo. Dirigiéndose a Udo en la entrada, que estaba todavía sosteniendo a Emily por un brazo, el hombre se quitó la gorra y le ordenó con la autoridad a la que están acostumbradas las personas que la tienen:

—Suelta inmediatamente a esta mujer. ¿No te da vergüenza las barbaridades que estás haciendo en nombre de esa tontería que llamáis *Milites Dei*, que os ha metido en la cabeza Alfredo?

El gigantón pareció empequeñecer de repente cuando vio el rostro de Ilic, a quien toda la guardia suiza conocía perfectamente y respetaba. Inmediatamente soltó a Emy y poniéndose de rodillas agachó la cabeza, mientras se le llenaban los ojos de lágrimas

Al avanzar hacia Udo, Ilic había dejado a Alfredo atrás. Éste, metió la mano en el bolsillo izquierdo de su guerrera y sacó lo que parecía una pequeña Star PK y empezó a levantar el brazo para apuntar a Ilic, mientras gritaba:

—¡Maldito serbio del demonio!

Mark que lo vio, dio dos zancadas y al tiempo que llegaba como a un metro de Alfredo, con el impulso que traía y proyectando la cadera en la patada, le lanzó un tremendo *mawashi geri*^[72], que Alfredo recibió en el costado, haciéndole caer al suelo encogido y sin poder respirar, saliendo disparada la pequeña pistola a unos metros. Retorciéndose de dolor, se levantó a duras penas ayudándose con las manos, pero lo que no se habría

esperado nunca sucedió. Como una furia salida de los infiernos con su roja melena casi refulgiendo a la luz de las linternas, Emy llegó corriendo hasta Alfredo, que no la vio llegar, pero eso sí, sintió el tremendo puñetazo, dado con toda la rabia del mundo, con que le pegó en la sien. Alfredo cayó redondo al suelo y esta vez no intentó levantarse.

—¡Cabrón! ¡Levántate si tienes cojones!

Totalmente sorprendido por la violencia de Emy, que nunca se habría esperado, Alfredo prefirió agachar la cabeza.

Mark tras comprobar que Fidel y tanto Héctor padre como Héctor hijo estaban perfectamente, salió corriendo hacia Emy, que a su vez corrió en su dirección, hasta que se encontraron y se fundieron en un abrazo.

Todos los *Milites Dei* ya habían sido esposados por los hombres de Ilic.

[72] Patada circular de gran potencia al impactar.

45. La encrucijada

Año 331 d. C. Nicaea.

Aquella noche sucedió lo que tanto me temía. Una vez que dejé limpio el *scriptorium* pasé por la cocina donde me esperaba el inevitable plato de gachas frías, aderezado hoy por suerte con unas aceitunas. Me dirigí a mi cuarto y comprobé que Ichto, mi compañero de habitáculo, no estaba allí. Por lo visto, había sido trasladado por obra y gracia de alguien, que yo ya me imaginaba. Aunque no sabía adónde le habían enviado.

Cuando llegué a la habitación, que se estaba quedando casi a oscuras porque ya hacía tiempo que había empezado a irse el sol, y no teníamos ningún tipo de iluminación, vi una sombra sentada mi jergón, que al llegar yo se levantó y empezó a decirme mientras extendía los brazos hacia mí:

—Querido muchacho. No he querido esperar para darte la noticia: vamos a hacer un viaje a los santos lugares para encontrar las reliquias de nuestro señor Jesucristo. Vamos a traerlas para exponerlas ante el pueblo romano, que arde en deseos de conocer detalles de la vida de nuestro señor. He pedido al emperador que me autorice a llevarte como escriba de la expedición y ha accedido.

Cuando llegó junto a mí el obispo Priscilo me colocó una de sus finas y huesudas manos en el hombro, mientras con la otra empezó a acariciarme la cara produciéndome tal sentimiento de repulsión, que noté como una furia incontrolable me subía desde el estómago generando en mí una sensación de ira que me costó muchísimo trabajo dominar.

Durante unos instantes mi imaginación hizo pasar delante de mis ojos lo que realmente me habría gustado que sucediera a partir de ese momento: en un ataque de ira que no puede contener, en mi excitada imaginación, tomé a Priscilo de las solapas de su camisola y le sacudí con todas mis fuerzas como si fuera un muñeco, mientras le decía:

—¿Y tú te llamas cristiano? ¿Tú, que ni siquiera respetas los mandatos de tu propia religión? Me hace gracia que vosotros los cristianos habléis de la necesidad de ser virtuoso en cuerpo y alma y, sin embargo, os dais a los placeres que reprobáis en nosotros los paganos.

—Pero Lisandro, lo que yo siento por ti es simplemente el amor de Dios, que como sabes por haberlo leído en sus escritos, usa de caminos inexplicables para llegar a los hombres.

Y al decir esto, levantó la otra mano para acariciarme la cara.

De nuevo la furia se adueñó de mí y le arrojé con todas mis fuerzas contra la pared debajo del ventanuco, con tan mala fortuna que se dio un golpe en la cabeza y cayó redondo al suelo. Al verle tirado en el suelo me asusté. Me acerqué con precaución y para mi horror comprobé que realmente estaba muerto.

En aquel momento acababa de cambiar dramáticamente mi vida. Aunque no había pensado que habría sido tan rápidamente, la idea que me había venido rondando de desaparecer se iba a materializar inmediatamente. No había forma de que pudiera hacer desaparecer el cadáver.

Lo que hice con su cuerpo fue llevarlo rodando hasta mi jergón de paja, remover ésta hasta llegar al suelo y después lo tapé completamente con la paja.

Visto el jergón desde la entrada no se podía saber que hubiera alguien metido debajo de la paja. Como estaba claro que por la noche no podría salir porque la guardia no me abriría el portón de la ciudadela, no me iba a quedar más remedio que quedarme en la habitación hasta el amanecer. Fue una suerte que el obispo se hubiese deshecho de Icto, en sus lúbricas intenciones, ya que al menos pude descansar, si no dormir, en el jergón del que había sido mi compañero de habitación. Antes del alba había preparado una pequeña bolsa de tela con mis muy pocas pertenencias.

Con ésta al hombro, nada más amanecer comencé con mi rutina habitual y fui hasta las cocinas para que me dieran la ración de *puls* de la mañana. Desde allí me fui directamente a la ciudadela, que llevaba poco tiempo abierta. Saludé a los guardias que al verme pasar se mofaron de mí como siempre, pero nada más. Salí rápidamente de la ciudad y me encaminé hacia el sur.

A medida que iba llegando a la entrada del túnel de los sísifos, iba notando como un cierto peso que me iba haciendo ir más despacio cada vez. Cuando llegué a la boca de entrada de la cueva me paré a reflexionar unos instantes. Tal y como lo veía con el poco entendimiento que la agitación me permitía, tenía dos posibilidades: o esconderme en el túnel y esperar a que me encontraran en la cueva, lo cual sería normalmente cuestión de días, o intentar llegar al otro lado de la frontera del Imperio, lo cual sería prácticamente imposible. Por el norte tendría que cruzar el gran mar, y por el sur o por el este andar unas siete u ocho semanas, sin que me pillaran los cazadores de esclavos o cualquier soldado.

46. El Crismón sagrado

IzNIK. Excavación de Deverís, 22 de Julio de 2016.

Emy de la mano de Mark, seguidos por los demás, salieron de la cueva, y se fueron directamente a la tienda donde se sentaron alrededor de la mesa grande para celebrar el fin de la pesadilla y de los *Milites Dei*.

Cuando Ilic salió de la cueva se quedó sentado delante de la tienda comedor acompañado de Fidel, mientras Enzo era escoltado por dos soldados al coche en el que le iban a llevar al hospital a fin de intentar salvar su mano, en la que había recibido un disparo en un forcejeo. Junto a él estaba sentado Fidel que le preguntó:

—Ilic, ¿qué vamos a hacer con Alfredo, Enzo y los otros?

—No creo que sea sencillo sacarles de Turquía con las medidas de seguridad necesarias para garantizar que no supongan un problema para sí mismos ni para el Vaticano, por lo que lo mejor es que los dejemos aquí, hasta que estemos de vuelta en Roma. Y en ese momento les podéis entregar a la policía turca, tanto por el asesinato de Basir, que sacrificó su vida para que el hijo de Deverís y sus amigos llegaran a la excavación, como por el secuestro de Emy. Y mientras tanto, nosotros nos encargaremos en Roma de hacer desaparecer cualquier ligazón entre ellos y la Santa Sede, y por otro lado preparar un sistema de desinformación para el caso de que la policía turca directamente o a través de la embajada italiana se ponga en contacto con nosotros.

Mientras todo eso sucedía fuera, dentro de la tienda Héctor hijo había

abierto la caja fuerte oculta dentro del mueble y sacado las dos bolsas de plástico, colocando en el centro de la gran mesa multiuso la vasija sacada de la laguna. Colocó el códice de Lisandro en la estantería mientras el otro se lo pasó a su hermana.

Emy sostuvo la Biblia de Constantino, con un sentimiento que en todo se parecía a la veneración. Mientras lo hojeaba cuidadosamente no pudo reprimir la emoción ante la belleza que se desplegaba ante sus ojos. Éste momento era uno de esos sueños con los que todo arqueólogo a lo largo de toda su vida sueña, y que para la mayor parte nunca llega. Para ellos ese sueño se había cumplido.

Héctor colocó sobre la mesa en el centro una especie de bandeja de acero inoxidable de bordes altos, encima de la cual colocó la vasija que habían sacado Mark y el de la laguna. Allí procedió a terminar de limpiarla bajo la atenta mirada de su padre y de Emy.

Directamente y sin más preámbulo empezó a quitarle el enorme tapón de cal y resina que tan buen resultado le había dado al escriba Lisandro para la conservación de sus maravillosos códices. Una vez destaponó el cuello en la vasija, empezó a volcarlo con cuidado en el recipiente de acero, al que empezaron a caer pequeñas piedrecitas que Lisandro debía haber utilizado como material aislante. Cuando ya las había sacado casi todas, notó como había algo dentro no metálico, porque no hacía ruido que, sin embargo, era de una dimensión superior al cuello de la vasija. Tras mirarse los tres y recibir el asentimiento de su padre que movía la cabeza afirmativamente, Héctor con un cortacristales de diamante hizo cuidadosamente un surco a lo largo del cuerpo central de la vasija para que después fuera fácil reconstruirlo.

Al separar las dos partes de la vasija encontraron un amasijo de lo que parecían pieles secas similares a las que rodeaban la Biblia de Constantino. Inmediatamente metieron el paquete en el humidificador para que fuera perdiendo la rigidez que tenía y permitiera ser desdoblado.

Ilic y Fidel entraron en la tienda y se sentaron con los demás alrededor de

la gran mesa.

Fidel preguntó:

—Ilic, ¿cómo tomaste la decisión de hacer un viaje tan repentino a la excavación?

—Recibí una visita en Roma del profesor Swankid, que nos habló sobre lo que estaban haciendo los supuestos *Milites Dei* y el santo padre me ordenó que viniera de inmediato a solucionar la situación.

En ese momento se levantó Héctor hijo y se acercó a la estantería de donde trajo, como el que trae un bebé, el códice que colocó delante de Ilic para después tomar de Emy el «Libro de los libros» y colocárselo también delante.

Sin la emoción que se habría esperado tuviera al hacerlo, Ilic hojeó el códice de Lisandro, pero sin embargo dedicó algo más de tiempo a hojear la Biblia de Constantino. Tras ese período de silencio que todos guardaron por respeto a él, habló:

—Me gustaría quedarme esta noche aquí con vosotros, si me lo permitís. Y me gustaría usar una *app* en mi portátil que me permite conectarme con el Vaticano y compartir todo lo que vea mi webcam. Lo quiero compartir con Su Santidad, que tiene muchísimo interés en leer el códice de Lisandro.

A la mañana siguiente después de tomar un ligero desayuno de queso de cabra con tomates *cherry* y café turco demasiado fuerte, estaban sentados todos de nuevo en torno a la mesa. En el centro de la misma los dos códices y al lado un bulto de tamaño medio, dentro una bolsa de tela blanca.

Ilic había estado leyendo el códice de Lisandro durante el resto de la tarde anterior y casi toda la noche, con su portátil conectado al generador.

Todos estaban expectantes ante lo que tuviera que decir. No se hizo esperar más.

—Durante toda la noche, el santo padre y yo hemos estado hojeando y leyendo, al menos de forma superficial, estos increíbles textos. El vicario de Cristo en la tierra quiere hablar con vosotros.

Colocó su portátil en el centro de la mesa y en la pantalla apareció el

rostro del papa, que empezó a hablarles, en un castellano correcto, aunque con acento argentino:

—Queridos amigos, habéis hecho historia. Permitidme que os dirija unas palabras. Puedo deciros que con respecto a la Biblia de Constantino, o «El libro de los libros», que el escriba Lisandro caligrafió tan maravillosamente, sobre todo para su propio solaz personal, no hay nada que a la Iglesia pueda preocupar porque en definitiva su contenido no es más que la base de la doctrina de la Iglesia actual, cuyos fundamentos surgieron del concilio de Nicea el año 325, tan bien orquestado por el emperador Constantino. El problema está en esa base y fundamentos. Como sin duda sabéis, lo que sí podría llegar a convertirse en un problema para la Iglesia está en el código de Lisandro. En su famosa biografía, Eusebio, uno de los primeros padres de la Iglesia, hablaba de un escriba llamado Lisandro que estuvo a su servicio. Eusebio fue desterrado por Constantino por haber perdido la joya más valiosa de la cristiandad: el Crismón sagrado que el emperador había puesto bajo su tutela. Eusebio siempre tuvo la sospecha de que Lisandro pudo haber tenido algo que ver con la desaparición de la joya, pero nunca tuvo la oportunidad de poderlo demostrar. Lo que sí pudo saber a través de otro escriba y compañero de habitación de Lisandro, es que éste había elaborado un código en el que contaba su vida y en el que explicaba los verdaderos orígenes del cristianismo, tal y como los vivió en la corte de Constantino, ya que actuó como escriba en todas las reuniones que Constantino mantuvo en el ámbito privado con sus consejeros, Osio de Córdoba y Crispulo, así como las que tuvo con los obispos cristianos. Ha sido con profunda tristeza que he llegado al final de la lectura del código de Lisandro, porque aunque sin duda los sectores conservadores de la Iglesia y muchos otros sectores de la sociedad lucharán a capa y espada para intentar probar su falsedad y serán millones de personas las que digan que el código no es más que una hábil falsificación, yo no creo que lo sea.

En ese momento Rudy interrumpió diciendo con cierto aire triunfal:

—Este código va a ser el que demuestre, de una vez por todas, la falsedad sobre la que está construida la Iglesia, que no es más que un mito que creó Constantino. Ni siquiera el pilar fundamental de vuestra religión, Jesucristo,

existió. El cristianismo está basado en una farsa y el mundo tiene derecho a saberlo.

El Papa levantó ligeramente su mano izquierda y le pidió a Rudy, con una serenidad, que sólo podía dar su cargo:

—Rudy, sí, sé quién eres, porque así me lo ha informado mi buen Ilic. Te pediría que me dejaras terminar de decir lo que quiero comunicaros y después podéis decirme todo aquello que queráis. Entiendo tu postura, que es la expresión del pragmatismo de los *áureos*, aunque no entenderé nunca vuestra obsesión por destruir las religiones. ¿Todavía no os habéis dado cuenta de que las religiones son necesarias para mucha gente?

Dejó esa pregunta de forma retórica en el aire para continuar, sin dejar a Rudy contestar.

—Como os iba diciendo hace un momento, creo que el códice de Lisandro que habéis encontrado es totalmente auténtico y ello puede llegar a plantear una serie de problemas gravísimos. ¿Se os ha ocurrido pensar en algún momento sobre todas las implicaciones a nivel mundial, que hacer público este descubrimiento podría tener tanto entre cristianos de a pie como entre teólogos? ¿Os imagináis lo que dirán los *mullah* a los musulmanes si se pudiera demostrar la falsedad de los orígenes del cristianismo, tal y como los conocemos?

Emy ligeramente encendida le contestó con vehemencia:

—Pero nosotros somos arqueólogos, nuestro trabajo es precisamente enseñarle al mundo las nuevas verdades que surgen de nuestros descubrimientos, y si esas verdades contradicen lo que se ha venido creyendo a lo largo de la historia, el saberlo debe ser bueno para la humanidad.

—Querida joven, entiendo y admiro la pasión con la que llevas a cabo tu trabajo, pero te pido que te detengas a pensar solamente un momento, y os pido a los demás lo mismo, que os imaginéis por un momento lo que supondría para cerca de dos mil doscientos millones de personas que representan casi la tercera parte de la población del mundo enterarse de la noche a la mañana que todo lo que creían con respecto a las bases y fundamentos del cristianismo es falso, y que el nacimiento real del cristianismo no fue más que una compleja maniobra política de Constantino el Grande, que utilizó al cristianismo como

medio para unificar el Imperio, creando una religión a la medida de sus intereses y los del Imperio. Yo sé que mucha gente no es creyente, pero hay muchos cientos y cientos de millones de personas que viven en países donde la vida es terriblemente difícil y que tienen en la religión el único bálsamo de sus vidas, que les permite tener fe y esperanza en una vida mejor, ya que la que tienen en este mundo no lo es. ¿Cuál creéis que sería la reacción de desesperación de todas estas personas cuando se enteraran de que toda esa vida futura en la que tienen puestas sus esperanzas no existe? ¿Es la verdad estricta tan importante como para hacer infelices a millones de personas para el resto de sus vidas? ¿Quién decide qué es la verdad? ¿Es mejor una verdad que haga sufrir o una mentira que haga feliz y más llevadera una vida plagada de dificultades?

Mark miró a los ojos al papa, que entendió en su mirada que quería decirle algo.

—Santidad, ¿no le parece que la gente tiene derecho a poder elegir y que para poder hacerlo debe conocer la verdad? Gracias a este código podemos saber que el oscurantismo que la Iglesia ha manifestado lo largo de su historia, no era más que una forma de encubrir la falsedad de su origen. ¿Cómo pueden ustedes justificar los millones de muertos de los que es responsable la Iglesia, los episodios de corrupción, de pedofilia? Todo eso unido a la evolución científica a lo largo de los siglos que ha desembocado en los conocimientos de la sociedad actual, hace que los planteamientos de la Iglesia hayan devenido en completamente obsoletos y absurdos.

—Argumento sin duda válido, aunque matizable. Estamos de acuerdo en que la religión ha sido utilizada en muchas ocasiones por los mandatarios de la Iglesia de forma equivocada y en que ciertos individuos con poder dentro de la jerarquía eclesiástica han cometido atrocidades en nombre de Dios que sólo ocultaban intereses personales. Todo eso forma parte del pasado, al igual que las absurdas guerras que han hecho morir a millones de inocentes. Pero en la actualidad no se puede decir lo mismo de la Iglesia, salvo casos muy puntuales de comportamientos personales que pueden darse en cualquier colectivo. La imperfección del hombre no se supera con un simple hábito. Es fundamental no olvidar que el cristianismo ha sido a lo largo de la historia el

rasgo esencial de la cultura occidental. Se puede decir sin duda alguna que la Iglesia está detrás de los grandes logros del hombre de los últimos 2000 años, desde las maravillosas basílicas y catedrales en arquitectura, hasta el arte inigualable de Miguel Ángel o la música de Sebastian Bach. La Iglesia ha dado y apoyado a alguna de las mentes más lúcidas de la historia, desde autores como Dante Alighieri, Shakespeare o Milton, a científicos profundamente religiosos como Descartes, Newton, Faraday. ¿De verdad creéis que un mundo sin Dios sería un mundo mejor que el actual? Os puedo asegurar que mundo sin Dios no será para nada un paraíso, sino que se parecerá probablemente mucho más al infierno.

Tanto los que estábamos reunidos alrededor de la mesa como nuestro interlocutor vía Skype, nos quedamos en silencio durante casi un par de minutos. Fue finalmente el papa quien habló de nuevo:

—Me gustaría invitaros a comer en el Vaticano para que podamos seguir hablando. Pero para cuando vengáis a Roma a verme, me gustaría que hubierais reflexionado sobre la bondad y la maldad de la religión y sobre las consecuencias que la publicidad mundial del descubrimiento del código de Lisandro, podrían provocar.

Unos minutos después de haberse apagado la pantalla del portátil tras la invitación del papa, Ilic y sus soldados de la guardia suiza se marcharon al aeropuerto para volar de vuelta al Vaticano. Todos iban vestidos de forma que no llamaran la atención y dejaron en manos de Rudy y Mark todas las armas que habían traído para que dispusieran de ellas como quisieran.

En la excavación, mientras vigilaban a los falsos *Milites Dei*, esperaron inquietos durante varias horas a recibir la llamada de Ilic, confirmándoles que ya iban a despegar. Sólo entonces llamaron a la policía turca, que en menos de media hora llegó a la excavación, con varios coches un tanto destartados, levantando una gran polvareda y metiendo un ruido de mil demonios, que no tenía mucho sentido en un paraje tan aislado como aquel.

Tras darles Hamil todas las explicaciones necesarias y algunas más, se

llevaron detenidos a Alfredo y a sus hombres, y por mucho que aquel decía gritando que él era sacerdote, no le hicieron caso alguno. Los delitos por los que se les iba acusar, una vez que Emy, Mark y los demás ratificaran ante la policía la denuncia verbal inicial, estaban severamente castigados en el código penal de Turquía, por lo que les esperaba un futuro muy poco atractivo en un penal turco, que tan poco tiene que ver con una cárcel europea.

Tras marcharse la policía, Rudy empezó a despedirse de todos ellos, y tras darles un abrazo por turno, dijo a Mark aunque dirigiéndose realmente a todos:

—Espero, amigos míos, que no vayáis a ceder al chantaje emocional al que os va a someter el Vaticano y hagáis público en todo el mundo el contenido del código de Lisandro. La humanidad necesita saber la verdad para que consigamos vivir en una sociedad sin la nefasta influencia de la Iglesia o de cualquier otra religión.

Se despidió con una sonrisa, diciendo:

—Estoy seguro de que nos veremos pronto.

Hamil fue el último en marcharse. Dijo sonriendo que su mujer le había llamado y que sus siete hijos le estaban esperando para celebrar el cumpleaños de la más pequeña.

Cuando se quedaron solos en la excavación, se sentaron de nuevo Mark y Emy a un lado de la mesa y Héctor padre y Fidel al otro. Mientras todos guardaban silencio, Héctor hijo se acercó al humidificador de donde sacó lo que había sido un revoltijo de tiras de cuero secas que ahora habían adquirido color y tersura. Trajo el objeto envuelto hasta la mesa colocándolo en el centro de la cabecera donde se sentó bajo la atenta mirada de los otros cuatro. El tamaño del objeto era aproximadamente como el de una bandeja. Lentamente Héctor fue removiendo las tiras de cuero que en su mayor parte se quebraban por la doblez, quedando las partes sin doblez enteras. Poco a poco, tira a tira, fue quedando al descubierto una especie de paño parduzco que era el envoltorio final del objeto.

Héctor lo terminó de desenvolver con algo de trabajo porque era más

pesado de lo que parecía, y abrió completamente el paño de forma que el objeto que contenía quedó bajo la mirada de todos los que estaban en la mesa.

Cada uno expresó su asombro de una forma distinta, pero la impresión que todos sufrieron al ver lo que contenía el paño, quedó plasmada claramente en sus rostros. Delante de ellos encima de la mesa estaba lo que probablemente sería una de las joyas arqueológicas más importantes descubierta en la historia de la humanidad. Héctor hijo levantó el objeto de la mesa colocándolo a unos veinte centímetros, inclinado casi perpendicularmente al plano de la misma, para que todos lo vieran mejor: era una especie de corona como de unos cinco o seis centímetros de grosor, con el diámetro aproximado de un plato bastante grande. El cuerpo principal de la corona tenía toda la apariencia de ser de oro macizo, que simulaba ser una corona de laurel. A lo largo de todo el perímetro de la corona y a distancias de unos de centímetros unas de otras, se veían unas piedras muy brillantes que perfectamente podrían ser diamantes, si no fuera por su tamaño, que parecía demasiado grande para que lo fueran.

Dentro del marco de la corona y uniendo sus extremos había una especie de X que también parecía hecha de oro, estando la X cruzada por su bisectriz vertical por una letra que era similar a una P. Estábamos ni más ni menos que ante el famoso Crismón sagrado, cuyas letras formaban el nombre de Cristo: XP.

En la parte horizontal de las aspas de la X se veían a cada lado dos letras griegas, Alfa y Omega.

Emy con la boca medio abierta dijo:

—Esto es jodidamente increíble. Simplemente no me creo que la hayamos encontrado nosotros.

Se volvió en su silla y se abrazó a Mark, diciéndole mientras le miraba con ternura:

—Acabamos de hacer historia.

Héctor Deverís padre con los ojos brillantes dijo mirando a Fidel pero dirigiéndose a todos:

—Está claro que éste es el famoso Crismón al que hace referencia Lisandro en su código.

Emy señalando con el dedo a las grandes piedras rojas que aún después de

mil setecientos años a través de una pátina refulgían, preguntó a su hermano:

—Eso... ¿eso son lo que creo que son?

Héctor, que se había quedado de pie, se inclinó y muy excitado mientras señalaba con el dedo contestó:

—Sí, fijaros en el tamaño. Son rubíes de un tamaño increíble y la piedra que está en la intersección de la P y la X puede que sea uno de los mayores diamantes que se haya visto nunca.

Fidel mirando a Héctor y a todos los demás dijo mientras movía ligeramente la cabeza de forma afirmativa:

—Amigos míos, está claro que... nada es lo que parece. Creo que esas cinco palabras resumen perfectamente todo lo que nos ha estado pasando. Ahora sabemos claramente qué era lo que estaba buscando realmente Alfredo Denese, con ese cuento de los *Milites Dei*. Esta joya tiene un valor económico incalculable. Además del increíble revuelo que provocará tanto desde un punto de vista histórico como académico, está el valor que tiene para el Vaticano y la cristiandad del mundo. Pero es que por otra parte el valor que como joya en sí tiene, estoy seguro que es inmenso. Buscarle una comparación inevitablemente nos llevaría a lo más alto de la escala: la tumba de Tutankamon o las joyas de Troya. Hay coleccionistas multimillonarios y fundaciones billonarias que estarían dispuestas a pagar lo que se les pidiera por el Crismón sagrado. Ese era todo el “interés religioso” que movía a Alfredo y Enzo, que siempre tuvieron engañados a los pobres idiotas que les acompañaban, cuya única misión era ayudarles a encontrar la joya.

—Bien, y ¿cuál es el siguiente paso? —preguntó Emy, a quien contestó su padre:

—El primer paso es sin duda certificar la autenticidad tanto de los códices como del Crismón, para lo que tendríamos que realizar el proceso al menos en dos centros de indubitado prestigio mundial. Aunque ya hayamos hecho el de la datación del carbono 14 para el códice de Lisandro en el Instituto Wiseman, como sabéis al tener que salir a toda prisa, no les di tiempo para que emitieran certificado alguno, que, por otro lado, lo más probable es que no lo hubieran emitido por razones de política de seguridad israelí. Actualmente uno de los laboratorios considerado más preciso del mundo es el del Museo Británico, en

Londres. Conozco bien a quien va hacer los análisis, por lo que son nuestra mejor apuesta. Pero antes iremos a Suiza a la Escuela Universitaria de Tecnología Avanzada de Zurich, que tiene el mismo nivel, sino mejor que el Museo Británico.

—Sí, pero ¿cómo nos los vamos a llevar allí? No pretenderás que salgamos de Turquía atravesando media África para evitar las aduanas normales. Porque en el momento que nos acerquemos a un aeropuerto se van a disparar todas las alarmas y vamos a acabar todos...

—No, lo que voy a hacer ahora mismo es llamar a mi amigo Henry Michel Ben Samoun.

—Y ese, ¿quién es?

—Es el cónsul francés en Estambul, al que dejé el código para que lo custodiara. No me va a quedar más remedio que hacerle de nuevo un poco de chantaje emocional, recordándole viejos tiempos.

Nada más decirlo, Héctor se levantó y sacando el móvil de su bolsillo tras unos segundos marcó el contacto de Henry y salió de la tienda. Un par de minutos después volvió a entrar con una media sonrisa y dijo:

—Henry me ha dicho que ésta es la última vez que me va ayudar y que no quiere saber absolutamente nada del Crismón. Le he dicho que habíamos encontrado una joya de un gran valor, pero me ha insistido que bastante se está comprometiendo ya con ayudarnos con los códigos. Así que posiblemente tendremos que plantearnos si le entregamos el Crismón a las autoridades turcas o lo dejamos escondido en algún sitio.

Dice que podemos llevarle los dos códigos y los sacará del país mañana mismo con dos empleados consulares que van precisamente a Suiza a una conferencia.

Fidel, ¿qué te parece si nos los llevamos directamente a Estambul? Podemos estar de vuelta por la tarde.

Fidel se limitó a asentir.

Al mismo tiempo mientras se levantaba y colgaba el bolso al hombro, Emy dijo:

—Pues Mark y yo aprovechamos y nos vamos a Iznik, que tenemos que comprar algo de ropa y zapatos, que nos lo dejamos todo en el aeropuerto.

Alguien no muy lejos de allí sonrió, mientras se quitó el auricular del oído con el que había oído toda la conversación que había tenido lugar en la cabaña de trabajo de Héctor Deverís en la excavación. Al final iba a tener que admitir que Rudy había hecho bien su trabajo.

47. Hagia Sophia

Iznik. Excavación de Deverís, 22 de Julio de 2016.

Una vez que se hubieron marchado todos, Héctor hijo se quedó solo en la tienda y presidiendo la mesa su portátil, empezó a teclear en el mismo una especie de resumen de todo lo que habían vivido durante los últimos días.

Totalmente embebido como estaba en su trabajo, no se había molestado ni siquiera en volver a meter el Crismón en la caja fuerte por lo que seguía encima de la mesa, únicamente tapado con el paño en el que había estado envuelto durante casi 1700 años. No oyó los pasos de alguien que entró en la tienda, pero sí reconoció una voz familiar que le saludaba:

—Bueno, bueno, Héctor, ya te dije que nos veríamos muy pronto.

Emy y Mark habían estado paseando por uno de los coloridos mercadillos de Iznik y se habían hecho con algo de ropa de color caqui típica de la que se vende en las tiendas de aventura, que estaba tan de moda últimamente. Entre risas al ver a Mark probándose un típico fez turco, Emy dijo:

—Oye, no podemos dejar de visitar la mezquita de Hagia Sophia. Justiniano intentó hacerla a imitación de la de Estambul.

—Claro, claro. Esa es la que antes de ser mezquita fue la catedral de Santa Sofia en Iznik. Se supone que es donde tuvo lugar uno de los concilios ecuménicos de la Iglesia en los primeros tiempos del cristianismo, ¿no?

Tras pagarle un par de billetes de cinco liras turcas al amable portero, más otras veinte por un pañuelo para la cabeza que entregó a Emy, entraron al recinto de la mezquita.

Pasearon por los bonitos jardines que rodeaban al edificio, que en sus orígenes podría perfectamente haber pasado por ser una iglesia de planta románica. El minarete que se había construido de forma adosada al cuerpo principal es lo que había imprimido al conjunto un cierto carácter de mezquita, pero el observador medio podía ver claramente los orígenes cristianos del edificio.

Disfrutaron de los aromas de las plantas en los jardines y luego en el interior su imaginación, estimulada por las grandes columnas cuyo aspecto original había sido respetado en la remodelación, les hizo trasladarse en el tiempo.

—¿Te imaginas al conjunto de obispos que tomaron aquí las decisiones que, en definitiva, consolidaron los fundamentos de la Iglesia establecidos por Constantino unos cuatrocientos años antes?

Mientras miraba a su alrededor lentamente Mark contestó:

—Sí, sí, me lo imagino y la verdad es que, sin entrar en valoraciones religiosas, me produce una gran sensación de paz y tranquilidad estar en un espacio como éste que contiene parte de la historia. Mientras bebían un poco más tarde un té con menta típico de la zona en una de las terracitas, un tanto sucia pero agradable que había a la salida del Hagia Sophia, se habían estado riendo un buen rato recordando el *mawashi geri*, que Mark le dio a Alfredo, en la que el escriba Lisandro había bautizado como la cueva de los sísifos. Con cierta sorna Emy le dijo:

—Chico, nunca me hubiera imaginado que estuvieras hecho un Bruce Lee.

—Ya te conté cuando nos conocimos que el karate era una de mis aficiones.

—No, no, si lo demostraste bien a tiempo. Alfredo se quedó de un color blanco pajizo cuando le diste la patada, que me encantó.

De repente a Emy le empezó a cambiar la cara y el brillo de sus alegres ojos verdes fue dejando paso a una especie de sombra. Mark un tanto perplejo preguntó:

—¿Qué te pasa? Te ha cambiado la cara de repente. ¿Estás preocupada por algo?

Sin levantar las manos del teclado, Héctor levantó los ojos con cierta sorpresa, que enseguida fue sustituida por perplejidad, cuando vio que quien había llegado era Rudy, acompañado de otra persona. Pero lo que no entendía en absoluto era que Rudy le estaba apuntando con una pistola.

—¿Se puede saber qué demonios haces, Rudy?

—Amigo Héctor, deberías saber que nada es lo que parece. Por fin puedo dejar de seguir haciendo el papelito de áureo fanático y hacer aquello para lo que realmente vine aquí: llevarme el Crismón sagrado, que estábamos completamente seguros ibais a encontrar.

Héctor, al oír estas palabras, sólo supo balbucear mientras estiraba el brazo en un intento de proteger el Crismón que estaba encima de la bandeja.

—Esto es una broma, ¿no?

Más rápido que él fue Rudy, que alargó la mano y tomó la joya con el trapo que la envolvía mientras le contestaba:

—Ya sabes amigo mío que el atractivo del vil metal deja atrás cualquier ideal. El de los *áureos* es original e interesante, pero hay necesidades imperiosas y otras que lo son menos.

El acompañante de Rudy preguntó:

—¿Y los códigos?

En vez de Héctor, a quien iba dirigida la pregunta, fue Rudy el que le contestó:

—¿Pero no has oído la conversación que hemos grabado? Los códigos van camino de Estambul, por lo que esta vez no podremos hacer la jugada completa. Pero creo que con el Crismón tendremos más suficiente, ¿no te parece, Rick?

—¡Cállate, idiota! Amordaza y ata a Deverís. Déjale en una de las habitaciones y que no se pueda mover en unas cuantas horas. Ah, y no se te olvide quitarle el teléfono.

Mientras el profesor Rickhart Swankid examinaba todos los objetos que había en las estanterías, Rudy se llevó a Héctor a una habitación donde le ató de pies y manos fuertemente, amordazándolo y dejándolo tumbado en el suelo. Después darle dos palmaditas en el hombro a título de despedida, cogió el teléfono móvil de encima de la mesa de la entrada al tiempo que decía:

—Vámonos.

El teléfono de Héctor voló unos veinte metros hasta caer en una de las zanjas de la zona de excavación.

Emy se mantuvo en silencio durante unos segundos antes de contestar.

—No comprendo el porqué, pero tengo una sensación un tanto extraña. No me gusta la idea de que Héctor se haya quedado solo en la excavación con todo lo que ha pasado. No sé explicarlo, pero estoy preocupada. Voy a llamarle para quedarme tranquila.

Tras dos intentos de llamada que daban tono pero que no fueron contestados, preguntó a Mark:

—¿Te importa que nos volvamos a la excavación? No estoy tranquila. Probablemente no sea nada, pero tengo una de esas sensaciones que no sabes explicar y ahora mismo no me la puedo quitar de la cabeza. Además ya hemos hecho la compra que queríamos, así que si no te parece mal, ¿nos vamos?.

Nada más decirlo, Mark se levantó y le tendió la mano.

Cuando Rudy y el profesor Swankid salieron de la excavación, tras inutilizar el único coche que había quedado, aparte del que se llevaban, discutieron unos minutos sobre la ruta que más les convenía tomar. Swankid llevaba la voz cantante.

—Podríamos ir directamente hasta Estambul e intentar salir de allí en coche, pero debido a los últimos atentados, hay un despliegue de policía y militares sin precedentes, por lo que es demasiado arriesgado, sobre todo si

estos gilipollas nos denuncian, aunque no creo que lo hagan.

—Entonces, la vía más segura aunque también va a ser la más lenta, es conducir hasta Canakkale, el puerto en el mar de Mármaris y allí decidir si tomamos el transbordador hacia la costa europea o buscamos un pequeño pesquero que nos saque de allí.

Cuando Héctor y Fidel, ya de vuelta de Estambul, después de haber dejado los códigos en la embajada francesa, llegaron a la excavación se extrañaron al ver el coche en el que Emy y Mark habían ido a Iznik, que parecía haber llegado unos segundos antes que ellos.

Pero más les extrañó que los chicos salieron de su coche y ni siquiera se pararon para recibirles, sino que se fueron corriendo hacia la tienda de trabajo.

Fidel y Héctor se miraron y sin decirse nada salieron del coche y corrieron también hasta la tienda. Al entrar no vieron a nadie, pero oyeron a Emy gritando:

—Héctor, Héctor, ¿estás bien?

En cuatro zancadas llegaron hasta la habitación desde la que estaban saliendo las voces y vieron a Héctor maniatado y amordazado todavía atado a una cama. Entre Mark y Emy estaban intentando quitarle todas las ligaduras. Cuando Emy le quitó la mordaza Héctor empezó a hablar a toda velocidad:

—Ha sido Rudy. Se presentó de repente con otro tipo pistola en mano y se han llevado el Crismón sagrado.

Su padre preguntó, pero no a él sino a Mark:

—Pero, ¿cómo supisteis vosotros que Héctor había sido atacado?

—Fue Emy, tuvo una especie de presentimiento mientras estábamos en Iznik.

—Héctor, ¿cómo era el otro tipo?

—Era un tipo de unos 50 años aproximadamente, vestido como un trabajador, pero los ojos detrás de sus gafas denotaban clara inteligencia. La ropa era claramente un intento de mimetización con el entorno. Tenía el

aspecto típico de un profesor. Ah, y a Rudy se le escapó el comienzo de su nombre: Rick...

Héctor padre y Fidel se miraron sin acabar de creerse lo que acababan de oír. Después de unos segundos fue el segundo quien reaccionó.

—¿Piensas lo mismo que yo, Héctor?

—Sí, también yo estoy convencido de que es Rickhard Swankid, el líder de los *áureos*. El muy cabrón nos ha tenido engañados todo el tiempo, tanto a nosotros como a Ilic. En definitiva a todo el mundo. Su objetivo principal nunca fue conseguir los códigos, que demostraban la falsedad de los fundamentos de la iglesia, como siempre habían predicado, sino que siempre estuvieron tras el Crismón sagrado y por eso nos ayudaron hasta que lo encontramos. Rudy nos ha usado hasta que se lo hemos puesto en bandeja. Lo único que les interesaba son los muchísimos millones que podrán obtener por la joya.

—O sea, ¿que toda esa historia que nos soltó en el avión de los *áureos* no era más que un cuento? —preguntó Emy con las cejas enarcadas y los ojos encendidos.

Fue Mark quien contestó:

—No, probablemente haya bastante de verdad en lo que contaba, pero para él no era más que un medio para conseguir un fin. Pero el fin ni mucho menos era tan altruista como nos contaron. Como Fidel decía en aquel primer correo, nada es lo que parece. Los *áureos* existen como movimiento, y de hecho son conocidos, pero su fundador en este caso parece ser que estaba interesado exactamente en lo mismo que Alfredo: en conseguir el Crismón sagrado, por su enorme valor económico. Al final casi siempre el dinero acaba primando sobre los ideales, por muy admirables que éstos sean.

—Pero, ¿de verdad es tan valioso el Crismón?

Masajeándose ligeramente la boca, tras haber despegado la mordaza adhesiva que Rudy le había puesto, Héctor contestó a su hermana:

—En una subasta de arte privada y lógicamente ilegal y a puerta cerrada, no creo que fuera muy complicado que llegaran ofrecer 200 o 300 millones de euros por el Crismón sagrado. Aunque probablemente me esté quedando muy corto y se pueda vender por mucho más.

Después de los comentarios de incredulidad por parte de los jóvenes, Héctor padre rompió el silencio que de repente parecía haber descendido sobre la tienda y dijo:

—No hay mucho que podamos hacer al respecto. No podemos denunciar ante las autoridades a Swankid, porque sería lo mismo que admitir que descubrimos el Crismón y no se lo comunicamos a la autoridad turca, como era nuestra obligación. Tendremos que considerar que los hados del destino no han querido que fuera nuestra la fama y el prestigio que el descubrimiento del Crismón nos habría dado. Pero no tenemos un mal tesoro, ¿no os parece? Tanto el código de Lisandro como la biblia de Constantino son desde el punto de vista arqueológico dos joyas de tanto o más valor que el Crismón y a mí particularmente me hace mucha más ilusión andar con ellos los pasos que tendremos que dar a partir de ahora. La continuación de la excavación no tiene ya mucho sentido. Hablaré con Hamil para que mantenga a los trabajadores dos o tres semanas más y luego podemos enviar un informe al Ministerio de Cultura turco explicándoles que, ante la pobreza del yacimiento y además habernos quedado sin financiación, tenemos que abandonar la excavación. Los problemas vendrán después cuando saquemos a la luz los códigos.

Carraspeando un poco Emy dijo:

—Papá, ¿no tendríamos que sopesar la posibilidad de entregar los códigos al gobierno turco? Realmente, deberían entrar a formar parte del patrimonio del pueblo turco.

Con una leve sonrisa Héctor le contestó:

—Si, Emy, desde un punto de vista moral y ético tienes toda la razón. Pero ya sabemos lo que suele pasar en estos casos, si se tiene la inocencia de entregar el tesoro descubierto directamente al gobierno del país en el que se ha encontrado. En poco tiempo el original desaparece misteriosamente y suelen colocar una copia en el museo para cubrir apariencias, mientras alguien ha hecho un negocio multimillonario con el descubrimiento. No, lo que vamos a hacer es llevarnos los códigos para poder trabajar con ellos primero y determinar todo su valor histórico y, por qué no, económico. Después, y una vez debidamente asesorados jurídicamente, se lo ofreceremos en primer lugar al gobierno turco, pero no gratis. Todo aclarado y como aquí no tenemos nada

que hacer, Fidel y yo vamos a salir inmediatamente hacia Zurich, porque queremos estar presentes a lo largo de todo el proceso de verificación de los códigos. Vosotros, a no ser que queráis hacer turismo, podéis volver a España.

48. La esperanza

Año 331 d. C. Nicaea.

Después de que en un instante hubieran desfilado ante los ojos de mi mente toda esa cadena de hechos que podrían haber sucedido, si hubiera tomado la decisión que mis instintos me pedían que tomara, volví a la realidad.

Ese abrir y cerrar de ojos fue tiempo más que suficiente para darme cuenta de que si quería seguir viviendo, necesitaba actuar con astucia y olvidarme de la pasión y la furia que atenazaban mis sentidos y que me pedían a gritos que diera su merecido al lascivo obispo cristiano.

Vi claro como el agua cristalina de un arroyo de montaña, que si hacía creer al obispo que le estaba muy agradecido, porque me hubiera tenido en cuenta para ir como escriba con él a ese viaje a los santos lugares, entonces sí que tendría la oportunidad de escaparme una vez que estuviéramos allí, porque precisamente los territorios de los santos lugares estaban en la frontera del Imperio romano y me resultaría bastante más fácil poder llegar desde allí a las tierras de Arabia.

Tenía plena confianza en que con mis conocimientos de varias lenguas y con mi habilidad como escriba, no me sería demasiado difícil conseguir ganarme el sustento con mi trabajo, y sería libre.

Decididamente este plan parecía mucho más sensato que dar rienda suelta a mis instintos básicos, y como tal lo tomé, aunque en realidad fuera muy en contra de mis verdaderos deseos.

Luchando interiormente para intentar no desasirme bruscamente del abrazo

del obispo, y volviendo la cara para no oler su aliento, que apestaba a ajo, le contesté:

—Os agradezco enormemente, obispo Priscilo, el honor que a un pobre esclavo brindáis, pensando en mí para viajar con la expedición cristiana a los santos lugares, y realizaré mi trabajo lo mejor que pueda. Pero si me lo permitís tengo que volver rápidamente a las cocinas porque se me ha olvidado el encargo que me hizo mi maestro.

Diciendo esto me escabullí lo más suavemente que pude de sus brazos y salí de mi habitáculo a toda velocidad con dirección a la cocina. Aquella noche no volví a mi habitación. Una semana después salimos de Nicea. Mi decidida intención era no volver a pisar suelo del Imperio romano en cuanto pudiera escaparme de la vigilancia de Priscilo, que durante el día no estaría muy interesado en mí. Su interés sin duda sería nocturno.

Por alguna razón que no llegué a averiguar, los soldados que vigilaban la entrada y salida de la ciudad, habían recibido órdenes de no dejar salir a ningún esclavo, por lo que no pude ir una última vez a la cueva de los sísifos, para recuperar mis pequeños tesoros. Superé la tristeza que me produjo el tener que dejarlos allí, en la seguridad de que el *fatum* o destino ya tenía en mente a quien iba a encontrar en algún tiempo futuro mis códigos y el Crismón sagrado de Constantino. Estaba convencido de que quien encontrara mis códigos se admiraría del arte del escriba que los hizo y el que encontrara el Crismón sabría usarlo para una buena causa o al menos le cambiaría la vida.

Nuestro viaje hasta las costas de Licia fue un tanto accidentado, pero por fortuna para mí, el obispo Priscilo sufrió de terribles mareos, por lo que me dejó tranquilo la mayor parte de la travesía.

Cuando llegamos a Licia, embarcamos en un birreme, que era un barco menor de la marina romana, con base en Constantinopla, y navegamos hasta Chipre donde tras avituallarnos, navegamos de nuevo, pero esta vez ya con rumbo a Palestina.

Cada día que pasaba mientras respiraba la maravillosa brisa del *Mare Nostrum*, sabía que me iba acercando al momento de mi libertad y eso era más que suficiente para darme ánimos y hacerme olvidar las noches que me quedaban por pasar en el barco.

49. El reparto

Carretera de Estambul hacia el Sur.

No habían recorrido ni 100 kilómetros en su carrera hacia Cannakkale para poder encontrar un barco que les sacara discretamente de Turquía, cuando vieron que un policía turco de pie en la carretera, con dos motos paradas un poco más adelante en el arcén les daba el alto. Su compañero estaba en subido en su moto, como preparado para salir detrás de algún posible conductor que se diera a la fuga.

Rudy tras intercambiar miradas con Swankid, detuvo el coche lentamente. El policía se acercó y cuando Rudy bajó la ventanilla, el profesor se acercó desde el asiento de pasajero a la ventanilla del conductor y saludó en turco.

Iyi aksamlar ayan.

El policía gratamente sorprendido contestó:

Iyi aksamlar, zeger Türke konusmayi?

Swankid continuó con una jerga ininteligible durante casi un minuto hasta que finalmente sacó los papeles del coche y se los entregó al policía, no sin antes meter dos billetes de 50 €, de forma que sobresalían de la documentación. El agente tomó la documentación y mirando durante unos segundos primero a Rudy y luego el profesor se la devolvió, no sin antes retirar los billetes.

Una vez puestos en marcha de nuevo, Rudy preguntó de forma un tanto retórica:

—No sabía que hablaras turco.

—En mi juventud viví durante casi un año en Estambul.

—Bueno y hablando de todo un poco, ¿cómo vamos a colocar la joya? ¿Cómo vamos a hacer líquido su valor de forma que no se levante la liebre?

Swankid permaneció unos segundos en silencio, mientras miraba a la carretera, como sopesando su contestación.

—Hasta ahora hay dos fundaciones, las únicas con las que he hablado, que estarían muy, pero que muy interesadas en seguir hablando. Ese efecto se multiplicará en el momento que vean fotos de la joya limpia y reluciente. Muy cerca del puerto de Cannakkale donde estaremos mañana por la mañana sin problema, hay un joyero judío que conozco hace años, al que pediremos que limpie, bruña y prepare con el debido cuidado el Crismón sagrado, y así podremos hacer un reportaje fotográfico completo como elemento de marketing primario, para poder enseñárselo a los posibles compradores.

—¿Cuánto crees que podemos sacar?

—La fundación ultrarreligiosa sueca prácticamente tiene fondos sin límites, por lo que sería nuestro mejor candidato. La otra fundación pertenece a un coleccionista privado japonés, pero me inclino más por la primera. Estoy seguro de que podremos hacer una subasta y empezar con un precio de salida de unos 150 o 200 millones. El valor de remate es difícil predecirlo

—Y, ¿cómo vamos a hacer el reparto?

Rickhart Swankid se le quedó mirando con un gesto serio, como el de alguien que no entiende cómo su interlocutor no comprende lo que está explicando.

—¿Reparto? ¿Qué reparto? El dinero entrará a formar parte de los fondos de los *áureos* y continuaremos, eso sí mucho más afianzados económicamente, luchando por conseguir nuestros objetivos. Paradójicamente el dinero que saquemos de éste objeto, que fue fundamental para instaurar el cristianismo, nos va servir para poder luchar contra todas las religiones.

—Pero, nosotros nos quedaremos con algo, ¿no?

—Cuando llegue el momento hablaremos.

Rudy se quedó pensando. No le había gustado nada la actitud de Swankid. Ese hijo puta lo quería todo para él solito.

Retrepados en los butacones de primera clase, que habían conseguido pillar por muy poco más de lo que valían los billetes en clase turista, Mark y Emy se sonreían mientras brindaban con una aflautada copa de champán.

Héctor se había quedado en la excavación para ir preparando todo lo que habría que mandar de vuelta a España, ya que no pensaban volver a Iznik. Hamil le iba a ayudar con todos los detalles del desmantelamiento de la excavación, que finalizaría él personalmente en solitario unas tres o cuatro semanas después. Como Emy y Mark realmente no le eran necesarios en la tediosa labor que tenía por delante, Héctor les había dicho que se marcharán directamente para España donde él se reuniría con ellos en una semana.

Mientras observaba el incansable ascenso de las burbujitas de champán en su copa, Mark mirando hacia el frente en vez de hacia Emy, que estaba sentada a su derecha y adoptando un tono de cierta seriedad forzada, dijo como dirigiéndose a un público inexistente:

—Estoy pensando seriamente en la posibilidad de irme a vivir al sur.

Sonriendo con los ojos Emy comentó con aparente desinterés:

—Sí, no se vive nada mal en el sur.

Volviendo ahora el rostro hacia la derecha Mark continuó:

—Estoy harto del norte. Allí no he sido nunca feliz de verdad y además hace un frío que pela y no me gustaba nada dedicarme a salvarle el culo a los políticos corruptos, casi todos amiguetes del socio fundador del despacho.

Emy al ver cómo había ido elevando el tono y que su grado de excitación iba *in crescendo*, le tomó la mano cariñosamente, mientras con tono un tanto burlón comentó:

—El sur es bastante grande, ¿ya tienes claro dónde vas a querer vivir?

Ante el tono guasón de ella, Mark le siguió el juego:

—Pues creo que voy a empezar a buscar compañero o compañera de piso para poder compartir, no sé, ¿igual conoces a alguien que pudiera estar interesado? ¿A lo mejor alguna amiga tuya? Pero, eso sí, ¡que sea guapa y sepa cocinar!

Adoptando una fingida actitud de concentración, Emy le contestó:

—Pues sí que es una casualidad, porque yo también estoy buscando algún sitio pequeño y agradable cerca de la costa para vivir no demasiado lejos de mi padre, pero tampoco demasiado cerca. No sé, ¿qué tal amo de casa eres? Si eres buen amo de casa a lo mejor podíamos compartir...

Mark intentando ponerse serio y mirando al frente comentó:

—Me lo pensaré. ¡Hey, eso duele!

Emy le acababa de dar un golpe cariñoso en el costado mientras decía:

—No tienes que pensarte nada. Ya pensaré yo por los dos.

Como estaban a punto de despegar, Emy iba a desconectar su móvil cuando se dio cuenta de que tenía un wasap pendiente de lectura. Era de su padre, que le pedía que le llamara cuando pudiera.

Solamente unos once días después de haber salido de Turquía, Fidel y Héctor Deverís se encontraban en una de las salas de descanso que al estilo de las grandes empresas de Silicon Valley, proliferaban por las distintas plantas de la Escuela Universitaria de Tecnología Avanzada de Zurich, en la que se encontraba uno de los laboratorios de datación más reconocidos del mundo. Fue precisamente uno de los laboratorios de esta institución, el que estableció que la Sábana Santa había sido hecha entre los años 1260 y 1290, por lo que difícilmente podía ser lo que la leyenda decía que era.

Habían estado viviendo prácticamente al lado de la escuela desde que llegaron por no querer separarse un solo momento ni del código de Lisandro ni del «Libro de los libros».

Ya habían concluido la primera batería de pruebas, las cuales habían sido más que satisfactorias en todos los sentidos. La datación por el método del carbono 14 que con respecto al códice de Lisandro era ya la segunda, fue categórica y no había ningún lugar a dudas. El margen se había restringido hasta una franja tan estrecha que se había concluido por parte del laboratorio que las obras necesariamente tenían que ser del período que iba entre los años 315 y 335 d. C.

Después de unos tres tonos de llamada Héctor Deverís iba a contestar, pero no le dio tiempo porque su hija empezó a hablar antes que él:

—Papá, ¿pasa algo? ¿Estáis bien?

—Sí, sí, no te preocupes estamos perfectamente. Acabamos de terminar todos los análisis de los códigos en los laboratorios de la escuela universitaria en Zurich y nos estamos yendo al aeropuerto. Ahora volamos hacia Inglaterra.

—Bueno y, ¿qué es lo que ha pasado? Me imagino que se ha confirmado lo que te dijeron en Israel, ¿no?

—Sí, efectivamente se ha confirmado y ahora nos vamos a ir a Londres para obtener una tercera y definitiva confirmación. Oye, ¿está por ahí a Mark contigo?

—Sí, sí está. ¿Quieres hablar con él?

—Sí, pásamelo si no te importa.

Un tanto sorprendida por el repentino interés de su padre en hablar con Mark, Emily le pasó el móvil y él, al tiempo que le preguntaba con las manos, lo tomó y contestó:

—Hola, Héctor, ¿cómo va todo?

Después de hablar durante un par de minutos bajo la mirada entre extrañada y molesta de Emy, Mark sonriendo colgó.

Con todos los informes debidamente sellados, legalizados y traducidos por un notario suizo, y los códigos debidamente protegidos, viajaron después a Londres, donde Héctor tenía un gran amigo de la juventud, Flavio Ricerde, un siciliano que parecía más inglés que italiano, que trabajaba en el departamento de control y verificación arqueológica del Museo Británico.

Flavio para poder evitar cualquier tipo de error, analizó el pergamino, comparándolo con una muestra de tejido procedente de las vendas de una momia cuya datación se conocía perfectamente por el entorno en que fue encontrada y también se utilizó una muestra de una capa del emperador

Chandragupta del año 320 que había sido verificada en numerosas ocasiones.

Las exhaustivas pruebas realizadas no hicieron más que confirmar los resultados que se habían obtenido en Suiza. Una vez obtuvieron la documentación necesaria firmada por director del departamento de verificación y control arqueológico del Museo Británico, que certificaba la autenticidad y la fecha, que prácticamente coincidían con la obtenida en laboratorio suizo, decidieron hacer turismo y descansar un par de días en Londres.

—¿Me había mandado llamar, Su Santidad?

—Querido Ilic, pasa y siéntate, por favor

Con su enérgica zancada habitual Ilic se plantó en tres pasos delante de la austera mesa y se sentó en uno de los confidentes, esperando a que el papa le dirigiera la palabra.

—Como sabes, ya ha transcurrido algún tiempo, creo que prudencial, desde nuestra pequeña incursión en la excavación de Iznik en Turquía y quizás sería ya el momento apropiado para invitar a cenar a Héctor Deverís y a toda su familia. ¿Qué te parece si les habilitamos la casita de los guardas al lado de la Villa Barberini en Castelgandolfo para que puedan quedarse a dormir, y les invitamos a que vengan a cenar todos el sábado de la semana que viene, por ejemplo?

—Empezaré a hacer los preparativos tan pronto como haya podido hablar con Deverís y mantendré informado a Su Santidad.

50. As-salamu alaykum

Canakkale. Costa occidental de Turquía, 22 de Julio de 2016.

Agotados tras conducir más de quince horas y haber tenido que pasar varios controles de policía turca más, superados por Swankid por el método de pago tradicional, Rudy aparcó a la entrada del puerto deportivo de Cannakale justamente al lado del malecón. Al bajar del coche y tras los estiramientos de rigor, Rudy se quedó mirando a una enorme estatua de un caballo en el centro de la plaza que tenían delante.

—¿Qué demonios es eso?

Sonriendo con cierta condescendencia, el profesor le contestó:

—No es más que una réplica del famoso caballo de Troya. Las ruinas de Troya que descubrió Schlieman están muy cerca de aquí y cuando hicieron la película, decidieron dejar en homenaje a la ciudad el caballo que habían utilizado para grabar la famosa escena, en la que los griegos consiguieron entrar en la ciudad dentro del caballo.

Después de la lección de historia, con sus respectivas bolsas al hombro se dirigieron al centro de la ciudad. Fueron andando siguiendo las indicaciones de la amable voz de la aplicación Google Maps, que les fue indicando el camino hasta su destino final, que resultó ser una placita pequeña en la que había una extraña torre en el centro con un reloj. Presionaron el intercomunicador que había en la puerta blindada de una joyería de aspecto elegante. Tras el análisis de su imagen durante unos segundos, por quien

estuviera detrás de la cámara de vídeo, se oyó el clic de apertura de la puerta. Una vez que entraron, y tras oírse de nuevo el clic de cierre de la puerta, se abrió otra que estaba justamente enfrente de la entrada. Un hombre que no tendría más de cuarenta y cinco años, vestido con traje y corbata y una barba de varios días, pero suficientemente cuidada para indicar que simplemente era consecuencia de la moda, salió a recibirles. Se acercó al profesor con los brazos abiertos y con una sonrisa franca y abierta le dijo, mientras le daba dos besos en sendas mejillas:

—*As-salamu alaykum*, mi querido amigo Rickhart, ¿cuántos años hace que no nos vemos?

Mientras su conocido le tenía agarrado por los hombros, el profesor contestó:

—*Walaikum as-salam*, mi viejo amigo Evren, como mínimo hará veinticinco años que no nos vemos, aunque por como se te ve a ti parece que hubieran sido solamente diez.

Al quedarse mirando el llamado Evren a Rudy, el profesor Swankid le presentó:

—Este es mi ayudante, Rudy.

Después los intercambios de cortesía que duraron cerca de media hora, mientras tomaban sin parar pequeñas tazas de té con menta, el profesor explicó a Evren cuál era la razón de su visita. Al terminar de escuchar éste le dijo:

—Pasemos a mi taller.

Tras otros dos clics de puertas blindadas entraron en un taller de joyería con unos ocho puestos de trabajo en el que sólo había tres personas trabajando, todas con el típico monóculo de joyero colocado sobre un ojo. Evren les hizo pasar a su despacho, que estaba al final del taller y cerró la puerta.

Swankid sacó con cierta ceremonia el paquete y lo desdobló con mimo encima de la mesa, dejando a la vista el Crismón sagrado. Cuando Evren lo vio, no pudo evitar, primero, la manifestación de incredulidad que transmitían sus ojos y después el repentino brillo que los iluminó. Durante unos segundos se quedó sin habla. Recuperada por fin la compostura y sin dejar de mirar a la joya, dijo:

—Si las piedras son auténticas, quizás sea ésta la joya más espectacular e importante que he visto en toda mi vida, y te aseguro que visto muchas cuando trabajaba en los talleres de diamantes de Ben Saman.

Con una sonrisa nerviosa Swankid le contestó:

—Sí, es una joya única, pero es que además tiene un valor —se controló a tiempo de evitar dar exceso de información— y me gustaría que la limpiaras y la dejaras preparada para hacer un buen reportaje fotográfico.

—¿Qué es lo que quieres, venderla?

—Es una posibilidad, pero de momento me gustaría tener pruebas gráficas de toda la belleza que tiene dentro. Y eso sí, si no te importa, y espero que no te sientas ofendido, nos quedaremos aquí contigo hasta que termines el trabajo. No la queremos perder de vista en un solo segundo.

Con el ceño fruncido, Evren y mientras hacía una floritura con el brazo, les dijo:

—Podéis quedaros en mi despacho. Yo estaré en la mesa de trabajo que está justo a la salida.

Oyeron el típico pitido de notificación de mensaje, que provenía sin duda del ordenador de Evren. Desde donde estaban sentados, Swankid vio unas luces que parpadeaban debajo de la mesa de despacho de Evren. Eran del PC que estaba encendido.

Además de la oscuridad del cristal tintado que hacía de separador entre el despacho y el taller, la postura en la que Evren estaba fuera sentado prácticamente de espaldas, hacía que fuera imposible que les pudiera ver, por lo que Swankid dio la vuelta a la mesa y se acercó a la pantalla, que encima de la mesa desprendía el resplandor típico de una pantalla iluminada.

En la barra de tareas vio resaltadas varias aplicaciones y entre ellas el típico icono de WhatsApp. Pinchó y se sorprendió ligeramente al ver el último mensaje, probablemente el causante del pitido. Empezó a leer el hilo del que procedía y le cambió la cara.

—¿Qué te pasa, Rickhart? Parece como si hubieras visto un fantasma.

—Prepárate, tenemos que salir de aquí a toda hostia.

—¿Por qué? ¿No vamos a esperar que termine tu amigo de limpiar el

Crismón?

—No, el muy cabrón nos la quiere jugar y ha informado a alguien de que tiene delante la joya más increíble que se puedan imaginar. Les ha pedido que vengan al taller. Estoy seguro de que quiere quedarse con ella. Tenemos que irnos ya.

—¿Cómo lo hacemos?

—Nos vamos sin más.

Nada más decirlo Swankid se levantó y salió del despacho seguido por Rudy. Extrañado al verlos, Evren ni siquiera tuvo tiempo para reaccionar. Inclinandose sobre la mesa de trabajo Swankid tomó delicadamente la joya y su envoltorio mientras decía:

—Amigo mío, nos acaba de llamar un posible comprador en la zona y necesitamos hacer una gestión con la joya. Cuando terminemos te la traemos de vuelta.

Alargando la mano como intentando recuperarla Evren con una sonrisa forzada le contesto:

—Pero Rickhart, no me ha dado tiempo a...

Ya andando hacia la salida, Swankid, se despidió:

—No te preocupes, esta tarde podrás trabajar con ella todo lo que quieras.

Un tanto perplejo y cabreado, Evren se metió en su despacho, se sentó delante de la pantalla y vio que la aplicación de WhatsApp estaba abierta.

Cortijo Deverís, 28 de Julio.

Hacia ya casi una semana que habían llegado a España. Mark a petición de Emy se había instalado directamente en el cortijo de su padre, que era lo suficientemente grande como para que todos vivieran allí sin molestarse los unos a los otros, ya que tenía dos plantas completamente independientes.

Habían decidido que iban a empezar a buscar algún sitio pequeño para vivir juntos.

—Emy, yo había pensado subir en el coche hasta Valladolid y recoger todas mis cosas en unos dos o tres días, cerrar cuenta bancaria, entregar el piso que tengo alquilado a su dueña, en fin, todas esas cosas que hay que hacer cuando se cambia de aires. Ya no hay absolutamente nada que me mantenga ligado a mi vida anterior, así que quiero empezar una nueva vida aquí en el sur, contigo.

Emy se le acercó y le rodeó la cintura con los brazos mientras el continuó hablando.

—Mientras tanto, tú podías ir buscando un piso bonito o una casita en un sitio agradable. No sé qué es lo que opinas pero a mí me gustaría algo cerca del mar. Tantos años metido en el interior hacen que me sea muy atractivo poder salir al balcón por la mañana y ver el mar. Algo que no esté demasiado lejos del cortijo de tu padre, pero lo suficiente para que estemos independientes.

Sin contestarle Emy soltó las manos de su cintura y las llevó hasta el cuello, para poder besarle más cómodamente.

Todavía estaban abrazados, cuando se oyó el *Stand by me*, de Ben E. King en el móvil de Emy, pero como a los dos les pareció agradable lo dejaron sonar cuatro o cinco tonos. Soltándose de Mark sin ganas ella contestó.

Era Héctor que acababa de llegar a España. Después de hablar durante unos minutos con él Emy sonriendo le explicó:

—Mi hermano ya está aquí, pero me ha dicho que antes de venir al cortijo tiene que pasarse a ver una persona a la que tiene muchas ganas de ver. ¿A que no sabes a quién?

Ronda. Agencia de viajes, 1 de agosto de 2016.

Héctor tardó casi diez días en dejar todo organizado en la excavación para que Hamil pudiera articular ordenadamente el cierre de la misma en dos o tres semanas. Cuando ya no podía hacer nada más decidió volverse a España. Ya de vuelta en el pueblo, antes de ir al cortijo de su padre, y tras llamar a Emy, salió disparado hacia Ronda, porque tenía algo que llevaba tiempo pensando hacer cuando llegara de vuelta.

Era un día como otro cualquiera para Kathy en la pequeña agencia de viajes y se encontraba completamente absorta tecleando y mirando a la pantalla. Tan concentrada estaba en su trabajo que ni siquiera volvió la cara para mirar quién era el que había hecho sonar las campanillas, que estaban encima de la puerta de entrada y que acababa de entrar en la agencia.

Cuando transcurridos unos segundos miró de perfil, lo único que vio en un primer plano fue un ramo de rosas rojas detrás del cual apenas se veía al portador. Excitada por las expectativas, de las que no había muchas en su pequeña agencia, Kathy ya con una incipiente sonrisa, se levantó y empezó a acercarse al recién llegado. Al ver la mano que sostenía el ramo creyó reconocer la pulsera de cuero trenzado que le había visto puesta a su dueño cuando la visitó la última vez. Un atisbo entre las flores le permitió ver el pelo largo, con lo que sonriendo ya abiertamente al confirmarse lo que su corazón le decía, habló:

—Pues fíjate que había dudado de que fueras un hombre de palabra y no tenía nada claro que tuvieras intención de volver por aquí.

—Debería saber usted, señorita, que los Deverís somos unos caballeros y como tales acostumbramos a cumplir con nuestra palabra.

Retirando con una mano las flores, Kathy atrajo a Héctor, que sonriendo se tuvo que inclinar ligeramente, ladeando la cabeza levemente hacia la derecha, para poder besarla.

Valladolid, 2 de agosto de 2016.

Al día siguiente, Mark salió de madrugada y había conducido bastante rápido, con lo que en menos de cinco horas y media estuvo en Valladolid. Antes de las dos, tenía medio organizado todo para viajar al sur. Tampoco eran tantas las cosas que tenía que llevarse: tres maletas, unos cuantos cuadros y títulos académicos y una docena de libros a los que tenía especial cariño. Había unos cuantos detalles que terminaría de ordenar a la noche. El resto se lo podía quedar la dueña del piso y hacer con ello lo que quisiera.

Ya eran casi las dos y media, cuando llegó a uno de los locales de moda en el centro, al lado de la Plaza Mayor, «La taberna del Herrero». Nada más entrar vio inclinado sobre una vitrina llena de pinchos a un tipo grande, más gordo que fuerte y con una barba importante. Detrás de la barba estaba Germán, su amigo de juventud. Al darse cuenta que alguien entraba éste volvió la cabeza e iluminándosele el rostro con una franca sonrisa avanzó hacia Mark envolviéndole en un abrazo de oso, que era lo que realmente parecía, tanto por su envergadura de antiguo jugador de baloncesto, como por su corpachón forjado por las miles de horas sentado delante del ordenador y las buenas comidas castellanas. Poniéndole la mano en el cuello pero sin soltarle, Germán le preguntó:

—Pero qué pasa, chavalín, o sea que llevamos toda la vida en Pucela y te tienes que ir al sur para que nos veamos. Ya me contarás quién ha sido la culpable, gorrión.

Tras unos rápidos intercambios sobre lo que habían estado cada uno haciendo los últimos meses que no se habían visto, bajaron al comedor donde tenían reservada una mesa en la esquina del salón.

Germán había sido y era el mejor amigo que Mark había tenido en Valladolid. Eran compañeros de promoción y habían estudiado y terminado la carrera juntos. Durante la carrera German jugaba al baloncesto en el Fórum y sin llegar a ser una estrella del deporte, al menos había podido pagarse la carrera y vivir bastante bien. De todas formas siempre supo que el deporte no iba a ser su futuro, porque ya en tercero de Derecho empezó a adaptar su forma de estudio para presentarse cuando terminara la carrera a la oposición a registrador de la propiedad. Fue una buena técnica y de hecho consiguió ser el registrador más joven de la comunidad de Castilla-León.

Durante años habían estado jugando al pádel un par de veces por semana, pero cuando Mark empezó a salir con Helena, lo dejaron, porque ella se empeñó en que esas tardes era preferible que las dedicara a jugar al golf con ella y además así podían relacionarse con potenciales clientes interesantes, todo lo cual, como Helena decía, era mucho mejor política para el despacho, que «jugar a la pelotita esa, con riesgo de lesionarse». La posesividad de Helena no conocía límites y su idiotez por haberle seguido la corriente tanto tiempo, menos.

—Bueno, macho, cuéntame qué ha pasado para que te hayas decidido, aunque la verdad me parece que estás haciendo lo correcto, al menos profesionalmente. Sabes perfectamente que yo no comulgaba demasiado con la actividad del bufete en el que estabas y menos con la novia que tenías, que era de lo más estirado y tontita de todo Valladolid, independientemente de otros defectos, de los que estoy seguro ya te habrás dado cuenta. Creo que el cambio de aires te va a sentar estupendamente.

—Tú sabes que estaba trabajando completamente desmotivado y sin ningún interés en el bufete. Iba por las mañanas como el que fuera a cumplir con una obligación inevitable, porque no tenía el más mínimo interés en representar a concejales y alcaldes corruptos, amiguetes del que casi llega a ser mi suegro.

—Machote, te has librado de entrar en un clan que tiene un calificativo que los define perfectamente: “los trápalas”. Ibas a ser un triste y un amargado para el resto de tu vida. Bueno venga, cuéntame a quién has conocido.

—He empezado a creer en los azares del destino. Una llamada de teléfono, que me hizo desplazarme al sur repentinamente, ha hecho que conociera a una chica, Emy, y la verdad es que parece que nos llevamos bastante bien. Tanto ella como su hermano y su padre son arqueólogos de cierto prestigio y han hecho recientemente ciertos descubrimientos de interés en Turquía. Hemos pasado juntos por una serie de aventuras casi peliculeras, que te contaré en otra ocasión que tengamos más tiempo, pero ahora, necesito que me hagas un favor, porque como registrador de la propiedad, nadie mejor que tú para ayudarme.

Roma. El Vaticano, 2 de agosto de 2016.

—Buenos días, ¿hablo con Héctor Deverís?

—Sí, soy yo, dígame.

—Soy Ilic Signorile. Hace unos días vivimos circunstancias excepcionales en su excavación arqueológica en Iznik.

—Le aseguro que no lo podré olvidar mientras viva.

—Bien, como recordará, Su Santidad estaba y sigue estando muy interesado en saber los avances que han realizado en la autenticación de los códices que descubrieron en la excavación.

—Sin problema Ilic, puede informar a Su Santidad que la autenticación de los códices va por muy buen camino y que ya nos la han certificado dos de los laboratorios más prestigiosos del mundo con lo cual el porcentaje de duda original ha descendido a niveles sin trascendencia. Si me envía su contacto, le puedo enviar copia de los informes a su correo electrónico.

—Al santo padre le gustaría sobremanera que tuvieran a bien usted, su familia y colaboradores aceptar su invitación para pasar un fin de semana en Castelgandolfo. Les hemos preparado una de las casitas anejas a Villa Barberini, que está justamente al lado de la pequeña casa en la que el santo padre gusta de pasar los calores del verano. Creo que estarán ustedes muy cómodos. ¿Podrían ustedes venir el próximo viernes día cinco? Una vez que me lo confirmen les pediré sus datos personales y teléfonos para poder enviarles las tarjetas de embarque individuales. A su llegada a Ciampino, que está sólo a diez minutos de Castelgandolfo, les recogería un microbús del servicio Vaticano.

—Por mi amigo Fidel y por mí, encantados, pero déjeme que consulte con mis hijos y se lo confirmo esta tarde a éste teléfono.

—Espero su llamada. Gracias.

Sin dejarle apenas tiempo de reacción Swankid a la cabeza y Rudy siguiéndole los pasos desanduvieron a toda velocidad el camino que habían hecho antes hacia arriba hasta la joyería en sentido inverso, llegando en varios minutos frente al gran caballo de Troya donde tenían aparcado el coche en el puerto. Un par de minutos después salían con sus escasas pertenencias al hombro dejando el coche aparcado. Siguiendo a duras penas las grandes zancadas de Swankid, Rudy preguntó:

—Bueno, ¿y ahora, adónde?

—Vamos hacia el embarcadero de Saat Kulesi, desde donde pillaremos la primera barcaza que cruce a la zona europea y bajaremos por la costa hasta Seddul.

—¿Y después?

—Desde allí nos será mucho más fácil pagarle a un barco de pesca que nos lleve a la isla de Lemnos y desde allí pasaremos a Grecia a través de las islas mezclándonos con los turistas de algún crucero, de los que hay muchos en estas islas.

—Si nos han denunciado a la policía y siguen el rastro del coche, llegarán como mucho hasta la réplica del caballo de Troya.

Valladolid, 2 de agosto.

—Hola, Mark, soy Héctor Deverís.

—Ah, Héctor, ¿qué tal? No puedo pasarte con Emy porque estoy en Valladolid. He venido a recoger mis cosas, y además, de paso a hacer lo que me pediste.

—No, no, mejor hablo contigo y tú ya se lo dices a los chicos. Acaba de llamar Ilic, invitándonos a pasar en Castalgandolfo este próximo fin de

semana, durante el cual podremos hablar de todo lo que sea necesario con el Papa antes de tomar una decisión sobre los códigos. Nosotros vamos a volar directamente desde Londres. Me imagino que no tendréis ningún problema en ir vosotros tres para allá, pero que si tenéis algo urgente que hacer, no pasa nada. Vamos Fidel y yo solos.

—Lo que es en cuanto a mí concierne no me lo perdería por nada del mundo y estoy seguro que tus hijos tampoco. Pero te lo confirmo dentro de 20 minutos, en cuanto pueda localizarles.

—Hazlo por favor lo antes posible, porque Ilic nos va a mandar a cada uno de nuestros teléfonos móviles la tarjeta de embarque. Ah, y me alegro que hayas decidido venirte a vivir al sur, te aseguro que no te arrepentirás y además, me imagino que vas a tener buena compañía...

Tras la sonrisa que Mark presumía al otro lado de la línea, concluyó la llamada diciendo:

—Vale, yo mientras tanto seguiré estudiando con mi amigo Germán cómo podríamos organizar el sistema de localización de información que me pediste.

Tras recibir Héctor unos minutos después un mensaje por WhatsApp de Mark en el que le confirmaba que todos estaban disponibles para el vuelo a Roma, adjuntando además los datos de los tres para que se los reenviara a Ilic, lo hizo, tras añadir los suyos y los de Fidel.

Menos de 30 minutos después, recibieron simultánea y respectivamente cada uno su teléfono móvil las tarjetas de embarque: dos vuelos directos desde Heathrow a Roma y tres vuelos de Málaga a Roma.

Héctor se quedó extrañado mirando la tarjeta de embarque y respondió al mensaje de Ilic con una pregunta:

—¿Cómo sabías que estábamos en Londres?

En la respuesta acompañada de un emoticono sonriente, Ilic le contestó:

—Por el típico tono doble de llamada que escuché al llamarte esta mañana. Solamente existe en Reino Unido.

Tuvieron bastante suerte y sólo unos 15 minutos después de haber llegado a la zona de embarque, Swankid y Rudy pudieron subir a uno de los ferris que unía la parte asiática con la europea. Tras un trayecto de menos de una hora estaban en el lado europeo de la provincia turca de Cannakale.

Encontrar un coche de alquiler fue un poco más complicado de lo que se esperaban ya que había demasiada demanda. Después de mucho regatear con un armenio que sin duda habría sido un gran banquero, éste les alquiló un Renault Megane que claramente había conocido tiempos mejores. Le pagaron en efectivo, sin suministrar documentación y con la condición de que lo dejarían al lado de una cafetería determinada del puerto de Seddulhair.

De nuevo al volante, Rudy empezó a salir de la pequeña ciudad para tomar la carretera hacia el sur, en dirección a Seddulhair

51. Motor de esperanza

Valladolid, 23 de julio de 2016.

Mark terminó de recoger bien entrada la madrugada todo lo que le quedaba en el piso en el que había vivido los últimos años. Durante toda la tarde anterior, había estado encerrado con Germán en su despacho del Registro de la Propiedad nº1 de Valladolid, conectados a sendos terminales. Cuando decidieron dejarlo, no porque hubieran terminado, sino porque ya era muy tarde, fueron a picar algo a un garito que estaba ya a punto de cerrar y después Germán se despidió deseándole que encontrara la felicidad en el sur.

Después de dejarlo todo listo, no le dio tiempo a dormir más de dos o tres horas. Mark se puso en marcha hacia Málaga, con pocas intenciones de volver por la ciudad en la que había vivido los últimos seis años.

Tenía por delante casi 800 kilómetros y al día siguiente salían todos hacia Roma. Tenía ganas de ver a Emy.

Mientras cenaban los tres juntos, Héctor le había contado a su hermana, cómo le había pedido a Kathy que se fueran a vivir juntos, y ella había aceptado. Cuando volvieran del viaje a Roma, Kathy se iba a trasladar al cortijo y se iban a instalar en la parte de abajo que era totalmente independiente. A los dos, a diferencia de Mark y Emy, les gustaba más vivir en el campo que en la costa.

Tras un poco menos de las tres horas, que habían estimado duraría el trayecto hasta Seddulhair, ya que apenas habían encontrado tráfico y tampoco patrullas de policía, llegaron al punto que está justo en el extremo sur de la franja occidental de la provincia turca.

Dejaron el coche donde les había pedido el armenio que se lo alquiló y se dirigieron inmediatamente al puerto. Rudy se sentó a comer un *shawarma* y aceitunas en la terraza de una cafetería casi llena de jubilados jugando a algo parecido al "dominó", mientras Swankid se fue en busca de un barco que les quisiera llevar hasta Lemnos.

El profesor se encontraba a sus anchas charlando en turco con los sorprendidos patrones de los pequeños barcos de pesca. Respiró con profunda satisfacción el aire del mar, pensando en cómo iba a cambiar su vida cuando vendiera el Crismón: se acabó el dar clases a jóvenes imbéciles que no apreciaban la suerte que tenían, y esos ideales que con tanto convencimiento había predicado durante años desde los *áureos*, ahora que iban a dar el tan esperado fruto, podían quedarse en eso, ideales. Siempre sería bueno que hubiera idealistas, pero Rickhart Swankid había tenido más que de sobra. Tenía planes muy materialistas para el futuro.

Finalmente consiguió convencer a un desconfiado turcochipriota que con un ojo cerrado para evitar el sol examinó minuciosamente a quien le pedía que le llevara en su barco de pesca. No le gustaba mucho la idea, pero el extranjero que hablaba turco pasablemente bien, le había ofrecido nada más y nada menos que 600 € por llevarle a Lemnos. Eso era lo que ganaba prácticamente en un mes, y no tardaría más de un par de días como mucho en volver.

Un poco menos de una hora después, Rudy y Swankid habían subido en una especie de barco de pesca viejo, renegrido por todos los sitios, con un motor que metía un ruido de mil demonios y que iba soltando una columna de humo negro que recordaba a los antiguos barcos de vapor.

Pasaban unos minutos de las once cuando Héctor y Fidel aterrizaron en el aeropuerto de Ciampino. El avión de los chicos que volaban desde Málaga no llegaría hasta casi una hora después, por lo que se fueron a la cafetería donde pidieron sin muchas ganas un par de expresos para ir haciendo tiempo.

Fue de agradecer que el avión procedente de Málaga fuera puntual y poco tiempo después del aterrizaje, los chicos con unas pequeñas maletas de fin de semana, seguidos de Héctor y Fidel con dos maletas grandes, salieron al exterior del aeropuerto donde la sensación de calor húmedo era aplastante. No eran de extrañar los rostros poco amables de los taxistas, empleados de *rent-a-car*, y de casi toda esa fauna habitual en los aeropuertos. Sudorosos y bajo el implacable sol del mes de agosto en Roma, hacían su trabajo a desgana y sin interés alguno en congeniar con los turistas. Según decían, bastante hacían con trabajar bajo ese calor.

Se les acercó un joven moreno con el pelo muy corto, con camisa blanca y pantalón oscuro, que en un español un tanto italianizado les saludó:

—¿Son ustedes la familia Deverís? El mío nombre es Enrico.

Tras el saludo, les guió hasta un pequeño microbús, que llevaba un discreto escudo del Vaticano y estaba estacionado precisamente en la zona de prohibido parar y aparcar.

En menos de quince minutos recorrieron la distancia que separaba al aeropuerto de Ciampino y Castelgandolfo. Enrico muy amablemente les ayudó a instalarse en una pequeña casita que estaba justamente al lado de la famosa villa Barberini.

Una vez que dejaron su escaso equipaje en los dormitorios que respectivamente les habían asignado, bajaron todos al salón de la casita de dos plantas, donde les esperaban el conductor e Ilic que extendiendo los brazos, como si fuera un sacerdote en misa, les dio la bienvenida:

—Estimados Héctor y acompañantes, quiero darles en nombre del santo padre la bienvenida a Castelgandolfo. Espero que estén ustedes cómodos. Si les hiciera falta cualquier cosa, por favor no duden en llamar a Enrico. Les ha dejado su teléfono en la mesita de la entrada. El santo padre me ha pedido que les sugiriera que disfruten hoy del día haciendo un poco de turismo por el

bellísimo pueblo de Castelgandolfo, y que mañana a mediodía vendrá desde Roma para comer con ustedes y poder después hablar sobre el asunto que les ha traído a Roma. Si les parece bien, la comida tendrá lugar a partir de las 13 horas.

—Bien, sin problema, y ¿adónde debemos dirigirnos?

—Justamente a la casita de al lado. Es exactamente igual que ésta y es la que ocupa el santo padre cuando viene a Castelgandolfo.

La curiosidad de Emy no se hizo esperar.

—Pero, ¿no pasa el papa sus vacaciones de verano en eso que llaman la *Residenza papale*, el famoso palacete?

—No, no. El papa Santiago desde que empezó a su pontificado decidió que no quería pasar los veranos en Castelgandolfo. Dice que está perfectamente en Roma y no le hacen falta vacaciones de ninguna clase. Así que cuando viene aquí, suele estar unas diez o doce horas como máximo y siempre vuelve a dormir a Roma.

Se hizo un silencio durante unos segundos hasta que Ilic retomó la conversación.

—Si me permiten recomendarles un lugar agradable para ir a comer, les aconsejaría que se acercarán a la *Trattoria da Teo*, en la *Piazza de la Libertá*. Está justo al lado de la *poste*, o sea, correos. Es un pequeño restaurante que solamente tiene ocho o diez mesas. La propietaria doña Tomasina sin duda les va a ofrecer la mejor comida italiana que hayan comido nunca. No tiene carta. Ella les dirá lo que tiene para comer y se lo servirá directamente.

Fidel se acercó a Ilic y le estrechó durante unos segundos la mano mientras le decía con una sonrisa:

—Gracias por el consejo, Ilic, mañana nos vemos a la una. Estoy deseando hablar con el santo padre.

Con una pequeña mochila a la espalda y llevando de la mano Mark, a quien se veía encantado dejándose llevar por ella, Emy dijo:

—Venga, vamos a hacer un poco de turismo.

La verdad es que parecían un grupo de turistas más que, un tanto despistados, inmediatamente se mezclaron con el folklore humano que invadía Castelgandolfo.

El hijo del turcochipriota era un mozalbete de unos 17 o 18 años de profundos ojos negros y pelo ensortijado, que llevaba el timón del barco desde dentro de la cabina. No le hacía ninguna gracia que su padre se hubiera avenido a la petición de los infieles. Faruk no soportaba la presunción y altanería de los turistas y en general de ningún infiel, ya que les culpaba directamente de todos los males que sufría la *umma*, la comunidad musulmana mundial. Algún día se lo haría pagar.

No paraba de mover la cabeza intentando mirar a través de unos cristales que entre el salitre y la suciedad habían perdido casi completamente la cualidad de transparencia. El joven miraba de forma un tanto aviesa y no se perdía detalle de los movimientos tanto de Rudy como de Swankid. El primero se sentó en una de las partes cercanas a la proa entre unas cajas vacías mientras que Swankid deambulaba a pasitos cortos por la proa intentando mantener el equilibrio.

El joven patrón se dio cuenta de que el individuo con gafas parecía nervioso y además no soltaba absolutamente para nada una bolsa que llevaba colgada al hombro y, de hecho, llevaba siempre una mano colocada por encima de la misma, como para evitar que se abriera.

El joven se preguntó que contendría aquella bolsa para que aquel tipo la protegiera de esa manera.

Mientras andaban, Emy iba contando lo que leía en la Wikipedia en su móvil:

—La maravillosa localidad de Castelgandolfo que alberga la residencia de verano de los papas desde hace varios siglos fue construida por el Papa Urbano VIII en el año 1626. Su enclave privilegiado justo al lado del lago Albano y muy cerca de Roma la hacían un sitio muy deseable para poder huir de los terribles calores estivales de Roma, ya que el frescor del lago y la altura de unos 400 metros por encima del nivel del mar, la convertían en el

lugar de descanso ideal. Solamente el terreno que tiene la residencia papal es más grande que todo el Vaticano. Con casi 55 hectáreas de terreno. Eso, ¿cuánto es?

—Eso son más de medio millón de metros cuadrados —contestó sonriendo Mark. —Anda, sigue contándonos cosas.

—Alguno de sus jardines fueron proyectados por Bernini e incluso tiene una explotación agraria con vacas y gallinas que sirven productos frescos al Vaticano. ¡Joder con los curitas, cómo se lo montan!

Mark consideró necesario hacer un comentario:

—El papa Santiago viene poco, porque no quiere que se le relacione con la opulencia que aquí se respira. Esa opulencia que proviene de tiempos pasados y que tan mal vemos todos en tiempos de escasez como los actuales.

—Pues sí, aquí dice exactamente eso. ¡Estás puesto, eh! No sabía yo que supieras tanto de religión. No habrás pasado por un seminario, ¿no? —dijo Emy entre risas.

Después de un agradable paseo por estrechas calles adoquinadas de paredes blancas, llegaron a la *Piazza de la Libertá*. Enseguida vieron *la poste* como había llamado Ilic a correos, y casi al lado estaba el pequeño restaurante que les había recomendado. No se veía ni siquiera el nombre, ya que lo tapaban las ramas de un pequeño árbol. Lo único que se veía claramente era el letrero en uno de los laterales de la puerta que decía “*Cucina italiana*”.

Al entrar comprobaron que era un local pequeño con pocas pretensiones de estilo y que había intentado permanecer fiel a las viejas tradiciones de las típicas *trattorias* romanas.

Sin embargo el sencillo ambiente era muy agradable. Aromas de orégano y tomate junto a una suave música italiana de los años setenta de fondo lo hacían muy acogedor. Todas las mesas eran pequeñas, exceptuando un par en las esquinas que eran un poco más grandes. Las mesas tenían todas los clásicos manteles de plástico de cuadritos rojos y un pequeño florero con dos claveles. Al verles un tanto despistados, enseguida se les acercó un joven delgado con largas patillas y coleta, que parecía bailotear entre las mesas. Ésta vez fue

Fidel quien les sorprendió dirigiéndose al camarero:

—*Un tavolo per cinque, prego.*

—*Venga con me.*

El joven les llevó hasta una de las esquinas e indicó la mesa mientras decía:

—*Poso voi prendere qualcosa da bere?*

—*Cinque boccale di birra. In quindici minuti si può prendere i comandi.*

Mientras se sentaban a la mesa, Mark mirando a su tío le dijo:

—No me acordaba de que habías estado un año en Florencia.

Con una sonrisa de oreja a oreja Fidel le contestó:

—Puede hacer tranquilamente más de veinte años que no digo una palabra en italiano. Le he pedido que nos deje tranquilos quince minutos.

Una vez que pudieron refrescarse con la espumosa cerveza rubia que les trajo el camarero, y mientras mordisqueaban los *grissini* y aceitunas que había puesto sobre la mesa, Fidel se dirigió a todos en tono serio:

—Como sabéis todos, estamos aquí por petición del Vaticano que tiene mucho interés en que de alguna manera negociemos con ellos la posibilidad de no hacer público por el momento los códigos que hemos descubierto en Iznik, y muy en especial el código de Lisandro.

—Sí, si ya hablamos de ello cuando estábamos en Turquía. Pero nosotros somos arqueólogos y nuestra obligación es dar a conocer al mundo aquello que descubrimos.

Héctor le puso la mano encima del antebrazo a su hija diciendo:

—Emy si no te importa, deja a Fidel que hable y luego ya decimos cada uno lo que queramos.

Tras esta breve interrupción, Fidel continuó:

—Héctor y yo hemos hablado mucho sobre este tema en estos diez o doce días, que hemos estado primero en Suiza y luego en Londres. De lo que ahora tenemos absoluta certeza es que tanto el código de Lisandro, como la Biblia de Constantino o el «Libro de los libros», son auténticos y fueron escritos entre el año 315 y el 330 d. C. No cabe ninguna duda en cuanto a la vitela o piel en la

que están escritos, ni con respecto a la tinta utilizada se refiere. Además el contenido objetivo cuadra perfectamente desde un punto de vista histórico con múltiples otras fuentes verificadas.

Su sobrino le medio regañó socarronamente.

—Fidel, chato, que a nosotros no nos tienes que convencer de nada...

—Vale, pues una vez establecida la premisa anterior, me gustaría que os imaginéis por un momento las consecuencias de hacer público el descubrimiento de los códigos, habida cuenta de la publicidad que diez minutos después tendría en todos los medios del mundo. Los enemigos de la Iglesia, los no creyentes, ateos, los musulmanes, tendrían la justificación perfecta para colaborar en la destrucción de 2000 años de historia. Posiblemente sería el comienzo de la desaparición del cristianismo tal y como lo conocemos. Independientemente de la actitud religiosa de cada uno, creo que estaremos todos de acuerdo en que si comparamos los activos o el bien que la Iglesia hace en el momento actual, con lo que de malo pueda tener, parece claro que hace mucho más de lo uno que de lo otro y como sabéis, o al menos Mark y Héctor saben, a pesar de ser sacerdote soy muy crítico con la Iglesia. Parece evidente que la Iglesia está viviendo en la actualidad sus horas más bajas a lo largo de la historia del cristianismo, sobre todo porque no ha sabido adaptarse a los cambios de la sociedad. El único soporte de crecimiento exponencial que tiene en la actualidad se encuentra en el hemisferio sur, América, África, etc. En definitiva, en aquellas zonas de gran pobreza y falta de cultura. Pero precisamente es en aquellas zonas en las que la religión está ayudando a la gente en sus vidas, ya que se convierte en un motor de esperanza. Estamos hablando de cientos de millones de personas que ven en la religión el único consuelo al que abrazarse y al que poder recurrir para sobrellevar las penurias y las miserias de las vidas, que por haber nacido en un lugar determinado les ha tocado vivir. No deberíamos dejar de tener en cuenta que el futuro demográfico del mundo va a depender en una medida muy importante precisamente de la población de ese hemisferio sur. La renovación generacional media en el hemisferio norte es solamente de 1.2, con lo que está claro que en el plazo de cincuenta a cien años si no potenciamos y promocionamos muy activamente una inmigración masiva de los países del

sur, la población del hemisferio norte irá desapareciendo. Por eso precisamente, es preferible que toda esta inmigración del sur al norte se hiciera por personas cuya visión de la vida fuera más cercana a nuestras posiciones y más alejada de cualquier postura radical y violenta. Está claro que una vez que se ha educado a un colectivo humano dentro de un entorno religioso o cultural determinado, los individuos suelen tender incluso involuntariamente a mantener los valores aprehendidos como inspiradores de comportamientos a lo largo de sus vidas.

Emy saltó:

—¡Pero eso es usar otra vez la religión para manipular de alguna manera a la gente!

—Sí, en parte tienes razón, pero sólo hasta que adquieran un nivel de vida, de sanidad, de cultura, en definitiva, medios que les permitan tomar decisiones con verdadera libertad. Solamente creemos que debemos intentar hacer todo lo posible por mejorar la vida en el hemisferio sur.

Tras un largo trago de cerveza mientras los demás, en completo silencio, le miraban expectantes y terminaban de digerir sus últimas palabras, Fidel continuó:

—Después de haber analizado los pros y los contras de una forma bastante exhaustiva, Héctor y yo hemos llegado a la conclusión de que sería preferible probablemente por el momento, no hacer público el código de Lisandro, siempre y cuando el Vaticano esté dispuesto por un lado a emprender una serie de reformas que tenemos en mente que adaptarían realmente la Iglesia al siglo XXI, y por otro a tomar una serie de grandes decisiones que, estamos seguros, promoverán el servicio de la Iglesia a la humanidad, como nunca antes en la historia lo ha hecho.

A medida que fueron pasando las horas el joven del pelo negro ensortijado observó cómo el pasajero que no había dejado de moverse de un lado a otro, como un perro enjaulado en el barco, desde que salieron del puerto, empezó a cansarse y aprovechando los últimos rayos de sol del día se sentó apoyándose

contra unos fardos de redes y cerró los ojos encarando el oeste.

Faruk sonrió pensando en que esos pasajeros, recostados como estaban y sometidos al pequeño balanceo del barco, se quedarían dormidos en el momento que empezara a oscurecer.

Ese sería el momento que aprovecharía para ver qué era eso tan importante que tenía escondido en su cartera el perro infiel. Cogió por el puño el pequeño cuchillo cuya hoja tenía metida entre el pantalón y la piel debajo de su vieja camisa. Durante unos segundos lo mantuvo en la mano apretando fuerte, mientras en voz baja y con dientes apretados repetía el mantra: *Allahu akbar, Allahu akbar, Allahu akbar, Allahu akbar*.

—Salvando la posible subjetividad, por ser mi tío quien lo ha dicho y dejando claro que en principio me considero un tanto agnóstico, no puedo por menos de decir que estoy totalmente de acuerdo con todo lo expuesto por Fidel.

Héctor preguntó a su padre:

—Oye, papá, ¿qué es exactamente lo que se supone que vamos a pedirle al papa?

—Vamos a pedirle varias cosas, pero para que entendáis la magnitud de nuestras peticiones, quizás sería conveniente que Mark os explicara algo.

Todos se quedaron mirando a Mark, que necesitó un par de segundos para reaccionar y empezar a hablar, pero antes de que lo hiciera, Emy, medio guiñándole un ojo le dijo en voz baja, pero que todos oyeron:

—Así que esos eran los secretitos que tenías con mi padre, ¿no?

Limitando su contestación a una sonrisa, Mark se dirigió después a todos:

—En mi trabajo anterior, además de navegar por las procelosas aguas del derecho penal, parte de mi actividad se desarrollaba en el ámbito de la propiedad inmueble y precisamente una de mis funciones era la de buscar propiedades por España de ciertas casas nobiliarias muy conocidas, que tenían tantas que ni siquiera sabían las propiedades que tenían. En una ocasión le comenté mi trabajo a Héctor padre y por eso me llamó cuando supo que

íbamos a tener la reunión, para que buscara cierta información con la que poder venir a la misma. Lo que queríamos averiguar era si había algún sistema para poder hacer un catálogo de los bienes que la Iglesia tiene por todo el mundo o si estaba hecho. Hay países en los que la presencia de la Iglesia lógicamente será muy pequeña, o países en los que sea prácticamente inexistente, los de ideología comunista, los países musulmanes etc. Pero en toda Europa, América del Norte y del Sur, Australia y en grandes partes de África las propiedades de la Iglesia son prácticamente incalculables. No tenéis más que pensar, que cualquier pueblecito pequeño por muy pequeño que sea, en casi cualquiera de los países de influencia cristiana, tiene una iglesia, un cementerio, una casa del párroco, además de terrenos de todas clases que la Iglesia ha recibido en aquella circunscripción ya sea por herencia, sea por los antiguos diezmos medievales, que ha mantenido hasta la actualidad.

Para que os hagáis una idea de la magnitud que supone solamente la tarea de intentar hacer un catálogo de las propiedades de la Iglesia, os pongo el ejemplo de la información que me dio mi buen amigo Germán, titular del Registro de la Propiedad nº 1 de Valladolid. Estuvimos durante toda una tarde consultando la base de datos del Registro para hacer un cálculo aproximado de las propiedades de la Iglesia, y de las distintas formas de las congregaciones religiosas que hay en Valladolid capital. Encontramos unas 2100 propiedades a nombre de la Iglesia en Valladolid. Si sumamos todas las de los distintos pueblos de la provincia, llegaríamos fácilmente a las 3500.

Si hacemos un cálculo muy aproximado y consideramos que cada una de las 50 provincias españolas con sus 8200 pueblos tiene un promedio solamente de 2000 propiedades, el total de propiedades de la Iglesia en España rondarían los 4.100.000. Pero lo más interesante es que este número no para nunca de crecer.

Emy interrumpió a Mark:

—Pero que pasa, ¿que la Iglesia sigue comprando propiedades? ¿Y con qué dinero?

—Las compran sin dinero.

—¿Cómo?

—El reglamento hipotecario, reliquia jurídica de la primera mitad del

siglo XX, permitía que las propiedades que no estuvieran inscritas en el registro de la propiedad, pudieran inscribirse con un documento expedido por una autoridad pública, y hasta hace sólo un par de meses se consideraba a los obispos como tales. Según los últimos cálculos realizados, se cree que la Iglesia ha inscrito de esta manera a su nombre, en los últimos años, unas 7.000 propiedades en toda España, alguna de ellas tan emblemáticas o simbólicas como la mezquita de Córdoba.

Después de una mínima pausa para dar un traguito de su cerveza, Mark continuó:

—La verdad es que es bastante complicado poder dar una cantidad ni siquiera aproximada de la totalidad de las propiedades de la Iglesia. Lo complica el hecho de que haya tantas diferencias entre países enormes como Estados Unidos y otros muy pequeños. También entre ciudades hay gran disparidad. Por ejemplo, en Roma, según dicen, el 25% de las propiedades pertenece al Vaticano. Pero haciendo una extrapolación mundial con un precio medio sensato, podríamos llegar a un cálculo bastante atrevido del patrimonio inmobiliario de la Iglesia católica. Podría rondar perfectamente el billón y medio de euros, eso sí, billón europeo, no americano.

—¿Qué diferencia hay? —preguntó Emy.

—Un billón europeo es un millón de millones, mientras que el americano son sólo mil millones.

—Bueno, total, las dos cantidades se escapan totalmente a mi comprensión.

—Pues sí, además, ese cálculo aproximado lo es sin valorar ni tener en cuenta las propiedades que son monumentos históricos o patrimonio de la humanidad, que realmente están afectos a la Iglesia, su historia y su actividad. Esto debería ser suficiente base para poder sentarnos a hablar con el Vaticano, ¿no?

No dio tiempo para que nadie contestara porque en ese momento se acercó la que sin duda debía ser doña Tomasina, que en menos de un minuto y en un italiano que incluso a Fidel le costó trabajo seguir, les dijo lo que les iba a traer para comer. Primero les trajo unos *calamari* y varios platos de ensalada, y después el plato de pasta romano por excelencia: *bucatini all'Amatriciana*.

52. Un sonolibro en Castelgandolfo

Aquel sábado amaneció tan caluroso como lo hacían casi todos los sábados del mes de agosto en Roma, pero al menos se sentía una ligera brisa que era la que Ilic buscaba al levantarse a aquella hora. Era una delicia en comparación con el calor de mediodía.

Aunque fuera un desplazamiento muy corto, a Ilic le gustaba salir temprano de Roma para llegar lo antes posible a Castelgandolfo, de forma que cuando llegara el papa, estuviera todo listo para recibirle. Y además hoy tenían invitados a comer. La familia Deverís, que venían con un sacerdote, Fidel Pareo, y el sobrino de éste. Parecía algo sin importancia, pero de la reunión que seguiría a ésta comida, podría depender en gran medida el futuro de la Iglesia.

El papa le había prometido que iría con su chófer hacia el pequeño municipio dando un agradable paseo matutino en coche rodeando despacio el lago Albano. Que intentaría estar antes de las once en la casita contigua a Villa Barberini, en la que gustaba de quedarse, por lo normal y la escasa ostentación que en ella había.

El papa Santiago, que nada más llegar al pontificado le había nombrado prefecto de la Casa Pontificia, según decía porque quería que fuera su secretario personal, siempre le decía que no se preocupara si llegaba un poco tarde. Pero Ilic no podía estar tranquilo pensando en que le pudiera haber pasado algo, por dejarle ir a lo que él llamaba “sus pequeñas excursiones”. Llamó al chófer:

—Giovanni, ¿dónde está?

—¿Prefecto?

—Sí, soy Ilic, dígame dónde está Su Santidad.

—Pues...

—Déjate de tonterías y dime inmediatamente dónde está.

—Como siempre le digo al santo padre, hoy le dije que era preferible que le llevara directamente a la casa, pero nunca me hace caso y me ha dicho que quería dar un paseo. Me pidió que le dejara a la entrada de Castelgandolfo, justamente donde empieza el mercado de los sábados por la mañana.

—Puf, ese mercado es demasiado grande. Vale, salimos a buscarle. ¿Cómo iba vestido?

—Iba vestido exactamente igual que cualquiera de los miles de turistas que hay por el pueblo un sábado.

Al papa Santiago le encantaba pasear. Una de las cosas que menos le gustaban desde que accedió al sillón de Pedro fue el protocolo y la seguridad, que le impedían pasear a sus anchas como siempre le había gustado por pequeñas callecitas e iglesias casi desconocidas de Roma, que le encantaban y le llenaban de paz

Le gustaba mucho como buen argentino hablar con la gente, pero lo tenía prácticamente prohibido para evitar situaciones en las que pudiera ponerse en riesgo su integridad física y, como es lógico, se debía a su cargo.

Cuando iba ocasionalmente a Castelgandolfo, disfrutaba mezclándose con los miles de visitantes que acudían al mercado de los sábados. Era uno de los más grandes de la comarca y le parecía interesante y divertido deambular por los puestos multicolores con la variedad casi infinita de pequeños artículos que ofrecían los vendedores a los turistas, voceando por todos lados, incluso en distintos idiomas, ensalzando los supuestamente maravillosos artículos que cada uno de los comerciantes decía vender. Al papa en definitiva le gustaba participar con la gente en la normalidad de la vida diaria y de la especialidad de un fin de semana en el que todos disfrutaban del mercado.

Hoy el papa Santiago estaba especialmente contento porque le acababan

de dar una muy buena noticia por la que daba gracias a Dios. El obispo Rangieri estaba recuperándose muy bien del cáncer que le habían detectado y estaba respondiendo muy bien a las sesiones de quimioterapia.

Después de pasear durante casi una hora arriba y abajo por el mercado, mirando con cuidado para no hacerse demasiado evidente su presencia, se sintió un poco cansado y le apeteció sentarse a tomar un refresco en alguna de las terrazas adyacentes al mercado.

Se sentó en una pequeña cafetería, mejor dicho una pequeña heladería, y cuando se acercó la camarera, una italiana joven y bonita, como siempre hacía en estos casos, pidió en inglés:

—¿Me puede traer un crocante y un vaso de agua?

En la mesa de al lado se dio cuenta de que había un grupo de personas, todas con gafas de sol, pero al seguir observando vio los bastones blancos. Era un conjunto de invidentes que estaban de excursión. Iban acompañados de dos guías que les iban explicando todo lo que veían.

El que tenía sentado más cerca era un hombre más o menos de su edad, con una agradable sonrisa. Parecían ingleses y de hecho escuchó unas cuantas palabras en inglés, idioma que Santiago hablaba perfectamente aunque con cierto acento, por lo que en un gesto de cortesía le preguntó:

—¿Les está gustando Castelgandolfo?

Esperó durante unos segundos pero un tanto sorprendido, no recibió respuesta alguna hasta que el buen hombre pareció darse cuenta de que le estaban hablando y volviendo la cara ligeramente hacia él, preguntó:

—Perdone, ¿me había dicho algo? Es que estoy escuchando un sonolibro sobre la vida del papa Santiago y estaba concentrado.

El papa intentó contener una sonrisa y después se dio cuenta del poco sentido que tenía hacerlo y sonrió abiertamente. Al volver su contertulio la cabeza vio que efectivamente llevaba un auricular en la oreja derecha.

—Así que está usted escuchando un, ¿cómo ha dicho?

—Un sonolibro. Es como un audiolibro pero completamente dramatizado con música, efectos especiales, etc. La verdad es que lo usamos habitualmente y nos encanta. Pero, ¿que me estaba usted preguntando?

—Le estaba preguntando si les está gustando Castelgandolfo.

—Pues la verdad que por lo que nos va explicando nuestra guía y por las fragancias del romero y del tomillo, así como la cascada de olores, ruidos y voces que por doquier se agolpan en nuestros sentidos, tiene que ser un sitio increíblemente agradable para vivir. Casi me puedo imaginar los colores por todas partes. Pero no hace falta ver para darse cuenta de que es un lugar lleno de vida.

—Me acaba usted de demostrar que cuando perdemos un sentido, Dios nuestro señor de alguna manera nos ayuda a desarrollar los demás, para intentar suplir en lo posible la pérdida de aquel.

Entretenido en la conversación con su nuevo amigo, el papa Santiago no se dio cuenta de que una de las guías se había acercado a ellos y le estaba observando con cara de curiosidad y el ceño fruncido, cuando Santiago por acción del calor se quitó la gorra para enjugarse ligeramente el sudor de la frente. En aquel momento dejó su rostro al descubierto y la guía se llevó una mano a la boca dando un gritito de asombro. Y automáticamente se arrodilló a su lado y le tomó la mano con intención de besársela.

—Levántate hija, por favor.

Le dijo a la vez que se levantaba y le pasaba ligeramente la mano por la cabeza. En cierto modo fue una suerte para el papa Santiago, que aquella terraza estuviera llena, pero solamente de clientes invidentes, todos de la misma excursión del nuevo amigo con el que había entablado conversación.

No sabiendo muy bien qué es lo que iba a hacer, al volver la cabeza hacia la entrada de la calle, suspiró al ver a Ilic que a grandes zancadas se estaba acercando.

Tras despedirse de su amigo y de las guías, Santiago con su gorra de nuevo calada hasta las orejas y acompañado de Ilic y Giovanni, empezó a andar hacia su casita en Castelgandolfo.

Después de la comida en el restaurante de doña Tomasina, Emy y Mark se fueron a dar un paseo por la ribera del lago Albano, mientras que Héctor y Fidel decidieron visitar los lugares emblemáticos de Castelgandolfo, ya que

Fidel tenía bastante interés en ver los restos de la villa de Domiciano, así como la iglesia de San Nicolás que fue construida por Bernini. Y lógicamente no podían dejar de ver el palacio construido sobre el castillo que fue de los Gandolfi y que dio nombre al pueblo para convertirse después en el palacio papal.

Héctor hijo prefirió quedarse en el apartamento porque había conexión wifi y dijo tener que hacer unas cuantas llamadas por Skype.

Al día siguiente, aunque era un poco temprano para el gusto de todos, hacia las doce y media ya estaban preparados cuando Ilic vino a buscarles.

La casa de verano del papa parecía todavía más austera que la que ellos ocupaban. Cualquier idea preconcebida que hubieran podido tener de que la comida iba a estar rodeada de un cierto lujo y opulencia, no podía estar más fuera de lugar. La mesa era una mesa de comedor normal y estaba dispuesta en una zona del salón que realmente le venía un poco justa. Mantel y cubiertos muy de diario, les dieron a entender que el papa Santiago no era amante de lujos innecesarios. La mesa estaba puesta para siete.

Ilic les ofreció un aperitivo y mientras se lo bebían el papa entró y saludó personalmente a cada uno de ellos.

Solamente había una persona atendiéndoles que hacía las veces de cocinera y de camarera, aunque Ilic la ayudaría a traer los platos de la cocina.

Sin mucho preámbulo más, se sentaron todos a la mesa e inmediatamente el papa bajó la cabeza y bendijo los alimentos que iban a tomar.

La comida fue normal y sin pretensiones: tres *insalata capricciosa* para compartir y como plato fuerte *tagliattele vongole e funghi*.

Durante la comida hablaron solamente sobre lo que habían podido visitar en Castelgandolfo. Cuando llegó el postre, una especie de tubos hechos de una masa frita, rellenos de crema pastelera, el papa sonriendo comentó:

—Les aseguro que no pueden ustedes comer otro *cannoli siciliano* como el que hace Rosa. La receta era de su tatarabuela.

La cocinera orgullosa ante el comentario se quedó durante unos segundos

observando reacciones y volvió a la cocina satisfecha.

Después del postre y rechazado por todos el ofrecimiento de Ilic de tomar un licor, se sentaron en torno a una mesa baja, en la esquina opuesta del salón, rodeada por dos sofás bastante cómodos.

Cuando estuvieron todos sentados, Ilic, trayendo una especie de caja de madera, les pidió:

—No se lo tomen a mal, pero si no les importa, les agradecería que apagaran los móviles y los depositaran en ésta caja. Los podrán recoger una vez hayamos terminado de hablar.

Todos se miraron entre sí, pero casi movidos por un resorte común, obedecieron sin comentar nada al respecto. Todos pensaron lo mismo. Lo que iban a hablar no podía salir de allí.

A continuación, Ilic dejó la caja en una cómoda a un par de metros de los sofás y presionó un botón en la parte trasera de la misma. Aunque no hubieran apagado los móviles, no entraría ni saldría onda sonora alguna de la caja, que siguiendo el espíritu de la jaula de Faraday, había quedado completamente aislada electromagnéticamente bloqueando cualquier señal.

Después colocó una especie de *router* o algo parecido en el centro de la mesa y presionó el encendido, con lo que una lucecita verde empezó a ir de un lado a otro del aparatito.

Fue Mark el que le preguntó

—¿Qué es? ¿Algún inhibidor de frecuencia?

—Sí. Santo padre, cuando quiera podemos empezar.

Héctor y Fidel pidieron a Ilic unas botellitas de agua y tras aclararse un poco la garganta, Héctor se dirigió a su anfitrión:

—Papa Santiago, queremos agradecerle...

Éste le interrumpió para decirle:

—Si les parece, vamos a olvidarnos de los tratamientos formales en ésta reunión, y en el día de hoy podemos llamarnos por nuestros nombres de pila.

—Bien. Santiago, entonces antes de nada, queremos agradecerle su hospitalidad. En segundo lugar, como ya le habrá comunicado Ilic, hemos procedido a la autenticación totalmente fehaciente tanto del código de

Lisandro como de la Biblia de Constantino o el «Libro de los libros». Los dos institutos tecnológicos en Suiza y en Londres que han autenticado los códices son los más reconocidos por la comunidad científica. Han usado en sus análisis tanto el sistema radiométrico tradicional como la espectrometría de masas con aceleradores para conseguir la datación radiocarbónica más fiable.

Miró a Fidel y luego Ilic al tiempo que continuaba:

—Fidel envió al correo electrónico de Ilic una copia de los certificados para que pudieran consultarlo.

Ilic confirmó:

—Sí, uno de los científicos que colabora con la comisión pontifica de arqueología sagrada los ha estado estudiando y confirma su bondad, de lo que ya he informado al santo padre.

Considerando el papa que todos esperaban su intervención, no los hizo esperar:

—Entonces Héctor, Fidel, jóvenes, ¿habéis reflexionado sobre la conversación vía Skype, que tuvimos en la excavación?

Tomó el testigo Héctor Deverís padre, que se adelantó ligeramente en el sofá para poder contestar:

—Sí, Santiago, hemos discutido mucho sobre la situación. En un lado de la balanza hemos colocado la obligación que como arqueólogos tenemos para con el resto del mundo, de informar y difundir nuestro trabajo en cuanto a las nuevas evidencias históricas que supone.

Fidel tomó el testigo y continuó:

—Y en el otro lado de la balanza, hemos colocado la obligación que también tenemos, aunque sólo sea moral, de no perjudicar a una parte muy importante del mundo, para la cual la Iglesia es un refugio y un estímulo que cada día les permite sobrellevar sus vidas en esos entornos de miseria, pobreza y enfermedad. Sabemos que si hacemos públicos los códices, posiblemente estemos hiriendo de muerte a la Iglesia y no tenemos nada claro que pueda sobrevivir al cataclismo que supondría conocer sus verdaderos orígenes y que todo lo que ha contado a lo largo de veinte siglos era falso.

El santo padre tomó la palabra en su intención de argumentar el planteamiento de Fidel:

—No voy a entrar en discusiones sobre falsedad o certeza, pero ¿qué creen ustedes que empezaría a pasar en las iglesias, si las misas empezaran a dejar de tener sentido para los fieles, por comprobar éstos a la luz de éstos nuevos descubrimientos, que los orígenes de la religión eran falsos? Mucha gente vive soñando con esa vida futura mejor que la que están viviendo, que les promete la Iglesia y eso les permite vivir la pobre vida que les ha tocado con esperanza. El creyente que está a punto de morir, y muchos se vuelven creyentes en ese momento, tiene la esperanza puesta en la resurrección que predica la Iglesia. Todos tenemos la esperanza en una vida más allá de la muerte. ¿Es preferible privarles de la inocencia de esa esperanza, haciéndoles morir en la desesperación de que todo se acaba, o es por el contrario mejor dejarles morir en la tranquilidad que les producirá el pensar que no van a desaparecer absolutamente después de la muerte?

Ninguno de los presentes quiso replicar al santo padre y durante casi medio minuto estuvieron en absoluto silencio. Transcurrido ese momento de reflexión fue Mark el que intervino:

—Está claro y todos estamos de acuerdo, en que independientemente de que tengamos el soporte científico para hacerlo, no tenemos apoyatura moral que sancione el tomar la decisión de cambiar la vida de muchos cientos de millones de personas, quitándoles ese consuelo y aliento de esperanza, que les permite encarar la vida con una cierta ilusión. Al menos hasta que todos esos países del hemisferio sur consigan evolucionar y colocarse en plano de igualdad con los países del hemisferio norte, quizás deba la verdad científica, sacrificar su exactitud en aras de esa inocencia.

Fue Fidel, quien por sentirse personalmente obligado, el que continuó:

—Pero por otro lado, si la Iglesia quiere continuar siendo una institución eficiente y continuar con la importante labor que hace en el mundo, en primer lugar tiene que adaptarse a los cambios de la sociedad. Ya no vivimos en la Edad Media entre monarquías absolutas en las que la Iglesia floreció y parece querer seguir perviviendo. Hay dos condiciones fundamentales, que hemos consensuado entre nosotros, que son absolutamente necesarias para que no hagamos público ninguno de los códigos. En el plano puramente religioso

vamos hacer una lista de aspectos que han de empezar a ser cambiados en la Iglesia de forma paulatina. Santiago, usted sabe perfectamente cuáles son esos aspectos, porque de hecho ya ha empezado a realizar cambios en la medieval estructura de la Iglesia, tropezando como no podía ser de otra manera con los sectores conservadores de la Iglesia. Con nuestra propuesta ya no van a ser simples tropiezos con los ultraconservadores, sino que nos tememos será una guerra abierta y encarnizada, en la que nosotros estaremos siempre de su lado. En un documento, que antes de venir hemos enviado al correo electrónico de Ilic, se mencionan los cambios, cuya consecución en unos plazos medianamente razonables deben conseguirse. Los más importantes: primero, debe desaparecer el celibato obligatorio de los sacerdotes, que como todos sabemos tantos problemas ha traído y que en tan comprometida situación está colocando a la Iglesia. Diariamente leemos en los periódicos noticias sobre sacerdotes pedófilos. Creo que todos estaremos de acuerdo que ir contra la naturaleza no tiene ningún sentido y si los sacerdotes pudieran tener una vida más normal, teniendo la posibilidad de elección, posiblemente podrían comprender mucho mejor la vida de pareja y otros valores de los que predicán sin conocer. Quizás el voto de pobreza y servicio a los demás sea mucho más importante para la sociedad que el de castidad, que tan poco natural es.

Segundo, la Iglesia debe abandonar su discurso contrario las campañas de control de la natalidad en los países no ya pobres, sino paupérrimos. Como todos sabemos, muchos niños no deseados en el seno de algunas familias de países pobres como la India, acaban en muchas ocasiones en el cubo de basura, por ser totalmente incapaces los padres de poder ofrecerle lo más mínimo a la nueva criatura.

Ilic intervino un tanto airado:

—Pero ustedes saben que la renovación generacional en el hemisferio norte es terriblemente baja con lo que, si no obtenemos en las próximas décadas, una multiplicación en la tasa de inmigración de los países del sur, la vida en hemisferio norte se tornará muy complicada e inviable económicamente, porque simplemente no habrá recursos humanos suficientes para su manutención.

—Estoy de acuerdo contigo Ilic, pero se hace necesario un cierto control

de la natalidad, que lógicamente tiene que ir acompañado de medidas de promoción social. Pero esto entraría formar parte de nuestra segunda petición. Con seguridad, estos dos puntos serán los que reacciones más virulentas produzcan en el seno de la Iglesia y serán sin duda en los que su santidad tendrá que imponer su autoridad espiritual y su jerarquía. Hay otros cuantos puntos en nuestra lista, pero tienen carácter menor con respecto a estos primeros.

En actitud un tanto beligerante, Ilic continuó:

—Lo que están ustedes proponiendo podría perfectamente entenderse como un intento de chantaje.

—Entiendo tu obligación de contestar así Ilic, pero no es ni mucho menos nuestra intención. Lo que pretendemos es precisamente ayudar a la Iglesia para ser realmente un elemento de beneficio social a escala mundial.

—¿Y cuál esa otra condición que queréis imponer a la Iglesia?

—En esencia, sería simplemente la misma exigencia que en la Biblia se hace en la parábola de los talentos. La sociedad a lo largo de historia ha confiado al Vaticano una serie de “talentos de oro”, entendiendo como tales los bienes de todo tipo, clase y orden que a lo largo de dos mil años se han ido incorporando al patrimonio de la Iglesia. Esos *talentos de oro* siempre tenían o deberían haber tenido en su origen una función clara a cumplir dentro de la Iglesia: exclusivamente dedicarse a realizar sus fines que, en definitiva, no son más que saciar el hambre del hombre:

saciar su hambre en el plano puramente físico,

saciar su hambre de educación y cultura,

saciar las infinitas formas de hambre que se dan en el mundo actual

y, en último lugar, saciar su hambre espiritual.

—Consideramos y creo que la postura tiene decenas de millones de adeptos, que la Iglesia ha hecho una dejación clara de sus funciones, dedicándose a acumular riquezas, de cuya existencia ni siquiera tiene constancia, por su desidia administrativa, mientras millones de personas mueren anónimamente. Y ya les adelanto que nuestra petición, aunque pueda verse como similar a la de Anthony Quinn actuando como el papa Cirilo I en la película *Las sandalias del pescador*, es mucho más realista y prosaica.

Se oyó el zumbido de un teléfono. Ilic no tuvo que meter la mano en el bolsillo de su chaqueta para saber que le estaban llamando. Levantándose, se disculpó.

—Tengo que salir un momento, disculpadme Santidad. En menos de un minuto estoy de vuelta.

Ante la sorprendida mirada de todos los presentes, Ilic se dirigió a la puerta sacando al móvil que no dejaba de vibrar.

53. Donato Bonaventura

El Vaticano.

El cardenal Callodgero estaba sentado en un pequeño patio interior acristalado, en una de las alas de la zona de formación. Estaba sentado en una incómoda silla de madera plegable, mientras se masajeaba los pies descalzos con las piedrecitas, que en una capa uniforme ocupaban todo el suelo.

Estaba rodeado de plantas y precisamente a esa hora entraba el sol en el pequeño patio, aunque sólo durante unos treinta minutos. Le encantaba descansar allí sus artríticas articulaciones, con los ojos cerrados y el rostro al sol, mientras escuchaba por sus auriculares inalámbricos, uno de los audiolibros dramatizados que tanto le gustaban. El tono *in crescendo* del *Ave María*, empezó a sacarle de su pequeño descanso. Mirando a la pantalla, dudó al no reconocer el teléfono que llamaba, pero la curiosidad le pudo:

—*Pronto*

Su interlocutor empezó a hablar sin parar durante casi un minuto:

—Eminencia, soy Alfredo, Alfredo Denese. Estoy en una prisión turca y no se puede imaginar vuestra eminencia el trabajo que me ha costado poder hablar con usted. Después de casi una semana de estar aquí, conseguí que llamasen al abogado del consulado italiano en Estambul y vino a verme. Se llama Donato Bonaventura y es el único enlace que tengo con el exterior. Le agradecería mucho a su eminencia que proveyera de fondos a Donato, para que me los haga llegar, ya que la única forma que tengo que salir de aquí es sobornando a alguno de los guardias. Si tengo que quedarme aquí hasta el

juicio, pueden pasar dos años Necesito urgentemente su ayuda, eminencia.

Después de unos segundos de absoluto silencio, que para Alfredo se hicieron eternos, el Cardenal Callodgero contestó:

—Alfredo, ya nos informó Ilic Signorile, el secretario del santo padre, de su situación, que de verdad aquí todos lamentamos. Pero como usted sabe, poco podemos hacer desde el Vaticano por usted, aunque ya nos gustaría.

—Pero eminencia...

El cardenal Callodgero presionó un botón en su móvil, que generaba una onda interferencial de bajo nivel, que imposibilitaba la grabación de su conversación. A partir de aquel momento, si había alguien interesado en hacerlo, no podría.

—Alfredo, ahora puedo hablar. Nos fallaste y lo sabes. Nos juraste que estabas seguro de poder conseguir el Crismón sagrado de Constantino. Sabes que las arcas de nuestro movimiento estaban muy necesitadas de la magnífica proyección económica que habría supuesto el Crismón para continuar con la labor del Señor, y tú lo has estropeado todo. Te aconsejo que aproveches este tiempo de reflexión que Dios te ha dado para orar y pedir perdón al Señor por haberle fallado.

Alfredo quedó mirando el teléfono tras colgarle el cardenal Callodgero, completamente perplejo durante unos segundos. El funcionario que ya pensaba en el dinero que le sacaría a este infiel, le preguntó en un inglés bastante bueno para ser turco:

—¿Has recibido el dinero? Si no lo consigues, se te va a hacer la vida aquí muy, muy difícil.

—Sí, sí, sin problema. Dentro de unos días me lo hará llegar.

Antes de darse la vuelta para ir de nuevo al patio a vegetar unas cuantas horas hasta la hora de cenar, dijo al carcelero:

—Oye, Évran, tengo que hacer otra llamada. Es muy importante.

Mientras se atusaba un grasiento bigote, el turco, que perfectamente podría haber sido un guerrero otomano de otros tiempos, le contestó:

—Hazla.

Mientras buscaba en su móvil, Alfredo sonrió para sus adentros: si

Callodgero y sus amigos querían olvidarse de él, le tocaba empezar otro juego. Tenía que salir de la cárcel como fuera. Se puso nervioso cuando iban ya cinco tonos de llamada, pero finalmente, sin dejar contestar a quien llamaba, pudo decir:

—¿Prefecto Signorile?

—Sí, Ilic Signorile al aparato.

—Soy Alfredo Denese.

—Alfredo, vaya, vaya. Parece que ya has aprendido a culebrear en la cárcel turca. Te vendrá bien porque vas a pasar allí un tiempo considerable.

—Ya, ya, pues de eso precisamente quería hablarle. Tengo una propuesta que hacerle.

Durante unos segundos Ilic estuvo pensando en colgar, pero no lo hizo. Entonces Alfredo supo que tenía posibilidades.

—Sí, es una propuesta, que le aseguro le va a interesar muchísimo.

Sin muchas ganas, pero espoleado ya por la curiosidad, Ilic dejó caer:

—Bien, ¿de qué se trata?

—Estoy en disposición de darle una lista completa de la infraestructura del movimiento dentro del Vaticano que quiere deshacerse del papa Santiago. Tengo los datos de todos los cardenales que están de acuerdo en conseguir que de una manera u otra abandone el sillón de Pedro. También puedo informarle de los elementos externos al Vaticano que van a participar en la ejecución material, si ésta tuviera que llevarse a cabo fuera de la Santa Sede.

Ilic rompió su pequeño silencio de reflexión preguntando agresivamente:

—Y ¿qué es lo que quieres a cambio?

—Quiero salir de aquí. Y para eso me hace falta sobornar a un funcionario. Me podría hacer llegar el dinero a través del abogado del consulado italiano Donato Bonaventura. Pero si se lo da, que sea en un sobre lacrado, con algún sello inocuo. Que el abogado no pueda ver el dinero.

—Me lo pensaré. Dame uno de los nombres en prueba de tu buena fe, de la que como comprenderás, tengo suficientes razones en dudar.

—El cardenal Callodgero. También necesitaré algo de dinero para empezar en algún sitio nuevo.

—Hablaemos.

Menos de un minuto después Ilic entró en tromba en el salón y de cinco rápidas zancadas se sentó en su sillón, al tiempo que, mientras pedía disculpas de nuevo, miraba fijamente a los ojos del papa, que dijo:

—Bien, Mark. Continúa, por favor.

—Me imagino que todos conocéis la fundación privada de caridad más famosa del mundo, que fue creada por Bill Gates. Siendo como es uno de los empresarios más ricos del mundo, no ha dudado en donar el cincuenta por ciento de su patrimonio, 34.500 millones de dólares, a la fundación que ha creado.

El papa apuntó:

—Conocemos muy bien los logros de la fundación de Bill y Melinda Gates, ya que colaboramos estrechamente con ellos en alguno de sus proyectos. De hecho, estuvieron cenando con nosotros hace unas semanas. Les tenemos en muy alta estima.

—Estupendo. Pues entonces, cuando terminemos de explicársela entenderán perfectamente nuestra propuesta: intenten visualizar, aunque sólo sea por un momento, que se pudiera crear una fundación cuyo capital fuera diez o quince veces el de la fundación de Gates, ¿Es capaz de imaginarse Su Santidad lo que podría hacer esa fundación por esos millones de personas que lo necesitan en el mundo? En cinco minutos les daré los datos para que puedan hacerse una idea.

—Todo eso que estás diciendo Mark me parece magnífico y comparto en parte tu planteamiento, pero si tus tiros van por ahí, ya te adelanto, que el patrimonio de la Iglesia está adscrito a sus fines y que por lo tanto en su mayor parte no puede enajenarse y por tanto hacerse líquido.

—Discúlpeme santidad si le contradigo, pero la mayor parte del patrimonio inmobiliario de la Iglesia está ocioso. El tipo de propiedades que la Iglesia tiene por todo el mundo es tan variado, que no solamente el 20%, sino incluso hasta el 80% podría hacerse líquido sin ningún tipo de problema y sin afectar a los fines de la Iglesia en forma alguna. Piense Su Santidad que probablemente entre el 10 y el 15% de la tierra de valor para la agricultura y

ganadería del mundo, del entorno geográfico que podemos considerar como cristiano, pertenece a la Iglesia. Hay ciudades que son emblemáticas como Roma en las que como usted sabe una de cada tres propiedades pertenecen a la Iglesia. Por supuesto que no estamos hablando de grandes monumentos sagrados ni de grandes obras de arte, que como ya hemos dicho se consideran parte del patrimonio de la humanidad y por lo tanto son intocables, sino de cientos de miles de propiedades distribuidas por todo el mundo que no tienen nada que ver de forma directa con los fines de la Iglesia. Como usted creo que sabe muy bien, en la gestión de ese patrimonio reina en el caos por doquier y mucho nos tememos que los rendimientos de todos esos *talentos de oro* estén siendo utilizados en beneficio propio por un puñado de representantes legales, en los ámbitos locales o nacionales.

El silencio de todos, como prueba de su atención, con un cierto grado de aquiescencia, dio a Mark el impulso para seguir:

—¿Quiere, Su Santidad, mayor prueba de la inoperancia de la gestión de ese patrimonio, que el hecho de que ni siquiera exista un catálogo del mismo? ¿Podrían identificar con sus datos registrales y catastrales, las 2100 propiedades que la Iglesia tiene, no sé, en Valladolid capital, por ejemplo?

Sin dejar mucho tiempo para que le contestaran, Mark continuó:

—Aunque los cálculos son muy aproximados y lógicamente la extrapolación mundial no es perfecta y el margen de error puede ser medio, el capital que podría representar hacer líquido el 20% del patrimonio inmobiliario de la Iglesia estaría por encima del cuarto de billón de euros. Billón europeo, no americano. Es decir, aproximadamente doscientos cincuenta mil millones de euros. Se hace difícil incluso imaginar lo que una fundación con ese capital, bien gestionado, podría hacer.

Era el momento perfecto. La noche ya cerrada, cerca de la una de la madrugada y su padre roncaba en el camastro que tenían en la cabina inferior. Los dos extranjeros dormitaban en la cubierta tapados con lonas. El infiel, aunque dormido, seguía agarrando la bolsa, que en parte tenía metida debajo

del costado.

Faruk colocó el destornillador entre las dos cabillas del timón y lo ancló, como siempre hacía cuando tenía que ausentarse de la cabina, en uno de los muchos agujeros que tenía el primitivo tablero de mandos. La mar estaba rizada, pero navegando como lo estaban haciendo, a menos de quince nudos, no planteaba ningún problema que dejase solo el timón.

Se acercó sigilosamente hasta el *kafir* y cuando llegó a su lado comprobó por su respiración que estaba dormido. Entonces con mucho cuidado empezó a tirar de la bolsa que el hombre tenía atrapada entre las manos y el costado. Como la tenía fuertemente atrapada con su cuerpo, a Faruk le falló la paciencia y dio un tirón un poco más fuerte de la cuenta. El infiel abrió los ojos y nada más ver la mano de Faruk agarrando la bolsa le empezó a gritar:

—Suelta mi bolsa, moro de mierda, si no quieres que te arranque la cabeza...

Sin soltar la bolsa ninguno de los dos, se incorporaron forcejeando y ya de pie siguieron tirando cada uno de un extremo de la bolsa, intentando mantener el equilibrio. Faruk con una media sonrisa, pegó un tirón fuerte con las dos manos y mientras Swankid, desequilibrado por su efecto, pero sin soltar la bolsa, se cayó ligeramente hacia delante, Faruk sacó como un relámpago su pequeño puñal y en dos rápidos movimientos se lo clavó a Swankid en el costado. Éste aflojó la presión sobre la bolsa, pero aún herido como estaba sacó fuerzas de flaqueza y dio un último fuerte tirón de la misma.

El último esfuerzo de Swankid fue suficiente para hacer que los dos se tambalearan junto a la pequeña baranda, y al no soltar ninguno la bolsa, acabaron cayendo juntos por la borda, al mar con un fuerte chapoteo. Un par de segundos después se oyeron los gritos de Swankid llamando:

—¡Rudy, Rudy, ayúdame!

Rudy que se había despertado justo en el momento que caían los dos hombres por la borda tardó todavía unos segundos en reaccionar, pero para cuando se quiso poner en pie y acercarse al otro lado ya habían pasado unos cinco o seis segundos. Aunque era escasa, la velocidad a la que iba el barco sumada al ruido del motor y el oleaje hizo que ya apenas pudiera oír los gritos de su amigo. La negrura de la noche además hacía totalmente imposible ni

siquiera vislumbrar por dónde se encontraban.

Rudy no tuvo que tomar ninguna decisión, porque lo que tenía claro, es que bajo ningún concepto se iba a tirar al agua en completa oscuridad para intentar rescatar a Swankid, sobre todo ahora, que sabía cuáles eran sus intenciones reales de quedarse para sí solo el Crismón sagrado. Rickhart Swankid dormiría ahora en el fondo del Egeo el sueño eterno, abrazado al tesoro que tanto ambicionó. Mirando un segundo hacia atrás y con una media sonrisa, Rudy se tocó la frente mientras decía:

—Que la razón de *Phi* te acompañe.

—Amigo Ilic, ¿qué opinas?

Tras dejar a la familia Deverís junto con Mark y Fidel en el pequeño microbús con destino al aeropuerto de Ciampino, Ilic había vuelto a Castelgandolfo para recoger al santo padre y volver juntos a Roma. Antes de contestar, comprobó que la ventanilla que comunicaba con el conductor del coche estaba cerrada.

—La verdad, Santidad, es que creo que con la propuesta que nos han presentado, nos están haciendo un gran favor. Su Santidad sabe que *motu proprio* nos iba a ser mucho más difícil promover unos cambios tan radicales como necesarios en la Iglesia.

El papa asintió ligeramente con la cabeza sin contestar. Ilic continuó:

—Sinceramente, creo que estamos ante la excusa perfecta para hacer por la Iglesia lo que muchos sabemos que es inevitablemente necesario, no ya por su supervivencia, que también, sino para que ésta se adapte de una vez y por todas a la sociedad. Sin esos cambios, que ya sabemos que van ser tremendamente difíciles de implementar, la Iglesia, como con buen criterio decía Mark, simplemente irá desapareciendo y en menos de cien años será prácticamente inexistente. Realmente tenemos una obligación con dos mil años de historia de la Iglesia y los más de dos mil millones de cristianos. ¿No cree Su Santidad, que seríamos unos gestores muy poco diligentes si como dice la Biblia, dejamos enterrado nuestro “talento de oro”? La obligación más

importante impuesta de forma tácita, tanto por la idea de Dios, como por la historia, a un papa diligente es la de continuar con la trayectoria de espiritualidad que empezó con el nacimiento del cristianismo hace ya 2000 años. Los contenidos concretos y episodios coyunturales por los que la Iglesia ha pasado a lo largo de todo este tiempo, tienen una importancia relativa. Lo que cuenta es que el movimiento religioso cristiano lleva formando parte de la esencia y de la infraestructura vital del mundo civilizado desde hace más de veinte siglos. Si simplemente permitiéramos que el movimiento mundial más importante de la historia de la humanidad, se fuera apagando lentamente como una vela, ¿cómo nos juzgarían las generaciones futuras, a las que probablemente les estuviéramos negando la posibilidad de conocer a Dios?

Con un cierto aire de tristeza, el papa preguntó:

—¿Has dicho... la idea de Dios, Ilic?

—Creo que Su Santidad me entiende.

Prefiriendo dejar a un lado la reflexión, el papa continuó:

—Pero, ¿te das cuenta de las tremendas dificultades que nos vamos a encontrar?

—Sí, y precisamente por eso en cuanto deje a Su Santidad en el Vaticano tomo el primer avión para Estambul.

Enarcando el ceño el papa Santiago le preguntó:

—Y ¿crees que es buen momento para viajar?, y de todas formas, ¿qué es lo que vas a hacer allí, si puedo preguntarlo?

Después de unos segundos de silencio un tanto tenso, Ilic le contestó:

—Voy al consulado italiano a recoger a un abogado con el que voy a visitar a Alfredo Denese en la cárcel. Pero creo que es preferible que Su Santidad sepa lo menos posible al respecto.

Con una sonrisa en los labios el Papa le regañó:

—Creo que menosprecias el soplo de inteligencia que Dios nuestro señor tuvo a bien otorgarme. Me imagino lo que Alfredo va a contarte. Por otro lado, lo importante es, que a pesar de que me preocupa en extremo lo que nos estamos planteando, me alegra que tengas la determinación, energía y disposición necesarias, para empezar con la obra de reestructuración que nos espera, que será la más grande de la historia del cristianismo. Espero que

abordes éste difícil cometido con la devoción debida a nuestro señor y con su inspiración. Mientras tanto, aprovechemos el bello viaje de vuelta al Vaticano para rezar un rosario.

Tras dejar al papa descansando en sus aposentos, Ilic llamó primero a Marcelo y después a Girolamo. Los dos formaban parte del gabinete de asistencia de Ilic en la prefectura pontificia. Cuando se puso al servicio del santo padre, como su secretario personal, la primera tarea que se planteó fue una pequeña investigación y estudio de cada una de las personas que iban a trabajar directamente con él y por ende con el papa.

Ilic había contratado los servicios de un asesor externo, un tal Wilson, con el que nunca se veía en el Vaticano y que le ayudó a establecer un sistema de cibervigilancia de los elementos cuya fidelidad Ilic quería tener muy clara.

Wilson consiguió a cambio de una cantidad importante de dinero, que según él tuvo que repartir, intervenir los teléfonos de todos los vigilados, con lo que Ilic tuvo acceso a sus conversaciones, mensajes, wasaps y enseguida localizó a los que estaban espionando o trabajando para el movimiento ultraconservador del Vaticano.

En las conversaciones que tanto Marcelo como Girolamo mantenían, aunque eran prudentes, como si temieran que alguien le estuviera escuchando, ya había indicios más que suficientes de su relación con el cardenal Callodgero. Se llamaban mutuamente al menos una vez a la semana y se enviaban mensajes convocándose a reuniones en la capilla.

No le costó mucho trabajo a Ilic convencer a los dos, de que empezaran a trabajar para él desde que se lo pidió. Seguirían dando la información a Callodgero y a su grupo, pero mediatizada por Ilic. Prefirieron aceptar el cambio de dirección a ser enviados para sustituir a los sacerdotes fallecidos en la zona cristiana de Irak.

—Mañana salgo de viaje a Turquía. Si os preguntan, podéis decir que voy a reunirme con el patriarca ortodoxo de Estambul con quien se están produciendo acercamientos.

Sin contestar, ambos se levantaron y con una leve inclinación de cabeza salieron del despacho de Ilic.

La reunión en la cárcel de Estambul con Alfredo Denese y el abogado del consulado fue bastante bien. Una vez que estuvieron sentados, Ilic pidió al sudoroso abogado que saliera del pequeño cuartucho en el que apenas cabían la mesa y las sillas.

Una vez que estuvo a solas con Alfredo le espetó:

—Tienes tres minutos para impresionarme. Y ten en cuenta que en cualquier momento podemos hacer una ampliación de la denuncia, para que te quedes *sine die* como huésped del estado turco.

—Sí, ya sé de la relatividad de vuestro concepto de la caridad cristiana.

Alfredo sacó subrepticamente un papelito que puso en la mesa y deslizó bajo la mano tapada a Ilic.

—Ésta es la lista de los once cardenales que están detrás del movimiento ultraconservador que pretende derrocar al papa. También están los nombres de los obispos de renombre mundial que ya han dado su apoyo, al menos eso dice Callodgero, a la remoción del papa. Al final aparece el nombre de un contratista independiente, antiguo miembro del *Shin Bet* israelí, que utilizan para realizar acciones inconfesables.

Ilic tomó la lista y estudió minuciosamente todos los nombres que en ella aparecían. De algunos ya sabía su postura, de otros la sospechaba, pero se sorprendió al ver una serie de nombres, que nunca habría imaginado ver en la lista.

Antes de guardarse el papelito en el bolsillo de su camisa, sacó su móvil y le hizo una foto rápida, y se la autoenvió a su correo personal, por si le quitaban el papel. Inmediatamente oyó el repiqueteo en el cristal de vigilancia, llamándole la atención.

Ilic sacó un sobre alargado de su bolsillo, y de la forma más disimulada que pudo se lo pasó a Alfredo por debajo de la mesa al tiempo que le decía:

—Ésta información que me das no compensa el mal que pretendías hacer,

pero nuestro señor te da otra oportunidad. Ahí van cien billetes de 500 €. Deberías tener bastante para pagarte la salida de la cárcel y que te quede algo. Endereza tu vida. Ah, y entenderás que si por las acciones que realicen a partir de ahora los conspiradores se puede deducir que les has avisado de alguna manera, vas a tardar muy poco tiempo en volver a prisión.

—Pero esa cantidad me deja muy poco margen, una vez que salga de aquí❖

—Date por satisfecho y da gracias a Dios y al santo padre. Has tenido mucha suerte. —dijo Ilic saliendo del cuartocho.

54. La Pietá

Llegando a Lemnos.

Incómodamente acodado en la borda, Rudy estaba mirando sin ver mucho más que la negrura de la noche, tanto en el agua como en el cielo. Ya se habían alejado considerablemente del punto en el que Swankid y el joven turco habían caído al agua.

Sonriendo, Rudy se acordó de la primera vez que había hablado con Swankid. De cómo le convenció inmediatamente con el ideario de los *áureos* en su lucha contra cualquier tipo de religión, que según él nublaban la visión real del mundo de los hombres. Sin duda el profesor vendía bien sus ideas.

Desde su integración en el movimiento, Rudy estuvo convencido de que lo único que les movía era la pasión por la verdad científica y su lucha contra lo metafísico y espiritual que se encarnaba en la religión. Pero estaba claro que nada era lo que parecía.

Como queriendo relegar a un segundo plano el recuerdo de la muerte de Swankid, Rudy se concentró en su situación. ¿Cómo iba a reaccionar el padre del joven turco cuando al despertar le dijera que su hijo se había caído por la borda? Probablemente querría dar la vuelta al barco inmediatamente para intentar y a encontrar a su hijo. Rudy no se podía permitir esa pérdida de tiempo.

Como estaba todavía durmiendo se acercó a él en silencio y sacando su pistola le dio un fuerte culatazo en la cabeza. El turco pasó de estar dormido a estar inconsciente. Pesaba mucho más de lo que parecía y Rudy tuvo que hacer

un esfuerzo considerable para poder llevarle hasta la borda y echarle por la misma al agua.

Al igual que Swankid y su hijo, el turco desapareció en cuestión de segundos.

Rudy se acercó hasta el timón y se sentó en la cabina a esperar el amanecer, que sería aproximadamente cuando, según le había dicho el turco, estaba previsto que llegaran al puerto de Lemnos.

No le sería demasiado difícil atracar, ya que en su juventud tuvo el carnet de patrón de yates, y el barco era de todo menos tecnología punta.

Desde allí le sería fácil pasar desapercibido entre los grupos de turistas de crucero y viajar hasta España. Había decidido instalarse allí, le gustaba el clima mediterráneo y la vida sería agradable. Además sabía que en Barcelona había un pequeño grupo de *áureos*. Si ellos, en la inocencia de su ideario, no le ayudaban, seguro que no sería demasiado difícil encontrar un trabajo. Él también se sabía vender.

Ilic no perdió ni un segundo a la vuelta de su viaje a Turquía. Ya desde el aeropuerto Ataturk en Estambul había llamado a Wilson para quedar con él en la pequeña cafetería del Trastévere donde habitualmente se veían. Aterrizó en Fiumicino con el tiempo un poco justo para todo lo que tenía que hacer antes de la reunión. Fue en taxi hasta el Vaticano, dejó su pequeño maletín de viaje y tras una ducha rápida, se cambió de camisa, antes de entrar en su despacho, cerrando la puerta tras de sí.

Una vez que sacó de la suspensión en la que se encontraba su ordenador, introdujo la clave de desbloqueo, para entrar en el escritorio. En el buscador de Windows tecleó “imágenes” y entró en la carpeta donde tenía todas las imágenes, que cualquiera podría ver si accedía a su equipo.

Era una colección variopinta de imágenes sagradas mezcladas con imágenes personales, nada que llamara la atención. Colocó el cursor sobre una fotografía de *La Pietá* de Miguel Ángel e hizo un doble clic. Automáticamente

se le abrió una pantalla en la que se le solicitó una clave de 16 dígitos. Tras introducirla, se abrió un sistema de carpetas en el que tenía clasificados los historiales personales de cada uno de los cardenales de la curia romana y de casi todos sus colaboradores.

Éste sistema de encriptación informática que en el argot se conoce como esteganografía, le había sido de mucha utilidad en su agitada vida de juventud en los Balcanes, de la que prefería no recordar más que los momentos buenos.

Seleccionó las carpetas correspondientes a los once cardenales que aparecían en la lista de Alfredo Denese y las abrió. Con un leve movimiento de ojos comprobó que su impresora estaba encendida. Seleccionó todos los documentos y los envió a la impresora.

Unos quince minutos después tenía una carpeta con todos los detalles que había podido recopilar desde que llegó a la prefectura papal de cada uno de los cardenales que según Denese pertenecían al grupo que pretendía conspirar contra el papa.

Después de cerrar todas las pantallas y dejar nuevo en suspensión su ordenador, con la carpeta bajo el brazo, menos de media hora después de haber entrado, salió rápidamente con la intención de no llegar tarde a su cita.

Las tres o cuatro veces que se habían encontrado lo habían hecho en un pequeño local de segunda línea en el Trastévere, que lo mismo podía ser considerado una cafetería que un bar, ya que no tenía claramente definida ninguna especialidad. Ilic llegó, con su gorra calada hasta las orejas, tapándole su gran cabeza casi totalmente calva, casi un minuto y medio tarde.

Wilson le estaba esperando sentado en una de las mesitas interiores en penumbra con un refresco por delante. Siempre solían reunirse hacia las seis de la tarde porque era la típica hora de escasa actividad para la mayor parte de los negocios, lo que les permitía poder hablar con libertad sin temor a que nadie les pudiera escuchar.

—Disculpa que llegue un poco tarde.

—Sólo un minuto y medio, es aceptable.

Una vez que el camarero se marchó tras dejar en la mesa otro refresco para él, Ilic le pasó la carpeta que traía bajo el brazo a Wilson.

—Ahí tienes los historiales y toda la información que he podido recopilar

sobre estos once cardenales. Necesito una investigación total y completa de todos ellos que tienes que preparar en un plazo máximo de 20 días.

—Hablemos claro, qué es exactamente lo que quieres que encuentre.

Ilic no dudó ni un segundo en contestar:

—Necesito saber los “trapos sucios” que tiene cada uno de ellos, necesito urgentemente obtener cualquier tipo de información sobre ellos o relacionada con ellos que me pueda colocar en una posición de ventaja para poder negociar con ellos.

—Es muy poco tiempo, voy a tener que contratar a más gente.

—Bien, eso no será un problema. Como es posible que no encuentres nada de alguno de ellos, creo que sería necesario que les colocáramos micrófonos. Podemos recurrir de nuevo a “tu amigo”, el que te ayudó a intervenir los teléfonos móviles de los últimos que investigamos.

—No lo sé. Tendré que preguntárselo. ¿Hay algún sitio especial aparte de sus estancias privadas donde se reúnan habitualmente?

—Sí, tenemos un salón de lectura al lado de la biblioteca, en la que habitualmente se sientan muchos de nuestros sacerdotes, cardenales, para hablar de cuestiones religiosas o de cualquier otra índole. Sé que varios de ellos se reúnen habitualmente allí, casi siempre en la misma mesa, la más alejada de la entrada.

—Entonces nos va a hacer falta instalar en esa sala cámaras y micros direccionales. Bien, ¿en qué momento podemos entrar en sus habitaciones?

—La mejor hora es a las 7:15 de la mañana en la que todos nos encontramos reunidos en la capilla principal para la misa de la mañana. Quizás lo más fácil sea haceros pasar por instaladores de fibra óptica. Yo puedo dar instrucciones para que os dejen pasar. Eso sí, lo tendréis que hacer todo en un máximo de dos horas.

—Bien, me organizo y te aviso de cuándo entramos a hacerlo.

Estaban todos sentados alrededor de la gran mesa rectangular del comedor en el cortijo de Héctor Deverís. Fidel y Héctor a un lado, mientras los tres

jóvenes se sentaban en el otro. Fue Fidel el que rompió el silencio:

—He estado hablando esta mañana con Ilic Signorile, que tan cortésmente nos recibió en Castelgandolfo.

Como siguió un silencio tras haberlo dicho, Emy un tanto impaciente le preguntó abriendo los brazos en el gesto típico de interrogación:

—Vale, y ¿qué ha pasado? ¿Qué te ha dicho?

Después de mirarse Héctor y Fidel entre sí, con una sonrisa, fue este último quien contestó:

—El Papa está de acuerdo en empezar a estudiar la forma para viabilizar lo que le pedimos. Está de acuerdo en que la supervivencia de la Iglesia está en juego y que aunque nuestra petición pueda parecer una especie de chantaje, su fin último es deseable.

Dando unas palmaditas como si fuera una niña pequeña, Emy exclamó:

—¡Pero eso es genial! Ahora, lo que está claro es que todos nosotros tenemos que ser parte de una manera u otra de la fundación. No vamos a poder hacer público nuestro descubrimiento arqueológico pero a cambio vamos a poder ayudar probablemente a cientos de millones de personas. Sólo pensar en la idea, ya me hace sentirme bien.

—Dentro de unas semanas se pondrán en contacto con nosotros, para que vayamos de nuevo a Roma donde empezaremos a discutir el mapa de ruta de la creación de la fundación con los distintos representantes que escogerá el Vaticano al efecto.

55. El serbio

El Vaticano.

Con paso enérgico, aunque con desgana, el cardenal Callodgero se encaminó por el largo pasillo del ala oeste de la prefectura para ir al despacho de Ilic Signorile, el prefecto papal y secretario personal del papa que le había convocado a una reunión.

¿A dónde se iba a llegar en el Vaticano? —se preguntó mentalmente. El Vaticano y lo que era peor, sus puestos de poder, estaban siendo invadidos por los extranjeros. Primero, el argentino; ahora, Ilic, su protegido, que era serbio o croata, o algo por el estilo. Se estaban perdiendo los valores tradicionales romanos, que sólo los italianos sabían realmente respetar.

Ni siquiera le hizo falta llamar a la puerta, porque daba la sensación de que el cardenal le estaba esperando y sabía que estaba ya allí. En el momento que levantó la mano para llamar, una cabeza calva y sonriente la abrió y le dio la bienvenida:

—Cardenal Callodgero, gracias por venir con tan poco preaviso. Sé lo ocupado que está y lamento mucho importunarle. Pase, por favor.

A Callodgero, que no contestó a la bienvenida de Ilic, tanta amabilidad no le dio buenas vibraciones. Algo se traía entre manos el serbio. Ya por cortesía elemental contestó:

—Si en cualquier cosa podemos servir al santo padre, estaremos sirviendo a Dios.

Una vez dejadas atrás las cortesías, Callodgero se sentó enfrente de Ilic.

Se miraron fijamente a los ojos durante unos segundos, manteniéndose la mirada. Callodgero, con su rostro angulado y una nariz aguileña, cuya punta ya se iba cayendo por la edad, parecía un ave rapaz. Aquella sensación la agudizaban sus profundos ojos negros que, aun habiendo perdido un poco del acerado brillo su juventud, desprendían un fulgor que desasosegaba.

Sin embargo, Ilic mantuvo sin ningún tipo de problema el reto con sus ojillos entre gris y azulados. Incluso, se permitió mantener un rictus de sonrisa.

Ilic empezó a explicar a Callodgero que el papa estaba estudiando establecer una hoja de ruta para el comienzo de una serie de transformaciones profundas en la Iglesia.

—Como sabe, querido Ilic, hay un grupo de cardenales entre los que me encuentro, que somos bastante contrarios a cualquier modificación transformación o cambio dentro del seno de la Iglesia. Es más, pensamos que habría que volver a posturas más tradicionales de las que en la actualidad la iglesia tiene. Quizá sea eso lo que precisamente la Iglesia necesite, volver a sus tradiciones originales, tal y como nos las transmitieron los primeros padres de la Iglesia.

—Lo sé, lo sé, querido cardenal Callodgero. Lo que está claro es que la Iglesia no va a volver a planteamientos medievalistas, sino todo lo contrario. Nos vamos a meter de lleno en el siglo XXI y para ello me gustaría contar con su voto a favor de todos los cambios que proponga el santo padre, así como el voto de todos los cardenales sobre los que tenga alguna influencia, de los que le daré una lista para que no haya ninguna duda al respecto.

Callodgero se quedó en silencio un poco descolocado ante la descarada petición del serbio. No entendía la seguridad con la que hablaba, que prácticamente ignoraba su postura, que era conocida por todos. Intentando recuperar su seguridad habitual, aunque con un casi imperceptible tartamudeo, Callodgero le contestó:

—Y, ¿por qué habría de tomar esa actitud favorable a algo que tengo o, mejor dicho, tenemos tan claro que sería malo para la Iglesia?

Sin hablar, Ilic simplemente le pasó una subcarpeta de cartulina, en cuya esquina inferior derecha se leía: «Cardenal Callodgero».

Al asirla con las puntas de los dedos, se dio cuenta de que le habían

empezado a sudar las manos, pero procurando ocultar un nerviosismo, cuya manifestación siempre odiaba, abrió con cierto desdén la carpeta y vio que contenía una serie de extractos bancarios que ojeó rápidamente. A continuación, vio una fotocopia de un documento con el que se había aprobado un gasto extraordinario por la subcomisión de publicidad que Callodgero presidía, dentro de la congregación para la defensa de la fe. El rostro del cardenal, en primer lugar, empalideció, pero después empezó a congestionarse y, como estaba convencido de que la mejor defensa era un ataque, gritó a Ilic:

—¿Se puede saber qué se supone que es esto, Ilic?

Ilic, mirándole fijamente a los ojos, pero sin sonreír, le contestó:

—La ira es mala consejera cardenal. Esto no es más que la prueba documental de cómo se ha apropiado su eminencia indebidamente de una gran cantidad de dinero del Vaticano para poder pagar las deudas de juego que tiene. Hemos podido comprobar que su eminencia es un aficionado al juego en extremo, afición que ya es más una ludopatía. Pero como su peculio personal no se podía permitir perder más de 750.000 euros, porque no los tiene, se le ocurrió que la subcomisión de publicidad que preside podía acordar el pago de una serie de cantidades exorbitantes en concepto de publicidad a una empresa, que casualmente no tiene actividad fiscal y que tiene un único socio, que casualmente es el acreedor a quien su eminencia, debe la pequeña fortuna que ha perdido apostando.

El cardenal Callodgero ni siquiera parpadeó ni se molestó en intentar negar lo dicho por Ilic. Ésta vez, el serbio le había pillado.

—Realmente, no vamos a tener que esperar que pasen unas cuantas semanas.

Había sido Mark el que había hablado, justo cuando estaban todos a punto de levantarse de la mesa.

—Esta mañana me llamó Ilic y me ha pedido que dos de nosotros nos traslademos a Roma para participar con la comisión de expertos jurídicos en el diseño de las líneas maestras que conformarán la creación de la fundación,

la temporalización de las primeras fases.

Mirando a Emy con una sonrisa, siguió hablando.

—Le he dicho a Emy que se venga conmigo a Roma. Creo que es fundamental que por lo menos dos de nosotros estemos entre los órganos rectores de la fundación principal. Fidel, ¿tú que quieres hacer?

—Todavía no sé si abandonaré definitivamente el sacerdocio. Lo que tengo claro, y Héctor está acuerdo conmigo en hacer lo mismo, es que si el Vaticano acepta nuestra propuesta, nos dedicaremos por completo a la filial de la fundación para España y Portugal. Pero creo que habéis tomado la decisión correcta Mark. Vosotros sois jóvenes y os gustará el ajetreo de Roma.

—El cardenal nos ha ofrecido la vivienda en la que estuvimos alojados en Castelgandolfo de forma indefinida y la verdad es que es un sitio agradable para vivir. Está muy cerca de Roma, pero alejado del ruido y la contaminación. Nos vamos mañana.

Emy se quedó mirando su padre, y abriendo los brazos con las palmas hacia arriba mientras sonreía abiertamente, le dijo:

—Además, piensa que estamos solamente a dos horas de avión.

—Bueno, pues parece que ya lo tenéis todo decidido, por lo que no cabe mucha discusión al respecto. Yo estoy de acuerdo con Fidel. En definitiva, dentro de poco cumpliré setenta años, con lo cual mi etapa como arqueólogo está tocando a su fin y la verdad es que no me importaría demasiado cambiar aquella actividad por ésta qué, por un lado, será más llevadera físicamente y, por otro, de alguna manera creo que nos satisfará a todos en lo personal, más incluso que la arqueología.

Con una sonrisa en los labios, Rudy enfiló la bocana del puerto de Lemnos al ritmo cansino y rumoroso del viejo motor de gasoil, que iba contaminando a cada metro que dejaban atrás. Con una velocidad ya de sólo cinco nudos para poder controlar mejor la barcaza, cuando estaba sólo a unos cien metros de la zona donde creía que tendría que atracar, le pareció curioso ver el grupo de gente que había allí. Unos veinte o treinta pescadores con las manos

levantadas a tipo de visera, probablemente para verle mejor, estaban observando su maniobra. Curiosamente, también parecía que había un par de individuos uniformados entre el grupo.

En el momento en que ya casi a barco parado intentaba ponerse en paralelo al atraque, varios de los pescadores que estaban en tierra le pidieron que tirara las sogas de amarre. Una vez que estuvieron las dos sogas bien cogidas a los bolardos, Rudy saltó del barco con su sonrisa más cordial. Pero esa sonrisa desapareció y dio paso a una expresión de extrañeza al sentirse agarrado con fuerza por cada uno de los brazos por los dos individuos uniformados que había divisado antes que, por lo visto, eran policías del puerto.

Después de la reunión con Callodgero, Ilic, con el magnífico informe que Wilson había preparado de los cardenales, tuvo una entrevista personal con todos sin excepción. Después de cada conversación en la que les expuso claramente la situación, todos le confirmaron que apoyarían la propuesta que hiciera el papa Santiago para dejar en el olvido esos pequeños pecadillos de los que Wilson se había hecho eco en sus escuchas y de los que ninguno resultó estar exento.

Tras terminar con el último, Ilic se acercó al despacho de Su Santidad, al que de forma un tanto descortés entró sin llamar. El papa, que estaba revisando papeles en su mesa, levantó la cabeza sin preguntarle nada. Ilic, con un cierto tinte de emoción en su voz y una franca sonrisa, empezó a hablar:

—Santidad, tendremos el apoyo unánime de todos los ultraconservadores.

Tras reflexionar durante unos segundos mirándole fijamente, el papa contestó:

—Creo que es preferible que no me expliques como has conseguido la aquiescencia de tan virulentos opositores a cualquier propuesta nuestra. Estoy seguro de que el Señor ha tenido mucho ver con ello y te ha iluminado para conseguir abrir los ojos y la mente a aquellos que se empeñaban en visiones tan pretéritas de nuestra amada Iglesia.

—Simplemente he tenido una conversación con ellos y se han dado cuenta de su obligación para con la Iglesia y han preferido anteponer su obligación a sus visiones personales.

Sin hacer mucho caso del comentario de Ilic, el papa, adoptando una actitud de cierta solemnidad, dijo:

—Amigo Ilic, se acerca el momento de intentar llevar a cabo un cambio radical en la Iglesia. Si Dios pudiera hablarnos directamente, estoy seguro de que estaría de acuerdo en la necesidad de los cambios que vamos a acometer. Si no evolucionamos con la sociedad y nos quedamos anclados en el pasado, difícilmente podremos cumplir con nuestra obligación. Encárgate de convocar a la curia para el domingo a las ocho de la mañana en la Sala Clementina. Antes de que llegue la hora de la misa del mediodía, espero que podamos decir que contamos con el beneplácito de la curia vaticana.

—Así lo haré y así será.

56. ¿Suerte o Allah?

Comisaría de policía del puerto de Lemnos.

Después de estar cerca de seis horas metido en una minúscula habitación en la comisaría del puerto con un calor infernal y con sólo media botella de agua tibia que por prudencia racionó, Rudy empezó a desesperarse.

No le habían permitido hacer una llamada de teléfono, aunque tampoco tenía muy claro a quién podría llamar y llevaba ya cerca de una hora dando minúsculos paseos por la habitación de un lado a otro, poniéndose cada vez más nervioso.

Ya se estaba haciendo a la idea de la posibilidad de tener que dormir en aquel cuartucho, preguntándose si le dejarían salir al cuarto de baño, cuando se abrió de repente la puerta.

Dos bigotudos policías con camisas color beige empapadas en sudor, a las que parecía preceder un olor acre y dulzón, entraron y se dejaron caer en las pequeñas sillas de formica, delante de la única mesa que, como todo mobiliario, había en la habitación. Rudy se sentó al otro lado.

En un inglés de mercadillo, le informaron que le acusaban del asesinato de dos personas y del intento de asesinato de una tercera. No le dio mucho tiempo a protestar, ya que como no quería perderse nada de lo que dijeran prefirió callar y escuchar.

Por lo visto, cuando Rudy arrojó al turco por la borda de la barcaza, al caer tuvo uno de esos golpes de suerte que se tiene una vez en la vida, ya que consiguió agarrarse a las cuerdas de amarre laterales que lleva colgando el

barco. Como no iban demasiado rápido, el turco pudo aguantar agarrado a las cuerdas mientras el barco seguía avanzando. Pero pasadas unas cuantas millas empezaron a fallarle las fuerzas y acabó soltándose. Pero la segunda razón por la que a partir de entonces creería más que nunca en Allah fue que como costumbre el turco tenía la manía de llevar siempre un chaleco salvavidas debajo de su chaqueta, aunque muy levemente inflado, para darle calor durante las largas noches de pesca. Al soltarse de las cuerdas y caer al agua, consiguió acceder a la boquilla del chaleco salvavidas e inflarlo de forma que le pudiera mantener a flote sin mucho esfuerzo, ya que apenas sabía nadar.

No transcurrieron ni diez minutos para que nuevamente la divina bondad de Allah hiciera que una patrullera de la policía naval turca pasara por allí cerca y acudiera en su ayuda, recogién-dole y trayéndole al puerto de Lemnos.

Poca protesta pudo Rudy hacer, ya que le dijeron antes de irse que le trasladarían a la mañana siguiente a Estambul, donde ingresaría en prisión a la espera de juicio.

Unos minutos antes de las ocho, ya estaba el papa sentado en el pequeño estrado que presidía la Sala Clementina, mientras terminaban de sentarse los últimos cardenales que iban llegando. Su creciente astigmatismo hacía que no viera bien los detalles de los rostros de los cardenales, que bajo el mar de birretas rojas estaban sentados formando un semicírculo casi completo a su alrededor.


A la hora en punto, el papa empezó a dirigirse a toda la curia:

—Queridos hermanos en Cristo. En los últimos ejercicios espirituales que hemos celebrado en Ariccia he rogado al altísimo que tuviera a bien iluminarme, para poder buscar solución y afrontar los graves problemas a que se enfrenta su Iglesia con fe, pero con la diligencia debida. Durante estas últimas semanas hemos tenido reuniones con reconocidos asesores en distintas materias, y hemos hablado mucho sobre el futuro de nuestra santa madre Iglesia. Como vosotros, queridos cardenales, sabéis perfectamente, la Iglesia está viviendo las horas más bajas de su historia y lo que los documentos de los

expertos en estadística, que hemos estado leyendo dicen, está claro: el desinterés de la sociedad hacia la Iglesia va creciendo en una progresión geométrica a tal velocidad que, si no damos un giro de 180° en nuestra forma de relacionarnos con la sociedad, hay muchas posibilidades de que dentro de menos de cien años la Iglesia no sea más que un recuerdo que unos idealizarán y los más denostarán. Los hechos son evidentes y no hace falta que os dé datos de los alarmantes descensos de bodas católicas, de bautizos, de católicos practicantes; en definitiva, pruebas claras de la creciente indiferencia de la sociedad por todo lo relacionado con la Iglesia. Cuando cada uno de nosotros abrazamos la Iglesia, lo hicimos pensando en que dedicaríamos nuestras vidas con esfuerzo y, sobre todo, ilusión a mantener y desarrollar la forma de vida cristiana, comunicando como si fuéramos los modernos apóstoles de Jesucristo sus enseñanzas que, muy ligeramente matizadas, considerábamos que eran perfectamente extrapolables al momento actual. Pero quizá nuestra fe ciega no nos ha dejado ver que la Iglesia estaba anclada en posiciones y actitudes que tenían sentido en un entorno social e histórico que nada tiene que ver con el presente. Tras meditarlo profundamente, y siguiendo la inspiración del altísimo, creo, y estoy convencido de que muchos de vosotros también lo creéis así, que ha llegado el momento de que la Iglesia, que nació hace más de dos mil años, se adapte a las circunstancias de la evolución constante de la sociedad actual.

Con un fulgor en los ojos que le daba un carácter cuasi febril, y que parecía impropio de un hombre de 77 años, el papa continuó hablando mientras paseaba su mirada de forma imprecisa por los rostros bajo los solideos púrpura, que le observaban con expectación y en el más absoluto silencio:

—Bajo ningún concepto podemos permitir que por nuestra inacción la Iglesia acabe desapareciendo. La Iglesia, nuestra querida Iglesia, que ha sido el soporte moral de la sociedad a lo largo de la historia y el bálsamo espiritual para miles de millones de personas, a las que la fe ha ayudado a lo largo de su vida. Nuestra obligación es justamente la contraria. Dios nos ha dado los talentos de oro, no para que los enterremos, sino para que los hagamos producir. Asumo el riesgo de que se me pueda llamar presuntuoso

por decir que creo que Jesucristo, nuestro señor, ha atendido mis oraciones y, como su vicario en la tierra, me ha permitido ver con claridad los profundos cambios a realizar en el seno de nuestra santa madre Iglesia. A esos cambios nos obliga tanto nuestro amor por ella como nuestro deber de diligencia y la simple, pero muy necesaria adaptación de la Iglesia a la sociedad del siglo XXI. La actitud de la Iglesia hacia ciertos aspectos que sobrevienen a la sociedad, de forma natural, como consecuencia de la evolución de las formas de vida, como puedan ser la homosexualidad, el divorcio, la utilización de medios anticonceptivos, el celibato sacerdotal  tiene que entrar en un proceso de cambio radical.

Comenzó un considerable murmullo entre los cardenales, que el papa inmediatamente, y ejerciendo con fuerza su autoridad, acalló:

—¿Quiénes somos nosotros para juzgar el amor entre dos personas? ¿O quiénes somos nosotros para decidir cuándo deben o no dejar de amarse?

—¿Que es preferible, que la madre en la India con ocho hijos a los que no puede dar de comer, al nacerle un noveno, acabe tirándolo a la basura para no condenarlo a una existencia de terrible miseria y pobreza o que, simplemente, ponga los medios para no tenerlo? Hace unos días, un sacerdote me contaba cómo cuando estaba preparando a una joven pareja que se quería casar, intentando explicarles la belleza de la convivencia marital en el matrimonio cristiano, la muchacha, una italiana con mucho genio, le dijo: «Pero, ¿cómo se atreve usted a hablar de convivencia marital? O está usted hablando de algo de lo que no tiene ni la más mínima experiencia o, si la tiene, es porque no respeta sus propias reglas, sino las de la naturaleza. ¿Ha convivido usted con una mujer durante años para poder saber de lo que está hablando? Más les valdría a ustedes olvidarse del celibato que es totalmente contrario a la naturaleza e instinto humanos y vivir como personas normales integrados en la sociedad. Habría más normalidad en la Iglesia, más vocaciones y menos casos de pederastia».

—Disculpad el lenguaje, pero creo que es tan expresivo que no se podía cambiar.

Iba a intervenir un cardenal, pero el papa le pidió levantando el brazo que

no lo hiciera.

—Tendremos tiempo para toda clase de debates. Os ruego que me dejéis terminar y después rezaremos todos juntos para pedir la ayuda de Dios en la inmensa tarea que tenemos por delante. La propuesta que he dejado para el final es quizás una que deberíamos haber emprendido hace ya muchos años, pero como decía una escritora inglesa «nunca es tarde para hacer lo que podrías haber hecho».

—La población mundial actual es de 7.100.000.000 de personas. Para el 2050, es decir, dentro de un poco más de 30 años, se prevé que esa población haya subido a 9.500.000.000 de personas. En la actualidad, más de la mitad de la población mundial no tiene acceso a agua potable o saneamiento, bienes elementales de vida y salubridad. Para que la humanidad pueda pensar en un futuro viable, teniendo en cuenta el aumento de la población en los próximos 50 a 100 años, es necesario que el hombre cambie radicalmente su percepción de sí mismo y de su relación con el resto del mundo. La actitud actual por la que los hombres supeditamos nuestros intereses a lo personal, local, regional o nacional, no es viable en un mundo globalizado como el nuestro. El hombre tiene que convertirse en un ciudadano global con amplitud de miras que se considere parte del mundo y que tenga claro que el mundo forma parte de su vida cotidiana. Será absolutamente necesario ayudar a todos esos países que actualmente están en la miseria, llenos de enfermedades y guerras, dotándoles de medios para, en primer lugar, regularizar sanitariamente la vida de sus ciudadanos, darles educación y formación, como primeros pasos para conseguir que lleguen a ser autosuficientes en sus propios países. Sólo así podrán ser controladas racionalmente las corrientes migratorias, estableciendo un equilibrio entre las necesidades de trabajadores de los países con bajo índice de renovación generacional y las de los países con tasas insostenibles de población desempleada.

Casi se podía oír la vibración del absoluto silencio en la Sala Clementina. La curia estaba cuasi hipnotizada por las palabras del santo padre, que continuó:

—Es obligación de la Iglesia colaborar en que se produzca ese acrecentamiento de la conciencia global del individuo y para ello os propongo

estudiar la creación de lo que podríamos llamar la *Fondazione del Cittadino Globale*. Esta fundación, en líneas muy generales, *ab initio* se va a dedicar durante los próximos dos años a hacer un catálogo mundial de todas las propiedades de la Iglesia que no estén afectas directamente a la realización de nuestros fines, ni tengan el carácter de elemento artístico, arquitectónico o escultórico, sea o no patrimonio de la humanidad. Si los cálculos de los asesores que me han presentado el estudio previo son correctos, las propiedades de la Iglesia que no están afectas a fines propios de la Iglesia supondrán una cantidad que está muy por encima del billón de euros. Billón europeo, es decir, cerca de un millón de millones de euros. Las miradas de asombro individuales dejaron paso a una serie de conversaciones a dos y, en algunos casos, a tres, cuyos tonos empezaron a ir in crescendo hasta que el papa levantó las manos pidiendo silencio.

—Con que la Iglesia utilice como capital para la fundación solamente un 30% de todo ese patrimonio inmobiliario, estaríamos creando la fundación que se convertiría en la más importante del mundo, con un capital inicial de más de doscientos cincuenta mil millones de euros. Como es públicamente conocido, la fundación privada de caridad más importante en la actualidad fue creada con un total de unos 35.000 millones de euros que aportaron de su patrimonio Bill y Melinda Gates. La actividad de la fundación es impresionante y cada vez va abarcando más campos. ¿Os imagináis por un momento el sufrimiento y el hambre en sus distintas facetas que se podrían aliviar en el mundo con una fundación que tuviera casi diez veces ese capital?

Castelgandolfo. Unos días después, Emy y Mark estaban sentados con Ilic en la mesita del restaurante de doña Tomasina.

—Estoy seguro de que vais a estar muy cómodos en la casita. Vais a tener la suerte de contar con Rosa como cocinera a vuestro servicio, a excepción de cuando Su Santidad venga a Castelgandolfo.

—¡Pues eso sí que es un verdadero peligro! —dijo riéndose Emy, que continuó divertida.

—Vamos a tener que buscar tiempo para hacer bastante ejercicio, porque si no, vamos a acabar pareciéndonos a Doña Tomasina.

Sonriendo a su vez Ilic, contestó:

—Pues eso es bastante fácil. No tenéis más que bordear andando todos los días el lago Albano y os mantendréis en perfecta forma.

57. La FCG

Castelgandolfo, dos años después.

Un papa algo más cansado, algo más viejo, sentado a la misma mesa del comedor en la casita de Castelgandolfo, donde últimamente le gustaba pasar más tiempo, dialogaba con su inseparable Ilic:

—Amigo mío, estos dos años que han pasado desde que, con la inspiración de nuestro Señor, tomamos aquella histórica determinación, parecen habernos confirmado que tomamos la decisión correcta.

—Efectivamente, Santidad. Podemos estar bastante satisfechos, ya que tanto la percepción, como la realidad de la Iglesia han cambiado considerablemente: han aumentado las vocaciones sacerdotales, que estaban en tan grave retroceso y la instauración de la voluntariedad en el instituto del celibato ya ha producido cientos de matrimonios de sacerdotes católicos. Sí, ya sé, Santidad, que suena muy extraño, pero la evolución necesita que nos vayamos acostumbrando a estos cambios. Ya se ha modificado el canon 277 del código de derecho canónico y la legislación eclesiástica relacionada. También podrán en breve ser ordenadas las primeras mujeres con funciones sacerdotales plenas y todo ello está produciendo un cambio muy importante en la visión de la Iglesia por parte de la sociedad. Estamos abandonando a toda velocidad aquella visión que durante tantos años nos marcó como institución medieval involucionada, para dejar paso a la percepción de una institución moderna, adaptada a los problemas y al contexto de la sociedad actual y que va recuperando la fidelidad de los creyentes que tenía un tanto perdida, y

ganando cada día nuevos adeptos.

—Bien, Ilic, bien. Nuestro Señor nos ha inspirado en esta difícil misión, aunque todavía queda mucho trabajo por hacer. ¿Cómo va el consejo del patronato de la *Fondazione del Cittadino Globale*?

—Quizá sea el resultado de mi trabajo con el que menos contento estoy. Existe un equilibrio demasiado ajustado entre los consejeros que podríamos denominar simpatizantes del Vaticano y los que tienen una clara tendencia progresista, que podrían ser contrarios a intereses del Vaticano. Es prácticamente imposible saber qué sucedería en el caso de plantearles la cuestión que durante tanto tiempo hemos mantenido en secreto, a la que ya está llegando el momento de darle una solución.

—Como siempre, querido Ilic, me imagino que tendrás un plan B para el caso de que no podamos obtener el beneplácito del consejo del patronato de la fundación, para solucionar el problema que heredamos de mis antecesores.

—Sí Santidad, lo tengo. Aunque todavía quedan ciertos aspectos a planificar para el caso de que fuera necesario obviar el consentimiento del consejo del patronato.

Emy y yo habíamos pasado dos años estupendos. Un pequeño bloque de oficinas perteneciente al Vaticano al final de la Vía del Corso, a dos pasos de la famosa Piazza del Popolo, era el centro neurálgico de la FCG, la *Fondazione del Cittadino Globale*, donde cada día habíamos estado trabajando con toda clase de profesionales y expertos. En primer lugar, se había establecido la red de sucursales nacionales de la fundación y elegido para su dirección a personas de reputación intachable y suficiente prestigio tanto dentro de su propio país como fuera de sus fronteras. Todos y cada uno de los miembros de los consejos directivos de cada una de las delegaciones habían sido debidamente auditados para evitar cualquier tipo de corruptela.

Los catálogos nacionales de los bienes inmuebles que se podían considerar disponibles de la Iglesia estaban resultando ser mucho más abultados de lo que originalmente habíamos previsto. De hecho, en el cómputo

global eran superiores en más de un 20%.

Ya se estaban organizando los sistemas de venta en cada una de las delegaciones nacionales de la fundación a través de subastas públicas y exclusivamente accesibles a través de Internet. Una docena de las más prestigiosas auditoras del mundo se habían puesto a nuestro servicio, reduciendo sus honorarios al mínimo. Nadie quería quedarse fuera de la FCG.

Los precios de salida mínimos, en todas las ventas de inmuebles de los catálogos vaticanos, reflejaban un porcentaje de descuento del 10% con respecto a los valores de mercado, para ser lo suficientemente atractivos a los posibles compradores.

Ya había reservas solicitadas para un 17,5% de los bienes. Estaba claro que cuando comenzara, la venta sería un éxito.

Emy era la adjunta al presidente de la Comisión General del Agua y su función principal era la de coordinar las comisiones nacionales, que tenían como misión plantear las necesidades de agua de cada una de las zonas de sus territorios. Éstas comisiones eran fundamentalmente importantes en todo el continente africano y en gran parte del asiático y de América del Sur.

El hermano de Emi, Héctor, estaba en la Comisión de Educación y se encargaba de ser el enlace con las comisiones nacionales para determinar las necesidades educativas en cada una de las zonas de influencia de la Fondazione.

La *Fondazione del Cittadino Globale* se había convertido en la fundación más importante del mundo y mi labor precisamente era que esa importancia fuera aumentando. Uno de mis objetivos era conseguir concienciar a las grandes fortunas personales del mundo, para que estuvieran dispuestas a ceder en vida o después de su muerte una parte importante de su fortuna a nuestra fundación. Ya habían accedido hacerlo varios de los asiduos de la lista Forbes, con lo que la financiación de los fines de la fundación no tendría nunca problema alguno, sino más bien al contrario. Éstos podrían ampliarse.

Una tarde calurosa de viernes, tras volver del trabajo en Roma, Emy y yo estábamos sentados en una pequeña terraza situada en uno de los extremos de Castelgandolfo, casi en las afueras. Estaba rodeada de verdor e inundada por el frescor que parecía emanar del lago Albano. Era un momento y entorno

perfectos, que hacían muy agradable el tomar unas cervezas al final de aquel bochornoso día de verano. Los ojos verdes de Emy de repente me miraron con una dulzura de la que habitualmente no hacían gala, al tiempo que poniendo su mano sobre la mía, me preguntaba:

—Mark, ¿estás contento con la decisión que tomamos hace dos años? ¿Eres feliz?

No me molesté en contestar, sino que, como toda respuesta, me acerqué a ella y la besé suavemente los labios. Después contesté:

—¿Tú qué crees? Si mi madre estuviera aquí, seguro que diría que se me notaba en la cara que estaba feliz. Y tendría toda la razón.

Después de devolverme el beso, sin soltarme la mano, Emy se quedó en silencio unos segundos, como en un momento de duda, durante el cual bajó los ojos para volver a elevar su mirada hacia mí y decir:

—Tengo que contarte algo...

En aquel momento noté cómo una corriente eléctrica de baja intensidad, como un escalofrío de placer que me recorrió la espalda hasta llegar a la nuca. De hecho, tuve que sacudir ligeramente la cabeza para deshacerme de aquella agradable sensación.

—No será lo que me estoy pensando❖

Tras la aparición de una leve sonrisa en sus labios, con los ojos brillantes por la emoción, asintió con la cabeza. La abracé y permanecimos abrazados durante un tiempo. No sé cuánto.

Sentado en la terraza superior de la casita de Castelgandolfo, esperando a que el papa se despertara de su pequeña siesta para volver a Roma, Ilic se había permitido un pequeño lujo que de vez en cuando se daba: un *slivovitz*, el típico licor de ciruelas, símbolo nacional serbio.

Desde donde estaba sentado en silencio podía oír perfectamente la conversación de los dos jóvenes, que se encontraban al otro lado de la pared que dividía las terrazas de las casitas que estaban adosadas.

Ilic se debatía internamente preguntándose si debía explicarles algo sobre

el asunto que le atormentaba y frustraba, hacía ya un par de semanas.

Desde el mismo momento en que fue nombrado prefecto de la casa pontificia por el papa, lo que le hacía prácticamente su ayudante personal, Ilic, como hombre pragmático y de acción que era, intentó encontrar cuantos esqueletos pudiera haber metidos en los armarios del Vaticano para darles cristiana sepultura.

Prácticamente había dado solución o eliminado todos los problemas, pero el fundamental, el que parecía estar acechando para caer sobre ellos en cualquier momento y que, sin embargo, había conseguido que toda la familia vaticana pareciera haber acordado de forma tácita no hablar del asunto, como si ello fuera a hacerlo desaparecer, era el único problema que a Ilic le quitaba el sueño.

Todo empezó bajo la presidencia del Banco Ambrosiano de Roberto Calvi a principios de los años ochenta. Una nefasta asesoría financiera del Vaticano, o probablemente no, probablemente algo más, hizo que el Vaticano perdiera una primera inversión de cerca de treinta millones de dólares en el Franklin National bank. Éste banco era propiedad de Michelle Sindona, el famoso banquero de Propaganda Due, la secreta logia masónica, que tan estrechos vínculos tenía con la mafia siciliana y más adelante con la Ndrangheta calabresa.

Con la quiebra del refundado Banco Ambrosiano, el Vaticano perdió oficialmente unos mil quinientos millones de dólares, aunque las pérdidas reales para el Vaticano, de acuerdo con los informes de auditoría interna, fueron de 3.000.000.000 \$.

Roberto Calvi fue encontrado muerto colgado, curiosamente, en *Blackfriars*^[73], en Londres y Michelle Sindona, envenenado en prisión.

El Vaticano se encontró en situación de la más absoluta quiebra de liquidez y tuvo la torpeza o la desidia de gestión financiera, de permitir, que fuera la asociación entre la mafia siciliana y la *Ndrangheta* calabresa, la que se hizo cargo de la deuda del Vaticano, así como de seguir prestándole el dinero, que cada año le hacía falta para atender los pagos necesarios de su ministerio. Aquello sucedió aproximadamente en el año 1985. Como no se podía esperar de otra manera en los 30 años transcurridos desde aquel momento hasta el

pontificado del papa actual, la deuda del Vaticano con sus especiales acreedores había aumentado hasta por encima de los catorce mil millones de dólares.

La *Fondazione del Cittadino Globale* hacía vislumbrar una posible solución a ese cáncer económico que lastraba el futuro del Vaticano, que en tan delicada situación se encontraba. Pero teniendo en cuenta el sistema de auditorías que tan exhaustivamente se habían implantado desde la punta de la pirámide de la FCG hasta la base de las distintas delegaciones nacionales, sólo sería con la colaboración de varios miembros del patronato principal, que se podría abordar un problema tan serio y de tal dimensión económica, como era la tremenda deuda que tenían. Ilic sabía que en su celo por conseguir una fundación de pulcritud y limpieza absolutas se habían elegido unos miembros del patronato, que no sólo no serían proclives a ayudar al Vaticano a solucionar el problema, sino que probablemente, denunciarían cualquier intento de ingeniería contable creativa.

Ilic había tenido hacía un par de semanas una reunión con un joven financiero italiano que le solicitó una entrevista a la que no se pudo negar. El joven de unos 30 años de edad, mirada inteligente, desde unos ojos acarbonados dijo llamarse Gennaro Apollomine y representar a un colectivo de intereses de acreedores del Vaticano. Antes de recibirle, Ilic había hecho indagaciones y averiguado que el joven era la punta de lanza y prácticamente el *capo di tutti capi* de la nueva mafia italiana. Callodgero Apollomine, el que siempre se dijo, aunque nunca se probó, que era el Capo de la camorra napolitana, había bautizado a su hijo Gennaro, en honor al patrón de Napoles, San Gennaro.

Cuando se vieron en su despacho, Gennaro llegó acompañado de un joven delgado con gafas que sin decir una palabra colocó un aparatito en la mesa junto al sofá donde de hecho, Ilic pensaba recibir a su invitado. El aparatito empezó a parpadear.

—Estimado prefecto, me imagino que no tendrá ningún inconveniente en que mi colaborador Nicola haya colocado el inhibidor. Podremos hablar más tranquilos, sin las molestias de los móviles.

—Ya, y de paso impides cualquier grabación.

—Así es, prefecto. Gracias por tutearme. Desde el máximo respeto que por usted tengo, creo que el tuteo facilitará nuestra conversación.

El joven Gennaro representaba a la generación 2.0 de la mafia. Según le había informado Domenico, el inspector de la gendarmería vaticana, éste joven había conseguido unir bajo un paraguas de hermandad, basada en la fortaleza prácticamente inexpugnable de su unión, a las distintas facciones de la *Cosa nostra* o mafia siciliana con la Ndrangheta calabresa y la Camorra napolitana, en lo que habían dado en llamar, «el Consorcio».

Sin mediar invitación, Gennaro se sentó en el sofá y esperó a que Ilic hiciera otro tanto en uno de los sillones, antes de empezar a hablar.

—Estimado prefecto, voy a ser muy directo, porque los dos somos personas ocupadas. Como la asesoría financiera del Vaticano sabe perfectamente, la deuda que tenéis a día de hoy con nosotros, por los múltiples préstamos que habéis recibido desde aquella famosa debacle de Roberto Calvi y el Banco Ambrosiano es de 14.600.000.000 \$. Siempre y cuando estemos en buenas relaciones y nos entendamos, vais a tener la suerte de que ese capital crezca cada día, solamente en 10.000.000 €, ya que el Consorcio, en atención a la relación que históricamente ha tenido con la Iglesia, sólo cobrará un simbólico 25% de interés anual sobre el capital adeudado.

Después de beber lentamente un par de sorbos de agua, Gennaro, mientras le miraba sin parecer tener la necesidad de pestañear, le explicó cómo El Consorcio, admirado por la iniciativa que había tomado el Vaticano con la creación de la *Fondazione del Cittadino Globale*, se consideraba obligado a entrar a formar parte de la misma ya que los fines de ambos confluían claramente.

Ilic, empezando a congestionarse e incorporándose ligeramente en su sillón, le preguntó:

—¿Los mafiosos entrar en nuestra fundación? ¡Tú estás loco!

Sin perder un ápice la compostura, pero con un asomo de sonrisa, el joven ejecutivo, porque eso es lo que parecía, le contestó:

—Estimado prefecto, sin duda no estabas aquí cuando desde el Vaticano, recibíamos varias llamadas al año solicitándonos ayuda económica. No te parece una incongruencia que no queráis relacionaros con quienes llamáis

mafiosos, pero sin embargo, durante decenas de años habéis estado pidiendo y aceptando nuestro dinero. Como dice el adagio latino que tú tan bien conoces *qui tacet consentire videtur*^[74] .

Ilic no le contestó. Sabía que no tenía argumentos con los que rebatirle. Gennaro continuó con su exposición ante el momentáneo aturdimiento de Ilic:

—El Consorcio, entre otros muchos negocios de una legalidad intachable, es accionista mayoritario de una serie de bancos importantes en varios continentes. Y hoy querido prefecto tengo el gusto de anunciarte, que el Consorcio va a entrar en la fundación, para constituirse en una de las mayores entidades financieras del mundo y así poder ayudar a todas las naciones y pueblos que lo necesiten.

Ilic contestó secamente y con desdén:

—A la fundación no le hace falta ningún tipo de financiación.

—Lo sabemos, pero nuestra intención es la de poder ayudar a la humanidad, financiando las acuciantes necesidades de muchos de los países del hemisferio sur tanto en África, como en Asia o en América del Sur, que demandan de forma urgente todo tipo de infraestructuras para las cuales no tienen o no gozan de la financiación necesaria. Como el Consorcio, bajo distintas titularidades, posee importantes paquetes accionariales en bancos, compañías eléctricas en medio mundo, varias compañías de prospección y distribución de agua, y ahora una multinacional de construcción de carreteras, creemos que podemos convertirnos en el pilar fundamental de vuestra fundación.

Ilic, sin que su congestión hubiera disminuido y al tiempo que hacía una especie de mueca de desprecio, espetó al insolente, aunque educado Gennaro:

—Y lo que necesitáis es utilizar la perfecta imagen de la fundación para hacer vuestros negocios—señalándole con su gordo dedo, índice terminó. — No voy a permitir que os acerquéis a la fundación. Yo no soy el tipo de interlocutor al que estáis acostumbrados.

Con total indiferencia ante la actitud amenazante de Ilic, el joven modulando la voz incluso un tono más bajo continuó:

—Amigo Ilic, lo único que queremos es hacer negocio y ayudar en la medida que nos sea posible a la fundación.

—Yo no soy tu amigo y no me cuentes gilipolleces. Yo sé perfectamente lo que queréis. Lo único que pretendéis es, con el dinero de vuestras criminales actividades, y utilizando nuestra fundación como pantalla, conseguir que las naciones pobres se vayan endeudando con vosotros de tal manera que no les quede más remedio, para hacer frente a las deudas, que irros cediendo después, las concesiones nacionales de gestión de la energía, del agua y de las carreteras de sus respectivos países. Y sabéis que nunca podrán recuperar el control de su gestión, porque ya os habréis ocupado vosotros de prestarles dinero en cantidad suficiente, para que ni siquiera sean capaces de hacer frente a los intereses que se devenguen anualmente.

Gennaro levantó ligeramente, pero con autoridad el dedo índice de la mano derecha. Ilic calló.

—El Consorcio está dispuesto a hacer una primera aportación a la fundación de cien mil millones de dólares, para ser destinados al modelo de negocio que ya te he comentado. Después, podríamos plantearnos la condonación de la deuda del Vaticano y nos dedicaríamos con especial interés a mejorar la vida de muchos millones de personas por todo el mundo. Además, si contamos con vuestra colaboración absoluta, todo esto lo podríamos hacer de forma oficiosa para evitar la publicidad no deseada por ninguna de las partes

—¿De verdad creéis que el papa va a permitir que la mafia entre en la fundación a base de chantajes criminales? ¿Pero quién demonios os creéis que sois?

Sin poder evitar una sonrisa de superioridad, que inmediatamente controló, Gennaro echó el cuerpo hacia adelante, para mirar a Ilic desde más cerca

—Querido Ilic, también hemos pensado en vuestra imagen. Buscaremos las fórmulas más idóneas en cada momento para ir introduciendo al Consorcio en la fundación, sin desgaste para la imagen de la FCG o de la Iglesia. Pero lo que sí quiero que tengas muy claro es que lo único que puede pasar si os mostráis reacios a que el Consorcio entre en la fundación, es que estarías rechazando con una clara mala fe, la posibilidad de acuerdo que os ofrecemos, que os permitiría cancelar una deuda que de otra forma no podríais pagar de ninguna forma. ¿Cómo crees que reaccionarían los tribunales cuando les

presentáramos, por un lado, una demanda con todos los contratos y las justificaciones del dinero que os hemos entregado a lo largo de los años, y por el otro la clara prueba de nuestra buena fe con la oferta de nuestra entrada en el FCG, en un esfuerzo por nuestra parte de no tener que llevar al Vaticano a los tribunales, que sin embargo vosotros rechazáis de plano? Ante vuestra actitud contraria a nuestro ingreso en el FCG, lógicamente empezaríamos procesos judiciales, en todos los países donde el Vaticano tenga fuerte presencia inmobiliaria y solicitaríamos la anotación preventiva de embargo, de todos los bienes de la Iglesia en esos países para garantizarnos el pago de nuestra deuda, más los intereses devengados, más los que se irían devengando a lo largo de los años que duraran los procesos. Ahora mismo solamente pagáis unos simbólicos intereses de 10 millones de dólares diarios, pero al tenor de todos nuestros contratos, tan diligentemente firmados por vuestros representantes, el sistema de capitalización de intereses, después del primer año, incrementaría la deuda unos cinco o seis mil millones de dólares. A partir de ahí la deuda se multiplicaría de forma exponencial, habida cuenta de la subida de intereses progresiva que contemplan todos los contratos. Me temo que todo vuestro esfuerzo por promover los objetivos de la fundación, caerían en saco roto ya que probablemente, y habida cuenta de la lentitud procesal de los tribunales en casi todos los países del mundo en los que tiene la Iglesia católica intereses, no tendríais la capacidad de generar el dinero suficiente con la venta constante de vuestros activos para hacer frente en primer lugar a los intereses y por ende acabar pagando la deuda. Por otro lado, aunque no sería este nuestro deseo, dada vuestra frontal oposición al Consorcio, no nos quedaría más remedio que empezar una estrecha colaboración con el actual gobierno de extrema izquierda italiano, para cambiar el estatus jurídico del Vaticano. Como sabes perfectamente el Tratado de Letrán, firmado por Mussolini, se ve hoy en día como una manifestación más del fascismo más rancio, por lo que la desaparición del privilegiado status del Vaticano, es deseado por muchos millones de socialistas, comunistas y la mayor parte de la gente de mi generación. Está claro, que a través de los intermediarios adecuados, el gobierno italiano dará la bienvenida con los brazos abiertos a las inyecciones de liquidez que el Consorcio puede inyectarle, teniendo en

cuenta la situación de caos económico en que este gobierno ha tomado las riendas del país. Nadar contracorriente, amigo Ilic, no solamente agota, sino que puede acabar matándote.

Ilic, apasionado y temperamental como era, no pudo evitar caer en ese pecado en el que le costaba tanto no caer. Su ataque de cólera ante la desfachatez y seguridad que esgrimía el joven, fue el causante de todo lo que le dijo, de lo que después como sacerdote debería haberse arrepentido. El joven, con una serenidad imperturbable, acompañada encima de una mirada sonriente, que aún exasperaba más al cardenal, esperó durante unos minutos a que Ilic dijera todo lo que quería decir para con total tranquilidad decirle lentamente:

—Querido cardenal y prefecto, entiendo la vehemencia de tus palabras y no me doy por ofendido. Sabía que ésta iba a ser tu reacción pero me temo que el Vaticano no se puede permitir el lujo de rechazar nuestra oferta. Consúltalo con quien quieras. Impedir nuestra entrada en el FCG, simplemente tornará en inviable a la fundación y puede convertirse en el principio del fin del Vaticano y en consecuencia de la Iglesia, tal y como los conocemos.

Mientras tomaba otro sorbo de *slivovitz*, Ilic no podía dejar de pensar en las conversaciones que con el Papa había tenido desde la visita del joven Gennaro Apollomine. En aquel momento, oyó un ruido a su espalda. Era el papa, que recién levantado de su pequeña siesta, salía a la terraza para sentarse. Justo en el momento, antes de hacerlo, escuchó las risas de los jóvenes al otro lado de la pared. Haciendo una seña con la cabeza a Ilic, le indicó que pasarán hacia el interior. Una vez dentro, el mismo papa cerró la puerta para que pudieran hablar sin ser escuchados por los jóvenes que reían y disfrutaban de su juventud en la terraza de la casa contigua.

Como no podía ser de otra manera, empezaron a hablar inmediatamente del problema de las intenciones del Consorcio y fue el papa quien, dirigiéndose a Ilic, puso en palabras la conclusión que ambos consideraban como clara.

—El Consorcio, en todos los ámbitos, pero especialmente en el económico tiene un poder prácticamente ilimitado. En el político, en Italia al menos, todos sabemos, que tiene miles de funcionarios públicos, tanto del ámbito puramente estatal como regional, a su servicio. Pero parece ser, que sucede otro tanto en

todos aquellos países en los que nuestra querida Iglesia tiene una mayor implantación.

Tú y yo, Ilic, sabemos que la amenaza de Gennaro es real y viable. Si no prestamos nuestra aquiescencia a la entrada del consorcio en la FCG, corremos el riesgo de que paralicen totalmente la Fundación durante décadas y que incluso puedan destruir el Vaticano. No podemos permitir que 2000 años de historia de la Iglesia terminen así.

Por todo ello y a pesar del más absoluto reparo moral que podamos sentir, parece evidente que la única posibilidad de viabilidad de la *Fondazione del Cittadino Globale*, será permitir al consorcio entrar a formar parte de la misma, a pesar de que sepamos que sus intereses en poco coinciden con los nuestros.

—Pero Santidad, ambos sabemos, que transcurridas unas décadas de la permanencia del Consorcio dentro de la fundación, su poder iría creciendo de tal forma, que acabará teniendo en sus manos el control de la energía, el agua y las carreteras de cientos, sino miles de millones de personas.

El papa, con una triste sonrisa de resignación, le contestó:

—Amigo Ilic, el poder simplemente cambiará de manos. Además, quizá sea preferible que se unifique su gestión. Ya sabemos cuáles son los argumentos en contra de la entrada del Consorcio en la FCG, pero a favor podría estar el hecho de que esa unificación, a través del control, que pretenden, casi con seguridad va a terminar con los múltiples conflictos armados que hay constantemente en los países pobres, ya que en definitiva los promotores de esos conflictos lo único que buscan es el control de los recursos, de los que paulatinamente se va a hacer cargo el Consorcio. Y mientras todo eso pasa, la Fundación podría ir cumpliendo sus fines y conseguir que mucha gente tenga una vida que ahora mismo no tiene.

Tras unos segundos de reflexión y con una ligera inclinación de cabeza que indicaba su acuerdo con lo dicho por el papa, Ilic dijo:

—Entonces, nuestra obligación será la de actuar como un catalizador de las acciones del Consorcio, intentando conseguir que el efecto de las mismas sea compatible con la continuidad y la consecución de los fines de la Fundación y la Iglesia. Nos encontramos ante un matrimonio de conveniencia

en el que una de las partes no quiere a la otra para nada y sin embargo se ve obligada a convivir con ella, por lo que en definitiva no nos quedará más remedio que sacar el máximo partido posible de la situación, para conseguir atender a los fines con los que la fundación fue creada, salvaguardando siempre nuestro bien máspreciado: la Iglesia. Constituirnos en un árbitro siempre vigilante de las acciones del Consorcio. Y, Santidad, ¿cómo y cuándo vamos a ir informando a todos los intelectuales, y a las grandes figuras de importancia y trayectoria mundialmente reconocida, que han entrado a formar parte de los órganos de dirección de la *Fondazione del Cittadino Globale* en los distintos países del mundo de la existencia del Consorcio?

—Poco a poco, Ilic, si es que llegamos a tener el valor para hacerlo. Es triste pensar que incluso, la más filantrópica y altruista intención del hombre para mejorar la vida de sus semejantes, cuando está mediatizada por éste, acaba desviándose brutalmente de ese ideal que era el objetivo inicial. Creíamos que una unión de buenas voluntades del calado y tamaño tan increíbles como las que se dan en la *Fondazione*, sería suficiente para conseguir sus objetivos y subsistir, pero desgraciadamente pasará como en tantos otros ámbitos de la vida, ya que, como siempre, todos los que han puesto al servicio de la fundación su trabajo, ilusión e inteligencia, se acabarán dando cuenta con cierta amargura de que... nada es lo que parece.

[73] En italiano, se traduce como “Fratti nero” y así es como se llamaba precisamente a los miembros de la logia Propaganda Due.

[74] Quien calla parece estar otorgando. El silencio como declaración de voluntad.

Φ

NADA ES LO QUE PARECE

AUDIOLIBRO INCLUIDO

ALEJANDRO KHAN

